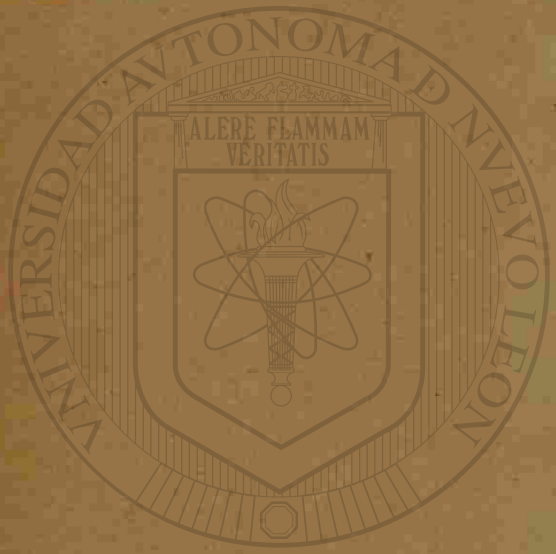
J. CHNET

NEMROD
Y CIA.

PQ2378
.03
N48

1020026731



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

LAS BATALLAS DE LA VIDA

NEMROD Y C.ia

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 0N
Núm. Autor
Núm. Adq. 30644
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	PTAS.
La Condesa Sara; un vol. en 8.º	3
Sergio Panine; un ídem íd.	3
La Ferrería de Pont-Avesnes.	3
El gran Margal; un ídem íd.	3
Las señoras de Croix Mort; un ídem íd.	3
Lise Fleuron; un ídem íd.	2,50
Negro y rosa; un ídem íd.	3
Voluntad; (versión española por D. Carlos Frontaura); un ídem íd.	3,50
El doctor Rameau (versión española por D. Carlos Malagarriga); un ídem íd.	3,50
El alma de Pedro; un ídem íd.	4
Reliquias de amor; un ídem íd.	3,50

MADRID. 1894.—Est. Tip. de Ricardo Fé, Olmo, 4.

JORGE OHNET

LAS BATALLAS DE LA VIDA

NEMROD Y C.ia

VERSIÓN ESPAÑOLA

CAPILLA ALFONSINA UANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

85946

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Car. San Jerónimo, 2

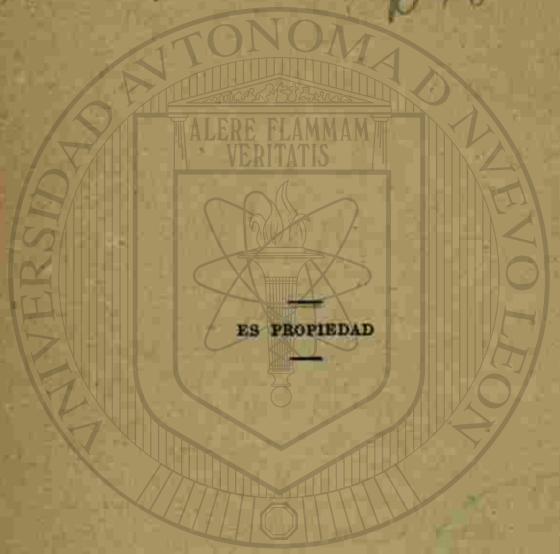
SEVILLA
LIBRERÍA DE JUAN ANTONIO FÉ
Sierpes, núm. 91

1894

30644

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
Q.
PQ8378
.03
N48



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

NEMROD Y COMPAÑÍA

I

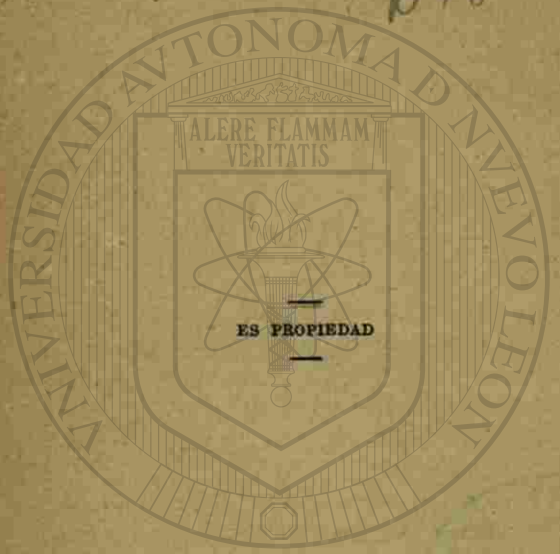
En el patio de honor del castillo de la Chevrolière, el *mail* de Selim Nuño esperaba á los invitados del dueño para llevarlos al punto de cita de la cacería. Los guardas habían salido antes, con los ojeadores, conduciendo los perros y llevando las escopetas de los tiradores.

Era el 1.° de septiembre, día de la apertura, y en el cielo radiante, el sol esparcía rayos de fuego. Acababan de sonar las doce en el gran reloj colocado en la torrecilla que remata el pabellón del centro. Los lacayos, de librea negra, abrieron las puertas del vestíbulo, y en lo alto de la escalinata aparecieron los huéspedes de Selim.

Dos mujeres, la una la Srta. Nuño, muy sencilla, rubia de ojos negros, de boca seria y aire dulce; la otra, la Sra. del Peral, vestida con una falda corta de tartán, calzada con botas amarillas, tocada con un sombrerillo de fieltro con plumas, encantadora con sus cabellos negros, cogidos en *catogan*, sus ojos de árabe y sus labios rojos; y nueve hom-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
Q.
PQ8378
.03
N48



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

NEMROD Y COMPAÑÍA

I

En el patio de honor del castillo de la Chevrolière, el *mail* de Selim Nuño esperaba á los invitados del dueño para llevarlos al punto de cita de la cacería. Los guardas habían salido antes, con los ojeadores, conduciendo los perros y llevando las escopetas de los tiradores.

Era el 1.° de septiembre, día de la apertura, y en el cielo radiante, el sol esparcía rayos de fuego. Acababan de sonar las doce en el gran reloj colocado en la torrecilla que remata el pabellón del centro. Los lacayos, de librea negra, abrieron las puertas del vestíbulo, y en lo alto de la escalinata aparecieron los huéspedes de Selim.

Dos mujeres, la una la Srta. Nuño, muy sencilla, rubia de ojos negros, de boca seria y aire dulce; la otra, la Sra. del Peral, vestida con una falda corta de tartán, calzada con botas amarillas, tocada con un sombrerillo de fieltro con plumas, encantadora con sus cabellos negros, cogidos en *catogan*, sus ojos de árabe y sus labios rojos; y nueve hom-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres, todos clasificados entre las grandes escopetas parisienses. Eran éstos el Príncipe de Faucigny, el brillante orador de la derecha; Burat el abogado; el guapo Gastón Francfort, sobrino de Selim, y que se ha casado con la riquísima y única heredera del americano Samuel Flauston; el baroncito de Tresorier; el conde de Brucken, y los tres íntimos de la casa: La Brede, Tremblay, y el rey del tiro de pichón, el famoso Santiago de Termont. Nuño, enorme con su traje claro, luciendo monstruosas pantorillas, hizo señal al *mail* de que se acercara, y, volviéndose hacia su hija:

—¿De modo que no nos acompañas?

—No, papá. Acaso iré á buscar á ustedes á la hora de la merienda.

—Toma el cesto y los poneys... Nos detendremos en la cruz de piedra; está á la sombra, en un sitio encantador...

Acercóse á Ester, y con tono suplicante:

—Deberías venir á causa de la condesa... Ya comprendes, completamente sola en medio de tantos hombres...

—Eso no le importa, puesto que se va de caza todo el día con usted,—dijo dulcemente la joven.

—En fin, me darías gusto...

—Entonces, papá, está bien: iré.

—¡Eres una niña muy buena!—dijo Nuño con calor.

Cogió á su hija por el talle; la besó tiernamente, y volviendo á sus invitados:

—Vamos, condesa.

La linda morena arqueó su fino talle, dió dos golpecitos secos en su falda, golpeó con su tacón la piedra de la escalinata, y dijo:

—Cuando usted quiera.

—Suba usted el primero, mi querido conde, puesto que tiene usted la bondad de conducirnos.

Estaban desdobladas las escalas de hierro. El conde Huberto de Brucken, un buen mozo, de buen color, de barba rubia, escaló vivamente el *mail*, alargó la mano á la encantadora cazadora, la instaló en el pescante en el sitio de honor, y cogió las cuádruples riendas del tiro.

Sentados ya los cazadores en las banquetas de la imperial, los lacayos treparon á la trasera; el cochero inglés de Selim, que debía traer el caruaje, montó en el interior; la trompa dejó oir su fanfarria, y el pesado vehículo, arrastrado por sus cuatro caballos, describió alrededor de la *pelouse* un semicírculo irreprochable; pasó la verja, y echó por la gran avenida.

Desde lo alto de la escalinata, Ester lo siguió con la vista un momento, y luego bajó lentamente al jardín á la francesa, que se extendía detrás de castillo.

Al quedarse sola, un tinte de melancolía puso sombras en su rostro. Andaba, inclinada la cabeza, golpeando ligeramente con la punta de su sombrilla los troncos de boj que bordeaban la alameda. Quien la hubiera visto de este modo, no habría podido creer que tenía delante de sus ojos á la hija única, mimada, del riquísimo Nuño.

Es que en medio del gran lujo en que la hacía vivir su padre, no era dichosa. Desde que murió su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

madre, diez años antes, Ester no había abandonado el hotel paternal.

Para educarla é instruirla, el banquero había elegido una excelente persona que le recomendó la Princesa de Stolberg, y que se llamaba la señorita Faverger. No sin trabajo obtuvo Nuño que la protegida de la Princesa entrase en la casa. Era católica, y no le agradaba vivir en el seno de una familia judía. Pero Ester era tan buena y Selim mostróse tan obsequioso, que la Srta. Faverger cedió.

Para una mujer de menos tacto y rectitud que la institutriz, la situación no habría dejado de ser peligrosa. Apoderarse de aquel joven espíritu; comunicarle sus creencias, habría sido bien fácil. Desde el primer día, Ester se había ligado á la Srta. Faverger, y la había ligado á sí.

La huérfana amó á aquella buena y tierna mujer que lloraba viéndola llorar. Pronto se estableció entre ellas una completa comunión de ideas y de sentimientos. El espíritu de Ester se abrió como su corazón, y á cambio de la instrucción que la señorita Faverger le daba, dióle ella un sólido afecto. Un solo asunto no había sido abordado jamás por la profesora delante de su discípula: el de la religión. Un día, sin embargo, Ester dijo á su institutriz:

—Señorita, ¿cómo es que antes de llevarme al templo va usted completamente sola á la iglesia?

—Hija mía, contestó la señorita Faverger,—es porque yo soy católica y usted es judía.

—¿De modo que el Dios de usted no es el mío?

—Sí, mi querida hija. No hay más que un Dios. El Dios á quien yo rezo es el mismo á quien reza usted.

—Entonces, ¿por qué no me lleva á rezar con usted, en vez de venir á rezar conmigo.

Ante esta lógica de la infancia, la buena mujer quedó un instante cortada, y, no encontrando en su espíritu un argumento que dar á su discípula, lo buscó en su corazón.

—La religión que usted profesa, querida mía,—dijo—es la de su madre. Ya ve usted que hay que seguir en ella. Como la mía, ella le enseñará á ser buena y generosa. Todos los cultos son excelentes cuando se observan fielmente sus preceptos, y entre ellos hay bien pocas diferencias. Todos están fundados en la moral; enseñan el odio al mal y el amor al bien; y, sea usted judía ó cristiana, si es usted una niña tierna, obediente y respetuosa, esté usted segura de ir al cielo.

—¿De modo que, siguiendo mi religión,—preguntó la niña,—volveré á ver á mamá y no seré separada de usted?

—Ciertamente, hija mía.

—Bueno: entonces eso es todo lo que yo quiero.

La Srta. Faverger, muy conmovida por esta tierna y cándida declaración, besó á Ester, y jamás la hija de Nuño hizo una nueva tentativa para volver á emprender aquella conversación. Demasiado inteligente para contentarse con la explicación que le había dado su institutriz, comprendió que de su insistencia podía nacer una dificultad. Por la primera vez la Srta. Faverger no había respondido claramente á una pregunta, y había manifestado embarazo. ¿Qué ocultaba aquella oscuridad? ¿Qué revelaba aquel embarazo? La niña no intentaba

saberlo. Bastábale que su institutriz pareciese encontrar alguna molestia, para que ella apartase por sí misma el asunto que debía causársela.

Mientras Ester fué una niña, su vida se deslizó serena y fácil al lado de la Srta. Faverger. Las dos mujeres habitaban un ala del hotel de la avenida Friedland. Tenían sus criados, sus carruajes. Todo un tren de casa independiente del de Nuño.

Jamás, hasta los dieciséis años, se mezcló la hija del banquero de cualquier modo en la existencia de su padre. Iba todas las mañanas á verle en su despacho, antes de que se fuese á la oficina. Todas las tardes, antes de comer, venía él á hacer una visita á su hija, durante un tiempo que variaba de diez minutos á una hora.

Se sentaba en el salón de Ester, hablaba con ella y con su institutriz, se informaba de sus deseos, de sus necesidades, se enteraba de sus estudios, se hacía contar lo que ella había notado durante su paseo diario. Sentaba á su hija en sus rodillas, y con su voz áspera, porque nunca había podido corregir su rudo acento portugués, le decía ternezas.

Los instantes que aquel terrible manejador de millones pasaba con la niña, eran para él los más felices del día.

Tomaba allí un baño de serenidad, de dulzura y de inocencia. Se lavaba de las impurezas de su vida de negocios.

Abandonaba sus ambiciones, sus cuidados, sus temores; se hacía hombre honrado y buen padre.

Olvidaba el mundo de la Bolsa y de los placeres, las gentes á quienes había despojado por la mañana, y las mujerzuelas que iban á despojarlo por la noche.

Los que no conocían más que su rostro sombrío é impasible, no lo habrían reconocido riente y dilatándose bajo los besos de su hija.

Estaba lleno de miramientos con la Srta. Faverger, desde luego porque reconocía en ella un mérito real, y además porque era la gran favorita de Ester. No tenía más que un motivo de queja con la institutriz: su horror al carruaje, y su amor al paseo á pie. Se los reprochaba periódicamente, pero siempre sin éxito.

—¿Y qué? ¿Han ido ustedes hoy también á recoger barro por el boulevard?

—¿Nos ha visto usted, papá?...

—Sí: á las tres en la esquina de la calle del Cuatro de Septiembre y de la calle de Richelieu, al salir de la Bolsa... ¿Qué hacían ustedes por allí.

—Íbamos á la calle del Banco, á comprar seda para una tapicería.

—¡Calle del Banco! ¿Y no podían ustedes escribir al tendero?... Esto les habría traído toda su tienda.

—Sin duda; pero Ester necesitaba un paseito, y tanto daba darlo por ahí como por otro lado.

—Pero, ¿por qué, con un tiempo parecido, no tomar el cupé?

—Pero, señor, si no llovía... Y conviene andar. Esta niña crece, tiene necesidad de ejercicio y de aire... El carruaje no le prueba bien.

—Los caballos que están á disposición de ustedes no salen nunca, mueren de gordos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hay bastantes cocheros para pasearlos.

—Señorita, no es usted razonable. Me contraría saber que mi hija anda por la calle con todos los tiempos... ¿Qué diferencia hay entonces entre ella y la hija de mi portero?

—Ninguna, en cuanto á la salud, felizmente. Pero si el señor quiere ordenarme que no salga más que en carruaje, me conformaré con su voluntad.

—Lo sé. Pero no es eso lo que yo deseo... Celebraría que me comprendiera usted... ¡Ah!... en fin, haga lo que quiera.

Regularmente, la gran disputa terminaba así. A esta higiénica manera de vivir debía Ester no haber tenido jamás un constipado y estar alta y fuerte. Aquella portuguesa, hija de una madre y de un padre morenos como la noche, era rubia.

Nuño decía algunas veces:

—¿Cómo te las has arreglado para ser tan blanca, con ascendientes tan negros? ¡Bah! Después de todo, el diamante es carbón.

Ester vivió exclusivamente con la Srta. de Faverger, y desconoció del mundo todo lo que es bajeza y corrupción. Sabía que su padre era banquero, y que su casa estaba montada con gran lujo. Pero, ¿cómo ganaba el dinero? Esto era para ella un problema, cuya solución quedaba en el misterio. Oía á menudo hablar de la Bolsa, y comprendía que ésta era un lugar donde se hacían negocios. Pero, ¿qué negocios? Se habría visto bastante embrollada para decirlo.

La existencia disipada de Selim, muy metido en

la sociedad alegre, era igualmente un secreto para ella. Viudo á los cuarenta años, el banquero había sentido sinceramente la muerte de su mujer. Pero se había apoderado de él la corriente de la vida, y se había dejado arrastrar por su pasión por las mujeres de moda. Tuvo relaciones, que hicieron gran ruido, con la hermosa Fontenoy, á quien había entretenido magníficamente; luego la abandonó por Clemencia Villa, cuyos éxitos en el teatro halagaban su vanidad.

Durante diez años fué uno de los reyes de la galantería parisién. Y grueso, feo, ordinario, se sabía lo que le costaban sus devaneos. Pero jamás había sentido pagar demasiado una mujer. Cuando hacía una locura, se desquitaba en la Bolsa en la misma semana. Y esta costumbre era tan conocida, que siempre que un nnevo capricho arrastraba á Nuño, el mundo financiero temblaba.

Sin embargo, por seriamente que se apasionara de una querida, jamás trastornó la apariencia de regularidad de su vida ordinaria. Seguía volviendo á la avenida de Friedland antes de la comida, para pasar algunos instantes con su hija. En los primeros tiempos de su pasión, se le había visto abandonar á Clemencia Villa para correr á su casa á besar á Ester.

Bruscamente, á los cincuenta años, después de una gran discusión con la hermosa mistress Olifaunf, se ordenó, y como su hija tenía dieciocho años, manifestó el deseo de que ella gobernase la casa. De la noche á la mañana, Ester pasó de la tutela de la Srta. de Faverger á la autoridad ab-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

soluta; y sin embarazo, con una gracia sencilla y fácil, ocupó el puesto que su madre había dejado vacío.

Para Selim esto fué como una renovación. Tuvo un momento de extática alegría ante la metamorfosis de aquella niña en mujer. Encontró placer en pasar la noche en casa, y se llenó de orgullo al llevar á su hija al mundo.

La joven fué prontamente notada. Única heredera de Nuño y encantadora, no se necesitaba tanto para atraer alrededor suyo una corte de adoradores. Acogió á todos, y no alentó á ninguno. Fué á los bailes, porque su padre era dichoso viéndola bailar. Recibió á los amigos de su padre en *petit comité* y en gran gala, con perfecta afabilidad. Y pareció probable que el entusiasmo de Nuño por su hija fuera el más vivo que hubiera experimentado. La acariciaba con sus ojos, encontrándola elegante en sus movimientos, con una gracia algo reservada que la daba aire aristocrático. Se decía: «¡Ha nacido princesa! ¿Quién será digno de ella?»

En seis meses se presentaron una docena de pretendientes. Eran la flor del mundo financiero. Había allí condes; y hasta duques que llevaban nombres de ciudades alemanas, y cuyos títulos acababan de llegar de Roma. Eran elegantes, ricos. Todos fueron rechazados, pero no se desanimaron por ello. Nuño respondió á todos que su hija era todavía demasiado joven. Se podía, pues, esperarlo todo del porvenir.

Entretanto, Ester sufría las exigencias del mundo sin afán, pero sin aburrimiento, y descansaba

de una comida ó de un baile, paseando á pie con la señorita de Faverger. Eran buenas noches aquellas en que su padre le daba el palco de la Opera ó del Francès, con autorización de llevar á su institutriz. Sucedía esto cuando Nuño estaba ocupado en algún trabajo administrativo ó alguna recepción oficial. Entonces la grave Ester volvía á ser niña, se hacía servir la comida en las habitaciones de la señorita de Faverger, y en estos *tête-à-tête* hacía más por agradar que cuando recibía á la flor del mundo parisién. Luego, así que acababa la comida, partía con su antigua amiga, á fin de no perder nada del espectáculo, y durante toda la noche estaba llena de atenciones y gracias, que conmovían, hasta hacerle verter lágrimas, á la excelente mujer.

Ester había reinado sobre el corazón de su padre durante un año, sin rival. Después Selim, saboreados los primeros goces de su hogar restaurado, fué dominado por un capricho, pero muy nuevo, y tanto más serio, cuanto que era en el mundo adonde llevaba á su hija donde aquel capricho había nacido. En una *soirée* en la Legación de Portugal encontró Nuño, á fines del invierno, una mujer encantadora, viuda de un agregado de Embajada, rica, bien nacida, muy bien reputada, y que se mostró muy solícita con Ester, sin parecer notar la impresión que había producido en el banquero.

La condesa Manuela del Peral, artista, que pintaba agradablemente y cantaba de un modo encantador, entró desde el primer momento en la gracia de Ester. La joven, que daba su amistad difícilmente acogió en seguida á la joven viuda en su intimi-

dad. Hecho más sorprendente: Manuela agradó á la señorita de Faverger y conquistó su simpatía como se había apoderado de la de Ester. Se mostró tan sencilla, tan alegre como había que serlo para llegar á ser amiga de la Srta. Nuño. Y, aun antes de haber podido darse cuenta de que estaba amenazada de invasión, la joven estaba ya en poder del enemigo. El deseo de tener una compañera joven, la facilidad de hablar la lengua materna, fué lo que aportó Ester á la amistad con la linda portuguesa, y Manuela una flexibilidad de carácter maravillosa, una charla inagotable, y la voluntad bien decidida de meterse en la casa de Nuño.

Durante seis meses, la amistad de las dos jóvenes no fué interrumpida por ningún incidente. La deliciosa Manuela iba todos los días á llevarse á Ester con ella á paseo, á las Ventas dé Caridad, á las exposiciones en los almacenes. Aquel fué el período de instrucción social de Ester. Entonces descubrió en el movimiento parisién, todo lo que ignoraba, todo lo que la prudente Srta. de Faverger le había ocultado.

Con su inteligencia muy viva y una penetrante facultad de juicio, se dió cuenta de los compromisos morales, de las corrupciones elegantes, de las viciosas cobardías de que se componen las conveniencias mundanas. Vió que mujeres, cuyos amantes eran nombrados en voz alta, seguían siendo recibidas porque sus maridos, complacientes ó ciegos, las acompañaban á todas partes. Comprendió que los banqueros que roban á sus accionistas no son perseguidos más que cuando hacen la tontería de arruinarse ó no tienen en el poder influyentes protectores. Supo que los cándidos que contraen deudas mezquinas se hunden en una sola temporada, y que los que deben sumas enormes se sostienen toda la vida. Notó que la mentira, la hipocresía, la maldad, son, en la batalla de la vida, las piezas de la armadura, llevada por el hombre civilizado, y que el desgraciado que se presenta leal, bueno, desinteresado, está tan amenazado como un náufrago que cae en medio de tribus canibales.

Concibió un desprecio de primer orden por la humanidad en general; se replegó sobre sí misma con prudencia, comprendiendo bien que su rectitud natural la exponía, si no ha graves peligros, al menos á serios disgustos. Comenzó á mirar á su alrededor con desconfianza, lo que nunca había hecho, y el primer fruto de su experiencia le pareció muy amargo.

Hacía quince días que estaba instalada en Deauville con su padre, la Sra. del Peral y la Srta. de Faverger, en la magnífica *villa* que Nuño posee en la playa, cuando, un día, volviendo más pronto de lo que la esperaban, entró en el cuarto de su amiga, que se había quedado en casa con pretexto de tener jaqueca. Manuela, á quien había dejado tendida en una *chaise longue* leyendo lánguidamente el libro nuevo, no estaba en su habitación.

Ester, asombrada, cruzó el cuarto y salió á la terraza, pensando que Manuela acaso habría querido respirar el aire del mar. La terraza estaba vacía. Como la joven se detuviera un instante an-

tes de continuar sus pesquisas, atrajo su atención ruido de voces en un salón vecino. Dirigióse á la puerta-ventana, que estaba abierta; separó una cortina que flotaba delante de la entrada, y se quedó estupefacta, inmóvil, aterrada, al ver á su amiga en los brazos de su padre.

La portuguesa estaba arrimada á la chimenea, y Selim la abrazaba, sin que ella hiciera resistencia, tocando con su caraza morena el rostro sonriente de la joven. El uno y la otra estaban demasiado ocupados para pensar que Ester pudiera volver una hora más pronto, buscarlos y sorprenderlos. La joven, pálida y trastornada, dejó caer la ligera cortina, y, lentamente, se retiro á su cuarto. Aquella era su primera decepción, y no debía ser la última.

La Sra. de Peral, entrada como conquistadora en la casa de Nuño, no estaba satisfecha. Detrás de ella poco á poco, habia introducido aliados. El más importante era el conde Huberto de Brucken, nieto del banquero Levi Simeón, que, un instante, en tiempo de Luis Felipe, había sido rey de la banca.

Creado conde por servicios prestados, el viejo banquero compró la tierra de Brucken, en Alsacia, y hacia dos generaciones que había desaparecido el nombre de Simeón. Huberto, gran cazador buen convidado, muy inteligente en caballos, se había ganado desde el primer día el favor de Nuño, dándole útiles consejos para su cuadra. Desde que el joven se ocupaba de los *entraineurs* y de los *jockeys* del banquero, la casaca amarilla y violeta estaba en vena y triunfaba en muchas pruebas importantes.

Nuño, cuya cuadra de carreras era su gran lujo, y que sabía calcular, comprendió prontamente que algunos premios sumados vendrían muy ventajosamente á compensar los gastos considerables que hacía. Además, su amor propio había sido singularmante halagado ál ver á sus caballos alcanzar victorias.

Era de tal modo de regla que sus colores no se mostraban jamás en el poste de llegada, que, aconsejado seguramente por Huberto, había realizado sumas considerables apostando por sus *outsiders*. Ahora ocupaba los periódicos de *sport*, y los *bookmakers* desconfiaban cuando aparecía su nombre en el programa. Con él podía tenerse siempre una sorpresa: un golpe de fortuna para los jugadores audaces, un golpe de ruina para los *gentlemen* de la cotización.

Huberto, muy arruinado cuando la señora del Peral le hizo conocer á Selim, había debido aprovecharse ampliamente de la dichosa suerte de la cuadra Nuño. Pero no se sabía nada de sus operaciones. Mostrábase muy misterioso, y, si jugaba, tenía testaferros que tomaban sus órdenes, de modo que él no apareciese nunca. De treinta y cinco años de edad, muy alto, con la tez encarnada de un inglés, la barba en abanico sobre el pecho, y hombros para cargar un toro, era todo un buen mozo.

Había estado mezclado en un negocio feo algunos años antes en el Petit-Cercle. Los mozos, al arreglar una noche la mesa de quince, habían descubierto barajas en las que las figuras y los ases estaban marcados con una señal casi imperceptible:

un punto de goma arábiga, colocado en la picadura, permitía reconocer las cartas al tacto. La junta, enterada, hizo una información.

Fué detenido un mozo de juego, y recayeron fuertes sospechas sobre cinco ó seis miembros del club, sin que apareciese ninguna prueba material contra ellos. Huberto era del número. En los seis meses siguientes, un Príncipe italiano se saltó la tapa de los sesos, y un joven barón, muy conocido, se expatrió.

En cuanto á Huberto; se batió dos veces con colegas que no habían estado cordiales con él, y los hirió tan gravemente, que desapareció la frialdad de las relaciones que todos mantenían con él. Justo es decir que había sido enérgicamente sostenido por sus amigos, que eran muchos y alborotadores, y por sus parientes, que eran muy respetables y muy influyentes. Su situación social quedó, pues, intacta; y si hubiera tenido fortuna, todos se habrían mostrado sensibles á su simpatía.

Cuando encontró á Nuño, estaba embarrancado. Seis meses después estaba otra vez á flote, y bogaba viento en popa. Desde el primer día tuvo para Ester muchas consideraciones, y se condujo respecto de ella con tacto. Tratábala con respetuosa franqueza, una especie de familiaridad cortés, moderada, de un gusto perfecto.

La joven no lo encontraba desagradable, y, viendo á su padre tan apasionado de él, puso buena cara á aquel nuevo favorito. Pero, á contar desde el día en que sorprendió los lazos que ligaban á Nuño con Manuela, todo lo que la linda portuguesa

había recomendado y patrocinado, se le hizo sospechoso, y el conde Huberto fué puesto en el índice. El no pareció notarlo, y siguió mostrándose atento con la joven, como si nada hubiera modificado los sentimientos de ella por él. Por lo demás, se habría dicho que aquello era una táctica concertada con la Sra. del Peral, porque ésta tenía respecto de Ester la actitud misma de Brucken. Sin duda se entendían.

Y aquel acuerdo de conducta, aquella unidad de miras, aquella complicidad en el acaparamiento de un hombre rico, daban á su carácter y á sus sentimientos aspecto tan peligroso que, si Ester hubiera tenido bastante experiencia para juzgar las cosas y conocer á las gentes, habría concebido desconfianza mucho más grave.

Al mismo tiempo que Brucken redoblaba sus cuidados con Nuño, Manuela rodeaba á Ester de más calurosa ternura. No podía dudar que alguna indiscreción habría puesto á su amiga al corriente de sus relaciones con Selim; pero fingía no notar el cambio operado en la actitud de la joven. Se hizo más zalamera, más dulce, hasta el punto de que á Ester, á pesar de sus prevenciones, costábale trabajo resistir á la seducción. Se habría dicho que la joven portuguesa se había propuesto dominar al padre y subyugar á la hija.

Debió prevenir á Selim de la importante modificación de los sentimientos de Ester, porque el padre tuvo durante algunas semanas actitudes de perro castigado, que afligían á su hija. Parecía que le pedía perdón de la pena que le causaba, y que

imploraba indulgencia para sus debilidades. Tenía una manera de besarla más apasionada que antes, en la que Ester adivinaba remordimientos, inquietudes y un inmenso deseo de tranquilidad.

Cuando Manuela estaba en su casa, en presencia de su hija, y ésta respondía friamente á los extremos de su amiga, Nuño era tan visiblemente desgraciado, que Ester tenia piedad de él, se reprochaba ser dura, mala, y se esforzaba por hacer mejor acogida á la portuguesa. Entonces el rostro de Selim se iluminaba; miraba á su hija con ojos llenos de reconocimiento; parecía decirle: «Sí, estás descontenta, y no te muestras tan amable más que por cariño á mí, pero ¡si supieras cuánto te lo agradezco, y cómo me pareces una hija tierna y dulce!»

Ester lanzaba un suspiro, y, medio avergonzada de sus concesiones, que juzgaba censurables, medio contenta de haber dado alguna alegría á su padre, á quien condenaba por ser tan débil, se iba al lado de la Srta. de Faverger á bañarse en la tranquila, sana é indulgente inocencia. Indulgente, sí, porque la excelente mujer no había tardado en darse cuenta de la turbación de su discípula, había adivinado sus causas, y un día que, en una hora de desolado abandono, Ester le confió su pena, en vez de lanzarla á la rebeldía, la animó á soportar la prueba con paciencia.

—Su padre de usted, hija mía,—le dijo,—tiene derecho á que usted lo respete á pesar de todo, y es obrar mal juzgarlo. Cuanto más vea usted el mundo, más adquirirá la certeza de que hay que saber cerrar los ojos sobre excesos que no se puede

remediar. Es una gran desgracia para usted ver su confianza defraudada por una persona por quien sentía amistad. Confieso que me he engañado tanto como usted acerca de ella... Pero en el estado actual de las cosas, ¿qué es lo que puede usted desear? ¿Que su padre regularice la situación y se case con la señora del Peral?

A estas palabras, pintóse gran perplegidad en el rostro de Ester. Enrojeció, y sus miradas se apartaron de las de la Srta. de Faverger. Como guardase silencio, la institutriz continuó:

—¿Preferiría usted que continuasen así sus relaciones?

—Si he de decir á usted la verdad,—respondió al fin la joven,—me sería muy penoso ver á Manuela ocupar, en esta casa el sitio de mi madre... Sé que es muy inmoral que tales relaciones continúen á mi vista, y, sin embargo, el pensamiento de tener que sufrir aquí la autoridad de la Sra. del Peral me es tan insoportable, que querría no tener que elegir. No es que el resentimiento me arrebate contra Manuela. Si antes de saber lo que ha hecho me hubieran hablado de un matrimonio entre ella y mi padre, esta idea me habría sido tan penosa... Sin embargo, tiene usted razón, y esta solución es la más conveniente.

—¿Cómo provocarla?

—Es imposible que parta de mí la iniciativa... El asunto sería muy delicado de abordar. Mi padre sólo puede tomar una decisión. Pero no decidirá nada sin consultarme...

—¿Cree usted que haya formado tal proyecto?

—El, no sé nada; pero ella, seguramente. Es ambiciosa, y le queda poca fortuna.

—Dejemos, pues, entonces que los acontecimientos marchen por sí mismos. Usted intervendrá, cuando se presente la ocasión, y para bien de todo el mundo.

Los acontecimientos habían seguido su curso natural, pero la situación no se había modificado en nada. Después de la semana de las carreras, Nuño, cuya cuadra estuvo particularmente brillante, se puso en camino para París, y pasó una semana en poner en claro los asuntos de su casa. Después se instaló en la Chevrolière, donde inauguraba la caza con algunas escopetas escogidas.

He aquí por qué, andando lentamente por la alameda bordeada de boj del parterre á la francesa, Ester estaba triste. A lo lejos sonaban tiros, de cuando en cuando, como fuego de guerrillas. La joven los escuchaba distraída. Volvía hacia el castillo, cuando se abrió una ventana del entresuelo y asomó la Srta. de Faverger.

—¿Qué tal? Ya oye usted, Ester, el ruido que hacen nuestros cazadores... Pienso que su padre estará contento esta noche... Todo parece ir á su gusto...

—¿Pero no sale usted de su cuarto, mi buena Faverger?—dijo la joven, sin responder á lo que decía su institutriz.

—Sí: ya bajo. Espéreme usted ahí... Y, como ha indicado su padre, daremos en el cesto una vuelta por el parque, del lado de la llanura...

—Si eso le agrada á usted... Pero ya sabe que no

conozco bien los caminos, y de ninguna manera los límites...

—¡Poco importa! Si nos perdemos preguntaremos el camino.

—No ignora usted que tenemos vecinos bastante mal dispuestos...

—¿Qué quiere usted que digan á dos mujeres? ¿Se hace usted miedosa?

—No. Venga usted y hágame el favor de tomar mi sombrero en mi cuarto; yo voy á las caballerizas á dar orden de que enganchen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

El castillo de la Chevrolière, situado en el departamento de Sena y Marne, á ocho leguas de París, á media hora de la estación de Lagny, entre Thorigny y Annet, es una bella construcción de la época de Luis XIII, situada en una altura desde donde domina las orillas del Marne y las laderas de Lesche.

Un parque de cien hectáreas, célebre por sus admirables bosques, lo rodea, atravesado por anchas avenidas, las cuales convergen todas á una plazoleta adornada con una mesa de granito, llamada la «encrucijada del Gran-Montero». Un riachuelo que desciende de un estanque escondido en medio de los bosques, cruza la finca, y va á lanzarse en el Marne enfrente de Chalifert.

Donado por Carlos IX, después de la Saint-Barthélemy, el marqués Hervé de Pont-Croix, que se había distinguido por su celo en aquella sangrienta noche, la tierra de la Chevrolière quedó, desde aquella época, en la familia del terrible degollador de hugonotes. Destruido á cañonazos, entrado á saco por los lansquenetes de Mayenna, después de un combate con las tropas del Bearnés durante el

sitio de París, el castillo fué reedificado con arreglo á los planos de Santiago Debrosses, el célebre arquitecto que construyó el Luxemburgo. Saqueado durante la Revolución, cuando el marqués de Pont-Croix estuvo emigrado, ha conservado, sin embargo, bastantes bellos vestigios de su pasado esplendor. Las chimeneas de mármol esculpido del salón de honor y del comedor, han sido restauradas; los admirables *panneaux*, representando cacerías, que turbas salvajes habían mellado á sablazos, tienen sus heridas cicatrizadas por manos hábiles.

Las maderas quemadas en parte, los techos agujereados por las balas han sido rehechos inteligentemente. Tal como se presenta hoy, con su mobiliario antiguo cuidadosamente reconstituído, figura entre las más bellas residencias de las cercanías de París.

Hasta 1887 la finca estuvo en la familia de Pont-Croix. El último marqués, Clemente, tuvo que deshacerse de ella á consecuencia de la quiebra de la Unión, que se tragó la mayor parte de su fortuna. La desastrosa liquidación puso al joven á merced de los compradores, y, para evitar una venta judicial, que habría sido más ventajosa, pero que repugnaba á su orgullo, el Sr. de Pont-Croix dió por un millón cien mil francos, pagados al contado, el castillo, el parque, 150 hectáreas de tierras y bosques, no reservándose más que una ínfima porción de aquella propiedad donde había nacido, donde había vivido, y á la que tanto amaba.

Esta porción, un retazo de cuarenta hectáreas, pegado al antiguo pabellón de las oficinas de la

administración, conocido con el nombre de la Encomienda, se extendía hasta los bordes del Marne. Era una especie de erial en la que se veían algunos grupitos de álamos y pinos. Una hierba amarilla, retama y juncos, esto era lo único que podía prosperar en aquel terreno calizo, siempre seco y desprovisto de frescura. Para el cultivo era la peor parte del dominio; para la caza era la mejor: por esto se la había reservado el marqués Clemente. El pabellón, construído de ladrillo, excepto los ángulos, en los que se había empleado la piedra, ofrecía un aspecto bonito, que le daba en mucho el hallarse circundado por un bosque de hayas seculares. Una calle le separaba de la propiedad y casi lindaba con la aldea de Précigny. Residencia encantadora, sencilla, libre de gastos, oculta á las miradas curiosas, un coto siempre dotado de caza en abundancia, y el río al pie con sus escarpados ribazos plantados de sauces, bajo la sombra de los cuales se resguardaba la lancha de pescar.

Tal era la vivienda del marqués desde que se arruinó; lejos del mundo, asistido por una antigua doméstica que le había criado, á cargo de la cual corría el papel de cocinera, maravillosamente desempeñado, y servido por un ayuda de cámara, *factotum* precioso, que lo mismo sabía sacar brillo á los suelos, que echar pienso á los caballos, cultivar la huerta, amaestrar los perros, tender las redes, y en caso necesario ponerse al acecho de una liebre, si á la Srta. Constancia se le ocurría confeccionar un pastel. Muy amigo de divertirse y de andar á salto de mata, algun tanto propenso á cazar

en terreno vedado, devotísimo á su amo hasta la muerte, Celestino era el perfecto modelo del servidor que vale para todo, del servidor astuto y atrevido que, en el orden civil, corresponde al zuavo en el orden militar. Pasar de doscientas mil libras de renta á una suma que no excedía de ochocientos francos por mes; no tener por todo lujo más que los despojos de su elegancia anterior, tal era la situación que, de un día á otro, había tenido que afrontar el joven Mr. de Pont-Croix. Ni como hombre galante, ni como hombre de talento, le faltó la resignación necesaria. Pudiera haberse quedado en París con su pequeña renta, alquilar un cuartito y hacer la vida de círculo. Le repugnó esta indigencia dorada. Presentó su dimisión en el Jockey, en la Rue Royale y en la Unión; anunció con altivez á sus amigos que iba á retirarse á los alrededores y les advirtió que serían bien recibidos aquellos que quisieran visitarle. Luego, llevándose los elementos precisos para amueblar elegantemente su casita, y dos excelentes caballos, uno para silla y otro de tiro, se instaló en la Encomienda, dispuesto á tomar filosóficamente las cosas tal como el tiempo las traía.

Desde los primeros días había empezado á vivir como era menester para no morir de tedio en aquel desierto: había sacado de la caja un par de excelentes escopetas—con las cuales tenía matadas más palomas que libras le quedaban de renta—y se dedicaba á cazar desde por la mañana hasta por la noche. Sus cuarenta hectáreas, bien lo sabía él cuando se las había reservado, se hallaban en las

inmediaciones del monte de la Chevrolière, y la caza, atraída por la sequedad del suelo y por la retama, acudía á la Encomienda con notoria predilección. En cuanto llovía, las liebres iban á acostarse sobre el pedrusco, ó bajo los chaparros de espinos negros; los faisanes se dirigían á las mimbreras de la charca, donde en todo tiempo encontraban moscas que devorar; en los grandes matorrales siempre se veía uno ó dos corzos sobre quien tirar. Y Clemente, que nunca desperdiciaba la ocasión, raras veces se volvía á casa sin una pieza de pluma ó pelo.

Cazador tan terrible, á quien no se le veía de vuelta con el morral vacío, apenas comía los animales que mataba, y si lo hacía alguna vez, era por no desagradar á la Srta. Constancia cuando se esmeraba en la preparación de un plato digno de un obispo, ó elaboraba un pastel irreprochable.

Puede decirse que de la caza se alimentaba la aldea de Précigny, á cuya jurisdicción pertenecía la Encomienda, haciendo además regalos á los colonos y pequeños propietarios de las tierras por donde transitaba con absoluta libertad.

En cuanto al cura, tenía la delicada atención de proveerlo de peces todos los viernes, á lo que el digno hombre era muy sensible.

Las gentes del país, que habían conocido al señor de Pont Croix muy pequeño, y le llamaban con respetuosa familiaridad Sr. Clemente, encontraban interesante la pobreza de aquel noble que vivía como un campesino en medio de ellos.

Le habían ofrecido nombrarlo alcalde, y con seguridad lo habrían empujado al Consejo general. Pero Pont-Croix que había renunciado á sus ambiciones mundanas, no pensaba reemplazarlas con miras electorales. Ni siquiera era consejero municipal, y pasaba el tiempo en correr campos y bosques, en compañía de su perra Meta, un precioso animal blanco y negro que no tenía igual en un departamento que recorren los mejores cazadores de Francia, ó bien en pescar en su barca, conducida por el fiel de Celestino, que sobresalía en poner un sedal de carpa ó en descubrir los mejores sitios para echar el anzuelo.

Cuando hacía mal tiempo, ó cuando la vida al aire libre lo había cansado, se metía en un estudio que había arreglado en el segundo piso de su pabellón, y pintaba.

No se aburría. Aceptaba invitaciones en los castillos de los alrededores, porque no lo había agriada la desgracia, y mostraba fácilmente su hermosa y graciosa cara, curtida por el viento y el sol.

Llevaba á las dueñas de la casa, para corresponder á sus obsequios, ramos de orquídeas, célebres en el departamento, que Celestino cultivaba con arte particular en una pequeña estufa, y, el día de Año Nuevo, enviaba á sus bellas y fieles amigas soberbias cajas de bombones. De su vida pasada había conservado la costumbre de no aceptar un obsequio sin devolverlo. Y sus almendras y sus pastillas de chocolate eran recibidas con enternecimiento, porque se sabía lo raro que era en él el dinero que habrían costado aquellas futilidades.

De todos modos tenía siempre gran aire, y cuan-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

do pasaba en su faetón, por la carretera, con Celestino de librea, detrás de él, no se le habría tomado por un pobre diablo. Tenía treinta y tres años: no era muy alto, pero sí muy bien formado. Apasionado por todos los ejercicios corporales; gran tirador de armas; sobresaliente en la pelota; notable en el polo, y remando, durante horas, al sol, sin rendirse, se había hecho así músculos de hierro.

Por espacio de diez años había dirigido todos los cotillones del gran mundo, y aún se recuerda aquel baile de trajes en casa de la Princesa de Faucigny, donde apareció vestido de Romeo, con sus armas bordadas sobre la cadera izquierda en el calzón gris, ceñido el cuerpo en un jubón de terciopelo de Génova rosa pálido, rubia la melena flotando sobre sus hombros, y con sus ojos negros, su barba rubia algo rizosa, varonil y hermoso como debió serlo el amante de Julieta.

Seguía siendo hermoso, pero era algo más serio. Se había borrado la dulzura de sus rasgos. Veíase que había sufrido. Generalmente se le encontraba mejor. Las mujeres enloquecían por aquel Pont-Croix virilizado por la desgracia. Si hubiera querido, habría podido consolarse de su ruina con asombrosas buenas fortunas, ó casarse con alguna joven riquísima. Pero era rebelde al matrimonio.

Su tía, de quien no era desgraciadamente el heredero, la condesa de Prameillan, le había encontrado una americana dotada fabulosamente, contra lo acostumbrado en esas jóvenes misses, que no tienen nunca gran fortuna hasta la muerte de sus

padres. Pero rechazó la proposición, y ni siquiera quiso ver á la candidata.

El año antes, en el castillo de Hermières, durante la comida y la *soiree* que siguieron á una cacería en la que había matado, por su parte, doscientas piezas, produjo á la encantadora baronesa de Sauveranges, viuda sin hijos y muy joven, impresión tan viva por su buen humor y su gracia, que ella había removido cielo y tierra para conseguir que lo atrajeran á París sus amigos, con objeto de volver á verlo. Clemente se negó á regresar á la capital.

—¿No querrás, sin embargo, volver á la cabeza de un ejército y entregarle á los horrores del pillaje para vengarle de haber sido desplumado?—le había dicho su primo, el barón de Prefond.—¿Por qué huyes de la gente y rehusas las ocasiones?

—No huyo de las gentes,—había contestado Clemente,—puesto que voy á tu casa de Quincy lo menos tres veces al año para tirar á tus corzos, y no rehuyo las ocasiones, puesto que esa amable baronesita de Souveranges ha tenido tiempo de hablar y de bailar conmigo, aunque yo tenía aquella noche seis leguas en el cuerpo... Pero es mucho exigir á un pobre hombre querer que vaya á vuestras casas á matar vuestra caza y á casarse con vuestras invitadas.

—¿De modo que no te gusta?

—No, no me gusta. Tiene cien mil libras de renta. ¿Querrías que yo, Clemente de Pont-Croix, que me he dejado devorar doscientas como un memo, tratara de rehacerme, tan miserablemente, con un

matrimonio? ¡Y con una viuda! ¿Por qué no una vieja solterona?

—Entonces ¿nada hay que esperar de ti?

—Nada absolutamente. Soy muy feliz. Vivo en verano con mis antiguos amigos, como si nada malo me hubiera sucedido. Los amos no me tratan por completo como arruinado, y los criados tienen todavía consideraciones. En invierno llevo la existencia más activa: evito el calor mortal de los círculos, el horrible fastidio de las primeras representaciones, y la monotonía soporífera de las grandes comidas. Por la noche, cuando ha llovido todo el día, medito sobre el sentido de la vida, y encuentro que los escritores pesimistas son puros idiotas, porque la existencia, aun después de los reveses que he sufrido, está llena de horas buenas. Me acuesto con las gallinas y me levanto con los gallos; no tengo ni tiempo de aburrirme, y cuando he matado una docena de conejos, una liebre y un par de faisanes, me estimo tan satisfecho como si hubiera hecho la gran serie al *baccarat*. Y al día siguiente no me duele la cabeza. Así, tú y los demás, no me atormentéis. ¡Dejadme gozar en paz de mi libertad: la amo, y no le haré traición por una viuda.

Al hablar así era sincero; se juzgaba feliz. Lo que contribuía á su dicha en gran medida, es que a Chevrolière no encontraba comprador. La banda negra, que había hecho un buen negocio al comprarla, quería hacerlo mejor todavía al venderla, y sus pretensiones eran enormes. En vez de hacer parcelas la finca y facilitar su compra en pequeños

lotes á los solicitantes, la había redondeado con una granja de cien hectáreas y sesenta de bosque, y constituído así una posesión verdaderamente regia. El precio pedido subía á 2.500.000 francos, y no parecía demasiado exorbitante.

¿Pero quién, en este tiempo de aminoramiento de las grandes fortunas patrimoniales; en el momento en que la nobleza, agotada por haber querido sostener su tren sin aumentar jamás sus recursos, está casi arruinada, quién podía comprar la Chevrolière? Un nabab extranjero, algún industrial recién enriquecido, ó un emprendedor de grandes negocios.

No era fácil descubrir el pájaro dorado que se dejaría arrancar una pluma del ala por aquellos estimables tratantes de bienes, y el castillo seguía sin vender. Pero las granjas producían el 3 por 100, las cortas de madera se adjudicaban fácilmente, y no había peligro en la demora.

Entretanto, Clemente no pasaba nunca por delante de las ventanas de su antigua habitación sin sentir en el corazón un extremecimiento de alegría al ver las persianas cerradas y el castillo como muerto de haber perdido su señor. Había en aquello, de su parte, reconocimiento á las cosas, y amaba más tiernamente aquellas tierras, aquellos bosques, recorridos desde la infancia, y que parecían haberle tomado afecto hasta el punto de no querer agradar á otro.

Una tarde de febrero en que volvía de caza, entre dos luces, con dos becadas en el bolsillo de su chaquetón, al desembocar en el camino de Précig-

ny, en la linde de un bosque que pertenecía al común, su perra, Meta, que iba delante de él, se paró y dió dos ladridos.

Clemente miró alrededor suyo, y vió una forma negra acurrucada junto á un tronco. Adivinó un hombre al acecho de una liebre á la salida del tallar, y se adelantó para ver quién era.

A su aproximación, el hombre, que tenía tan buena vista como él, se irguió, se colgó la escopeta al hombro; y echó andar por un prado hacia la carretera. De este modo se le podía reconocer.

—¡Ah! ¿Eres tú Briffaut?—dijo el marqués.—Te he interrumpido. El sitio es bueno.

—No me ha interrumpido usted, señor Clemente,—respondió el cazador furtivo.—Lo vi venir por la carretera, reconocí su paso; si no hubiera querido ser visto me hubiera tendido en el suelo.

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí; algo que le interesa á usted y á mí también, salvo su respeto... Hace poco, en el mercado de Lagni, el notario de Chelles ha anunciado que ha sido vendida la Chevrolière.

Por dueño de sí que fuera Pont-Croix, extremecióse á aquel golpe inesperado y, durante un momento, permaneció silencioso, trastornado su espíritu, como bajo la amenaza de una gran desgracia.

—Parece—continuó el cazador—que los marchantes han cogido á un gran banquero de París que les da su precio... Esto va á cambiar endiabladamente el país. La caza no será tan libre como antes; por que usted, Sr. Clemente, usted no ha

atormentado nunca á los buenos muchachos que venían á disparar un tiro en sus linderos. Y los guardas, desde la venta de la finca, no eran muy duros en su servicio. ¡Bah! De todos modos se encontrará pluma y pelo, y la Encomienda será siempre la despensa de la Chevrolière.

Oyóse un silbido á 300 ó 400 metros del sitio donde hablaban los dos hombres.

—¡Ah! Es Rabassón, que me llama,—dijo Briffaut.—Habrá visto faisanes en el ramaje... Vamos á bajar las cometas.

—¿Cazas con Rabassón?—dijo Pont-Croix, saliendo con esfuerzo de su estupor.—Haces mal, es un tunante... No caza sólo con escopeta; pone lazos, y es hombre abonado para hacer una mala partida... Tú eres un buen muchacho; te has portado bien durante la guerra... Te he visto en el fuego cuando estábamos en la móvil... ¿Y te has echado por compadre á un perdido?...

—Lo sé, Sr. Clemente,—respondió Briffaut rascándose la cabeza con embarazo;—mi madre me ha dicho todo eso... Es verdad. Pero, sabe usted es difícil no alternar... Se vive puerta con puerta, se encuentra uno... «¿Vienes?» Teme uno hacer un desprecio. Se va, y poco á poco se es camarada.

—Caza solamente de día; el término comunal es grande... Así no encontrarás á Rabassón, que no trabaja más que de noche.

—Sí, sin duda. Pero el acecho, mire usted, cuando se ha mordido en la cosa, ya no puede uno pasarse sin ello... ¡No hay nada igual!... Oir una liebre ó un corzo que llega por el bosque, que se detiene

en el lindero, que mira antes del saltar al rastrojo... apuntarle... y luego verlo rodar por la hierba... ¡Es el placer más grande que hay en el mundo!

—¡Eres un loco!... Acabarás mal.

—¡Oh, no, Sr. Clemente! Yo no levantaré nunca la mano sobre un hombre, ya lo sabe usted... no se mata más que caza.

Otro silbido más estridente, como impacientado, resonó en el bosque. Briffaut saltó la cuneta, y, quitándose la gorra:

—Buenas noches, Sr. Clemente, aquél se cansa...

—Ve á acostarte, Briffaut, es lo mejor que podías hacer.

El cazador furtivo desapareció en la oscuridad creciente, y Pont-Croix siguió su camino. Ya no iba con el mismo paso alegre. Habia caido sobre él un gran peso, rompiendo el resorte de su energía. Andaba, inclinada la cabeza, dolorosamente abatido.

¡Vendida la Chevrolière! El último lazo que le unía al pasado quedaba roto brutalmente. En tanto que el castillo había estado vacio, no había tenido el sentimiento de su desposesión absoluta.

Por la primera vez, al saber que se instalaría en su casa un propietario único, cuyo nombre se sabría, que no sería impersonal, como la banda negra, sintió en el corazón un desgarramiento. Parecióle que sólo ahora era cuando ya no le pertenecía la Chevrolière.

Comió mal, con gran asombro de Constanza, que recogió los platos, tocados apenas, y que preguntó ansiosamente á Celestino. Pero Pont-Croix

no había pronunciado una palabra, y el fiel servidor no pudo dar informes á la cocinera. El señor no estaba enfermo; sólo parecía preocupado.

Clemente pasó la noche paseándose por su cuarto, fumando y dando vueltas á las ideas más penosas. Se reprendió duramente por haber cometido la locura de querer aumentar, por la especulación, la fortuna que le había dejado su padre. ¿No era cosa que daba pena un Pont-Croix embarcado en negocios de Bolsa, manejando títulos, metido en las cotizaciones de valores, siguiendo el alza y la baja con solicitud?

Y todo ello para llegar, ¿á qué? A la ruina. ¡Bonita campaña, y qué bien conducida! ¡Querer luchar gentes de mundo con personajes de la banca!... ¡Podían pagar demasiado cara su presunción!

Durante algún tiempo había creído triunfar. El sindicato de los banqueros, que luchaba contra ellos, dirigido por Selim Nuño, los Oppenheimer, los Goldstein, estuvo un instante en derrota. Pero aquellas gentes eran demasiado ricas, demasiado hábiles, demasiado poderosas para que se pudiera triunfar de ellas, y la última batalla había asegurado su triunfo. Primero habían recobrado sus pérdidas, y, al final, recogido los despojos de sus adversarios. Las gentes de la alta sociedad estaban aplastadas, y los banqueros se llenaban de orgullo.

Los Oppenheimer compraron en junto la cuadra de carreras del duque de Bligny, los Goldstein se quedaron con el yate de vapor de Champ-Dieu, un

barco que había costado 1.800.000 francos en el astillero, en Inglaterra, y que tenía un andar excepcional. En cuanto á él, Pont-Croix, vivía en la casa de su antiguo administrador, entre un ayuda de cámara-cochero y una cocinera, y todo esto por su culpa.

¡Ah! ¡En buena situación estaba para dirigir reproches á Briffaut sobre su conducta! ¿No había él tenido peores compañías, y la sociedad de corredores, con quienes jugaba al alza, no estaba más gangrenada, no era más viciosa, más baja que la de los cazadores furtivos de profesión? Subióle al corazón una ola de amargura, y siguió sin acostarse, dando paseos, asustando á sus adictos criados con aquella vigilia no acostumbrada.

Al día siguiente no pudo contenerse, y queriendo saber á toda costa lo que había de verdad en la noticia, se decidió á ir á casa del notario que la había esparcido. Bajaba, cuando Celestino se le acercó, llevando en una bandeja las cartas y los periódicos. Pont-Croix cogió el *Echo de la Brie*, y lo abrió maquinalmente. En la primera plana saltóle su nombre á los ojos, y leyó este suelto:

«Un millonario más en Sena y Marne. La posesión de Chevrolière, que había pertenecido por espacio de tanto tiempo á la familia de Pont-Croix, acaba de ser comprada por el Sr. Selim Nuño, el conocido banquero. ¡Ferriers, Armainvilliers, la Chevrolière! Si á esos señores se les antoja, el camino de París estará pronto empedrado de oro.»

Cayósele el periódico de las manos á Clemente, que dió algunos pasos á la ventura, y luego se sentó junto á una ventana y se quedó en profunda meditación. De modo que, no sólo estaba vendida la Chevrolière sino además vendida á Nuño. Un capricho del destino hacía pasar á manos del vencedor los despojos del vencido.

El triunfo del sindicato, que había arruinado á Pont-Croix, se acentuaba más brutalmente todavía con la llegada á la Chevrolière del que había dirigido ostensiblemente la campaña financiera. Por la primera vez en su vida, Clemente, que había soportado su ruina con corazón firme, sintió un movimiento de odio. No pudo evitar el maldecir al que tomaba posesión de lo suyo y lo pagaba con el mismo dinero que le había arrebatado.

Se le hizo insoportable la idea de ver aparecer á Nuño en el país. Pensó alejarse. Hacía tiempo que unos parientes de su madre le estaban invitando á que fuera á visitarlos á Escocia.

De la noche á la mañana hizo su equipaje, atravesó París y desembarcó en Glascow.

Estuvo tres semanas pescando truchas y salmones en los lagos, corriendo los *moors* en busca de gallos silvestres. Hizo algunos tiros soberbios; sacó del agua monstruos de escama de plata; luego, una mañana, le acometió la nostalgia de su rincón campestre, de su estrecho río, de su modesto pabellón, de sus adictos servidores, y partió como había ido, vivamente echado de menos, en mucho tiempo no olvidado; tanta gracia, atractivo, destreza y vigor había mostrado á todas las personas entre las cuales había vivido.

Cuando regresó á la Encomienda, encontró la

Chevrolière habitada y el país maravillado del numeroso personal, de los suntuosos carruajes, de las deslumbrantes libreas, del lujo, en fin, que del castillo comenzaba á desbordar por los alrededores, dejando por todos los caminos un prolongado rastro de dinero fastuosamente gastado.

Clemente lanzó un suspiro, se reinstaló pero se hizo más solitario, se apoltronó más, como si hubiera tenido empeño en evitarse el espectáculo del tren regio que llevaba el que lo había desposeído.

III

Rodando blandamente sobre el suelo elástico de las alamedas del bosque, el cesto, tirado por dos *poneys*, llevaba á Ester y á la Srta. de Faverger hacia el punto de cita de la cacería. El ruido de las detonaciones guiaba á la joven. Por momentos, aquello era por encima de los tallares, como descargas de fuegos de pelotón que llegaban á los oídos de las paseantes.

La joven no fustigaba á su tiro; no tenía prisa de llegar. Y la expedición que hacía por aquella arboleda, llena de sombra, de frescura y de silencio, en compañía de su institutriz, era el placer más grande que pudo tener en el día. Lo sabía bien, y dejaba flotar las riendas sobre los lomos de sus dos caballitos, que, atormentados por las moscas, se azotaban los flancos con las crines, y sacudían la cabeza, agitando la cola de zorra suspendida entre sus orejas. En el asiento trasero, un lacayo impasible se cruzaba de brazos.

El carruaje había pasado la encrucijada de la Mesa, y seguía una trinchera verde, recta, bordeada de árboles magníficos, de donde salían graznando, para ir á posarse cien metros más allá, maricas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Chevrolière habitada y el país maravillado del numeroso personal, de los suntuosos carruajes, de las deslumbrantes libreas, del lujo, en fin, que del castillo comenzaba á desbordar por los alrededores, dejando por todos los caminos un prolongado rastro de dinero fastuosamente gastado.

Clemente lanzó un suspiro, se reinstaló pero se hizo más solitario, se apoltronó más, como si hubiera tenido empeño en evitarse el espectáculo del tren regio que llevaba el que lo había desposeído.

III

Rodando blandamente sobre el suelo elástico de las alamedas del bosque, el cesto, tirado por dos *poneys*, llevaba á Ester y á la Srta. de Faverger hacia el punto de cita de la cacería. El ruido de las detonaciones guiaba á la joven. Por momentos, aquello era por encima de los tallares, como descargas de fuegos de pelotón que llegaban á los oídos de las paseantes.

La joven no fustigaba á su tiro; no tenía prisa de llegar. Y la expedición que hacía por aquella arboleda, llena de sombra, de frescura y de silencio, en compañía de su institutriz, era el placer más grande que pudo tener en el día. Lo sabía bien, y dejaba flotar las riendas sobre los lomos de sus dos caballitos, que, atormentados por las moscas, se azotaban los flancos con las crines, y sacudían la cabeza, agitando la cola de zorra suspendida entre sus orejas. En el asiento trasero, un lacayo impasible se cruzaba de brazos.

El carruaje había pasado la encrucijada de la Mesa, y seguía una trinchera verde, recta, bordeada de árboles magníficos, de donde salían graznando, para ir á posarse cien metros más allá, maricas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de vuelo tembloroso. De cuando en cuando veían un corzo ó una liebre, parada con curiosidad, saltaba, mostrando en su bote de susto, el pelaje argentado de sus flancos.

Al final del camino, Ester, guiada siempre por el ruido de los disparos que se acercaban sensiblemente, llegó á un puente de piedra, que cruzaba con su arco único el riachuelo que corría claro y fresco bajo las ramas. Franqueado el puente, el camino hizo recodo durante un centenar de pasos, y luego apareció cortándolo una barrera oscura. El lacayo saltó á tierra y se puso á hacer virar la viga que obstruía toda la anchura del camino, pero estaba fija en una muesca de hierro y resistía á sus esfuerzos.

—Sin duda hay una manera de tirar ó de empujar para abrir esta barrera, y nosotros no la conocemos,—dijo Ester.—Nunca me he aventurado por aquí.

—Pero, hija mía,—insinuó la Srta. de Faverger, —¿está usted segura de estar, al otro lado de esa viga, todavía en su casa?

—No sé nada absolutamente...

—Si la señorita me lo permite,—dijo el lacayo,—creo que estamos en el camino de Précigny por la Encomienda... Esto es lo que estaba escrito en un rótulo, junto á la encrucijada que hemos cruzado hace un momento... Por lo demás, he aquí un hombre que viene por el sendero; sin duda podrá informarnos...

Un hombre venía, en efecto, por una senda á través de la espesura. Se acercaba pesadamente,

cargado de redes que pendían de su hombro; bastante pobremente vestido, con un chaquetón de lienzo oscuro. Un gran sombrero de paja, descolorido por la lluvia y el sol, ocultaba su frente inclinada, é impedía distinguir sus rasgos. Sin parecer cuidarse de los paseantes detenidos ante la barrera, saltó ligeramente un foso, y siguió por el camino cerrado al carruaje.

—¡Eh, amigo!—gritó el lacayo.—Haga usted el favor de esperar un momento...

Volvióse con un movimiento de dignidad herida, miró silenciosamente al que le hablaba, sonrió irónicamente, y, dejando caer á tierra sus redes, se acercó.

—Caballero,—dijo Ester con su voz grave;—nos encontramos muy embarazados. Sin duda usted conoce el país: ¿sería usted tan bueno que nos dijera dónde estamos y por dónde podemos pasar?

Quitóse el hombre el sombrero, descubriendo un rostro curtido, coronado de cabellos cortados muy cortos, encuadrado en una barba rubia, iluminado por ojos soberbios, y que no era seguramente el de un patán. Sonrió, mostrando entre sus finos labios, blancos dientes, y contestó:

—Está usted, señorita, en el límite de las tierras de su señor padre y de la Encomienda... ¿Adónde quiere usted ir?

—Quisiera ir á reunirme con los cazadores, de quienes oímos en este momento los disparos, y que deben dirigirse á la Cruz de Piedra...

Llenóse de sombras la frente del pescador, escuchó un instante los ruidos que traía la brisa, por

30644
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

encima de los grandes bosques, y con voz agria dijo:

—Sí: en este momento están en las veinticuatro fanegas, y se dirigen hacia Précigny...

Bajó el tono, y con gran cortesía:

—Señorita, es preciso que cruce usted la Encomienda... Esto le evitará volver á subir hasta la Tabla... Voy á enseñar á usted cómo se abre la barrera... Tiene un secreto para impedir á los leñadores circular á su capricho y estropear las avenidas...

Oprimió una clavija de hierro, y la viga, saliendo de la muesca, giró lentamente sobre sus goznes.

—Cuando usted quiera pasar por aquí, señorita, —añadió con una sonrisa,—esto es lo que tiene usted que hacer.

—¿Pero no se quejará el propietario?

—El propietario ha hecho siempre todo lo que ha podido para no disgustar á una mujer.

—Es un buen vecino. ¿Cómo se llama?

—El marqués de Pont-Croix.

—¿El antiguo propietario de la Chevrolière?

—Sí, señorita.

Inclinóse ligeramente, volvió á cargarse las redes sobre el hombro, y, sin añadir una palabra, siguió su camino. Ester hizo pasar el carruaje por la barrera abierta, el lacayo colocó en su sitio la viga, volvió á subir á su asiento, y los caballos echaron á andar.

Al cabo de un instante, la hija de Nuño rompió el silencio, y volviéndose al criado:

—¿Sabe usted cómo es el marqués de Pont-Croix?

—No, señorita, nunca le he visto, y no he oido hablar de él más que en la repostería.

—¿Se dice si es joven?

—Sí, señorita... ¡Oh! Un famoso cazador, á lo que parece, y un caballero de primer orden.

—¿Qué piensa usted, hija mía?—preguntó la señorita de Faverger.

—Sospecho—dijo Ester—que es el marqués el que acabamos de encontrar.

—¿Ese hombre tan descuidado, y cargado de redes?

—Sí, mi buena Faverger... Usted me ha enseñado que el hábito no hace al monje.

—Sin duda, pero el hábito era demasiado miserable.

—Volvía de la pesca... ¿No vió usted el otro día en qué estado estaba el Sr. de Termont cuando quiso mostrarnos cómo se lanza el esparavel?... Todo el fango del estanque cubría sus hombros. En todo caso ese pescador no es un campesino: tiene demasiado buenas maneras...

—No lo he mirado...

—Cuando oyó la descarga de nuestros cazadores, se contrajo su rostro, y dijo con amargura: «Están en las veinticuatro fanegas.» Se notaba en su acento la pena del propietario desposeído... Se dice que es pobre...

—Arruinado por el *krack*.

Ester ahogó un suspiro: aquel *krack* que había arruinado á tantas gentes, había aumentado más la fortuna de su padre. Recordaba las explosiones de su alegría cuando la catástrofe final abatió á los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

especuladores al alza. Después de tantas inquietudes, se volvía loco de gozo. Pont-Croix era de los que habían tenido que despojarse de toda su fortuna para pagar sus diferencias. Y precisamente en el dominio patrimonial del noble era donde Nuño hacía ostentación del orgullo de su riqueza.

El delicado corazón de Ester tuvo la percepción muy clara de la sorda animosidad que el marqués alimentaba contra Nuño. Pensó que, á menos de ser un ángel de resignación y de dulzura, el joven debía tener horror al que se colocaba en su sitio. Sintió vergüenza de verse tan rica, cuando el antiguo dueño de la Chevrolière estaba tan pobre.

Mecida por el trote cadencioso de sus *poneys*, soñaba, y el rostro enérgico de Clemente volvía á pasar ante sus ojos porque le agradaba que fuera él el que acababa de encontrar. Aquella cortesía, aquella amabilidad, que hacían olvidar al joven quien era ella, para no mirarla más que como una mujer con la que debía mostrarse solícito y amable, en otro habrían sido ordinarias, pero en él, ¿no tenían un valor y un precio completamente particulares?

Experimentaba algo de enternecimiento, y como alegría. Para esta joven de sentimientos refinados, que vivía en un medio donde triunfaban los apetitos materiales, el descubrimiento de aquella alma, que juzgaba orgullosa y dolorida, era una satisfacción muy viva. E instintivamente sus simpatías iban á aquel desconocido.

Fué sacada de su meditación por la entrada del carruaje en la claridad de la llanura. Salía de los

bosques oscuros y frescos, y desembocaba en medio de campos completamente blancos, llenos de sol. En una inmensa pieza de trébol, los cazadores, á 300 pasos del camino, se adelantaban en fila, el centro formado por Nuño, Faucigny y la Sra. del Peral, un poco detrás los criados entre cada cazador, y en las alas, los guardas, que marchaban de manera á levantar la caza y mantenerla delante de los tiradores.

A cada momento partían, aisladas ó en bandadas, las perdices, fatigadas ya por muchos vuelos, y subían al cielo pequeñas humaredas acompañando la detonación seca de la pólvora. Los cuatro *retrievers* negros recogían metódicamente las piezas abatidas, y la línea seguía avanzando lentamente, haciendo fuego con todas sus escopetas, en una excitación de carnicería.

En el camino, el carruaje de la caza llevaba colgados de sus ganchos de hierro las rojas liebres, las perdices grises, los faisanes de dorada pechuga y de blanca corbata.

Ester, encantada del espectáculo que ofrecía aquella bella estrategia cinegética, seguía con las miradas las peripecias de la caza. En el ala derecha, un tirador, vestido de blanco, mataba, á cada tiro, su pieza. A cada momento, saltaba delante de él un pájaro asustado con un grito estridente; volaba quince metros, y herido por el plomo, caía como una pelota en el trébol rosado.

El guarda que iba á su derecha, pasaba prontamente la escopeta cargada, y tomaba la descargada. Luego volaba otro pájaro, á veces una banda-

da: entonces dos tiros y dos víctimas. Y tranquilo, sin emoción aparente, sin hablar, con una regularidad mecánica, el cazador seguía su marcha hacia adelante.

Como Ester palmoteara, en un arranque de entusiasmo, el lacayo dijo:

—Es el conde de Brucken .. No desperdicia un tiro nunca.

—¿Y la Sra. del Peral?—preguntó la Srta. de Faverger?

—Allí en medio,—dijo Ester;—al lado de mi padre... Mire usted: ahora se echa la escopeta á la cara, tira; ha marrado el tiro; Faucigny dispara... cayó...

—¡El señor príncipe ha apoyado el tiro!—murmuró el lacayo. Y añadió en voz baja:—Si la señorita quisiera apearse, la Cruz donde es la cita, no está más que á cien metros de aquí... Acaso sería esto más prudente á causa de los caballos, á los que podrían asustar los disparos.

—Bueno. Mi buena Faverger, dejemos aquí el cesto, y en marcha.

Por la linde del bosque, á la altura de la línea de los cazadores, las dos mujeres siguieron un camino bordeado de tomillo y de romero, que, al sol, esparcían un suave olor.

Delante de ellas, en la encrucijada del camino que cruzaba la llanura, un grupo de gentes movíase alrededor de un furgón, bajando cajas, cestas, una mesa. Eran los criados preparando el *lunch*.

Una gran liebre, á la que Selim había disparado sin acertarla, vino, trazando en la hierba un surco,

tan rápida era su carrera, á meterse casi entre las piernas del caballo; dió una vuelta, y enloquecida por la exclamación que lanzaron los lacayos, enfiló á todo escape el camino por donde se adelantaban Ester y la Srta. de Faverger.

Ensangrentadas las orejas, llegaba recta hacia ellas, el hocico contra el suelo, tan rápida que parecía rodar. A tres pasos de las paseantes, la asustó la sombrilla que Ester agitaba para detenerla; se paró bruscamente y se sentó, como si no supiera por dónde escapar. Parecía que se la iban á saltar los ojos de la cabeza.

Luego, de un salto desesperado se metió en el bosque, donde el ruido de su huída se perdió entre las ramas.

Los cazadores rompían el orden de marcha, se reunían, hablaban un instante, y, entregando sus escopetas á los guardas que los acompañaban, se acercaban tranquilamente, despacio, hacia la merienda.

El guarda mayor, con su kepis galoneado en la mano, marchaba al lado de Nuño, escuchando las instrucciones que éste le daba para el fin de la expedición. Movía la cabeza como si no participase de la manera de ver de su amo.

Cuando las dos mujeres llegaron al alcance de su voz, Selim decía con un gesto de indiferencia:

—Después de todo, haga usted lo que quiera, ó más bien ruéguele al Sr. de Brucken que le trace un plan. De todos nosotros es el que sabe mejor cómo hay que maniobrar.

El guarda se inclinó con un gesto de desconten-

to, y se fué al lado de los criados de la casa. Nuño se acercó á su hija.

—Vaya, pequeña: al fin te has decidido á venir. Eres muy buena.

Y la besó tiernamente. Ester le secó la frente con su pañuelo perfumado.

—¡Cómo sudas!... ¿Al menos la caza habrá sido buena?

—¡Soberbia!

Volvióse al guarda que lo seguía llevando un par de Purdey, y dijo:

—¿Cuántas piezas teníamos en la última cuenta?

El guarda se puso la escopeta al brazo, y, sacando un cuaderno del bolsillo, lo examinó rápidamente.

—Señor conde, en el alto de Charbonniere teníamos 217 perdices, 21 codornices, 30 faisanes, 22 liebres y 4 diversas...

—¿Qué quiere decir cuatro diversas?—preguntó Ester.

—Hija mía, las diversas son los animales matados que no son caza... Termont tira á todo. Las diversas deben ser suyas. ¿Qué son?

—Señor conde, hay un tordo, dos palomas y un Grajo... El total era de doscientas ochenta y cuatro piezas... La batida que se acaba de hacer ha debido producir mucho. El Sr. de Brucken ha matado lo menos 30 perdices por su parte.

—¿Y yo?—dijo una voz clara—¿No cita usted mis hazañas?

La Sra. del Peral se acercaba acompañada de Burat y del príncipe de Faucigny.

—Usted, condesa, ha estado admirable;—dijo el abogado.—¡No ha tirado usted aún sobre los invitados!

—Pero ¿es que es esa mi costumbre?—replicó alegremente la joven.—Soy muy prudente...

—Prefiero creerlo á ir á verlo. Por lo demás, si ofrece usted plomo á cualquiera, hoy su deber estricto es elegir al dueño de la casa. Además, es de todos nosotros, el que marraría usted menos fácilmente.

Esta frase de doble sentido hizo sonreir á Faucigny, pero produjo un extremo malestar á Nuño y á Ester. La encantadora Manuela se mordió los labios, y con tono ligero dijo:

—Usted, Burat, donde es peligroso es en el tribunal. Tiene usted una dialéctica de percusión central y una elocuencia de retroceso mortales para sus adversarios, y, si es menester, para sus clientes.

—¡Diablo!—dijo Burat.—He hecho mal en bromear con usted... Dispénseme condesa...

—Ya sabe usted, querido,—contestó la joven—que nunca se tienen pretensiones sino en las cosas que se hacen medianamente... Los escritores tienen el afán de hacerse pasar por pintores, y los pintores se pican de escribir libros.

—En mi país,—añadió Nuño,—las gentes del pueblo dicen: «No trates de ordeñar á tu caballo.»

—El buen La Fontaine, entre nosotros,—dijo Burat,—dice la misma cosa de un modo más poético:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
Ap. 1625 MONTERREY, MEXICO

«No forcéis vuestro talento;
Pues nada haríais con gracia.»

Y, sin embargo, condesa, usted da un mentís á esta moraleja, porque usted es graciosa hasta cuando fuerza su talento.

—Vamos, he ahí una conclusión que redime las durezas del principio.

Llegaban á la encrucijada donde estaba preparado el *lunch* bajo grandes abetos. Mostrábanse las provisiones en cestas de mimbres, y el vino de Champagne se refrescaba en cubos de hielo. Sobre la larga mesa, sostenida por ligeros banquillos y cubierta con un mantel bordado de arabescos de color, había servidos emparedados, carnes asadas, aves fiambres y las frutas más hermosas. El té cantaba en el *samovar* de plata, y el espumoso chocolate humeaba en un braserillo.

Los lacayos de media gala, con pantalón y frac á la inglesa, esperaban inmóviles.

Colocáronse los cazadores, y Ester, por una afectuosa delicadeza, sentóse en la punta de la mesa, al lado de la Srta. de Faverger. Nuño, taciturno como siempre, miraba comer á sus convidados, bebiendo sobriamente una taza de leche.

Saltaban los tapones, chispeaba el vino en las copas, las conversaciones se hicieron pronto ruidosas. En medio del estrépito de las palabras, se dejó oir la áspera voz de Selim:

—¿Están ustedes contentos de esta primera parte de la expedición, señores?

—Querido,—dijo el baroncito de Trésorier,—estimo que andamos cerca de dos mil perdices. Por

mi parte he quemado más de ciento veinte cartuchos... Si el guarda ha anotado el número de los disparos hechos...

El inglés Strehley adelantóse flemático, quitóse el kepis de dorado galón, y respondió con pronunciado acento:

—Se ha contado mil trescientos tiros... Pero había momentos en que era imposible contarlos con precisión... Se puede estimar que ha habido cien tiros de más...

—¿Y cuántas piezas?—preguntó La Bréde.

—Cuatrocientas doce,—contestó el guarda mayor.

—Vaya,—dijo Burat,—eso hace más del cuarto de los disparos hechos. Es bastante bonito para una apertura donde hay chambones.

—¿Quién?—preguntó Trésorier.

—Usted, querido amigo,—respondió gravemente el abogado;—yo; el excelente Gastón...

—Ciertamente,—confirmó riendo el guapo Francfort, desgranando negligente un racimo de uvas.

—Y, en fin, el mayor chambón de todos, el triunfo de la chambonería, el chambón grandioso: nuestro querido y venerado patrón.

—¡No faltaría más—gritó Tremblay—que matase él mismo su caza! ¿De qué le servirían entonces sus amigos?

—Para los demás—dijo Burat—tiene una caza, y hermosa, porque todo lo tiene hermoso: un hermoso hotel, un hermoso castillo, un hermoso palco en la Opera, una hermosa fortuna, una hermosa heredera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Saludó á Ester amigablemente con la cabeza, y, tomando su copa, dijo:

—¡Señores, á la salud de este hombre que tiene cosas tan hermosas!

Centellearon las copas en alto.

—Ya que se ha hablado de los chambones,—dijo Trésorier,—¿por qué no hablar un poco de las grandes escopetas?

—Bueno,—dijo Burat;—pero son cinco: nuestro amigo Termont á la cabeza. Santiago, ¿cuántas piezas?

Termont sacó del bolsillo su cuaderno, y, examinándolo, respondió:

—Ciento veintidós.

—¿Y cuántos cartuchos?

—No sé... Pregúnteselo usted á mi guarda... Acaso ciento cincuenta... Y he hecho tiros de distancia...

—No es como lord Welsey,—dijo La Bréde;—no entierra los cartuchos, para que no se sepa cuál es su término medio...

Nuño volvióse entonces á Brucken, y le dijo con aire preocupado:

—¿Le ha hablado á usted Strehley de lo que nos espera en la porción que aún no hemos batido?

—Sí,—dijo el joven.—Parece que los campesinos que poseen tierras han puesto rótulos prohibiendo pasar por ellas... Quieren impedirnos marchar todo derecho... Pues bien: maniobraremos.

—Es que está la propiedad muy dividida.

—¿Por qué le son á usted tan hostiles los propietarios?—preguntó Trésorier.—Yo, en el Oise, he

arrendado lo que se ha querido, y al precio á que han querido, para tener paz.

—He tratado de arrendar, pero inútilmente. Aquí —dijo Nuño—hay algo más que la rapacidad de los campesinos... El antiguo dueño de la finca está detrás de esas gentes, y los pone en contra mía...

—¿Como? ¿Pont-Croix?—exclamó Faucigny.—¡Eso es imposible! ¡Un hombre tan cortés!

A este nombre, Manuela y el conde Huberto cambiaron una rápida mirada. Al rostro de la portuguesa asomó un ligero rubor, y Ester bajó instintivamente los ojos.

—¿Conoce usted bien á Pont-Croix?—preguntó Brucken al príncipe.—Hay dos opiniones sobre el marqués: la de las gentes que no ven en él más que al caballero brillante, al fino tirador, al cumplido hombre de mundo, y la de las gentes que, tratándolo más íntimamente, han podido darse cuenta de su orgullo, de su estiramiento, de su desigualdad de humor...

—¿Adónde va usted á parar?—exclamó Burat.—Es una buena persona.

—Tiene numerosos amigos y muy fieles,—dijo Termont.

—¿Usted lo defiende, Santiago?...—exclamó burlonamente.—¡Confraternidad de tiro!...

—Señores, me ha derrotado más de una vez. Podría odiarlo.

—Tiene también detractores apasionados,—añadió Gastón Francfort.

—Todos los hombres que valen los tienen,—dijo Trésorier.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Un ejemplo,—añadió el príncipe.—Vean ustedes lo que pasa en un círculo para la renovación de la Junta. Todos los miembros que, por cualquier título, se ocupan de alguna cosa, prestan servicios ó poseen una gran notoriedad, obtienen menos votos que aquellos cuya insuficiencia y oscuridad no ofuscan á nadie. Esto es un síntoma.

—Aunque Pont-Croix se hubiera agriado algo, ¿qué tendría de particular?

—Ha sido muy maltratado por la fortuna.

—Ha jugado á la Bolsa como un loco.

—¿Por qué jugar á la Bolsa cuando se tiene doscientos mil francos de renta?

—Pregúnteselo usted al patrón.

—En él es diferente. Es su profesión. Puede decir, parodiando á Luis XIV: «¡La Bolsa soy yo!»

—¿Y Pont-Croix excita á los campesinos contra Selim?

—¡Eso sería de un gusto deporable!

—¡Eso es inadmisible!

—En fin, que sean impulsados por él ó no, hoy —dijo Brucken—vamos á habérnoslas con una colección de colindantes que esperan, bajo los manzanos, á que les levantemos la caza. Si les parece á ustedes bien, Termont y yo seguiremos la linde, recorreremos las tierras que se nos quieren cerrar, y abatiremos todo lo que pase. Hay que enseñar á esos mozos con qué leña nos calentamos... Ya verán lo que es bueno.

—Convenido,—dijo Nuño.—Obre usted á su gusto.

Ester, dirigiéndose entonces á Faucigny, que había defendido tan calurosamente á Clemente, le preguntó:

—¿Cómo es físicamente, el señor de Pont-Croix?

—Hace algún tiempo que no lo he visto, señorita. Se dice que lleva toda la barba ahora, lo que debe cambiarlo. Es un hombre de estatura mediana; de aspecto muy elegante. Tiene el cabello castaño, los ojos azules y el bigote rubio.

—¿No le blanquea algo el pelo por las sienes?

—Sí, señorita; la desgracia lo ha encanecido ligeramente.

—Muchas gracias—dijo Ester.

Cambió con la Srta. de Faverger una mirada que parecía decir: «Era él. ¿Cree usted capaz de excitar á las gentes del país contra mi padre á ese hombre de mirada tan franca, de benévola sonrisa? ¡No! El que ha abierto la barrera de la Encomienda á la hija de Selim Nuño, con una gracia tan hospitalaria, no es aliado de los individuos que usan tan malos procedimientos con un vecino. Brucken tiene razones para atacarlo, y no es justo en sus acusaciones.»

La joven sentíase arrastrada instintivamente á tomar el partido de aquel desheredado; lo encontraba singularmente interesante, y habría deseado conocer las particularidades de su existencia. Los amigos de su padre, hablasen de él bien ó mal, lo pintaban como un ser excepcional. Parecía un soberano destronado, de cuyas victorias y derrotas se habla, cuyo reinado es bendecido ó aborrecido; un rey, de todos modos nada vulgar, y que hacía hablar todavía al mundo desde el fondo de su oscuridad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volvió á ver á Clemente cargado con sus redes, vestido con su chaquetón oscuro, con su sombrero de paja. Y por una extraña asociación de ideas, le acudió el recuerdo de aquella hermosa página de la *Leyenda de los siglos*, en que el Campeador, desnuda la cabeza, en el patio del castillo de Vivar, cura con su mano, que hizo temblar á los moros, el caballo de su padre.

Aquella pobreza y aquella dulzura, aquella grandeza y aquella modestia, eran las que convenían á la verdadera superioridad. Y su héroe le agradó tanto como el del poeta. Pensó: «¿Lo volveré á ver? Todo nos separa. No puede más que huir de mi padre y apartarse de mí. La educación y la cortesía que ha mostrado hace un momento, no se dirigían á la Srta. Nuño, sino á una mujer. Ha tenido cuidado, con irónica finura, de hacérmelo comprender. Hay, pues, muchas probabilidades de que no se vuelva á encontrar en mi camino, y no me toca pasar por el suyo, por amablemente que me haya invitado. De todos los que me rodean, ninguno habría podido serme tan agradable, y precisamente á él es á quien no puedo acoger.»

Fué sacada de su meditación por la voz de la señorita de Faverger.

—Está usted muy lejos de aquí hija mia,—dijo la institutriz bondadosamente.—¿En qué piensa usted?

—En una barrera—respondió Ester—que nos ha sido abierta por un pescador cargado de redes.

Los cazadores se habían levantado de su sitio. Manuela se acercó graciosamente á la hija de Selim. Se quejaba de estar fatigada. Aquellos placeres masculinos eran verdaderamente demasiado duros, y tenía mucha gana de abandonar la cacería.

—Querida condesa,—dijo Nuño,—no se esfuerce usted más... Ester llevará á usted en el carruaje. Costearán ustedes el bosque, y por el camino de Précigny volverán todo derecho.

Una nube oscureció la frente de la joven; y respondió friamente:

—La Srta. de Faverger no ocupa mucho sitio, ni yo tampoco... Podemos colocarnos las tres en el cesto...

Manuela no esperaba, sin duda, más que una palabra de Ester para aceptar, porque sin tener en cuenta la contrariedad visible con que había sido hecha la proposición, dijo:

—¡Qué buena es usted! Volveremos juntas. Adiós, señores.

Sonrió á Nuño, y, dejando á Ester despidiéndose de los invitados de su padre, se dirigió al carruaje. Los cazadores marchaban ya por la llanura. Un hermoso faisán saltó con un grito estridente y se elevó con gran ruido de alas. En la punta de la escopeta de Termont se redondeó una humareda azulada, y, entre una nube de doradas plumas, el ave, como vuelta por el plomo, cayó. Al ruido, escaparon dos conejos hacia la linde del bosque, saltando en caprichosa carrera. De su segundo disparo, Termont abatió al que iba más lejos, y luego, tomando otra escopeta de las manos del guarda, hizo rodar el segundo conejo sobre el cuerpo de su compañero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La caza, espantada, comenzaba á huir delante de los tiradores; cuyas descargas chisporroteaban alegres. Los lebreles de Nuño avanzaron, fustigados por su conductor, y volvieron con los conejos y el faisán en la boca.

Las tres mujeres subidas en el cesto, acompañaban la cacería, que bajo la claridad del sol en el ocaso, continuaba ruidosa y apasionada. El carruaje rodaba lentamente sobre la hierba del camino.

—Miren ustedes,—exclamó de pronto Manuela,—comienzan las hostilidades.

Una liebre, levantada delante de los cazadores, echó á correr vigorosamente del lado de una fila de sauces que bordeaban una pradera en pendiente hacia el río. Cuando llegó á la cuneta, irguióse un hombre escondido allí, y, echándose la escopeta á la cara apuntó al animal á unos 40 metros. Salió el tiro.

El animal dió un salto, y, volviendo atrás, se dirigió con toda velocidad hacia los cazadores. Un perrazo, que salió de la cuneta, se lanzó en su persecución, ladrando. Oíase, bajo los sauces, jurar al hombre, que volvió á cargar su arma y seguía con la vista la carrera de su perro. La liebre herida perdía terreno, y el pachón, excitado por la certeza del éxito, redoblaba su velocidad. Abierta la boca y babeando, había estado ya dos veces á punto de agarrar su presa. Un último esfuerzo puso la liebre al alcance de Brucken; se echó éste la escopeta á la cara, y del mismo tiro hizo rodar al perseguido y al perseguidor.

A los gritos lastimeros de su perro, el amo saltó

de la cuneta, y, profiriendo injurias corrió hacia el conde Huberto. En el mismo instante, Briffaut, apostado cuatro pasos de él, salió de su escondite. y gritó:

—¡Rabasson, á ver si te estás quieto... vas á hacer una tontería!...

Pero el otro, fuera de sí, llegó junto á su perro, que cojeaba, y con el puño tendido hacia Huberto, le dijo:

—¡Me la pagará usted! ¡Tirar á un perro ¡Lo mismo tiraría al amo! Deme usted mi liebre... Es mía... Iba herida...

—¿A quién pertenece la caza?—dijo vivamente el conde.—¿Al que la hiere ó al que la mata?

—Pero, ¿y mi perro? ¿Con qué derecho ha tirado usted á mi perro?

—¡Tu perro! No tenías más que llamarlo...

—¡Pobrecillo!... ¡Tiene una pata rota! ¡Me la pagarán!...

—Rabasson, puedes estar tranquilo...—le dijo Briffaut...—Tu perro no tiene nada...

—¡Me la pagarán!—aulló Rabasson excitándose con el ruido de sus palabras.—Sí; no se mata de este modo el perro de un hombre. ¡Por vida del... ¡Quién toca al perro, toca al amo! ¡Ah, mala sangre! ¡Estos canallas de ricos creen qne les está permitido todo! ¡Porque tienen dinero, pisotean á la gente! ¡Como si no se valiera tanto como ellos! ¿Hay república para esto? ¡Yo les haré ver si los hombres son iguales! ¡Matar á mi perro¡ ¡Por vida del otro dios! ¡Es menester hacer pedazos á ese ladrón!

Llegado al paroxismo de la cólera; olvidando dónde estaba, con quién se las había, y las consecuencias que podía tener un acto de violencia; inyectados en hiel los ojos; llena de espuma la boca, Rabasson levantó su escopeta, cuya punta tocó casi el pecho de Brucken.

Este dejó escapar una sorda exclamación, no hizo más que un gesto, y la escopeta de Rabasson arrancada de las manos que la tenía de una manera tan amenazadora, saltó á diez pasos. Al mismo tiempo, el cazador furtivo, cogido por la pretina del pantalón, fué levantado, balanceado en el aire dos veces, y, tirado como un paquete, rodó al lado de su perro.

—¡A mí, Briffaut!—gritó—¡Que me asesinan!

—¡Imbécil!—respondió su camarada ayudándole á levantarse.—¡Ya te decía que te estuvieras quieto! Dispénsele usted, señor; está un poco bebido... Vamos cállate: no tienes nada... ¡De todos modos, señor, no hay que dar tan fuerte!

Nuño y sus amigos acudieron, acompañados por el guarda. Con la tranquila confianza de un hombre rico, el banquero preguntó:

—¿Quién es este hombre?

—Rabasson, señor conde,—dijo el guarda.—¡Oh! Nos conoce bien, y nosotros lo conocemos demasiado...

—¿Qué es lo que reclama?

—Una indemnización por las ancas de su perro, —dijo Briffaut con tono chancero.—Y una liebre, si esto no les molesta á ustedes, para nuestra cena.

—Parece que éste es un gracioso,—dijo Nuño con calma.—Me gustan más las gentes que ríen que las que gruñen... Este mozo se explica convenientemente; que le den la liebre... En cuanto al perro...

Sacó dos luises, y alargándolos á Briffaut, añadió:

—¿Es bastante esto por el perro?

—Señor, á este precio, tendrá usía todos los del país... Ven, Rabasson...

Trató de llevarse á su camarada, que se había quedado silencioso desde que lo sacudió tan rudamente el puño atlético del conde. Pero desasiéndose, el cazador furtivo se adelantó hacia Brucken, y, mirándolo con aire sombrío, dijo:

—¡Que no lo encuentre á usted en mi camino!...

—A tu disposición,—dijo Huberto, enseñando sus robustos puños.

—¡Está bien! Es usted fuerte; pero eso no me impedirá arreglarle las cuentas.

Recogió su escopeta; silbó al perro, que se acercó cojeando, y desapareció detrás de los sauces. Un instante después se oyó que tiroteaban en la pradera, olvidado ya de su malaventura.

—¡Qué Hércules es este Brucken!—exclamó con entusiasmo la Sra. del Peral cuando acabó la escena.

—¿Y sería con esas gentes—dijo Ester—con las que estaría ligado el señor de Pont-Croix contra mi padre?

Manuela lanzó á la joven una mirada penetrante, y, con ligero dejó de ironía, exclamó:

—¡Ah! ¿Le interesa á usted el ermitaño de la Encomienda? ¿Lo conoce usted?

—Le he encontrado hace un momento, por pri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mera vez. Pero usted, Manuela, que parece conocerlo...

—Querida, le conozco como todas las mujeres que frecuentaban la sociedad hace tres años. Usted era todavía una niña, y la buena Srta. de Farverger la acostaba á las diez... Pont-Croix era entonces el príncipe de la juventud... Daba el tono, con cuatro ó cinco señores como él...

—¿Por qué parece aborrecerlo Brucken?

Pasó una nube por la frente de la portuguesa, quedó pensativa un momento, y luego, con ligereza, añadió:

—Historias de Casino... Los hombres son más habladores y más murmuradores que las mujeres, aunque digan que no, y tuvieron una cuestión... Huberto es un hombre terrible... Ya lo ha visto usted hace un momento levantar á ese campesino con la mano... Pero el marqués de Pont-Croix, esbelto y fino, es más temible todavía... El conde quedó con su rencor... que aún está vivo.

—¿Y es muy pobre ahora Pont-Croix?

—Muy pobre y muy orgulloso.

—Tiene razón. El orgullo es el hijo de la pobreza.

—No quiere á su padre de usted,—insinuó la portuguesa, mirando de reojo á su amiga.

—¿Por qué?—preguntó Ester estremeciéndose.

—Bien lo sabe usted,—dijo Manuela moviendo la cabeza.

Y como la joven permaneciera silenciosa, añadió:

—Pont-Croix fué arruinado hace dos años por el *krack*, y su padre de usted dirigió las operaciones del sindicato que produjo la catástrofe.

—Si Pont-Croix guarda rencor á mi padre,—exclamó Ester alzando la frente, donde asomaba el rubor,—¿no es una injusticia? Porque, en fin, lo que decidió fué una horrible fatalidad del juego. Pero por duro que fuera el resultado, ¿las operaciones fueron leales?

—Muy leales. Tranquilice usted su conciencia.

—No estaba alarmada,—dijo la joven impetuosamente.—¿Cree usted que he dudado yo alguna vez de mi padre?

—No, ciertamente. Pero nos ocupamos demasiado de un original como el marqués. Hablemos de otra cosa.

No hablaron más de Clemente; pero tampoco hablaron de otra cosa. Y volvieron á la Chevrolière, silenciosas las dos, y más turbadas de lo que querían aparecer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Las razones por las que el conde de Brucken odiaba á Pont-Croix, eran las que Manuela había dicho, pero éstas no eran las únicas El asunto del círculo había, en efecto, contribuído á excitar á Huberto contra Clemente, que formaban parte de los jugadores habituales de la mesa de quince. Pero el marqués era demasiado gran señor para armar ruido por una trampa. Había sido robado en buena compañía; no se quejó, y se limitó á mantener á distancia á Brucken.

Los jugadores tienen indulgencia para los fulleros. Es conocida la célebre frase del viejo Prefond, ante quien se quejaban de la intrusión de los griegos en los círculos: «Más quiero habérmelas con un griego, que con un hombre de suerte; al menos el griego me deja ganar de cuando en cuando.»

Y nada estaba menos probado que la culpabilidad de Huberto. Había ganado mucho durante el período sospechoso, pero nadie habría podido decir si era deslealmente. Y el marqués no hizo nunca ninguna alusión á aquella desagradable coincidencia.

El verdadero motivo de la animosidad del conde contra Pont-Croix era una rivalidad de amor. Y Manuela sabía mejor que nadie á qué atenerse sobre este punto.

La aventura databa del invierno fatal que había visto el derrumbamiento de la fortuna de Clemente. Jamás había vivido el joven con mayor tren. Se habría dicho que presentía que sus locuras no podrían durar mucho tiempo, y que quería, al menos, hacerlas ruidosas.

Encontró á la Sra. del Peral cuando ésta dejaba el luto y se mostraba después de un largo retiro.

La joven era linda y coqueta; él, seductor y atrevido. Ella quiso subyugar á aquel rey de la moda, y fué ella dominada. Sintió por Clemente uno de esos caprichos apasionados que vuelven locas á las manolas (1) de su país. Había soñado triunfar públicamente de aquel gran vencedor, y gloriarse de resistirle. Y cayó en sus brazos con una rapidez fulminante. Lo adoró, y se lo dejó ver.

Si él no hubiera sido tan bien educado, tan noblemente delicado, habría podido hacer ostentación de la joven, como ella había proyectado hacer ostentación de él. Manuela se había perdido con alegría, para probarle cuánto le amaba. Clemente calmó aquellos arrebatos, disciplinó aquella pasión, obligó á la imprudente á ser razonable, y tuvo de su reputación más cuidado que ella misma. Gracias á él, la joven viuda no se rebajó.

En nuestra cobarde é hipócrita sociedad, una mujer casada puede cometer faltas, aun venales, sin ver cerrársele las puertas de los salones, si tie-

(1) En el original francés dice *mañolas*.

ne un marido que acepte atrevidamente la situación. Una viuda no puede entregarse á las mismas locuras sin arriesgarse á ser mal considerada: no tiene editor responsable que cargue con el descrédito.

Las relaciones de Clemente y de Manuela fueron bastantes discretas para no ofuscar á nadie. Se agradeció á la joven que se ocultara tan bien, y á Clemente que la comprometiera tan poco. Por lo demás, esta era su manera. Y nunca tuvo que arrepentirse ninguna mujer de haberse confiado á él.

Manuela, comenzando por un coqueteo, habia, pues, acabado en una pasión, y, habiéndose olvidado de sí misma, no es sorprendente que se hubiera olvidado de los demás. El primero de los demás era el conde de Brucken, que desde el principio de la estación se ocupaba de la Sra. del Peral, y la seguía por todas partes con una constancia que no carecía de esperanza. La joven lo trataba bién, coqueteaba con él, se conducía, en una palabra, como debía pensar conducirse con Clemente, y atizaba muy graciosamente un fuego que no le producía ninguna inquietud.

Uncir los dos, el marqués y el conde, á su carro platónico, habría sido para ella una prueba decisiva. Después de tal hazaña, habría sido clasificada entre las cinco ó seis mujeres superiores que ocupan los primeros lugares en la escena mundana.

Desgraciadamente, su corazón había trastornado los planes de su cabeza, y, en lugar de domar á Clemente, fué ella quien rodó amorosamente á sus pies. En cuanto á Huberto, fué abandonado de la

noche á la mañana, como si para la linda viuda no hubiera existido nunca.

Pero el conde no era de esos hombres que, despojados, se inclinan y van á devorar su pena en la soledad. Al ver cambiar bruscamente á Manuela, sin que nada de su parte hubiera motivado aquella metamorfosis, buscó las causas de la frialdad de la que, la víspera, era todo animación, todo sonrisa. Aquellas causas las encontró muy pronto, pero por casualidad, porque bajo la influencia de Clemente Manuela se ocultaba bien.

Fué en el baile de máscaras dado por el Príncipe San-Isidro en su admirable hotel de la avenida Kléber. Todo el gran mundo parisién, y algo del pequeño, estaban reunidos en los vastos y ricos salones del banquero napolitano. Brucken, bajo el uniforme de un *reitre* alemán del siglo XVI, superiormente adaptado á su alta estatura y á su orgulloso rostro, había hecho una entrada de efecto, y buscaba á la Sra. del Peral que debia estar disfrazada de bohemia. Sabía esto por una amiga de la joven.

En los salones por donde había pasado, no había visto ninguna gitana que pudiera ser tomada por Manuela. Preguntábase si por casualidad no habría llegado ó si algún impedimento la retendría en su casa, cuando una carcajada vibrante, á algunos pasos de él, en la estufa espléndidamente iluminada, hirió su oído, y al mismo tiempo su corazón. Adquirió en un momento la seguridad de que la portuguesa estaba allí.

Entró vivamente, y en el centro de un grupo de

máscaras vió á Clemente de Pont-Croix vestido con el severo y rico traje de Carlos I en el retrato de Van-Dick, paseando, llevando del brazo á una mujer oculta bajo un dominó gris perla. El capuchón, calado, cubría la frente, y un antifaz de terciopelo negro guarnecido de encaje, velaba la boca. Pero por los dos agujeros de los ojos lucía una mirada brillante que denunciaba á Manuela.

Huberto había visto veinte veces á la joven coquetear con alguno de los numerosos jóvenes que andaban siempre alrededor de ella, y nunca había experimentado el movimiento de cólera que le hizo hervir la sangre al encontrarla cogida al brazo de Clemente.

Es que el marqués no era un galán ordinario; no se divertía con los juguetillos que duran, alimentados con coquetería y entretenidos con pequeños favores. Era el conquistador que aparece delante de una ciudad, la cerca en seguida, la asalta y la saquea. Y Manuela reía con una risa clara, voluptuosa, de felicidad, que hizo estremecer de celos á Huberto.

Era seguramente ella, porque así que él se acercó, se calló, temiendo que la conociera por la voz. Obraba mal, puesto que se ocultaba de él en vez de tenderle la mano, francamente, como acostumbraba. Quería sustraerse á su solicitud, puesto que no se había vestido el traje encargado expresamente para el baile. Hasta acaso habría hecho dar á su pretendiente una indicación falsa, sabiendo que él debía asistir á aquella fiesta.

Arrebatado por la cólera, se dirigió hacia la pareja, que enmudeció al verlo, y saludando á Pont-Croix, que inclinó la cabeza con indiferencia, dijo:

—Esta noche es usted el caballero de una linda mujer, querido. Pero me parece que sé quién es...

—Si lo sabe usted, no lo diga—contestó Clemente con tranquilidad.—Está enmascarada: quiere, pues, que se respete su incógnito.

—De usted para mí, el secreto será bien guardado—insistió Huberto.

—Acaso no le gusten los secretos entre tres.

—Vamos á preguntárselo.

—¡Oh, es inútil! Lo adivino.

—Desearía oirla hablar, aunque fuera para decir: «¡No!»

—Una voz de mujer no es agradable más que cuando dice: «¡Sí!»

—¿Acaso se lo ha dicho á usted?

—¡Es usted muy curioso!

—Muy curioso, en efecto.

—Pues bien, querido, preciso será que se quede usted con su curiosidad...

—¿De veras, señora?—preguntó Brucken al dominó, que escuchaba con visible emoción aquel rápido diálogo.

El dominó bajó afirmativamente la cabeza, y, con un gesto, alzando su abanico cerrado, lo balanceó dos veces por delante de su cara, como para acentuar más claramente su negativa. Pero al movimiento que hizo, la ancha manga de raso se corrió hasta el codo, descubriendo un brazo redondo, fresco, enguantado de blanco y ceñido de brazaletes, uno de los cuales, de forma muy característi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ca, atrajo la atención de Huberto. Era una serpiente con escamas de esmeraldas y cabeza de rubíes.

Lanzó el conde una exclamación, y señalando con el dedo la alhaja, dijo con tono irónico:

—Ya sé lo que quería saber... La señora no tiene necesidad de hablar.

—Acaso es esto una felicidad para usted—replicó Clemente con altaneria.—Porque lo juzga á usted, sin duda, severamente.

—Bueno, bueno,—dijo Brucken en tono zumbón sin recoger lo que había de ofensivo en la actitud y en el acento de Pont-Croix.—¡Poco importa!

Inclinóse irónicamente ante la mujer enmascada, y dijo:

—Buenas noches, señora.

El marqués dió un paso para seguir á Huberto, pero el dominó se puso delante de él, y con voz ahogada murmuró:

—Ven, te lo suplico.

Y desaparecieron entre la multitud.

Al día siguiente Pont-Croix, que era todo lo contrario de un hombre sufrido, envió dos de sus amigos al conde de Brucken para pedirle explicaciones sobre las licencias que se había tomado con él.

Pero el temible Huberto no tenía ganas de pelea. Declaró que el marqués había hecho mal en tomar seriamente palabras de un baile de máscaras, que de ningún modo había tenido intención de ofenderle, y que si lo había contrariado, lo sentía en el alma. Como el conde no dió consecuencias á la aventura, en lo que concernía á la Sra. del Peral, y no pareció conservar el menor recuerdo de su encuentro, Clemente no insistió, y la cosa no pasó de allí.

Seis meses después, al llegar la ruina, dejó á Manuela; se alejó, y Brucken, no teniendo ya que luchar con semejante rival, consiguió ser mejor tratado por la joven.

Sin embargo, aquel desenlace dichoso no había calmado el sordo rencor de Huberto.

Su animosidad contra Clemente se concentró, al contrario, como si en la satisfacción de la posesión no encontrara más que un elemento de celos retrospectivos. Había asistido con secreta alegría al derrumbamiento de la fortuna de Pont-Croix, y perseguía con su odio á éste, retirado del mundo, y que no podía hacerle ya sombra.

Aunque había reemplazado á Clemente en la gracia de la Sra. del Peral, no lo reemplazó nunca en su corazón. Y, ¡cosa singular!, estaba irritado contra aquel amante desaparecido, cuando sufría con tranquilidad á Nuño, el amante presente. Había tolerado la coparticipación con el banquero, y se estremecía al pensar que el recuerdo de Pont-Croix estaba aún vivo en la imaginación de Manuela.

Para su tolerancia con Nuño, habría sido fácil encontrar muchas y poderosas razones. La mejor y la más exacta era que la joven, más que á medias arruinada por el tren que llevaba desde que vivía en París, había pedido á la generosidad, bien conocida de Selim con sus queridas, los recursos necesarios. La excusa de Brucken era que había igno-

rado durante mucho tiempo las relaciones de la linda portuguesa con el banquero. Su falta era haberlas soportado cuando las conoció, y no haberse retirado; muy al contrario, haber aceptado que Manuela lo presentara á su amigo y le hiciera entrar en su intimidad.

Acaso si Huberto se hubiera encontrado en situación menos apurada, habría mostrado dignidad. Pero se encontraba precisamente lo mismo que la señora del Peral.

Sus asuntos se embrollaban más cada día, y la amistad de un banquero se le presentaba como un favor del cielo.

Necesitó, sin embargo, reflexionar algo para darse cuenta de todas las ventajas que ofrecía la llegada de Nuño á través de sus amores.

Su primer movimiento fué incomodarse y protestar con violencia. Pero la cólera de un amante no era para turbar á una mujer que había sabido atar á Ester con los lazos de su zalamera previsión. Capaz de paralizar la hostilidad de la hija de Nuño, Manuela tenía energía bastante para reprimir las rebeldías de Brucken.

Fué él á casa de ella, en la calle de Nápoles, para hacerle una escena; y, congestionado el rostro, los ojos sembrios de cólera, la abordó con palabras amargas.

La joven, medio tendida en su *chaise-longue*, en un coquetón *desabillé*, lo dejó hablar pensando que nada es tan saludable como abrir al hervor de un corazón furioso la válvula de las recriminaciones. Lo escuchó, pues, silenciosamente, puliéndose las

rosadas uñas y aparentando aburrirse atrozmente con todo lo que él le decía.

Al cabo de un cuarto de hora Huberto, enfriada su elocuencia, perdió algo de su firmeza ante el mutismo de Manuela.

Esta, tanto más tranquila cuanto más animado estaba él, lo miraba sonriendo con cierta ironía. Al verlo plantado ante ella, temblorosas las manos y reclamando una explicación, la joven se encogió ligeramente de hombros, y dijo con voz dulce:

—Eres un ingrato dándome quejas porque has descubierto que Nuño se ocupa de mí. Antes de que tú lo hubieras notado, habría podido yo romper contigo, para no complicar mi vida. Porque comprende que si Selim supiera, por su parte, que eres amigo mío, él también podría estar descontento é incomodarse conmigo, y no creo exagerar diciendo que me costaría más romper con él que contigo. ¿Qué es, pues, lo que quieres, y á qué esas quejas? Eres demasiado razonable para haber supuesto, siquiera por un minuto, que yo habría de despedirlo para agradarte. Cierto que quiero complacerte, pero no hasta ese punto. Comprende las cosas: debo 200.000 francos, y no poseo más que 50.000 de renta. Y gasto cuatro veces esto; es decir, que, para seguir viviendo como vivo, habría que suprimir tres trimestres del año. Esto es imposible; la marcha de las estaciones se opone á ello. Hay, pues, que ver la situación tal como es, y no amenazar con echarlo todo por tierra, cuando no se tienen medios para reconstruirlo. Y á tí, mi buen amigo, te pasa lo mismo que á mi. Huberto hizo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un gesto de altiva protesta, y se crispó su rostro.

—Sí,—siguió la Sra. del Peral;—eres demasiado hidalgo para soportar que una mujer entre en el detalle de tu presupuesto, y el tema de conversación que abordo te disgusta particularmente. Será preciso, sin embargo, que te resignes á sufrir que lo trate á fondo. Creo que de está discusión nacerá la luz, y, una vez hecha la luz, estaremos cerca de entendernos.

Lanzó el conde un suspiro, dejó caer la cabeza sobre el pecho con aire afligido, y no trató de resistir á la lógica abrumadora de Manuela.

Esta continuó:

—Eres hijo de banquero, pero no has sabido conservar lo que tus padres supieron reunir. Es verdad que lo que era una gran fortuna bajo el Imperio, es una honrada holgura bajo la República. Han bastado veinte años para cambiar tan bien las condiciones económicas de la existencia en este país, que en adelante, todo el que no trabaje y no gane dinero, estará en la mayor miseria. Llegamos á tal baja en el interés de dinero, que la renta de los capitales colocados no valdrá la pena de ponerlos en manos extrañas. A la hora presente, estamos, en buenos valores, á un tipo de 3 por 100. No transcurrirá mucho tiempo antes que estemos á 1 1|2. Así, pues, te pregunto: ¿qué fortuna habrá que tener, con el encarecimiento de todo, para poder vivir de sus rentas?

—Tienes una brillante instrucción financiera,—dijo con amargura Huberto.—Se ve que hablas con gentes competentes.

—Así es, querido. Selim no es agradable todos los días, y más quiero que hable de asuntos financieros que de amor. Me ha explicado claramente, no sin un cándido orgullo, tu caso, y el de tus colegas en la alta sociedad. Todo lo que hay de grandes señores ó solamente de *gentlemen*, hábiles en dar vueltas á sus pulgares mirando correr los días, se verá reducido á limpiar las botas á los grandes banqueros y á los fuertes industriales. Por lo demás, ya han comenzado, moralmente se entiende. Y cuando se ve al *faurbourg* San Germán, detrás de los príncipes, precipitarse en los salones de los advenedizos de la Bolsa, bien reputados ó no, con tal que su fortuna sea grande y sus fiestas regias, se puede afirmar atrevidamente que ha sonado la hora de la domesticación para los hijos de los cruzados. Hay, pues, que ser rico, y prepararse para serlo más todavía. Nosotros estamos, tú y yo, en una desnudez vecina de la indigencia. Me queda con que retirarme al campo, á menos que no quiera ir á vivir de naranjas á Portugal. Tú vas trampeando con vestigios de esplendor y con el juego. La decoración del hotel paternal te forma un buen marco; haces buen papel en el mundo, tienes todas las apariencias de un hombre desahogado; pero no tienes más que la realidad de un hombre al agua. Yo he podido, en el momento de naufragar, poner la mano en una boya de oro. ¿Quieres hacer lo mismo? Estoy á tu disposición para facilitarte la llegada.

Huberto escuchó con profundo asombro el discurso de la portuguesa. Esta le había soltado su homilía con perfecta tranquilidad, sin alzar el tono,

sin intención satírica, sin efectos de drama. Aquello era claro, fino, preciso, como una operación quirúrgica ejecutada por un maestro. Veía revelarse una mujer que no conocía, que no había sospechado nunca: práctica, atrevida, algo cínica, y verdaderamente de su época.

Y se dijo:

«¡Qué grande es! ¿Quién habría sospechado que esa linda frente blanca, adornada de rizos negros como el ébano, encerrase tan audaces ideas? Es verdaderamente notable, y más vale estar con ella que contra ella. En suma, me explica muy graciosamente que sus bondades con Nuño no pueden hacerme sombra, porque su móvil exclusivo es el interés. Me ama, y no ama á nadie más que á mí. Habría podido dejarme, y no lo ha hecho: ¿qué argumento más convincente podría presentarme?»

Manuela, que observaba á su amigo con el rabillo del ojo, dijo sonriendo:

—Te pone pensativo lo que acabo de exponerte. ¿Se podría saber el resultado de tus reflexiones? ¿De qué lado te inclinas? ¿Del lado de la sinrazón, ó del lado de la prudencia?

—La sinrazón sería bastante de mi gusto,—respondió Huberto bajando algo la frente,—y la prudencia está muy poco en mis costumbres... Pero esta última es muy poderosa, hablando por tu boca...

—A lo que veo, te humanizas. Haces bien, y me das con ello una prueba de talento.

—¿Me lo agradecerás, al menos?

—¡Ciertamente! Pero te lo agradecerás á tí mismo. Escucha cuáles son mis proyectos para tí. Si fueras hombre para entrar en los negocios, creo que alcanzarías éxito como cualquiera otro, á condición de ser bien guiado. Eres, mi buen amigo, de la tribu de Leví, á despecho de tus maneras nobiliarias, y encontrarías bien pronto, en una lucha de intereses, los instintos de tu raza. Pero te creo poco inclinado á romper con tus costumbres. No hay, pues, que pensar, para restaurar tu hacienda, más que en un matrimonio.

Huberto frunció las cejas, pero Manuela no hizo caso, y continuó:

—¡Mira cuál es tu suerte! Lo que parecía que debía hacer tu desgracia, va á asegurar tu porvenir. El hombre de quien hace un momento has tenido la debilidad de mostrarte celoso, es precisamente el que te ofrece la ocasión deseable entre todas, y su hija parece haber venido al mundo únicamente para dorar de nuevo el blasón de los Brucken.

—¿La señorita Nuño? ¿Y piensas en eso?—exclamó Huberto.

—Pienso en ello de tal modo para tí, que temo mucho que otros piensen en ello para sí mismos. Y pienso, si apruebas mi plan, tomar posiciones en seguida, y cerrar el camino á todo competidor. No ignoras que soy la íntima amiga de Ester, y que ejerzo una seria influencia en su espíritu. En cuanto á su padre, demasiado sabes que no me rehusa nada. Tú eres el yerno que necesita. Título, buena figura, y, cosa muy importante, israelita. Si quieres dejarte guiar, es asunto que se terminará en seis meses...

Huberto se levantó con impaciencia, y, mirando á la portuguesa con ojos inflamados:

—Pero yo te amo, Manuela, y no tengo ganas ningunas de casarme...

Ella se echó á reir, y con tono ligero:

—¿Y quién te pide que no me ames? Cásate. Ya veremos si tu mujer puede hacer que me olvides.

Huberto protestó por fórmula, pero la debilidad de su resistencia atestiguaba que estaba presto á ceder. Habiendo ido para dar quejas á Manuela, se iba agradeciéndole lo que había pensado para él. Le estaba reconocido, en suma, por haberlo engañado y por el beneficio que con esto le hacía.

El trato quedó cerrado con una tranquilidad, con una lucidez perfecta. El uno no desconocía lo que aceptaba, la otra sabía muy bien lo que había propuesto. Ester era el objeto de la negociación, y, en algunas palabras, los dos contratantes acababan de decidir de su suerte.

No había transcurrido una semana, cuando, Brucken, notado ya por Nuño como un *esportmen* de marca, era admitido, gracias á la intervención de la Sra. del Peral, en su intimidad. Selim, que se juzgaba en caballos como un ciego en pintura, gastaba sumas enormes para su cuadra, y no triunfaba nunca. La yeguada de Chambourcy, que había comprado al duque de Bligny, era magnífica. Sus yeguadas eran de primera calidad: poseía caballos de padres ilustres.

Había hecho venir de Newmarket al hijo del famoso Heinsbury para montar suspotros. Y regularmente era derrotado, aun en las carreras en que parecía que no podía escapársele la victoria.

Menos tenaz, menos orgulloso Nuño habría renunciado hacía mucho tiempo á este costoso capricho; pero todos los grandes banqueros del día tenían una cuadra de carreras, un *yacht* de vapor y una finca de caza.

Estos *sports* eran el anuncio de una inmensa fortuna: el banquero se debía, pues, á sí mismo el cultivarlos, y cuanto más notorio fuera que costaban caros, más necesario le era persistir. Se decía: «Preciso es que Nuño sea rico para hacer semejantes gastos.» Nada más que por esta declaración, habría tirado los millones por la ventana. Pero era hombre de negocios, y habría deseado obtener, para su dinero algunos pequeños éxitos.

Desde el día en que llevó á Huberto á Chambourcy y lo presentó á sus jefes de servicio como su representante hípico,—hasta insinuó su asociado, —todo cambió. El célebre Heinsbury fué puesto á la puerta, en la quincena, completamente convicto de sacar los caballos de su amo en connivencia con un *bookmaker*, en cuya casa tenía colocados fondos. Fué reemplazado con un simple *jockey* que, por casualidad, se encontró ser tan honrado como hábil.

Brucken, instalado en la yeguada, durante toda una estación, se levantaba á las cuatro de la mañana para ir á ver galopar los caballos de Nuño. El resultado no tardó en notarse. A la primavera, la cuadra de que se habían reido tanto, triunfó en pruebas importantes, y, en Deaville, el premio de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

las Potras fué ganado por *Mandrágora*. Selim se volvió loco de alegría. No juró más que por Brucken.

Cuando tenía la deliciosa alegría de asistir á la entrada en el peso de uno de sus caballos victoriosos, atribuía, en su interior, todo el mérito á Huberto. Este, con un tacto perfecto, dejaba todo el honor de la victoria á Nuño.

Jamás se ocupaba de los caballos en el *turf*. Jamás entraba en el salón de los propietarios. Afectaba no aparecer como director de la cuadra del banquero. Cuando se le hablaba de las probabilidades de un caballo de Selim, aparentaba no saber nada de las intenciones del patrón. ¿Corría ó no corría el animal? Selim lo decidiría, como lo decidía todo, porque nada se hacía aparte de él.

Si Selim había tenido tantas equivocaciones, era porque lo robaba su *entraineur*. Pero había él mismo descubierto el fraude, puesto todo en orden, y nadie mandaba más que él en Chambourcy.

Así fué diestramente halagada la vanidad de Nuño por el joven. Y, para recompensarle los servicios que le prestaba, Selim le tomó una suma de dinero, resto de su patrimonio, y se encargó de hacerla fructificar en la Bolsa. Desde entonces, Brucken ya no tuvo necesidad de jugar en el Círculo. Nuñó jugó por él, y á golpe seguro.

Por otra parte, las apuestas que hizo en las carreras fueron singularmente fructuosas. Parecía que todo lo que se acercaba á Nuño era favorecido por la fortuna, y que en la atmósfera del banquero se respiraba oro.

No hacía más que un año que Huberto era el íntimo amigo de Selim, y ya le era indispensable. Ester lo había acogido con simpatía, cuando le fué presentado por la Sra. del Peral.

Era en el momento en que la encantadora joven se apoderaba tan completamente del espíritu de la hija de Nuño.

Las acciones de gracias que su padre no cesaba de tributar á Brucken, disponían favorablemente á la joven hacia aquel hombre, que era, en suma, un hombre amable.

Sin embargo, había en la fisonomía de Huberto un tinte de dureza, cuando él no se observaba, que impresionaba desagradablemente á Ester.

Pensaba ésta que no debía ser bueno, que simulaba la bondad. Y para aquella naturaleza franca, la falsedad era el peor defecto.

Pero como nada en la conducta de Brucken confirmaba aquella impresión, concluía reprochándose lo que ella juzgaba ser prevenciones injustas. Sentía afecto por Manuela, y acogió favorablemente á su protegido.

Esta manera de ser no cambió sino cuando hizo el fatal descubrimiento de los lazos que ligaban á su padre con la linda portuguesa. Y Huberto sintió de rechazo el cambio que se operó en el espíritu de Ester. En un instante se modificó la actitud de ésta.

El conde era tratado la víspera como un comensal agradable, de la misma manera que Termont, La Brede y Tremblay, á quienes la joven conocía desde su infancia. Al día siguiente encontró un rostro frío, una sonrisa forzada, una mano que se negaba.

La desilusión causada por Manuela á su amiga, hacía verosímiles los presentimientos desagradables inspirados por Huberto.

Si la una había hecho traición tan completamente á la confianza de la joven, también el otro podía engañarla. La indignidad de la mujer hacía probable la indignidad del hombre. Cuando se juntaban es que se parecían. El protegido no debía valer más que la protectora.

Sin embargo, la conciencia leal de Ester protestaba contra este fallo. Tenía razón para condenar á Manuela; ninguna para condenar á Brucken. Podía serle sospechoso, pero esto era todo. En su conducta nada le había dado derecho para acusarlo.

Huberto comprendió claramente lo que pasaba en el cerebro de la joven, y advirtió á Manuela. Esta tranquilizó á su aliado, prometiéndole que volvería á ganar el terreno que perdió con Ester. En suma, lo que él quería era lograr ser yerno del banquero; esto era cuenta de ella. Era menester que aquella inocentuela, que le hacía la vida tan difícil, comprendiera que no era la dueña absoluta, y ella se encargaría de demostrarlo.

Comenzó entonces el asedio de Nuño, y plantó los primeros jalones. La tarea no era ardua, y el trabajo estaba á medio hacer. Fuera de sus negocios, pocos hombres había más fáciles de dominar y de engañar que Selim. Tan terrible como era en su despacho y en la Bolsa, en medio de los especuladores y de los agiotistas, era sencillo y dulce en su casa, rodeado de sus íntimos. Aquel hombre, que había estrangulado, sin pestañear, á adversarios financieros; que combinaba friamente las maniobras más abominables para engañar á sus competidores, mostrábase generoso y compasivo. Daba á sus amigos, á sus queridas, á los indiferentes. Se habría dicho que era otro, de tal modo el milano se hacía paloma.

Habría cometido extravagancias por Manuela, si la joven, muy hábil, no hubiera tenido empeño en probarle que lo amaba por él mismo. Todavía no había aceptado de él ningún servicio. El banquero había tenido que enfadarse para obligarla á recibir, el día de Año Nuevo y el de su santo, espléndidas alhajas. La portuguesa tomó los estuches de manos de Nuño con una tristeza humillada que lo desoló y encantó á la vez. Una mujer que echaba apenas una mirada sobre una *rivière* de 300.000 francos, y pasaba sus brazos alrededor del cuello del donante, murmurando á su oído «¡sólo á ti quiero!»; una mujer tan lista debía llevar lejos á un hombre enamorado. Le habría hecho ver estrellas en la mitad del día; y cuando le decía: «No tienes más que un verdadero amigo, y es Brucken.» Nuño tenía pruebas tan numerosas de la verdad de esta afirmación, que ni siquiera pensaba en comprobarlas.

Brucken le era tan indispensable como Manuela, y cuandó aquél le decía á su vez: «No tiene usted más que una amiga sincera y adicta, y es la señora del Peral,» lo creía, lo habría atestiguado ante todo París, habría apostado la cabeza.

Y pensaba:

—Mi hija, Manuela y Huberto: esto es todo lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que existe en el mundo para mí. ¡Baje el fuego del cielo sobre el resto de la humanidad, que como yo pueda salvarme con estos tres seres, aún será bella para mí la vida!

¡Buen Nuño! Daba más de 200.000 francos al año á Brucken, con pretexto de dividendos, de primas, de acciones liberadas y otros menudos beneficios financieros. Y aún no se creía en paz con él por todos los servicios que su amigo le prestaba.

En efecto: no habría encontrado un administrador capaz de realizar los milagros que Brucken había hecho en Chambourcy, sin que le costara muy caro, y no se habría llevado el honor de la victoria como ocurría con el conde.

Se habría dicho: «Nuño tiene un famoso *entraineur*; desde que lo tiene ha subido su cuadra.» No se decía: «Quien ha puesto la yeguada de Nuño en el pie que está, es Brucken.»

Cuando hacía la cuenta de lo que le costaba su amigo, veíase obligado á confesar que le salía por nada, y que un borracho inglés, insolente y ladrón, le habría costado más.

El fué quien habló el primero á Huberto de su hija. Manuela tuvo el arte de llevarlo á ello; le apuntó todos los argumentos que militaban en favor de aquel proyecto, sin pronunciar el nombre del conde. Aquello fué una obra maestra de habilidad. Trazó veinte surcos, por los que llevó á Selim, y que todos iban á parar á Brucken.

El día en que, en su casa, el banquero, en una hora de expansión, se dejó decir: «Un hombre como Huberto es el que yo querría para mi hija,» ella

exclamó, como herida por un rayo de luz: ¡«Oh, qué buena idea!»

Luego, un instante después, comenzó á combatirla. Fué aquella una escena maravillosamente representada. Se puso sombría y permaneció triste, tendida en su *chaise-longue*, mientras que Selim jugaba en el encaje de sus mangas, y se asustaba al verla de pronto silenciosa y preocupada.

—¿Qué tienes, querida mía?—dijo acariciando con su negra manaza los dedos blancos y finos de la joven. Te has vuelto muda de repente.

Manuela pareció hacer un esfuerzo para salir de su meditación, y alzando hacia Selim aquellos ojos á que él no podía resistir:

—Es que reflexionaba en lo que me decías apropósito de Brucken, y que me había parecido bien al pronto...

—¿Acaso te ha parecido mal al reflexionar en ello?

—No. Porque una idea tuya nunca puede ser completamente mala. Sin embargo, se me han ocurrido algunas objeciones de valor, y me han turbado, no lo niego... ¡Es un asunto delicado casar una hija como la tuya, tan encantadora, tan buena, tan inteligente y tan rica!... Además, perteneciendo á una religión en que los hombres que pueden aspirar á su mano, es decir, de gran familia, de buenas maneras, de buen mundo, de agradable aspecto, son raros...

—¿No reune Brucken todas esas condiciones?—interrumpió Nuño con viveza

—Sí, sin duda; pero tiene á mis ojos un defecto enorme: es que te ha sido presentado por mí, y,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por este hecho, tendría yo una seria responsabilidad si realizaras tu proyecto.

Nuño no había hablado nada absolutamente de dar su hija á Huberto; solamente había dicho:

—Un hombre como Huberto es el que yo quería para mi hija.

Y ya Manuela trasformaba aquella impresión, súbitamente traducida en el descuido de una conversación, en plan maduramente estudiado.

—¿Pero qué responsabilidad, querida amiga?—preguntó el banquero.

—La de la felicidad de una niña á quien amo, y á quien tú amas. ¿No es esto suficiente para turbarme? ¿Qué precauciones bastante grandes se tomarán, qué garantía bastante completa se exigirá al tratarse de confiar esa adorable Ester á un esposo? Ciertamente, Brucken es buena persona, título, pertenece á tu religión, lo que es capital para tí.

—¡Jamás admitiría que mi hija se casara con un cristiano!—dijo Nuño con una rudeza donde se manifestaba vivo el recuerdo de las persecuciones sufridas de generación en generación, durante siglos.

—Y, sin embargo, no te horrorizaría si tuvieras un hijo verle casarse con una cristiana...

—Eso no tiene nada que ver. La mujer es conquistada por el hombre. La toma, se la lleva, la hace suya... Pierde su nacionalidad, su raza, sus ideas, es en cierto modo absorbida! Si yo diera á un cristiano mi hija, la perdería. ¡Moriría para mí!

Pronunció estas palabras con acento de verdadero dolor.

—Cálmate,—le dijo Manuela, dulcemente.—No se trata de esto; muy al contrario. Pero, volviendo á Brucken, éste no tiene ninguna fortuna, no trabaja; y tú repruebas la ociosidad.

—En cuanto á la fortuna, el argumento no tiene valor: soy bastante rico para aceptar un yerno arruinado. En cuanto á la ociosidad, no la veo ya tan completa: trabaja mucho para mí, y este hombre debe estar más cansado, por la noche, que muchas gentes que pretenden estar rendidas de fatiga.

—¡Tienes respuesta para todo!—dijo Manuela, con un gesto lleno de coquetería.—¿Hasta ese punto estás enamorado de ese muchacho?

—¡Encuéntrame un pretendiente que valga lo que él!

—No me corresponde buscarle maridos á tu hija. Considero como la mayor de las inconveniencias mezclarme en tus asuntos de familia. Bastaría, por lo demás, que Ester supiera que yo patrocinaba á un candidato para que éste le fuera antipático.

—¡Qué desgracia que esa niña haya dejado de quererte!—suspiró Nuño.

—El único que no tiene derecho para quejarse de ello—replicó Manuela, con una astuta mirada—eres tú... No me quiere, porque yo te quiero demasiado.

El rostro de Selim se iluminó. Jamás había experimentado parecida satisfacción de amor propio. El, que había sido tan engañado y tan maltratado por mujerzuelas; que había llegado á soportarlo todo para no ser privado de su placer, se veía mimado, acariciado, amado por aquella linda, espiritual y elegante mujer. ¿Cómo habría podido pagar tanta felicidad? ¿Cómo habría podido inventar para re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compensar á Manuela sus exquisitas amabilidades?

—Te pondré en paz con ella,—dijo, colocando la blanca mano de la joven sobre su frente, con una especie de devoción amorosa.—Me tiene tanto cariño, que volverá á ti, al ver que embelleces el fin de mi vida.

—¿El fin de tu vida, Selim?—interrumpió vivamente la portuguesa.—¿En qué piensas? ¡Un hombre de cincuenta años, el fin de su vida! Pues envejeceremos juntos, amigo mío... Tenemos la misma edad; yo tengo veinticinco años, y cuando tu seas viejo, yo seré vieja.

En los ojos de Nuño brilló una lágrima. Su pasión lo había vuelto bastante cándido para que pudiera creer lo que Manuela le decía, y estaba conmovido hasta el fondo del corazón.

Pensó: «¿Qué sería de mi si me faltara ahora tal ternura? Debo ligarme á Manuela de manera que no me abandone nunca. Quiero acabar mis días entre Ester y ella. ¡Qué dulzura ver á estas dos perfectas criaturas ir y venir, adorables y encantadoras, alrededor mío!...»

Y continuó:

—Mira, lo que disgusta á Ester es la irregularidad de la situación... Así que se case, tendré con ella una explicación, la haré árbitro de mi porvenir, y estoy seguro de antemano de que ella misma será quien te pida que consientas en ser mi mujer.

Manuela lanzó un ligero grito, y tuvo poder bastante sobre sí misma para ruborizarse. Aquella era la primera vez que Nuño le descubría tan completamente todo el imperio que ella tenía sobre él.

Una oleada de alegría le inundó el corazón al verse llegada al fin que se había propuesto. Juntó las manos como para rezar, brotaron de sus ojos brillantes lágrimas, y dijo, con un acento que trastornó á Nuño, quien, sin embargo, había tenido que habérselas con las cómicas más notables de París:

—¡Nada tendré ya que desear en el mundo! ¡Quedarán colmados mis votos!

El hombre, enloquecido por esta confesión, en que vibraba una emoción tan sincera, se arrojó á los pies de Manuela y ocultó en las manos de la joven su rostro bronceado bajo sus cabellos blancos. Cayó en un delicioso éxtasis al sentir los finos dedos de la mujer amada pasearse dulcemente por su cuello y sus orejas.

Encontrábase rejuvenecido, transformado. Ya no era el mismo hombre, gastado y escéptico que buscaba el por qué y el cómo de todo, atribuyendo á las acciones móviles interesados, dudando de la lealtad de los hombres y de la franqueza de las mujeres. Creía en la virtnd, habría dado la llave de su caja.

Los pocos instantes que transcurrieron valían millones para Selim. Lo pensó, y, si no lo dijo, fué por temor de ofender á Manuela.

Esta, muy tranquila, pero radiante de orgullo, pensaba: «Ya lo tengo. Hará lo que yo le mande. Dará su hija á Brucken, y, antes de un año, seré condesa de Nuño. Es una situación conveniente. Y no faltan buenos mozos en París para que se desquite una linda mujer de ser compañera de un saco de millones como este buen Selim.»

El banquero se levantó casi sin esfuerzo, tan sobreexcitado estaba. Comenzó á andar por el salón, y, hablando con animación:

—Hace ya algún tiempo que me proponía decirte estas cosas. Temía que no estuvieses dispuesta á acogerme bien. Pero ahora que ya no tengo incertidumbre, ya verás de qué soy capaz para poseerte por completo... Nada me resistirá... Amo á mi hija tanto como se puede amar... Y, sin embargo, no admitiré que haga oposición á mis proyectos.

Manuela hizo un gesto de protesta alarmada; pero Nuño no la dejó pronunciar una palabra.

—¡No! No te preocupes... No sabes lo que haré... No conocerás los resultados; serán conformes con lo que deseo... El porvenir se encargará de darnos la razón, y, al vernos tan dichosos, todos dirán: «¡Habría sido preciso estar loco para no asegurarse tanta dicha!»

La conclusión era de tal naturaleza, que la joven no creyó apropósito añadir una sola palabra. Cualquier reflexión no habría podido hacer más que debilitarla. Había sabido hacer, con admirable destreza, que Nuño quisiera lo que ella deseaba.

Todo iba, pues, de la mejor manera para sus intereses. No le quedaba más que cambiar el curso de las ideas de Selim, á fin de que no tuviera tiempo de pensar en aquel momento en los compromisos que acababa de contraer. Para esto tenía un medio infalible á su disposición. Usó de él, y el banquero, transportado al séptimo cielo, no tuvo tiempo para ocuparse de lo que pasaba en la tierra.

V

Si el marqués de Pont-Croix había ocupado el espíritu de Ester, á consecuencia de su encuentro en el camino de la Encomienda, hay que hacer constar que Ester no había ocupado de ninguna manera el espíritu del marqués. Una hora después de haberse separado de ella, había olvidado á la hija del banquero. Esta no produjo en él ninguna impresión.

Si hubiera tenido tiempo de ver quien llegaba por el camino cuando volvía cargado con sus redes, habría permanecido en el bosque, y dejado al lacayo descrismarse contra la barrera. Cogido, llamado, obligado á obrar, había hecho lo que era natural en un hombre como él. Esto fué todo. Y si la hija de Nuño juzgó su cortesía un favor especial, se engañó.

Volvía, hostigado por las descargas que no se contenían dentro de la llanura de la Chevrolière. Gran motivo de amargura y de tristeza para Clemente. La toma de posesión del nuevo propietario se materializaba en el ejercicio de la más cara prerrogativa de los antiguos señores del dominio: la caza. Cazaban en aquellas tierras donde, desde ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El banquero se levantó casi sin esfuerzo, tan sobreexcitado estaba. Comenzó á andar por el salón, y, hablando con animación:

—Hace ya algún tiempo que me proponía decirte estas cosas. Temía que no estuvieses dispuesta á acogerme bien. Pero ahora que ya no tengo incertidumbre, ya verás de qué soy capaz para poseerte por completo... Nada me resistirá... Amo á mi hija tanto como se puede amar... Y, sin embargo, no admitiré que haga oposición á mis proyectos.

Manuela hizo un gesto de protesta alarmada; pero Nuño no la dejó pronunciar una palabra.

—¡No! No te preocupes... No sabes lo que haré... No conocerás los resultados; serán conformes con lo que deseo... El porvenir se encargará de darnos la razón, y, al vernos tan dichosos, todos dirán: «¡Habría sido preciso estar loco para no asegurarse tanta dicha!»

La conclusión era de tal naturaleza, que la joven no creyó apropósito añadir una sola palabra. Cualquier reflexión no habría podido hacer más que debilitarla. Había sabido hacer, con admirable destreza, que Nuño quisiera lo que ella deseaba.

Todo iba, pues, de la mejor manera para sus intereses. No le quedaba más que cambiar el curso de las ideas de Selim, á fin de que no tuviera tiempo de pensar en aquel momento en los compromisos que acababa de contraer. Para esto tenía un medio infalible á su disposición. Usó de él, y el banquero, transportado al séptimo cielo, no tuvo tiempo para ocuparse de lo que pasaba en la tierra.

V

Si el marqués de Pont-Croix había ocupado el espíritu de Ester, á consecuencia de su encuentro en el camino de la Encomienda, hay que hacer constar que Ester no había ocupado de ninguna manera el espíritu del marqués. Una hora después de haberse separado de ella, había olvidado á la hija del banquero. Esta no produjo en él ninguna impresión.

Si hubiera tenido tiempo de ver quien llegaba por el camino cuando volvía cargado con sus redes, habría permanecido en el bosque, y dejado al lacayo descrismarse contra la barrera. Cogido, llamado, obligado á obrar, había hecho lo que era natural en un hombre como él. Esto fué todo. Y si la hija de Nuño juzgó su cortesía un favor especial, se engañó.

Volvía, hostigado por las descargas que no se contenían dentro de la llanura de la Chevrolière. Gran motivo de amargura y de tristeza para Clemente. La toma de posesión del nuevo propietario se materializaba en el ejercicio de la más cara prerrogativa de los antiguos señores del dominio: la caza. Cazaban en aquellas tierras donde, desde ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cía siglos, los Pont-Croix tenían solos el derecho de perseguir la caza, y quien cazaba era Nuño. En el corazón del marqués no había envidia, sí una profunda tristeza.

Sabía, desde la víspera, que se celebraba la apertura de la caza. Estaba prevenido por el rumor público. Su criado Celestino, al pasar el carruaje que llevaba á los invitados, había reconocido entre ellos á amigos de su amo: Faucigny, Termont. Se apresuró á decírselo.

A las primeras palabras, al ver fruncirse el ceño de Clemente, comprendió su tontería y cortó su narración. Pero Pont-Croix había comprendido á medias palabras, y, para no exponerse á penosos contactos; para sustraerse á la curiosidad, aunque fuera simpática, de las gentes del país, se abstuvo de cazar. Y, completamente solo, paseó su tristeza bajo los sauces del Marne, visitando sus redes, sin esperanza de coger nada, porque el agua era clara, y los peces notaban de lejos los aparatos.

Vuelto á su casa, se creyó al abrigo de los disgustos; pero aquel mal día no debía librarse de nada de lo que podía contrariarle. El fuego graneado de los cazadores había cesado en la Chevrolière, y el sol descendía en el horizonte. En las colinas estallaban todavía sordas detonaciones, últimos tiros de los cazadores del país, del lado de Aunet y de Germigny.

Clemente se paseaba melancólicamente en el pequeño parque de la Encomienda, esperando la hora de la comida. Su perra, andando detrás de él, daba tantos pasos como su amo, parándose cuando él se

paraba, reanudando la marcha cuando él se volvía á poner en movimiento, abriendo hacia él sus inteligentes ojos, pareciendo comprender su tristeza y su misantropía. Cuando llegaba al final de un pequeño parterre, Celestino, bajando vivamente la escalinata, acudió azorado, diciendo con volubilidad:

—Ahí está el alcalde de Précigny, que pide ver al señor marqués...

—¡El alcalde á esta hora!—dijo Clemente con disgusto.—¿Qué diablos puede quererme?

—Parece que hoy han pasado cosas graves alrededor de la Chevrolière, y que interesan á todo el país...

—¿Dónde está el alcalde?—interrumpió Pont-Croix.

—En el gabinete, señor marqués.

—Bueno. Allá voy.

Y, pasando por delante de Celestino, el marqués subió la escalinata, atravesó el vestíbulo, y entró en un saloncito artesonado de vieja encina, que servía en otro tiempo de despacho al administrador para recibir á los arrendadores de la finca.

El alcalde de Précigny, hombre grueso, canoso, ceñido en una levita negra, se levantó, á la entrada de Pont-Croix, y su rostro, algo inquieto, se iluminó con una sonrisa de confianza.

—¡Ah, Sr. Clemente! Temía no encontrarlo... Y me habría visto bien embarazado... bien embarazado!...

—¿Pues qué pasa, Fournier—preguntó el marqués, haciendo sentar al alcalde.

—Pasa, Sr. Clemente, que está todo el país en guerra por un maldito asunto de caza...

—¡En guerra! ¿Contra quién?

—Contra las gentes de la Chevrolière... ¡Perdón, Sr. Clemente!—dijo el alcalde al ver el rostro del marqués.—Dispénseme... Pero todo está muy cambiado en el castillo, y los usos, se puede decir, no son allí mejores que los dueños...

—Al hecho, — dijo el marqués con impaciencia.

—Allá va en dos palabras: No estaban muy bien dispuestos hacia el nuevo propietario... En primer lugar, porque había hecho venir obreros de París para ejecutar los trabajos de instalación de sus faisaneras y las construcciones de la nueva guardería del Puente Azul... ¡Como si no hubiera en Précigny albañiles, carpinteros y jornaleros!... ¡Pero esos parisienses no creen más que en lo que viene de París! ..

—¿No es libre cada cual de hacer trabajar á quien quiera?—preguntó bastante rudamente Pont-Croix, como si temiera, callándose, parecer que condenaba á Nuño.

—Para el trabajo, pase. Pero, ¿y para las provisiones? Todo se compra en Lagny, Sr. Clemente: la carne, el pescado, el pan, la manteca, los huevos, las aves. El mayordomo envía todos los días á la ciudad un carro que vuelve lleno, en las narices de los habitantes de Précigny, y, ¡qué diablo! ya comprende usted: el carnicero, el panadero, los hortelanos, encuentran esto un poco extraño... Así se ha ido formando un gran descontento, que no esperaba más que una ocasión para manifestarse... Y la ocasión se ha presentado en seguida...

—¿Cómo?

—Ya sabe usted que hay, al final de la piedra de las Cincuenta Fanegas, muchos cuarteles particulares... La caza de la Chevrolière se encuentra, como quien dice, cerrada por lengüetas de tierra, que pertenecen á diversos propietarios... Estos no pueden cazar allí, porque se verían obligados á pasar por la Chevrolière... Pero la Chevrolière no puede tampoco pasar á allá sin arrender los cuarteles... El guarda mayor del Sr. Nuño ha tratado de arreglarlo. Hasta ha ofrecido un buen precio... Ha propuesto pagar en seguida diez años de arrendamiento, lo que hacía una buena suma... Pero las gentes del país están furiosas contra el castillo, y han rechazado todas las ofertas que se les habían hecho. Y como dijeran los guardas que se cazaría de todos modos, se han apostado en los cuarteles con el guarda rural y los guardas particulares. Y, como los invitados del castillo han entrado en piezas reservadas y en tierras sembradas, ha habido denuncias y amenazas. Rabasson hasta ha sido medio muerto por uno de los cazadores.

—¡Que no lo haya sido del todo!... Un verdadero canalla... ¡Si todos los adversarios de... el Sr. Nuño son parecidos, su causa es buena!...

—¡No! Los que se quejan son Reybaut, Gerlier, Falin, Grandmanche, todos labradores, gentes serias que tienen propiedad...

—Eso es mejor, en efecto. ¿Pero qué espera usted de mí en este asunto? Esto es de la competencia

del juez de paz ó el tribunal... Vaya usted á Lagny ó á Meaux...

—Antes de ir, me han pedido que consultara con usted. No se fían de los curiales, que no verían más que un proceso que emprender... Suplican á usted que les dé su opinión. Harán lo que usted les diga que hagan.

—He aquí una confianza que me embaraza tanto como me honra,—dijo el marqués con una débil sonrisa.—En suma, tienen veinticuatro horas para presentar su denuncia... No hay, pues, peligro en la demora... Lo que les irrita es ver que el dinero que contaban ganar con el castillo se va al bolsillo de los comerciantes de la ciudad... Su descontento desaparecerá, sin duda, si son amparados sus intereses.

—¡Puede ser!—dijo el alcalde riendo.

—Entonces, que se me deje obrar á mi antojo, y si yo arreglo el asunto, que se me prometa respetar los compromisos que yo adquiera en nombre de las gentes del país...

—Tiene usted mi palabra, Sr. Clemente, en nombre de todos los que se quejan...

—Permítame usted reflexionar, mi querido señor Fournier, y hágame el favor de volver mañana por la noche.

—Gracias por todos, Sr. Clemente... y por mi en particular.

El marqués tendió su fina mano al alcalde, que la estrechó entre sus enormes dedos, y acompañó al campesino hasta la puerta de la casa.

—Vaya, buenas noches, señor alcalde,—dijo.—

y buen apetito, porque ya es hora de comer.

Y volvió á entrar.

Estaba preocupado; pero un resplandor de contento iluminaba su rostro, tan sombrío una hora antes. Experimentaba una especie de satisfacción al verse árbitro de una diferencia en la que estaba comprometido Nuño, y que podía, si no se terminaba amigablemente, causar al banquero serios disgustos. Era difícil sostener la guerra contra toda una comarca.

El banquero, atrincherado en su castillo, defendido por su parque, protegido por la extensión de sus tierras, se creía muy fuerte; pero, sin embargo, sentiría pronto las heridas de mala voluntad de los campesinos. Molestias mezquinas, vejaciones miserables, disputas sin alcance, pero renovadas incesantemente, y que preocupan, inquietan, irritan: esto es lo que esperaba al castellano de la Chevrolière.

Por otra parte, ¿qué no tenían que temer las gentes del país, en lucha con aquel poderoso enemigo? Rechazaría todas sus tentativas; sostendría sus pleitos; ¡y con qué superioridad! Por muy unidos que estuvieran para defender su causa, no triunfarían de su adversario. Sería hombre para gastar treinta mil francos, cuya pérdida no le molestaría, con tal de hacerles gastar diez, que les harían muchísima falta.

¿No valdría más tratar de conciliar las partes, obteniendo para la comarca el favor del poderoso propietario?

Pero si arreglaba el asunto; consolidaría la situa-

ción de Nuño. Pensó: ¿No sería muy digno de un Pont-Croix, echado de su casa por un Nuño, proteger lealmente á este Nuño contra las consecuencias desagradables de su toma de posesión?

Su conciencia no vaciló un momento. Juzgó que así era como debía portarse, y habiéndolo decidido, pensó en el medio de llegar á su objeto. No podía convenirle ponerse en relaciones con Nuño. No se concebía yendo á la Chevrolière para discutir los intereses de los arrendadores contra el nuevo propietario. Hablar con Nuño le habría parecido insoportable. Experimentaba una especie de repugnancia física en encontrarse enfrente del banquero. Aquel hombre ordinario, con tanta carne sobre los ojos, con sus fofos carrillos amarillos, le producía el efecto de un sapo.

Pensó en Termont, que era un íntimo de la casa, y que le era simpático. Sí, con Termont podría entenderse, y, plenipotenciario de los campesinos, trataría con el joven, plenipotenciario de Nuño. Le escribó dos líneas, dándole una cita para el día siguiente, por la mañana, en la barrera del camino de Précigny.

«Allí me detendré, mañana por la mañana, á las diez, al salir de caza. Si se le ocurre á usted coger una escopeta también, allí me encontrará, y terminaremos en cinco minutos los litigios y restableceremos la concordia.»

Encargó á Celestino de llevar la carta á la Chevrolière, y aliviado el espíritu, comió con buen apetito y durmió con un hermoso sueño.

Al día siguiente, á la hora indicada, estaba sentado en la barrera misma de la Encomienda, cuando su perra, gruñendo sordamente, le anunció la aproximación de alguien. Se dejaron oir pasos en el bosque, y vió salir por una senda á Santiago de Termont acompañado de un guarda. Esperó que el joven estuviera á su alcance, pues no quería poner el pie en la Chevrolière, y alargando la mano:

—Exacto. Eso está bien. ¿Viene usted con buenas palabras.?

—Con plenos poderes, querido amigo. ¿Pero cómo está usted desde que no le he visto? Me parece que admirablemente. ¿Y la puntería? ¿Siempre buena? ¿Es de usted esta preciosa perra que me hace fiestas?

—Sí, es mi compañera habitual. No es de gran raza, pero es muy inteligente y de mucho olfato...

—Como de usted. Tanto vale el hombre, tanto vale el animal...

—Se podrían dar todos los *pointeurs* y todos los *setters* de la casa y dinero encima por esta sola perra,—murmuró el guarda, viejo gamo que guardaba el Puente Azul hacia diez años.—Pero el señor marqués no la cedería.

—No; Rigaud, no la cedería,—respondió Clemente, sonriendo, á su antiguo servidor.

—Y además, si el señor marqués la cediera, nadie sabría servirse de ella como el señor marqués...

—Querido amigo,—dijo Clemente, volviéndose hacia Termont,—veamos lo que quiere usted hacer para traer la pacificación. ¿Imagino que jugamos á cartas decubiertas?...

—Completamente... Sabemos que el alcalde de

Précigny ha venido á pedir á usted consejo, y que usted ha pensado en seguida aprovechar la situación para arreglar el asunto...

—¿Cómo sabe usted eso?

—Tenemos nuestra policía.

—¡Bueno! Será que mi criado habrá charlado en la antecámara...

—¡No, no! Teníamos aviso antes de que hubiera usted dado el paso que ha dado... Debo decir á usted que Nuño ha quedado muy conmovido.

Llenóse de sombras el rostro de Clemente, y no sin amargura, dijo:

—¿Pues que esperaba de mí?

—Nada que no fuera bueno. Pero á su lado hay gentes que no lo llevan á usted en el corazón...

—¿Brucken?—interrumpió Clemente con irónica sonrisa.

—No nombró á nadie,—dijo Termont.—Por lo demás, Nuño no ha querido escuchar nada; ha declarado que desde el momento en que un hombre como usted se hacía árbitro de una diferencia, no había más que confiarse á él y aceptar de antemano el arreglo que propusiera. De modo que usted es el amo, querido amigo: decida.

—Pues bien: la cosa es muy sencilla. El castillo se hará parroquiano de los comerciantes de Précigny, y, en cambio, se consentirá un derecho de caza sobre los cuarteles que os estorban tanto.

—¡Cómo! ¿La parroquia del castillo?...—preguntó Termont.—¿Pero no se compra todo en la aldea?

—No se compra nada. Este es el origen del conflicto.

—¡Pero Nuño no sabe eso! Es el tunante del mayordomo quien toma por sí esas decisiones.

—Y hace su negocio, no lo dudéis.

—¡Caramba! Pero ya rapiña bastante, sin echarnos encima toda la comarca. No puede usted imaginar, querido, lo que sucede en esa casa. ¡Eso es fabuloso! Hay un derroche que se lleva el dinero á torrentes.

—¡Diablo!

—Sí, es natural, sin duda. Las fortunas inmensas no pueden funcionar sin desperdiciar. Pero todo tiene medida. ¿Sabe usted á cuánto ha subido este año la provisión de huevos de hormiga para la cría? No; no me atrevo á decírselo; se burlaría usted... ¡No se puede creer!... Y no hemos tenido más que dos mil perdices y no hay más que tres mil faisanes... Todo lo demás ha muerto... ó ha sido vendido.

—¿Por qué soportan ustedes que los sirvan tan mal?

—Nuño no se atreve á despedir á su guarda mayor, porque procede de casa de lord Greymilton, y porque todo lo que ha pertenecido al noble duque es considerado como muy *sport*. Y lo que es *sport*, es sagrado.

—Ya sabe usted que yo no soy anglomano.

—¡Caramba! ¡Tampoco yo! Y yo habría echado á la calle, hace mucho tiempo, á ese canalla de Strehley... ¡Si al menos fuera excelente su caza!... Pero ni siquiera sabe retener las piezas ¡el animal! Imagínese usted que la víspera de la apertura, Nuño hizo soltar trescientas codornices en una pradera

que hay delante del castillo... Al día siguiente por la mañana, las buscamos en vano... ¡Habían desaparecido!... ¡Sólo matamos diez!... En esto hay algún lazo...

—¡No! Sencillamente se han corrido. Nunca se conservará una codorniz en el parque; es demasiado fresco... Pero yo sé donde están vuestras codornices.

—¡Bah!

—Sí; estan en mis tierras, en los tréboles que bordean vuestro terreno de caza...

—¿Cómo lo sabe usted?

—Las estuve oyendo cantar ayer todo el día.

—¿Vamos allá?

—Con mucho gusto.

—Será una buena broma para ese borracho de inglés llevarle algunas docenas de sus pájaros.

—Bueno, vamos... Tengo mi perra, que bastará para los dos.

—Despediré á Rigaud...

—No: déjelo para el caso en que mate usted algunas liebres. Y además llevará nuestros cartuchos.

—Temía contrariar á V. llevándolo á sus tierras.

—¿Qué me ha de importar eso? A su amo no digo que no.

Se acercaron al guarda, que de pie en la encrucijada, esperaba el fin de la conferencia.

—Rigaud, vamos á hacer algunos disparos en las tierras del Sr. de Pont-Croix. Acompáñenos.

El guarda se llevo la mano al kepis, su rostro se iluminó de placer, y dijo:

—¡Ah! Doy gracias al señor barón por llevarme... ¡El señor barón y el señor marqués cazando juntos! .. Gentes hay que pagarían por verlo...

Entraron en la Encomienda. La perra blanca y negra rastreaba delante de ellos.

—¿Sigue usted tirando mucho, Pont-Croix?—preguntó Termont.

—Figúrese usted, amigo mío, no hago más que eso.

—¡Ya era usted una gran escopeta!... Pero he ahí á su perra de muestra.

Meta estaba inmóvil á la orilla del camino, delante de unas zarzas, la pata derecha levantada, vuelta la cabeza, como sorprendida en su marcha por el olor de la pieza.

—Algún conejo. Va usted á ver cómo se las arregla... No se dé usted prisa: podríamos ir á casa y volver, que ahí la encontraríamos.

Alzó el brazo. La perra, rompiendo la muestra, dió un rodeo y se colocó al otro lado de las zarzas para obligar á la pieza á salir por entre ella y su amo.

Hubo un ligero movimiento en las ramas, pasó una sombra gris bajo los árboles, sonó un disparo, y Meta trajo el conejo palpitante en la boca; aquello fué más rápido que el pensamiento. Santiago de Termont, sin siquiera detenerse, abrió su escopeta, puso otro cartucho, y dijo á Pont-Croix:

—¿Tiene usted muchos conejos?

—Sí. Mato de mil quinientos á mil ochocientos por mi mano, todos los años.

—A mí apenas me divierte otro tiro que éste.

Hemos inventado con Quelin una manera bastante divertida de matar los conejos. Subimos cada uno sobre un tonel, se nos suelta los conejos, y les tiramos con bala. Ya comprende usted que esto tiene más gracia que abatir, á boca de jarro, faisanes calvos á fuerza de golpearse la cabeza en las jaulas.

—No hablemos más,—dijo Clemente:—llegamos.

Desembocaban en una pequeña llanura bordeada, de un lado, por los cañaverales del parque de la Chevrolière, del otro por las landas de la Encomienda. En la parte baja de un ribazo de dulce pendiente, el Marne corría entre sus orillas cubiertas de césped. Tréboles, rosas, que embalsamaban, extendíanse ante los cazadores, y eran tantas las abejas que libaban las flores al sol, que su zumbido se oía de lejos como un canto de arpa eólica.

—Avancemos, Termont,—dijo Clemente.—Mi perra delante de nosotros; todo lo que salte á su derecha, es para usted; todo lo que se levante á su izquierda es para mí... Nada de cumplidos.

Entraron en la perfumada espesura hasta á media pierna. Al cabo de veinte pasos la perra marcó la muestra, y alzóse una bandada de perdices. Sonaron cuatro tiros bien espaciados, y cuatro perdices cayeron en el trébol.

—Pero—dijo Termont tranquilamente,—no hemos venido aquí para atormentar á las perdices. ¿Quiere usted que no nos ocupemos más que de las codornices?

—Como usted guste.

Y siguieron. Lo que pasó entonces en la llanura, durante dos horas, fué contado por Rigaud, único

testigo de aquella caza. Mataron ciento cuarenta y siete codornices, nueve perdices y dos liebres para variar el cuadro.

—Mirad,—decía el guarda,—aquello asustaba. Se habria jurado que eran escopetas encantadas. El señor marqués mató cincuenta y dos codornices seguidas, sin marrar una, y el Sr. de Termont treinta y nueve, y aun esto fué porque se entretuvieron en hacer tiros de distancia. La perrilla del Sr. Clemente, cuando las codornices no querían alzarse y corrían demasiado tiempo, galopeaba y las hostigaba hasta que echaban á volar. Entonces se tendía, y los señores, que estaban en medio de la pieza, espalda con espalda, tiraban á pie firme. ¡Nunca he visto cosa igual! El animal cobraba, yo llenaba mi bolsa... Cuando la bolsa estuvo llena, tuve que atar los pájaros á todas las mallas de mi red... En fin, pedí gracia, sin lo cual aún estaríamos allí, y no quedaba ni una de las trescientas codornices del patrón. La perra no habría olvidado una. ¡Valiente perra, y valientes cazadores! Los hombres valían el animal, y el animal valía los hombres. A cosa de la una, el señor marqués dijo: «¿Vámonos á almorzar?»

Fuimos á la Encomienda, que estaba á diez minutos de marcha, donde fuí recibido por Celestino y por Constanza, puedo decirlo, como un amigo, y bebimos á la salud de los amos. ¡Sí! De muy buena gana. Y el señor marqués hizo enganchar, para conducirnos al Sr. de Termont y á mí, porque yo no habría podido volver á la Chrevrolière con la carga de caza que llevaba á cuestas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Las ciento cuarenta y siete codornices y las nueve perdices estaban en la caja del carruaje. Y había que ver la cara del *goddam* de jefe, cuando le enseñé la mitad de su cría. ¡Cómo chillaba en su sucio inglés! ¡Y yo gozaba! Porque, ¿no es verdad que cuando hay en Francia tantos buenos guardas, no hay necesidad de traerlos del otro lado del mar?

Pero si la partida de caza de Santiago de Termont con el marqués de Pont-Croix hizo ruido en la comarca y entre la servidunbre de la Chevrolière, hizo mucho más efecto, aunque más discretamente, en el salón. No sólo aquella matanza extraordinaria había llenado de respetuoso estupor á los huéspedes de Nuño, sino que la luz que hizo sobre los recursos cinegéticos de la Encomienda puso pensativo al banquero. ¿De modo que toda su cría se iba de un vuelo á casa del vecino? Entonces no había caza en sus tierras. ¿Qué iba á pasar con la perdiz si la codorniz emigraba? El terreno, demasiado fresco para la una, sería, igualmente demasiado fresco para la otra. Y las llanuras areniscas de Précigny, las tierras calcáreas de la Encomienda, atraerían todas las nidadas, en el momento de la empolladura, y no habría absolutamente producción natural. De otro modo: que no habría crías más que para la repoblación del vecino.

Esto le preocupaba mucho, á pesar de las seguridades de Brucken, que, irritado por los ditirambos de Termont, declaraba que nunca un pedazo de terreno como la Encomienda podría acaparar la caza de unas tierras de setecientas hectáreas, como la Chevrolière.

—Le digo á usted que eso es excepcional,—repetía Termont.—¿Verdad que he visto cotos de caza? ¡Pues nunca he visto nada parecido!... Hay allí baldíos para cultivar la perdiz roja, como en Sologne. Si la desgracia quiere que haya nieve persistente durante el invierno, Pont-Croix matará allí todos los faisanes del coto, óigalo usted, Brucken, todos, si quiere. Felizmente es un hombre cortés, incapaz de buscar camorra á su vecino... Lo ha probado bien en el asunto del proceso... Pero imagínese usted en su lugar un cualquiera, sin escrúpulos, y hágase cargo del daño que podría hacer... ¡Sería cosa de dejar el puesto!

—O de comprar la Encomienda,—replicó fríamente Selim.

—¡Ah! ¡He ahí un argumento propio del patrón!... ¡Una bala de oro en las piernas! Falta que Pont-Croix consienta en venderla.

—Todo se vende,—dijo Nuño.—Es cuestión de precio.

—¿Cree usted que Selim se dejaría molestar por seiscientos mil francos?—preguntó Burat.—Pues bien: eso importarían las sesenta hectáreas de la Encomienda, á diez mil francos... Para un arruinado, la suma es redonda.

—¡Aquello vale más de eso!—dijo Termont.

Hubo un grito de protesta, casi unánime.

—¡Usted tiene todavía delante las ciento cuarenta y siete codornices!—exclamó Burat.

—Pero suponga usted que Selim no haga más crías... La Encomienda se convierte en un desierto...

—¡No! La Encomienda tendrá siempre caza... ¡Es una verdadera despensa! Les digo á ustedes que hay que ir á Sologne para encontrar un terreno semejante. Por lo demás, todo lo que estamos diciendo no viene á cuento: Pont-Croix es un buen vecino, y no se trata de comprarle su propiedad.

—Un buen vecino, incontestablemente,—dijo el Príncipe de Faucigny.—Bien les decía á ustedes que era incapaz de ligarse con los campesinos...

—De todos modos, representa su Sindicato,—interrumpió Brucken:—es su agente de negocios, lo que permitiría suponer que ha embrollado las cosas para darse el mérito de desembrollarlas.

—El mérito, ¿con quién?—dijo rudamente Termont.

—Pues con el conde,—respondió Huberto.

—¡Bastante se cuida de eso!

—Sin embargo, tiene derecho á que se le den las gracias, y sin duda cuenta recibirlas.

—He ahí precisamente lo que le engaña á usted. Me ha declarado que no había obrado más que por el bien de la comarca, y que Nuño podía considerarse libre de toda gratitud hacia él.

—Tal indiferencia parécese singularmente al odio.

—¡Odio!—exclamó Nuño.—¿Por qué?

—¡Caramba!—dijo Burat con aspereza.—Me choca el asombro de usted. El marqués no ha digerido todavía el caldo del *krack*. La cosa es bastante comprensible. No olvide usted que la derrota sufrida en común con la nobleza de Francia, le costó toda su fortuna, incluso la Chevrolière, en donde estamos, y no pierda usted de vista que si, después de tal derrota, conserva solamente enfrente de usted la neutralidad, menester es que tenga verdaderamente...

—¡Un corazón muy noble!

Reinó el silencio. Era Ester quien acababa de pronunciar estas palabras. Su padre se estremeció, y su oscuro rostro se cubrió de un rojo sombrío. Bajó al suelo sus miradas casi avergonzado; adivinó como una mancha en el juicio expuesto por su hija. Movió sus enormes hombros de antiguo mozo de cuerda, y con su voz áspera:

—Que quiera ó no, yo encontraré medio de quedar en paz con él.

Esta declaración lo alivió; se consideró como rehabilitado. En el mismo momento, Brucken dijo, en tono de insultante ironía:

—Todo eso está diestramente preparado para excitar el interés. Pont-Croix es un mozo que ha entendido siempre muy bien lo noveleseo.

De los ojos de Ester brotó, al oir estas palabras, un rayo que aterró al atrevido. La joven buscó con la vista á la Sra. del Peral para tomarla por testigo. Pero la linda condesa estaba empeñada en un alegre coqueteo con el Príncipe de Faucigny, y parecía no haber oído nada. Entonces Ester, no pudiendo soportar más tiempo la presencia del enemigo de Clemente, hizo señas á la Srta. de Faverger de que la siguiera, y salió al salón.

En seguida, como si toda aquella discusión de que Pont-Croix había sido el héroe hubiera perdido toda razón de ser desde que desapareció la jo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ven, cambió la conversación, y, entre aquellas gentes de mundo, algunas insustancialidades pusieron pronto á todos de acuerdo.

Sin embargo, todas aquellas escaramuzas no tenían consecuencias, y la buena voluntad de Nuño, la simpatía de Ester y el odio de Brucken para Clemente, arriesgaban atenuarse, por mantenerse apartado con persistencia el que era su objeto, cuando el azar, dueño soberano en la guerra, en política y en amor, se encargó de poner á los interesados en presencia unos de otros.

Fué en Fenéranges, al otro lado del Marne, entre Meaux y Crécy, en la magnífica posesión que el Príncipe de Faucigny heredó de su abuelo el mariscal duque de Bautzen. Se celebraba la apertura, y Nuño, que había sido llamado á París por un importante asunto, no fué con su hija y la señora del Peral más que para la comida. Brucken y Termont habían cazado todo el día.

Clemente, invitado de toda la vida en casa de sus primos de Profond, en Quincy, se había excusado. Todo presagiaba, después de una magnífica jornada y una caza regia, una velada tranquila.

Eran las diez: los jóvenes comenzaban á bailar en la galería; la anciana Princesa viuda jugaba su *whisth*, cuando se abrió la puerta del salón y dió paso á Clemente, sonriente y soberbio. Como la dueña de la casa lo acogiera, la mano tendida, regocijándose de su llegada tan imprevista.

—Vengo de Quincy,—dijo;—he rogado á la baronesa que me devolviera mi libertad por una hora para poder hacer á ustedes una visita. Al entrar he

oído los acordes del piano, que me prueban que no están cansados...

—Estas señoritas sobre todo,—dijo la señora de Faucigny.—En cuanto á estos señores son heroicos.

El marqués habíase acercado á la anciana Princesa, á quien saludaba entre dos jugadas. Estrechó la mano al Príncipe y á Termont, y luego, de pronto, su rostro cambió de expresión; había visto á la Sra. del Peral. Aproximóse á ella, sin embargo, y con mucha gracia le hizo un profundo saludo.

Veláronse sus azules ojos y se pusieron sombríos: á algunos pasos de Manuela acababa de ver á Ester, sentada á la entrada de la galería, en medio de un grupo de lindas jóvenes.

Se inclinó, y volviéndose, se disponía á pasar al saloncito, cuando se dejó oir á su lado una voz ruda que decía:

—Príncipe, ¿quiere usted ser tan amable que me presente al Sr. de Pont-Croix?

En el acento, en la frase, y en el latido de su corazón, Clemente había adivinado á Nuño.

Detúvose bruscamente, y pálido, helado, altanero, clavó en el banquero una mirada abrumadora. Pero Selim, bajos los ojos, decidido á arrostrar el peligro de la presentación, esperaba impasible. El Príncipe hizo á Clemente un gesto como para decirle: «Póngase usted en mi lugar. Ya ve usted que no puedo excusarme,» y dijo:

—Mi querido Clemente, presento á usted al señor Selim Nuño, á quien conocerá usted seguramente de nombre...

—¡Perfectamente!—respondió el marqués con una voz cortante como un sablazo.

Entonces, señalando el joven al banquero, el Príncipe añadió.

—El marqués de Pont-Croix.

Clemente, inclinándose ligeramente, se alejaba, cuando el banquero, cerrándole el camino, dijo:

—Señor marqués, no me abandone usted tan pronto: tengo que cumplir un deber con usted.

Y como Pont-Croix moviese la cabeza con aire de indiferencia:

—Usted puede no dar ninguna importancia al servicio que me ha hecho,—continuó Nuño:—eso es natural. Pero yo, que soy su deudor, lo aprecio como conviene...

Clemente, irritado de ver al banquero retenerlo casi á la fuerza é imponérsele, iba á interrumpirle respondiendo: «Nada he hecho por usted; no he tenido en cuenta más que los intereses de los campesinos,» cuando una voz dulce dijo cerca de él:

—Si no reconoce usted haber obligado al padre, al menos no podrá negar sus buenos procederes con la hija.

El marqués se volvió vivamente, y á su lado vió á Ester. Habíase ésta levantado durante las cortas frases cambiadas, y con dulce aspecto, los hermosos ojos un poco turbados, en los labios una inquieta sonrisa, para acudir en socorro de Nuño.

Clemente la miró atentamente, y la encontró muy linda y elegante con su sencilla *toilette*. Notó que hablaba sin ningún dejo de acento extranjero. Le gustó, y en un instante se atenuó su hostil ri-

gidez. Sonrió á la joven, é inclinándose aquella vez como ante una igual, dijo:

—¿De modo que me ha reconocido usted, señorita?

—¡Oh! Lo adiviné. Desde el primer momento estuve segura que era usted...

—¡Ah, ah!—dijo Nuño tomando parte en la conversación.—¡Parece, señor marqués que ya se había encontrado usted con mi hija!... Y puede saberse, ¿en dónde?

Clemente se mordió los labios, y contestó:

—En el rincón de un bosque.

A los ojos de Ester acudieron las lágrimas; tan injurioso para su padre le pareció el acento de Pont-Croix. Lanzó al joven una mirada de reproche que lo turbó más de lo que él habría querido. Pero ya se echaba en cara haber mostrado demasiada condescendencia con los que detestaba. El hecho solo de haber estado, durante dos minutos, en presencia de todo el mundo, en compañía del padre y de la hija, le pareció envilecedor. Pensó bruscamente que Nuño lo había despojado, que él lo juzgaba un ladrón, que no tenía ningún motivo para mostrarse amable con Ester, y se encontró más obstinado que nunca en su rencor.

Preguntóse qué podía inventar de desagradable para el banquero, y, viendo á Manuela que le sonreía, con un breve saludo se despidió de sus interlocutores, y se dirigió hacia la linda condesa.

Estaba ésta tan descotada como es posible estarlo sin ir completamente desnuda, y los hombros, los brazos, la espalda, que enseñaba hasta á diez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

centímetros de la cintura, eran la misma perfección. Se había levantado á medias para tenderle la mano, y, al movimiento, sus atractivos se ofrecieron á las miradas de Clemente como un *bouquet* de camelias.

Ester se estremeció con una angustia desconocida hasta entonces, y se sintió tan mal, que se apoyó en su padre, tratando de llevárselo. Pero Nuño, petrificado, presa de atroces celos, seguía en medio del salón, asistiendo á aquella familiar y satisfecha inteligencia de la que adoraba con el que acababa de afrentarlo.

Ester leyó las sospechas, la cólera, en el rostro de su padre, y, trastornada, se dijo: «Experimenta la misma dolorosa emoción que yo. ¿Qué es, pues, lo que pasa en mi corazón? ¿Acaso amaré á este hombre, á quien no he visto más que dos veces, y del que me separa todo: mi religión, las preocupaciones sociales, el desprecio que muestra hacia mi padre y hacia mí misma? ¿Me habré vuelto loca? Pero se dice que el amor es una locura. ¿Y no es preciso que sea así para que un hombre de superior inteligencia, como mi padre, esté trastornado por la pasión al punto de olvidar hasta el cuidado de no ponerse en evidencia? Y todo el mundo tiene en este instante fijos en él los ojos y se ríe de su tormento.»

Los amigos de Selim gozaban en efecto, de este delicioso espectáculo: un hombre y una mujer que coquetean bajo la mirada furiosa de un viejo celoso que no puede ocultar sus celos.

Ester hizo un nuevo esfuerzo para llevarse á su

padre, y sonriendo forzadamente, condujo á Nuño á la mesa de *whist*, junto á la cual sentóse él sombrío y preocupado, no atreviéndose á volverse para vigilar á Manuela, y ardiendo en deseos de hacerlo. Consiguió cambiar de sitio su butaca, y pudo, sin que pareciera que lo hacía, examinar á los dos jóvenes, que seguían coqueteando, con el aire más tranquilo, como si estuvieran solos en el salón.

—¡Cuánto tiempo hace que no se le ha visto á usted!—decía la portuguesa.—¿Es verdad que se ha hecho usted ermitaño y que habita una gruta, en las cercanías?

—Sí, querida condesa, como un oso.

—O como un antiguo diablo.

—Gracias por no haber dicho «viejo».

—¿Viejo? Jamás le he visto á usted tan joven. El retiro le prueba, está usted soberbio. No sé si es porque se le ha tostado el rostro, ó por esa graciosa barba que se ha dejado: tiene usted un no se qué de varonil y de resuelto que le sienta muy bien. Termont pretende que su ermita de usted es encantadora, ¿es verdad?

—Venga usted á visitarla.

—No digo que no. ¿Pero quién me acompañará?

—¿Tiene usted necesidad de un guardia de Corps?

—Por las conveniencias. Una mujer en casa de un soltero...

—¡Oh, soy tan reservado!

—¡Buena es esa! ¿Está escrito eso en su puerta?

—Lleve usted á quien quiera, con tal que no sea á Nuño.

—Decididamente no le quiere usted.

—Mi dinero me ha costado.

—¿Y si llevara á su hija?

—¡Menos aún! ¡Creo que preferiría á Brucken!

Y los dos se echaron á reir.

Huberto estaba felizmente en la galería, ocupado en dar vueltas al manubrio del piano mecánico para hacer valsar á la juventud, sin lo cual habría hecho á Nuño un *pendant* muy curioso.

Manuela, sin cuidarse del aspecto ofendido de su viejo adorador, se acercó á Clemente, y teniéndolo bajo la mirada de sus hermosos ojos, dijo:

—Pues bien, querido, hace usted mal. Ester, desde el día en que le encontró en el bosque, ha hablado de usted en diferentes ocasiones, y de una manera que nos ha sorprendido á todos, dada su reserva habitual... No creo aventurar mucho al afirmar que ha debido usted gustarle más que nadie hasta el día.

—He ahí una cosa que me tiene sin cuidado.

—¡Eh, eh, amigo mío! Lo menos tendrá veinte millones de dote.

Clemente se puso muy encendido; comprendió ella que iba á incomodarse sin necesidad, y, dándole en la mano con el abanico:

—¡Vaya! ¡Qué arrebatado se ha hecho usted! ¡El trato con los animales salvajes lo ha vuelto á usted terrible! No tenga cuidado. No se tratará de domesticarlo. La muchacha creo que está destinada á casarse con Brucken.

—¡Pobre niña!—dijo Clemente.—No tiene suerte. Hija de Nuño, mujer de Brucken: ¡es demasiado!

—¡Es usted muy amable con sus amigos!

—Es verdad: pido á usted perdón, condesa. Vaya, me voy: la he visto á usted, ya no me queda nada que hacer aquí. ¿De modo que hasta uno de estos días?

—Hasta uno de estos días.

El joven le besó la mano, y, cruzando el salón, fué á despedirse del Príncipe y de la Princesa de Faucigny.

Mientras que se alejaba, Manuela pensó: «No ha mentido nunca; ya puede Ester suspirar por él, Brucken no tiene que temer nada. Al contrario. Ella se casará más fácilmente, si ama sin esperanza, con él lo mismo que con otro cualquiera, desde el momento en que no pueda hacerlo con Pont-Croix.»

Cuando salió el marqués, Huberto entraba en el salón con aire preocupado. Se acercó á la señora del Peral, y con un dejo de inquietud que no podía disimular, dijo:

—¿Estaba aquí Pont-Croix?

—Sí, querido amigo.

—¿Has hablado con él?

—He tenido ese gusto.

—¿Qué venía á hacer?

—Darte la enhorabuena por tu matrimonio.

—No bromees, Manuela.

—Nunca he estado tan seria.

—¿Y te ha hecho la corte?

—Mira la cara de Selim y sabrás á qué atenerte.

—Manuela...

—Vaya, Huberto, hazte cargo de la situación, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no pongas esos ojos feroces... Vete á hacer compañía á Ester, que está sola, y ven mañana á hablar conmigo en el pabellón del parque... Hay tiempo para todo.

Dicho esto, la joven se dirigió hacia Nuño, que se adelantaba á su encuentro. Y con una sencillez de tono, con una ingenuidad de mirada que devolvieron la calma al banquero, dijo:

—Las gracias que no has podido dar á Pont-Croix, me he encargado yo de dárselas.

—¡Cómo! ¿Era de eso de lo que hablábais?

—Únicamente. Ya sabes que mi preocupación constante eres tú.

El rostro de Selim se dilató y se iluminó:

—Y qué, ¿se ha humanizado ese feroz personaje?

—Todo lo que ha sido preciso para oir el sermón que le he dirigido acerca de tí. Estáis en paz ahora el uno con el otro.

—Sí, pero yo no lo estoy contigo.

Fijó en él la joven una tierna mirada, y, con voz conmovida, le dijo:

—¿No te debo la dicha?

VI

No hay hombre á quien se pueda decir: «Tal mujer te ama», así sea fea ó vieja, que no experimente un secreto contentamiento. El amor tiene, en este caso, un cómplice bien poderoso: es el amor propio. Ciertamente, Clemente habría podido estar cansado. ¡Había tenido tantas buenas fortunas, y tan brillantes! Y, sin embargo, al acordarse de lo que Manuela le había contado acerca de Ester, sentía algo de enternecimiento simpático. Encantadora, en verdad, era aquella rubia judía de ojos negros, y tan diferente de su padre, que casi al verla ocurría preguntar si la mujer de Nuño... ¡Pero ésta pasó por una honrada mujer!

Así monologaba Pont-Croix, sacudiendo unos matorrales de aulagas y de retamas, donde había visto meterse una bandada de perdices. La perra negra y blanca, que olfateaba á diez pasos delante de él, se echó sobre las amarillas hierbas y se deslizó con lentitud y precaución, mirando á su amo de un modo que significaba claramente: «¡Atención! ¡Aquí están, delante de mí!»

Allí estaban, porque, al cabo de unos minutos, salió un macho cacareando, y cayó muerto. A la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no pongas esos ojos feroces... Vete á hacer compañía á Ester, que está sola, y ven mañana á hablar conmigo en el pabellón del parque... Hay tiempo para todo.

Dicho esto, la joven se dirigió hacia Nuño, que se adelantaba á su encuentro. Y con una sencillez de tono, con una ingenuidad de mirada que devolvieron la calma al banquero, dijo:

—Las gracias que no has podido dar á Pont-Croix, me he encargado yo de dárselas.

—¡Cómo! ¿Era de eso de lo que hablábais?

—Únicamente. Ya sabes que mi preocupación constante eres tú.

El rostro de Selim se dilató y se iluminó:

—Y qué, ¿se ha humanizado ese feroz personaje?

—Todo lo que ha sido preciso para oir el sermón que le he dirigido acerca de tí. Estáis en paz ahora el uno con el otro.

—Sí, pero yo no lo estoy contigo.

Fijó en él la joven una tierna mirada, y, con voz conmovida, le dijo:

—¿No te debo la dicha?

VI

No hay hombre á quien se pueda decir: «Tal mujer te ama», así sea fea ó vieja, que no experimente un secreto contentamiento. El amor tiene, en este caso, un cómplice bien poderoso: es el amor propio. Ciertamente, Clemente habría podido estar cansado. ¡Había tenido tantas buenas fortunas, y tan brillantes! Y, sin embargo, al acordarse de lo que Manuela le había contado acerca de Ester, sentía algo de enternecimiento simpático. Encantadora, en verdad, era aquella rubia judía de ojos negros, y tan diferente de su padre, que casi al verla ocurría preguntar si la mujer de Nuño... ¡Pero ésta pasó por una honrada mujer!

Así monologaba Pont-Croix, sacudiendo unos matorrales de aulagas y de retamas, donde había visto meterse una bandada de perdices. La perra negra y blanca, que olfateaba á diez pasos delante de él, se echó sobre las amarillas hierbas y se deslizó con lentitud y precaución, mirando á su amo de un modo que significaba claramente: «¡Atención! ¡Aquí están, delante de mí!»

Allí estaban, porque, al cabo de unos minutos, salió un macho cacareando, y cayó muerto. A la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

detonación, toda la bandada, alzándose con gran ruido de alas, voló, formando una especie de abanico.

De su segundo disparo, Clemente derribó dos perdices. Metiéndose por entre las aulagas, salió al camino, y, cogiendo las tres piezas que su perra le traía una á una, las colocó en la red colgada del hombro, y, con la escopeta descargada, se sentó al sol en la orilla de la cuneta.

Delante de él la colina bajaba, en dulce pendiente, hacia el Marne, que se deslizaba entre los juncos y los mimbres, que ondulaban mecidos por la corriente. A cien metros, en un recodo, sobre un banco de arena dejado casi al descubierto por la sequía, los chicuelos de Précigny se bañaban, lanzando gritos. El agua, levantada por sus manos en la batalla que libraban, volaba en irisado polvo. Y desnudos, indecentes, soberbios, jugaban, como salvajillos, en la onda templada y el aire puro.

Enfrente, al otro lado de una isleta, se ofrecía á la vista el ribazo de Chalifert, gredoso, agujereado por el túnel del ferrocarril; y á lo lejos los macizos de árboles de Coupvray se escalonaban, negros, bajo el cielo azul. En los campos, cortados por oscuros surcos, los parajes nuevos formaban manchas amarillas, y las anchas piezas de remolacha extendíanse, verdes, al lado de rastrojos erizados y rubios.

Una profunda calma envolvía las cosas, y Clemente, con su perra á los pies, seguía allí soñando, escuchando distraidamente las voces alegres de los niños que juguetaban en el río. Sentía una tristeza que no podía vencer, melancolía de su irremediable decadencia. Tenía treinta y tres años, acababa su juventud, é iba á entrar en el período de la vida en el que las satisfacciones del lujo sirven de útil compensación á los placeres que disminuyen. ¿Qué tenía en perspectiva? La soledad agriada de un hombre arruinado, el inevitable olvido, el mortificante abandono. Porque si todavía se hacía á su pasado esplendor la limosna de algunos favores, estos favores irían disminuyendo, como aquel mismo esplendor. Y acabaría por no ser más que un antiguo buen mozo, que viviría en el campo, desconocido de las generaciones nuevas, fuera del movimiento y completamente fósil. Y durante años, arrastraría aquella existencia vacía, monotona, sin alegrías, entre sus criados y sus perros.

¿No había hecho mal en rehusar casarse, cuando sus parientes lo habían apremiado para que lo hiciera? Se había obstinado por vanidad, no queriendo deber á una mujer la vuelta al antiguo lujo. En suma: ¿qué deshonor había para él en aceptar la mano de una mujer bien nacida y rica? ¿Cuántos de sus amigos habían vuelto á dorar su blasón, casándose con hijas de opulentos burgueses? ¿No eran muy bien vistos y muy considerados? ¿No se opinaba en el mundo que esas fortunas, adquiridas á fuerza de trabajo, y algunas veces de genio, eran los gajes de los descendientes arruinados de las familias ilustres? Había en esto casi como una conquista hecha sobre las clases nuevas, como una cruzada contra los infieles, sectarios del Becerro de Oro.

Pensó, con una sonrisa, que la más hermosa y una de las más ricas de estas conquistas estaba á su alcance, si Manuela había dicho la verdad: la hija de Nuño, de quien se decía que era más de cien veces millonario, de Nuño, su espoliador, el dueño actual de su dominio. ¡Qué victoria y qué desquite!

¿Pero por qué había añadido en seguida la portuguesa que la joven estaba destinada á Brucken? ¿Habría querido sondear el corazón de Clemente, y asegurarse de que sería insensible á los avances hechos por Ester? Se sonrió. Sabía que Manuela era bastante lista para haber improvisado inmediatamente aquella escena.

Así estaba muy cerca de la verdad, y descubría casi los secretos móviles á que obedecía la linda joven. No penetraba la intriga final: la del matrimonio con Selim; pero adivinaba que aquélla protegía á Huberto en la casa, y favorecía sus miras sobre la hija de su amigo. Y pensó: «No les crearé dificultades. Pueden maquinar lo que quieran, y engañar á su gusto á Nuño. Esto será pan bendito...»

Involuntariamente volvió sobre la impresión que le había producido Ester. La vió sencilla, serena y seria, tan diferente de los que la rodeaban, y un nuevo sentimiento de simpatía le impulsó á compadecerla. Le pareció que valía más que la suerte que la estaba preparada; pero concluyó así: «¿Qué puedo yo hacer? ¿Depende de mí que suceda otra cosa?... ¡No! Son, por consiguiente, inútiles todas las consideraciones.»

Se levantó, puso la escopeta en bandolera, y, silbando á su perra que se había dormido al sol, tomó la dirección de la Encomienda. Seguía el camino que bordea el Marne, cuando, al llegar al recodo que se encuentra justamente por encima del baño, llamaron su atención desesperados gritos. Dió algunos pasos rápidamente, y llegó á la orilla.

Una veintena de chicuelos enloquecidos, gesticulando, llamando, pero sin dejar el refugio del banco de arena, miraban á uno de sus camaradas, un niño de ocho años que, habiendo perdido pie, luchaba en medio de la corriente, pálido de espanto, gritando: «¡Socorro!», con una voz ahogada por el agua que le entraba en la nariz y en la boca á cada momento, y empujado dulcemente por el pérfido río hacia un remolino que indicaba una hoya.

—¡Se va á ahogar ese imbécil!—gritó Clemente á los chicuelos.—Alárgale la mano... ¿No sabe nadar ninguno de vosotros?...

Los bañistas no atestiguaron la estima en que tenían á su camarada más que aumentando sus clamores. Corrían como locos, con el agua hasta la cintura; pero no iban más lejos. Clemente vió desaparecer el niño. Dejó la escopeta y la red, se quitó la blusa de caza y el chaleco, y bajando de un brinco el ribazo, saltó al río. Detrás de él, la perra dió un segundo «plaf» en el Marne, y comenzó á nadar en su seguimiento. Todo lo que se veía ahora del niño era un brazo agitando una mano crispada. Arrastrado por el remolino, desapareció.

Reinaba un profundo silencio, tan impresionados estaban los espectadores por el interés de la es-

cena. Sólo se oían los cascabeles de un carruaje de dos caballos, que venía de Précigny entre una nube de polvo. Salió de él un doble grito de horror, y, deteniéndose bruscamente los caballos, la señorita de Faverger y Ester bajaron temblorosas al camino.

En la superficie del río sólo se veía nadar al perro, que daba vueltas con inquietud. Clemente se había sumergido.

Volvió á subir á la superficie, rojo del esfuerzo hecho para retener el aliento. Respiró fuertemente, y se fué á fondo otra vez.

Transcurrieron algunos segundos, tan largos como un siglo, y el nadador reapareció diez metros más lejos.

Esta vez tenía al niño en sus brazos. Conmovió los aires un grito de triunfo, y todos los chicuelos, saltando al agua como ranas, atravesaron el pequeño brazo que separaba el banco de arena de la orilla, y precedieron á Clemente, que llevaba á su camarada desvanecido.

—¡Largo de aquí, cobardes, y vestíos!—gritó el marqués haciendo pie.

Sólo entonces vió á Ester y á su aya, pálidas, los ojos llenos de lágrimas, que se inclinaban hacia él. Sintióse muy contrariado de haber sido sorprendido en flagrante delito de salvamento, y todo mojado. Frunció el entrecejo, pero, apresurando el paso, alargó el niño, que no se movía, á la Srta. de Faverger, y agarrándose á las malezas, escaló la pendiente resbaladiza.

—¿Esta muerto, caballero?—preguntó la joven con voz ahogada.

—No, señorita; respira, pero está medio asfixiado. Convendría envolverlo en algo caliente...

—Pronto, mi buena Faverger, la manta de los caballos...

—Y llevarlo á su casa...

Al hablar así, Clemente daba tan fuertes palmadas en la espalda del chicuelo, que su piel se ponía encarnada y el ahogado lanzó un gemido.

—Ya ven ustedes, está bien vivo... ¡Pero buen trago ha bebido!

—¿Y por usted no podríamos hacer algo, caballero?

—No, señorita, muchas gracias; estoy á tres minutos de mi casa... Voy á volver corriendo: esto será muy bueno para mi perra y para mí... ¡Ah! Este niño es hijo de Collar, el panadero que hay á la entrada de la aldea... Ruego á usted que me dispense si me voy á escape, pero el agua no está tan caliente como se podría pensar.

Recogió sus ropas, la escopeta y la caza, y echó á correr por el camino de la Encomienda, perseguido por los alegres gritos de los chicuelos, que, vestidos, se dirigían precipitadamente á Précigny para contar el suceso.

Ester puso al niño sobre las rodillas de la señorita de Faverger, y al trote largo de sus *poneys*, se dirigió á casa del panadero.

Al correr hacia su casa, Clemente se decía: «¡No faltaba más que esto! ¿Y hay algo más ridículo que mi caso? ¡Hago salvamentos á la vista de las herederas! Manuela no dejaría de insinuar que he preparado la escena con ese mocoso. Un verdadero

cuento de Perrault: «Pasa la hija del Rey, y el Gato con Botas grita: ¡socorro! ¡Ahí está mi amo el marqués de Carabas, nadando entre dos aguas! ¡Mirad qué bien salva á los niños delante de las jóvenes millonarias!» ¡Al diablo, al diablo! ¿Qué venía á hacer esa muchacha á la orilla del río? ¿Es que me va á perseguir así? ¿No podré dar un paso por la comarca sin verla asomar en el horizonte?»

Llegó á la Encomienda. Pasó por delante de sus criados, estupefactos de verlo en mangas de camisa y calado, y gritó á Celestino:

—Sube á frotarme para que no atrape un catarro. Y usted Constanza vaya á casa de Collar á preguntar si el galopín de su hijo, que nada como un martillo, ha recobrado el sentido.

Subió la escalera y desapareció en su cuarto, mientras que la perra tan mojada como su amo, se hacía una pelota filosóficamente delante del hornillo de la cocina.

El chapuzón del hijo del panadero había sido serio.

La cocinera volvió diciendo que había recobrado el conocimiento, pero que ahora tiritaba en la cama con un horrible acceso de fiebre. El médico, el Sr. Hugonet, parecía preocupado, y el cura, el venerable abate Pierquin, acababa de llegar á casa de Collard para saber noticias.

Clemente se paseaba por el jardín, fumando un cigarrillo, cuando Constanza le trajo estos informes. Se sentía bien; un dulce calór, producido por la reacción de la violenta carrera después del baño forzado, daba flexibilidad á sus miembros. Dijo:

—El miedo es lo que le ha puesto malo. Eso no será nada.

Siguió dando paseos mientras llegaba la hora de la comida.

Al día siguiente, á las diez, resolvió ir él mismo á preguntar como seguía el enfermito. Tenía intención de pasarse por la casa del cura, para llevar caza á su anciano amigo el abate Pierquin, con quien había hecho su primera Comunión. Al cruzar Précigny, entraría en casa de Collard.

Era éste uno de los antiguos móviles de la guerra, y un lazo de respetuoso compañerismo unía á todas aquellas buenas gentes con su antiguo teniente.

El tiempo era hermoso: ligera y azulada niebla flotaba sobre las colinas, y los campos estaban empapados de rocío. El camino parecía una cinta blanca entre los taludes cubiertos de césped de sus orillas. Clemente, con el bastón en la mano, seguido de su perra, llegó en algunos minutos á la entrada de la aldea.

Junto á la tienda de Collard charlaban tres comadres, y atada á la anilla de hierro que servía para el caballo del panadero, el marqués reconoció la yegua blanca del doctor Hugonnet. Dormía con la cabeza baja, entre las varas del tílbury. «Estará acaso peor el niño?» pensó Pont-Croix con disgusto. Apresuró el paso, y llegaba enfrente de la casa, cuando Collard, lanzándose del mostrador, se precipitó al encuentro de su antiguo jefe.

—¡Ah, Sr. Clemente, Sr. Clemente!

No pudo decir más, y se apoderó de las manos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

del marqués, estrechándolas con enternecimiento. Las comadres se unieron al padre, y alrededor del joven alzóse un concierto de exclamaciones de gratitud.

—Vamos, Collard, ¿cómo sigue tu hijo? ¿Lo ha puesto malo el baño?

—¡Oh, sí; está malo el pobrecito, está malo... Pero á no ser por usted, en vez de estar en su cama, y bien cuidado por nuestro buen Sr. Hugonnet, estaría en alguna hoya del Marne... ¡Ah, Sr. Clemente, Sr. Clemente!

Y estrechaba al marqués las manos, llorando.

—Eso no vale nada,—interrumpió Pont-Croix: en mi lugar, habrías hecho lo mismo por cualquiera... Pero, ¿qué dice el doctor?...

—Si quiere usted entrar... está ahí... El sabrá explicarle... Y, además, mi mujer podrá dar á usted las gracias... ¡Pobre madre!... No se ha separado de la cama desde ayer tarde...

—Bueno, vamos... Mira, haz llevar esta caza á casa del cura.

—En seguida, Sr. Clemente... Tía Jacquet, usted que vive al lado, háganos este favor... Gracias... ¡Ah, nuestro querido cura! ¡Fué tan bueno anoche!... Prometió volver esta mañana... Lo mismo que la Srta. Nuño.

Pont-Croix, que cruzaba la tienda, frunció las cejas; pero no pudo saber si el anfibológico Collard quería decir que la Srta. Nuño había sido tan buena la víspera como el cura, ó si había prometido, como él, volver al día siguiente. Por lo demás, poco le importaba.

Había resuelto entrar y salir. Cosa de algunos minutos. Entró en la casa.

En el piso bajo, abiertas las ventanas que daban al jardín, en una gran alcoba, el doctor Hugonnet y una joven estaban en pie junto á la cama del niño. Este, muy encarnado, latiéndole las sienes, la frente empapada en sudor, ardía de fiebre. Al oir pasos se volvió la madre, y, señalando al enfermito, con un gesto de honda aflicción:

—¡Oh, Sr. Clemente! ¿Nos lo ha sacado usted del río para que muera aquí?

Rompió á llorar y se dejó caer sentada al pie de la cama, ocultando el rostro entre las sábanas, por las cuales corrieron sus lágrimas. Pont-Croix, conmovido por aquel violento dolor, le hablaba dulcemente, prodigando palabras de esperanza. Pero ella sin responder, enervada por una larga resistencia, volvía la cabeza ahogando sus sollozos. El doctor Hugonnet llevó al joven hacia el jardín, y dijo:

—Dejémosla llorar con libertad, esto la calmará.

—¿Está tan mal el niño?

—Sí... Es cosa seria. Probablemente jugó en el agua, al sol, durante mucho tiempo; encima de esto el principio de asfixia; de manera que tiene una congestión cerebral y se puede temer una meningitis... Lo previ ayer... La Srta. Nuño ha debido telegrafiar para llamar de París al doctor Maranval, el especialista para los niños... Se ha portado muy bien esta joven: con mucho corazón, tacto, gracia, y sobre todo sencillez... Mire usted ahí viene, sin duda con mi colega... Debía ir á la estación del ferrocarril para recogerlo y traerlo...

En efecto: los cascabeles del carruaje de Ester sonaban en el camino. Clemente hizo un brusco movimiento de contrariedad, y dió un paso hacia la puertecilla del jardín. Pero el cesto, dando la vuelta á la esquina de la callejuela, acababa de pararse allí. Por encima de la tapia asomaron el sombrero del lacayo y la fusta de Ester.

Sin duda habia querido la joven evitar que se apeara el médico en la puerta de la panadería ante los curiosos reunidos, y presentándose en la puerta trasera, burlaba á los ociosos. Seguíala Maranval. El doctor Hugonnet se precipitó delante de su ilustre colega, y Pont-Croix quedó en presencia de Ester. Esta no pareció asombrada de verlo allí. Le hizo un gracioso saludo con la cabeza y sin inútiles preparaciones:

—¿Ha visto usted al niño, caballero? ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—El doctor Hugonnet no está contento. Tiene una gran fiebre y teme complicaciones cerebrales.

—¡Pobrecito! ¡Es muy guapo! Ayer al recobrar el conocimiento, cuando supo que era usted quien lo habia salvado, dijo: «¡Oh, no me extraña, es tan bueno!»

La joven fijó en Clemente sus grandes ojos serenos, y añadió con profundo acento:

—¡Es usted muy dichoso, caballero, con ser tan amado!

—Me parece, señorita,—dijo Pont-Croix dulcemente,—que usted hace todo lo posible para que la amen también.

—¡Oh! Ya sabe usted—añadió con melancolía—

que á nosotros se nos exige mucho más que á cualquiera, y se es á menudo injusto...

¿Quería decir: nosotros los judíos, ó nosotros los millonarios? Acaso las dos cosas. Pero la amargura del tono respondía al desencanto de las palabras.

Continuó:

—¡Pero no importa! Hay que hacer el bien por el bien mismo, y porque es dulce aliviar los dolores y consolar las tristezas. En el fondo, casi no hay nada más que esto de bueno en la vida.

Pareció volver en sí, y con una sonrisa:

—Pero nada de lo que digo tiene interés para usted, caballero. Dispense usted. Voy á ver al niño. ¿Estará usted aquí todavía cuando yo salga?

En el momento en que Ester llegaba, Clemente se iba, y le habia contrariado verse retenido á pesar suyo. Ahora no tenia más que despedirse y retirarse. Sin embargo, respondió:

—Esperaré el resultado de la consulta.

La joven le sonrió amistosamente, como conmovida por su bondad con aquellas pobres gentes, y, ligera, cruzó el jardín y entró en la casa. Andando á lo largo de los caballones de coles y puerros, por las sendas del huertecillo, Clemente pensaba; «¿Que es lo que me pasa? ¿Por qué me he quedado? ¿Voy á cortejar á esa judía? Esto sería una locura. Me obliga á hacer lo contrario de lo que quiero. ¿De dónde procede esta súbita influencia sobre mí? No es hermosa, sus ojos son encantadores, y tiene un gran aire de dulzura: esto es todo. Entonces ¿qué es lo que me gusta en ella? Porque me gusta: es inútil que intente hacerme ilusiones. ¡Vamos! Es porque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me han dicho que estaba dispuesta á amarme; lo que me dispone en su favor es la fatuidad eterna que hay en el fondo del corazón de todos los hombres. Y permanezco aquí, esperándola en vez de franquear sencillamente esa puerta y volver á mi casa ¡Vaya! ¿Qué haces aquí? ¿Qué esperas? Bien sabes que no puedes casarte con ella. Entonces ¿qué?»

Y, á pesar de estas advertencias muy prudentes de la razón, se quedó. Todavía estaba en el mismo sitio cuando salieron los médicos. El doctor Maranval, muy frío y algo altanero, daba á su humilde colega las últimas indicaciones. El viejo Hugonnet, lleno de deferencia, escuchaba, inclinada la cabeza, preocupado el rostro. Las últimas palabras del especialista fueron:

—Si ocurren complicaciones graves, telegrafíeme usted; la Srta. Nuño desea que vuelva, si es menester.

Parecía que quería decir: «¡Qué singular exigencia para un panaderillo! Pero ¿qué se puede rehusar á clientes tan ricos?» Dejó al médico rural abrir la puerta y ayudarle á subir al carruaje de la señorita Nuño que, conducido por el cochero, salió al trote largo para la estación del ferrocarril.

—¿Qué dice el gran hombre?—pregunto Clemente al doctor.

—Lo mismo que yo: ha aprobado mi medicación y confirmado mi diagnóstico. Pero no sabremos exactamente á qué atenernos hasta mañana.

El buen hombre se dirigió á la casa, y al cabo de un instante Ester salió á la puerta, y con una seña

llamó á Pont-Croix. Este se apresuró. Cuando estuvo cerca de ella:

—El hombrecillo quiere absolutamente ver á usted. Se agita de tal modo, que su madre me ha rogado que le pregunte si sería tan bueno que se prestase á su capricho.

Clemente entró en la casa. El niño, que seguía muy encendido, estaba con los ojos abiertos. Al ver al marqués hizo un movimiento de alegría y le tendió los brazos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué felicidad! ¡Lo reconoce!—balbució la madre.—¡Y esta mañana no nos conoció ni á su padre ni á mí!

Pont-Croix, junto á la cama, posó su mano fresca sobre la frente húmeda del niño, y dijo dulcemente:

—Duerme, hijo mío, duerme para curarte pronto.

—Sí, Sr. Clemente,—suspiró el niño.

Y añadió con una sonrisa:

—Gracias, Sr. Clemente.

Volvió la cabeza en la almohada, y se quedó inmóvil, como si tuviera prisa de obedecer.

—¡Oh, señor marqués!—dijo la madre en voz baja, juntando las manos.—¡No nos abandone!... Está mejor desde que esta buena señorita y usted han llegado.

—Bueno, no se atormente usted.

Salió al jardín. Ester estaba sentada bajo un cenador, al abrigo del sol. Lo vió llegar, admirando su elegante figura y la completa ausencia de afectación en sus maneras. Era sencillo, suelto, natural, encantador. ¡Cuán diferente de los que la ro-

deaban, y sobre todo del gigantesco Hubertol Clemente se acercó riendo.

—Parece que somos dos muy grandes médicos usted y yo, señorita, sin que lo sospechemos, y la tía Collard no quiere que nos vayamos.

—De todos modos, yo no puedo irme antes de que vuelva mi carruaje.

—Yo le haré compañía, si usted lo permite.

Ella le lanzó una viva mirada que significaba tan claramente «nada puede serme más agradable», que se ruborizó y bajó los ojos, diciendo:

—Con tal que esté de vuelta en casa á medio día, para almorzar con mi padre...

Lamentó en seguida haber dicho estas palabras. Una molestia abrumadora les hizo enmudecer. Se habría dicho que Nuño acababa de aparecer entre ellos para destruir la confianza naciente y helar la simpatía comenzada. Quedáronse un instante oyendo el zumbido de las moscas; luego, Clemente, avergonzado de permanecer así, embarazado delante de aquella joven, dijo:

—Yo, que vivo solo, no tengo tanta prisa.

—¿Y está usted todo el año en la Encomienda?—preguntó dulcemente Ester, comprendiendo bien que abordaba un asunto peligroso, pero ávida de conocer algo de la existencia de Pont-Croix.

—Todo el año.

—En el verano, es esto encantador; pero, ¿no es algo triste en el invierno?

—La soledad en los bosques y los campos es menos triste que la soledad en las ciudades. Y cuando no se puede llevar la misma vida que sus parientes, sus amigos y sus compañeros, vale más estarse apartado, lejos de las tentaciones y al abrigo de la compasión. Aquí vivo muy tranquilo, muy libre; por tanto, muy dichoso. Mis criados me aman, los campesinos no me desprecian. Tengo periódicos que me cuentan lo que pasa, libros para ocupar las noches largas, y esta perra que me comprende cuando quiero hablarle, y que no puede hablarme cuando quiero callarme. Ya ve usted que no hay por qué compadecerme... Hasta hay gentes que me envidian.

La perra negra y blanca se levantó como si adivinara que se hablaba de ella. Abrió la boca, se estiró, examinó alternativamente á su amo y á la joven, y luego puso dulcemente su cabeza sobre las rodillas de Ester, mirándola con sus ojos luminosos, como diciéndole: «¡Acaríciame!» Y con su mano enguantada, la joven alisó las suaves orejas del animal, que cerraba los ojos con un abandono lleno de beatitud.

—Es usted un sabio,—dijo Ester al cabo de cierto tiempo, durante el cual estuvo pensativa,—y comprendo que encuentre usted dicha en su sabiduría. Yo no me quejaría del todo si me viera obligada á vivir como lo hace usted. Yo también vivo aislada, pero mi aislamiento es mucho más penoso que el de usted, porque es completamente moral, en medio del movimiento, del brillo, del tumulto, de la vida más lujosa. El destino me ha colocado en un mundo para el que no estaba hecha. Mi lote habría debido ser una suerte muy modesta: á menudo me siento molestada y comprendo que molesto; en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una palabra, estoy fuera de mi centro. No hay apenas más que mi buena Faverger, esa excelente mujer que ha visto usted en mi compañía, que juzgue y sienta como yo. Pero todos los que me rodean parecen expresar, en un lenguuaje extraño, sentimientos, ideas que nada tienen de común con mis ideas y mis sentimientos. Así no puedo tener ninguna confianza, ni un momento de abandono. Necesito estar siempre á la defensiva, de miedo á que se abuse de un movimiento de simpatía para apoderarse de mí. Jamás me ha ocurrido hablar con nadie, de las gentes que conozco hace mucho tiempo, tan libremente como acabo de hacerlo con usted. Y confesará usted que esto es bastante singular, porque hasta el presente no me ha alentado usted mucho, y si yo juzgara por las apariencias, habría podido creer á usted enemigo nuestro...

—¿Su enemigo? ¡Gran Dios! Espero, señorita, que no lo piense usted.

—Enemigo mío, no;—respondió Ester con seriedad—pero enemigo de mi padre, sí.

Clemente se levantó sombrío.

Ella le puso la mano en el brazo y le hizo sentarse otra vez.

—¡Oh! No se indigne contra esta afirmación, y no huya á la explicacion, muy amistosa, que quiero tener con usted acerca de este asunto. Muy amistosa, sí. Me sirvo de este término, aunque nada me autoriza á ello de parte de usted. Pero no hay necesidad del permiso de las gentes para darles uno su amistad... Y yo no calculo que usted me pague con la suya... Soy muy desinteresada, como

usted es muy leal, y me siento el espíritu completamente seguro al lado de usted. Hablo sin reticencia, segura de que comprenderá lo que le digo y por qué lo digo.

Como Clemente se inclinase, muy turbado por aquella claridad y aquella franqueza, la joven sonrió melancólicamente:

—Niña mal educada: he aquí lo que usted piensa.

—¡No! No es eso lo que pienso,—dijo Pont-Croix lentamente,—sino pobre niña educada sin madre, que ha visto lo que no debía ver, reflexionado sobre lo que debía ignorar, y desgraciada por haber tenido siempre la obligación de comprimir su corazón; sí, desgraciada, y muy digna de respetuosa compasión.

A estas palabras, Ester se puso pálida, sus labios se estremecieron bajo el esfuerzo de una violenta emoción. De sus ojos brotaron lágrimas que corrieron por sus mejillas, y con voz temblorosa dijo:

—Ha comprendido usted. Sí, señor; mi espíritu y mi corazón han tenido que soportar demasiado pronto el peso de crueles desencantos... He visto la vida, y me he asustado. Pero la experiencia tan penosa que he adquirido, ha sido saludable. Me ha permitido distinguir el bien del mal, y me ha enseñado á penetrar prontamente los caracteres. Pues bien: creo que conozco algo el de usted, y me parece inadmisible que nos muestre usted hostilidades sin razón... ¡Oh! Entiendo bien sus restricciones, y cuando digo: «nos», quiero hablar de los míos, de mi padre... Sí, la hostilidad de usted no

debe ser sin causa... Usted no es hombre para odiar por capricho... ¿Qué se le ha hecho? ¿No tiene remedio? ¿No puede ser reparado el mal?

Puesta la cuestión en este terreno, Clemente recobró toda su libertad de espíritu.

La exposición de sentimientos hecha por Ester lo había preocupado un momento, y se preguntaba adónde quería ir á parar.

Teniendo que realizar hechos materiales, sentíase desahogado. Y con toda su risueña amabilidad recobrada:

—¡Dios mío, señorita, lo que usted me pregunta es muy delicado de decir! Sin embargo, no puedo dispensarme de contestarle sin pasar por hombre de mal carácter, terco y grosero. No me expondré á un juicio tan poco lisonjero, y le confesaré que si quiero mal á su señor padre, es porque, si estoy arruinado, se lo debo en parte á él. ¡Oh, en parte solamente! Todo el trabajo no es suyo, entro yo en él por algo. Pero ha llevado lejos las ventajas de la victoria, y no ha tratado bien á los vencidos... Acaso debí desde luego pensar qué es lo que habría hecho yo en su lugar, y preguntarme si me habría mostrado más moderado... Es en lo que no piensan nunca los que pierden... Se lamentan, maldicen, detestan... No son ángeles... Los motivos de descontento que yo tenía, justos ó injustos... injustos si usted quiere... han sido llevados á su período agudo por la instalación de su padre de usted en la Chevrolière... El golpe me ha hecho daño, no lo oculto... Póngase usted en mi lugar... Habría sido usted herida gravemente... Así no me ha sido

agradable encontrarme frente á frente con el que me había desposeído... Esto ha sido todo, y, ¿no es bastante? Pero, de aquí á la hostilidad hay distancia, y es ofenderme juzgarme de otro modo.

—Sé á qué atenerme, caballero, sobre su proceder, y no ignoro que, gracias á usted, han sido vencidas las dificultades con que luchaba mi padre... Así, de un lado, el abuso violento de la situación; del otro, la generosidad más completa. Sí, caballero, comprendo su rencor... ¿Pero es imposible apaciguarlo? ¿Y si el que ha hecho la herida tratase de curarla?

La fisonomía de Clemente se demudó. Mordióse los labios y dijo sordamente:

—Señorita, no comprendo lo que quiere usted proponerme.

Ester había esperado algo más de penetración de parte de Pont-Croix. Creía que pondría mejor voluntad en comprender su pensamiento. Y en vez de ayudarle á salir del paso difícil en que se había comprometido resueltamente, permanecía inmóvil y se hacía el sordo. Sintió su corazón lleno de angustia. Pero era demasiado valerosa para retroceder. Y por otra parte, ¿no era única la ocasión de hablar libremente á Pont-Croix de cosas tan delicadas y tan íntimas? Había, pues, que proseguir, á despecho de la resistencia encontrada, y hablar claramente.

—Caballero,—continuó con dulzura,—desde que tengo edad de comprender lo que pasa alrededor mío, he visto á mi padre hacer la fortuna de veinte personas, las cuales, en su mayoría, le eran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bastante indiferentes, únicamente porque se presentaba la ocasión de ello, porque era fácil, y porque es agradable contentar á las gentes... ¡Juzgue usted con qué placer se ofrecería á reparar las injusticias de la suerte con un hombre galante, que le ha dado generosamente tan grandes pruebas de benevolencia, y qué alegría sería para él compensar, por servicios muy humildes, el grave daño que ha podido causar involuntariamente.

Ester había puesto en su espinosa explicación todas las precauciones de pensamiento y todas las atenuaciones de lenguaje.

Su voz grave se había hecho acariciadora y persuasiva. Comprendía que decía cosas terribles á aquel hidalgo, pero habría dado tanto por desarmarle primero, y disuadirle en seguida, que estaba adorablemente conmovedora.

Ofrecía su beneficio de rodillas. No pudo conseguir aceptase. Vió el rostro de Clemente contraerse, y enrojecer lo blanco de sus ojos. Crispó el joven las manos, y estuvo un instante sin responder, tan apretada por la emoción tenía la garganta. Al fin, en voz baja, como si tuviera miedo de no poder contenerse si no la moderaba:

—Señorita,—dijo,—se puede arruinar al marqués de Pont-Croix, no se le enriquece. Le quedo á usted muy reconocido por los ofrecimientos que me hace. Pero he tocado los negocios una vez, para perder en ellos mi fortuna, y no los tocaré una segunda para reconstituirla. ¡Pase una tontería; pero nada de actos villanos!

Ester escuchó la respuesta con la cabeza baja.

No le sorprendía aquello, lo esperaba. Sabía que no podía el joven, siendo como era, responder de otro modo. Le afligía que rehusara. Y si hubiera aceptado, ¡qué decepción!

—Le he ofendido á usted,—dijo:—sea usted bastante bueno para perdonarme. No se vive impunemente en un medio donde todo se reduce á cifras. Allí se aprende á desdeñar los sentimientos y ya ve usted adónde conduce esto: á herir á los que menos se quería lastimar.

—Usted no me ha herido ni ofendido—interrumpió dulcemente Pont-Croix.—Yo he sido quien ha contestado mal á sus proposiciones, que tantas gentes encontrarían providenciales... Siempre he sido un mal carácter, y no hay que quererme mal por eso... Usted ha sido para mí buena y caritativa.

—¡Caritativa!... ¡Y buena!...—repitió Ester moviendo la cabeza con aire de duda.

—Sí. ¿Qué mayor caridad podía usted mostrar con un pobre diablo, que despreciar primero la riqueza cuando él la ha perdido, y qué bondad más perfecta que ofrecerle en seguida el medio de adquirir de nuevo la riqueza?

Y añadió sonriendo:

—No haga usted sufrir esta tentación á todo el mundo: muchos le cogerían á usted la palabra.

—¿No debía yo prever que usted no aceptaría?

—¿Y por qué no? ¿Estoy tan desprendido de las ambiciones comunes? ¿No lo he perdido todo, tratando de doblar lo que tenía? ¿Qué podía hacerle creer que yo fuera tan desinteresado?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La estimación particular que siento por usted, y que tan pocos han sabido inspirarme.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, Ester se ruborizó, comprendiendo su alcance. A menos de decir á Clemente: «Usted me gusta entre todos», no habría podido decirle más. Se quedó cortada, sin atreverse á levantar los ojos. Entonces, Pont-Croix, con mucha gravedad, para disminuir la perplejidad en que la veía, inclinándose le dijo:

—Me paga usted demasiado, señorita, por lo poco que me ha visto usted hacer, y que era muy natural... La buena opinión que tiene usted de mi procede de su extrema indulgencia. Se la agradezco con todo mi corazón.

La joven pudo encontrar fuerzas para mirarlo otra vez, y la expresión que vió en su rostro le agradó. Estaba serio, con un ligero tinte de enternecimiento. Y pensó. «No me juzga casquivana y ligera.» Pont-Croix se decía en el mismo instante: «De buena he escapado.» Una frase más, y esta joven se me venía encima sin darse cuenta de ello. ¿Y cómo hacía yo mi retirada sin parecer tonto ó brutal? Estos Nuño me fastidian extraordinariamente.»

Se aproximaba el fin de la conversación. Por el camino sonaban los cascabeles del cesto que volvía de la estación.

—Ahí está mi carruaje,—dijo Ester.—Es preciso que me vaya.

Parecía experimentar viva pena. Clemente pensó: «Verdaderamente, no sabe ocultar sus impresiones. Es la franqueza en toda su ingenuidad. ¡Ni

la menor sombra de artificio! En nada de esto se ve la sangre de su padre.»

La joven se dirigió á la casa. Él marchó detrás.

Al llegar á la puerta, el doctor Hugonnet, con un gesto, les recomendó el silencio. Entraron, y como si los dos comprendieran que había llegado el momento de separarse, se detuvieron ante el lecho del niño dormido. Clemente se inclinó. Ella le tendió la mano, muy naturalmente, y con un movimiento como habitual. El joven se la cogió, la estrechó apenas, y, despidiéndose de la madre y del médico con un movimiento de cabeza amistoso, salió. En algunos pasos estuvo fuera de la aldea. Caminando por la orilla del río, vió de nuevo el baño, donde los chicuelos de Précigny habían vuelto á su chapoteo en el banco de arena, sin acordarse del accidente del día anterior.

—¡Si se ahoga hoy alguno,—murmuró Clemente apresurando el paso,—el diablo me lleve si no lo dejo bajar hasta Charenton! ¡Un salvamento más, y esa joven filántropa me invita á comer en casa de su padre! Para ser judía, seguramente no es mala. Verdad es que, en la especie, las mujeres son siempre mucho mejores que los hombres. ¡De qué modo me ha dicho que me estimaba más que á nadie en el mundo!... ¡Ya lo creo! Puede estimarme, en primer lugar, por los cuatro millones, de los que su padre contribuyó á desembarazarme, y después, por la Chevrolière que habita. A este precio, la estimación no sale cara.

Se excitaba al andar, y trataba de encontrar sarcasmos. Pero, ¡hecho singular! su imaginación es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

taba lánguida, las ideas no le acudían, y las palabras no brotaban aladas y picantes como avispas. Aparecía ante sus ojos el gracioso y melancólico rostro de Ester, y le acometía un involuntario respeto. No, no podía burlarse de la joven. ¿Y de qué se habría burlado? ¿De su bondad, de su dulzura, de su generosidad? ¡Buen motivo de broma!

¡Cómo! ¡Él, Clemente, acudiendo á lugares comunes sobre el semitismo! ¡Y á propósito de aquella joven, á quien había juzgado delicada y tierna, y que era encantadora! ¿Y todo porque había sido bastante estúpido para dejarse desplumar en la Bolsa?

Pensó: «Hijo mío, estas son ideas de fámulo; tu criado Celestino piensa con más elevación, y se avergonzaría de sufrir las agitaciones de espíritu á que tú cedes complacientemente hace una hora. La hija de Nuño ha obrado y hablado excelentemente, y tú, tú dabas compasión. Sólo una cosa tienes que hacer: tratar de volver á encontrarla uno de estos días, para esforzarte en borrar la deplorable impresión que has debido producirle. Después no la vuelvas á ver, si esto te disgusta. Pero, al menos, dejarás de ti buena opinión.

Diciéndose esto, entraba en su casa. El ama de llaves, que lo acechaba desde el comedor, le dijo:

—El señor se ha retrasado, y el almuerzo estará malo.

Se sentó, y todo lo encontró bueno. Si le hubieran preguntado qué comía, no habría podido decirlo. Pensaba en una joven rubia, que tenía ojos negros.

VII

En la Chevrolière proseguían las cacerías por series, trayendo, del sábado al lunes, nuevos invitados, en un tumulto renaciente y en un continuo esplendor de fiesta. Las habitaciones del castillo no se desocupaban nunca. Y en la llanura sucedíanse las matanzas de la caza soltada á medida, supliendo los vendedores la escasez de las crías, y ocupando lo artificial el lugar de lo natural, para dar la ilusión de la abundancia. En suma, decoración, como en el teatro.

En la comarca, un incesante rodar de carruajes, el piafar de los caballos de silla, cocheros, *grooms*, todo un servicio hormigueante, dispendioso, exagerado, un lujo que se parecía á esos torrentes del Nuevo Mundo, cuyo curso tumultuoso arrastra á la vez fango y pepitas de oro.

Aquello era rico, pero no exquisito. En todo se veía al advenedizo, ruidoso y fastuoso, tendiendo demasiado al efecto. Poco de distinción en el lujo, bastante de llamativo. Resultaba de ello deslumbramiento para los ojos, descontento para el espíritu. Un día que se preguntaba cuál era el blasón adoptado por Nuño al hacerse conde. Trésorier, su

taba lánguida, las ideas no le acudían, y las palabras no brotaban aladas y picantes como avispas. Aparecía ante sus ojos el gracioso y melancólico rostro de Ester, y le acometía un involuntario respeto. No, no podía burlarse de la joven. ¿Y de qué se habría burlado? ¿De su bondad, de su dulzura, de su generosidad? ¡Buen motivo de broma!

¡Cómo! ¡Él, Clemente, acudiendo á lugares comunes sobre el semitismo! ¡Y á propósito de aquella joven, á quien había juzgado delicada y tierna, y que era encantadora! ¿Y todo porque había sido bastante estúpido para dejarse desplumar en la Bolsa?

Pensó: «Hijo mío, estas son ideas de fámulo; tu criado Celestino piensa con más elevación, y se avergonzaría de sufrir las agitaciones de espíritu á que tú cedes complacientemente hace una hora. La hija de Nuño ha obrado y hablado excelentemente, y tú, tú dabas compasión. Sólo una cosa tienes que hacer: tratar de volver á encontrarla uno de estos días, para esforzarte en borrar la deplorable impresión que has debido producirle. Después no la vuelvas á ver, si esto te disgusta. Pero, al menos, dejarás de ti buena opinión.

Diciéndose esto, entraba en su casa. El ama de llaves, que lo acechaba desde el comedor, le dijo:

—El señor se ha retrasado, y el almuerzo estará malo.

Se sentó, y todo lo encontró bueno. Si le hubieran preguntado qué comía, no habría podido decirlo. Pensaba en una joven rubia, que tenía ojos negros.

VII

En la Chevrolière proseguían las cacerías por series, trayendo, del sábado al lunes, nuevos invitados, en un tumulto renaciente y en un continuo esplendor de fiesta. Las habitaciones del castillo no se desocupaban nunca. Y en la llanura sucedíanse las matanzas de la caza soltada á medida, supliendo los vendedores la escasez de las crías, y ocupando lo artificial el lugar de lo natural, para dar la ilusión de la abundancia. En suma, decoración, como en el teatro.

En la comarca, un incesante rodar de carruajes, el piafar de los caballos de silla, cocheros, *grooms*, todo un servicio hormigueante, dispendioso, exagerado, un lujo que se parecía á esos torrentes del Nuevo Mundo, cuyo curso tumultuoso arrastra á la vez fango y pepitas de oro.

Aquello era rico, pero no exquisito. En todo se veía al advenedizo, ruidoso y fastuoso, tendiendo demasiado al efecto. Poco de distinción en el lujo, bastante de llamativo. Resultaba de ello deslumbramiento para los ojos, descontento para el espíritu. Un día que se preguntaba cuál era el blasón adoptado por Nuño al hacerse conde. Trésorier, su

amigo, había contestado riendo: «Un montón de oro en campo de basura.»

Lo que pasaba en aquel momento en el castillo era extraordinario: había tres veces más criados que amos, y cuando comían veinte en el comedor, se sentaban en la mesa de la cocina sesenta. Una noche, la Srta. de Faverger, habiendo llamado inútilmente á la doncella de Ester, tomó el partido de buscarla. Llegó al piso bajo, luego á los sótanos, y allí, guiada por un vivo resplandor y un gran ruido de voces, llegó á la vasta sala abovedada, que servía de refectorio á la servidumbre.

Alrededor de una mesa, sobre la cual se alzaba un centro de plata, adornada con los mismos postres, la misma canastilla de flores que habían servido para la comida de los amos, estaban instalados los criados. Presidía el cocinero, teniendo á su derecha al ama de llaves, y á su izquierda á la primera doncella. Enfrente estaba el mayordomo, de frac, y hasta los *grooms*, todos comiendo, bebiendo, y servidos, lacayos que tenían sotalacayos, por los ayudantes de cocina y las mozas de vajilla.

Lo que la Srta. de Faverger vió y oyó en algunos instantes, sin que la vieran los comensales, la aterró, por la desvergüenza de tal pillaje y la ignominia de tal grosería, hasta el punto de que subió con el corazón palpitante, zumbándole las orejas, sintiendo fermentar tremendos, en aquellas profundidades, el odio y el desprecio á los amos.

En el primer arranque de su indignación no había podido contenerse, y contó la cosa á Ester. Y se quedó asombrada de la tranquilidad con que la joven aceptó la insolencia y la poca delicadeza de los subalternos, como si una especie de educación instintiva le hiciera comprender que no podía ser de otro modo, y que de la misma manera que las grandes máquinas industriales tenían su desperdicio de fuerza, las inmensas fortunas tenían su derroche imposible de evitar. Lo mejor era cerrar los ojos y, al pensar que todo aquel ejército de servidores arrancaba para sí todos los días tiras de aquel lujo para darse un goce inmediato ó rentas futuras, decirse que aquello era como los ratones, que roen en las cuevas, sin que queden comprometidas la solidez y la magnificencia de la casa.

Y lo que pasaba en la repostería no era nada comparado con lo que pasaba en lo referente á la caza. El conde Huberto, apenas instalado, quiso darse cuenta de la manera cómo marchaba la administración de la caza, y, sin ruido, sin alardes de autoridad, hizo que Nuño le entregara el registro especial de los gastos de la Chevrolière.

A las primeras páginas, Brucken dió un salto. Había visto ya grandes tunantes cuando tuvo que habérselas con los *entraineurs*, *jockeys* y *lads* de la yeguada de Chambourcy. Pero nada podía comparársele con el robo organizado por el guarda mayor Strehley. Este honrado sujeto, nada más que en la instalación de los *parquets* y la colocación de las verjas de los parques, había robado con que pasar el resto de su vida, cruzado de brazos. Continuaba enriqueciéndose por el pillaje elevado á la categoría de una institución. A él iban las facturas de todos los proveedores, y redondeaba las cifras.

No se limitaba á estos fraudes; los sacos de trigo para la comida de los faisanes, el alforfón, la paja menuda, entraban por una puerta y salían por la otra, vendido todo á los campesinos á bajo precio.

También estaban de acuerdo los arrendadores de la propiedad y el guarda mayor, en lo relativo á los cultivos de caza. En ciertos puntos, los labradores se entendían con Strehley para sembrar alforfón, maíz y altramuces. Estos trozos de cultivo apenas llegaban á costar menos caro que el suelo. Nuño, habituado á pagar, é incapaz de darse cuenta del valor real de las cosas, había tenido siempre la costumbre de arreglar sus gastos suntuarios sin discutir. Decía:

—Si me veo obligado á ocuparme de esos detalles, perderé mucho tiempo; y ese tiempo me costará mucho más caro que los abusos que suprimiría... ¡si lograse suprimirlos!

Cuando le parecía que las cosas pasaban los límites, despedía al jefe de servicio que había abusado, y lo reemplazaba con otro que lo engañaba igualmente. Así andaba la casa hacía veinte años.

Un día Brucken, que se dirigía á París para hacer una visita á la yeguada mientras que Nuño iba á la Bolsa, dijo á éste en el ferrocarril:

—¿Sabe usted, Selim, á cómo le salen las perdices puestas enfrente del cañón de la escopeta?

—No, querido amigo; ni siquiera lo sospecho.

—Yo he hecho el cálculo aproximado. Se han matado dos mil perdices, y quedará un millar. Esta cacería especial, comenzada en junio y acabada en septiembre, hace salir la pieza á veinte francos...

—¡Ah, ah! ¡Mis perdices son de plata! He aquí por qué las marro tanto,—dijo Nuño con flema.

—He comenzado á revisar las cuentas de los faisanes. Aquí pasa algo mejor; si las perdices son de plata, los faisanes son de oro...

—Comparada con lo que nos cuesta en nuestras cacerías, es asombrosa la baratura á que se vende la caza en el mercado. Nunca se me da más de cuatrocientos francos por mis más hermosas aves.

—Esté usted tranquilo: Strehley las vende mucho más caras.

—¿De modo que él también me roba?

—Todavía mucho más que el antiguo *entraineur* de Chambourcy.

—¡Y lo hice venir de Inglaterra! ¿De quien fiarse?

—De nadie.

—Huberto, usted tiene el corazón seco por la duda. ¿Cuánto cree usted que se habrá metido en el bolsillo?

—Con que casar á su hija con un notario.

—Entonces no conviene conservarlo.

—Hay que despedirlo mañana por la mañana.

—Bueno. Encárguese usted de ese cuidado: tiene usted carta blanca. ¿Pero con quién lo reemplazará usted?

—Termont conoce á un muchacho que nos conviene.

—¿Robará menos?

—Ya sabe usted que no puede dejar de ser robado: es cuestión de medida. Lo importante es que no se burlen de usted, y que la caza marche bien. Con lo que gasta usted y sus dos mil hectáreas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

territorio, debe usted tener uno de los cuatro cotos más hermosos de Francia.

—¿Los habrá mejores que el mío?

—No puede usted luchar con Ferrières, Armainvilliers y los Vaux. Pero vendrá usted inmediatamente después, con Bois-Boudran, y será una gran cosa. ¡Buen lazo para accionistas sería esto! ¡Podría usted invitar á los embajadores, y preparar allí los empréstitos!

Nuño se echó á reir. Había aceptado la revelación que le hacía Brucken con serena impasibilidad. Lo que su guarda mayor le había robado durante la temporada, iba á recuperarlo en un día.

No era hombre que se conmoviera por cuestiones de dinero. Su corazón no tenía más que dos puntos vulnerables: su cariño á su hija y su amor á Manuela. Si hubiera podido poner de acuerdo á las dos mujeres; si hubiera podido verlas al mismo tiempo sonrientes y felices, nada habría tenido que desear sobre la tierra.

Pero precisamente hacía una semana que Ester se mostraba más sombría y más preocupada que nunca. Se paseaba sola con la Srta. de Faverger, y por la noche se retiraba temprano á sus habitaciones. Las fiestas dadas en la Chevrolière le parecían insoportables, y las toleraba porque se había propuesto no afligir á su padre, mostrándose displicente. Pero en su rostro se leía la contrariedad.

Nuño se asombraba de aquel humor salvaje, que alejaba á la joven de los habitantes del castillo.

La veía partir en el cesto, llevando grandes paquetes y volviendo con las manos vacías. Bien sospechaba que Ester derramaba sobre los pobres de la comarca los tesoros de su beneficencia. ¿Por quién era informada para sus buenas obras? ¿Quién la guiaba? Pronto lo supo, y de la manera más inesperada.

Una mañana, al recorrer el *Echo de la Brie*, le saltó á los ojos su nombre, y leyó el suelto siguiente:

«La verdadera caridad, la más noble y la más delicada, no sabe establecer diferencias entre las religiones cuando se trata de socorrer á los desgraciados. El Asilo de Villerglé, consagrado á los niños enfermos, no tenía los fondos necesarios para terminar los trabajos de su capilla. Acabamos de saber que la Srta. Nuño, hija del conocido banquero del mismo nombre, ha enviado veinte mil francos á la Superiora de la obra. Gracias á esta generosa joven judía, los niños cristianos podrán rezar.»

Al pronto, esta noticia satisfizo á Nuño. Hacía mucho tiempo que estaba acostumbrado á no elegir sus pobres. Confundía los cultos en sus liberalidades, siguiendo en esto el ejemplo de sus más eminentes correligionarios. No veía nada que no fuera muy ordinario en que Ester diera una suma importante á las Hermanas. Sin embargo, cuando reflexionó, asomó un punto negro en su espíritu.

¿Cuál era su inquietud? ¿Era inquietud solamente? No habría podido definirlo, pero experimentaba sordo descontento. Y cuando se preguntaba por qué estaba descontento, no encontraba ninguna respuesta. No pudo contenerse aquella misma noche, y llamando aparte á Ester le dijo:

—Parece que proteges los asilos del distrito. El periódico habla esta mañana de tus liberalidades.

La joven se puso colorada, pero respondió tranquilamente:

—¡Ah! ¿La capilla de esos pobres enfermitos? Sí... Tenían que decirles misa en el refectorio, porque no pueden ir á la iglesia: había que llevarlos. Ahora estarán muy cómodos.

—¿Quién te ha indicado ese Asilo?

—El cura de Précigny.

—¡Ah!—dijo Nuño.

Y su voz, que procuraba dulcificar cuando hablaba á su hija, se hizo áspera, como cuando trataba los asuntos financieros. Miró á Ester hasta el fondo de los ojos, y añadió:

—¿De modo que conoces al cura de Précigny?

—Sí, papá.

—¿Quién te ha presentado á él?

—Nadie. Le he encontrado visitando enfermos. Es un digno sacerdote, muy sencillo, muy anciano, notablemente instruido, y al que sólo su modestia ha impedido ser obispo; un alma de apóstol, una timidez de niño.

Estas palabras, muy inocentes, tuvieron el don de desagradar á Nuño, tanto como si hubieran sido criminales. Las relaciones de su hija con el cura de Précigny le contrariaron extraordinariamente, y hasta le alarmaron. Recordó que el cambio de carácter de Ester había coincidido con aquellas relaciones. Sospechó de la honrada Faverger, y reaparecieron sus antiguas prevenciones contra la institutriz. Pensó:

«¿No he hecho una locura al dejar esta católica al lado de mi hija? No podía darle más que malos consejos. Jamás la impulsará en el sentido que yo quisiera. Su naturaleza, sus ideas, sus tradiciones, aun siendo leal y delicada, la arrastrarán inconscientemente á aconsejar á Ester desde el punto de vista cristiano. Pero ¿qué es lo que tiene esta niña en la cabeza? Está desconocida desde que nos instalamos en la Chevrolière. Ya es tiempo de que la case. Si tardo, puede escapársemе.»

Estas reflexiones cruzaron por el espíritu de Nuño, y acabaron por hacerle desconfiar. Con su sutileza nativa penetró claramente el secreto que agitaba á Ester. Sólo que no descubría las verdaderas causas. Se alarmaba instintivamente. ¡Cuál no habría sido su terror si hubiera sabido que su hija, en varias ocasiones, había encontrado á Clemente de Pont-Croix y le había hablado, y que los tumultuosos movimientos de su alma eran la consecuencia única de estos encuentros!

Pero como, ante todo y siempre, Nuño trataba de ocultar sus impresiones á fin de impedir que penetraran en su pensamiento y de conocer mejor el pensamiento de los demás, se echó á reir y dijo á su hija:

—Me agrada que conozcas á ese buen hombre. Si hay necesidad de algo que exceda de tus recursos, me lo dices.

—Gracias, papá, pero tengo mucho dinero.

—Es verdad; no gastas nada para ti. No hay que ser tan modesta, hija mía. Es un deber el gastar; esto hace que el comercio prospere. Y sin comercio no hay Bolsa.

Aquella misma noche confió sus inquietudes á Manuela. La condesa habitaba en la Chevrolière un departamento situado en un ala del castillo, y servido por una elegante escalera encerrada en una torrecilla, y que permitía encaminarse directamente á la biblioteca sin seguir los corredores y la escalera principal. La biblioteca estaba entre el despacho de Nuño y la sala de caza, lugar de reposo de los invitados al volver de las batidas, donde encontraban grandes canapés, profundos sillones, mesas de juego, veladores cargados de servicios de té, de emparedados, de pasteles, y del famoso dorado Oporto, que Selim recibía directamente de su país. Por aquella escalera podía el banquero subir, sin ser visto, á las habitaciones de la Sra. del Peral. Habitando su hija al lado de la portuguesa, no se veía obligado á pasar por delante de la puerta de Ester, á riesgo de encontrarse cara á cara con ella.

En cuanto á Brucken, así como Termont y los invitados, vivían en un cuerpo de edificio posterior, unido al castillo por una galería, y al que se llamaba «La soltería». Allí todos juntos, hombres solos, servidos por criados ingleses, tenían libertad para fumar, hacer ruido, andar por los corredores en ropas menores, sin temor á molestar á los huéspedes de marca.

Aquella noche todo el mundo se había retirado temprano, y Nuño, pasando por su despacho, llegó al *boudoir* de Manuela. La joven, vestida con un peinador de crespón de China de color de rosa, miraba con el rabillo del ojo, fumando un cigarrillo de

tabaco turco, á Nuño, que se paseaba con aire preocupado Al cabo de un instante le dijo:

—Selim, no creo que hayas venido aquí esta noche para pasear... Con tu paseo me mareas... O siéntate, ó vete á pasear á tu cuarto.

El banquero se detuvo, tomó una silla, la acercó al sofá, y se sentó junto á la joven.

—Estoy muy disgustado, Manuela,—dijo,—muy disgustado.

—¿Crees que no lo noto? Vaya, dí lo que te pasa.

—Mi hija me inquieta desde hace algunos días.

—¿Nada más? Andas muy atrasado de noticias. A mí me inquieta hace más de un mes.

—Manuela, ¿que pasa en su cabeza? ¿Está así á causa de nosotros?

La joven sonrió, y dejando caer el cigarrillo, contestó:

—¡No! No es á causa de nosotros. Tiene otro motivo de preocupación.

—¿Cuál?

—Ha trabado conocimiento con un héroe de novela, y está en camino de enamorarse de él.

—¿Mi hija?

—Ester Nuño, sí, querido amigo. He aquí lo que nunca habrías descubierto en la Bolsa.

—¿Quién es ese hombre?—dijo Selim, cuyo rostro se puso de color de púrpura.—¿Dónde lo ha encontrado?

—A tu puerta. Y encuentra su recuerdo en todos los rincones de tu castillo, en todos los recodos de tu parque. Su nombre está grabado sobre las pie-

dras, sobre la verja, está incrustado en el suelo de la Chevrolière. Ausente, está, sin embargo, aquí siempre presente... ¿Has comprendido?

Selim no respondió al pronto; luego, con voz ahogada, dijo:

—¿El marqués de Pont-Croix?

—El mismo, ya sabes quien es?

Nuño levantó bruscamente la cabeza, y clavando en la portuguesa sus ojazos de escrutadora mirada:

—¡Tú lo conoces bien, Manuela! Me han dicho que te ha amado...

La joven hizo castañetear sus dedos, y mirando á Selim de arriba á abajo, con una mueca coquetona:

—Todos me han amado. Él, lo mismo que los demás. Pero yo no he amado nunca más que á uno. y éste bien sabes quien es. Pont-Croix no es por eso menos amable. Y para una joven de imaginación algo romántica, su vecindad es peligrosa.

—¡Pero está loca!—Exclamó Nuño.—¿Qué cree? ¿Qué espera?

—¿Acaso hay necesidad de esperar para amar?

—En cuanto á él, ya veo su interés...

—No ves nada,—interrumpió vivamente Manuela.— No pienses ni por un segundo en un cálculo de su parte. Está por encima de toda sospecha. ¿Clemente de Pont-Croix, pensar en ser yerno de Selim Nuño? ¿Él, cristiano, hijo de los cruzados, sobrino de un arzobispo, casarse con una judía? ¡Eso es una locura inverosímil! No temas que esto suceda nunca. Aunque dieras cincuenta millones á Ester, no se casaría con ella.

—¡Muy difícil de contentar es!—dijo Nuño, casi

ofendido.—Por lo demás, jamás se la concedería, aunque fuera sin dote. ¿Pero cómo estás tan bien informada sobre lo que piensa?

—¡Eh! He hablado con él en casa de los Prefont... Casi me hiciste una escena de celos... Y, ya ves, me ocupaba de tí... Pues bien: cuando dije á Pont-Croix que Ester debía casarse con Brucken, ni pestañeó... No temas nada de él, pero témelo todo de tu hija.

—¿Qué hacer en tales circunstancias?

—Apresurar el desenlace: casarla con Huberto.

—¿Pero consentirá ella?

—¿Por qué no había de consentir?

—¿Es de carácter para casarse con un hombre sin amarlo?

—Sí, si se le demuestra bien que el que ella ama la desdeña. Si eres hábil, conseguirás mucho por orgullo. Pero, ante todo es preciso que Brucken se declare oficialmente.

—Mañana mismo.

—Yo le prevendré, si quieres, que ha llegado el momento, y que será favorablemente acogido. Después hablarás á Ester, y, según que acepte ó rehuse, adoptarás la línea de conducta que te parezca.

—Cuento mucho con tus consejos, Manuela.

—Tienes razón. Sabes que amo á Ester como si fuera su madre...

—Bien pronto lo serás... Pero siempre parecerás su hermana.

—Hermana mayor. Y mi experiencia me servirá para asegurar su dicha.

Mientras que se decidía así la suerte de Ester,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin consultarle, la joven, en su habitación, pensaba preocupada que por la primera vez en su vida no había dicho la verdad á su padre. Es cierto que había encontrado al cura de Précigny visitando al hijo de Collard, pero le había sido presentada por alguno, y este alguno era Clemente de Pont-Croix.

Había, pues mentido. Pero le había parecido imposible pronunciar el nombre del marqués delante de Nuño. Pareciale que la mirada clarividente de su padre había leído hasta el fondo de su alma.

Vivía, hacía algunas semanas, en un estado de vaga turbación que encontraba muy dulce. No intentaba definirlo. Aquello era como un entorpecimiento de su espíritu, que no le dejaba la facultad de juzgar si obraba bien ó mal; una abolición de todo sentido crítico, que la entregaba, desarmada, al impulso instintivo de su ser. Y su ser la llevaba hacia Clemente.

No cesaba de pensar en él. Si se había interesado por el abate Pierquin, era porque había sido maestro de Clemente, y porque le amaba con ternura. El venerable sacerdote, sin sospechar que alimentaba una hoguera, había contado á Ester la infancia de Pont-Croix, cuando éste iba al presbiterio á aprender la doctrina. Y sobre este punto, el buen hombre era inagotable.

Olvidaba la religión á que pertenecía Ester, tanto más fácilmente, cuanto que ella misma la olvidaba, y, dichoso con las larguezas que la joven prodigaba á sus pobres, bendecía á la buena judía, que le parecía más cerca del cielo que muchas cristianas.

La Srta. de Faverger ayudaba á sostener la ilusión del cura. Ester hablaba de caridad, con la institutriz de religión, y llegaba á confundir en su reconocimiento la piedad de la una y la liberalidad de la otra.

Cuando el panaderito estuvo curado, y la joven no tuvo ya facilidad de encontrar al abate Pierquin en el jardín, bajo la ventana del enfermo, fué valerosamente al presbiterio.

Se entraba en él atravesando el cementerio, jardín lleno de flores, entre las cuales las cruces alzábanse melancólicas; lugar apacible donde todos los seres, todos los rangos, todos los cultos estaban confundidos en el común reposo. Allí cantaban los pájaros, y todo los días se paseaba el cura por las calles enarenadas, bordeadas de boj, al sol: leyendo su breviario.

Al lado estaba la iglesia, bien restaurada, de aspecto nuevo, con sus brillantes vidrios, regalados por el padre de Clemente.

Gustábale á Ester andar por aquel jardín de los muertos, hablando con el sacerdote.

Escogía, para ir á verles, las horas en que el clérigo acostumbraba á pasearse allí. Las conversaciones eran allí más graves; parecían más desprendidas de la culpable curiosidad que atraía á la joven.

Complacíase ésta más entre aquellas tumbas que en el presbiterio, donde le parecía que su presencia era inoportuna. Aquel era un terreno neutral donde el sacerdote y la judía podían conversar bajo los auspicios de la caridad.

Sin embargo, Ester no había dejado de encontrar

de parte de la Srta. de Faverger una seria resistencia. La buena señora se asustó mucho, al principio, de las relaciones de su discípula con el cura de Précigny. Juzgó muy censurable que se estableciera intimidad entre ambos, y se lo dijo á aquélla con su franqueza acostubrada. También á su aya disfrazó Ester la verdad por primera vez.

—¿Qué mal encuentra usted—le dijo—en que yo me sirva de este excelente hombre para hacer bien en el país? Ya sabe usted que fuimos recibidos con hostilidad... ¿No es buena política tratar de atraer los espíritus y conquistar los corazones? Usted ve qué discreto es este buen sacerdote; jamás habla de religión. Me deja, con un tacto perfecto, dueña de mis convicciones, no trata de atacarlas, no hace ningún acto de proselitismo. ¿Qué mejor prueba de moderación y de prudencia puede dar? Nuesto rabino no hablaría de otro modo que él, y, á no ser por su traje, podría yo creer que trataba con un ministro de mi culto.

—No por eso es menos cierto que la intimidad de usted con el cura de Précigny es una cosa comprometedora para usted y para él. Las gentes que no reflexionan como usted sobre los sentimientos, no comprenderán sus visitas al cura; les atribuirán un alcance que no tienen, y censurarán á usted por esa amistad con un sacerdote católico, como criticarán al abate por recibir á una judía, si no es para convertirla.

—Me pongo por encima del qué dirán.

—¿Pero qué responderé á su padre el día en que me pida cuenta de la manera de obrar de usted?

—Le responderá usted que no soy fácil de dirigir, y que no he hecho caso de sus buenos consejos.

—Entonces se asombrará de que no se lo haya advertido.

—¡Mi buena Faverger!...

—Mi deber es prevenirlo.

—¡Qué importancia á tan poca cosa!

—Si yo fuera judía tomaría el asunto menos á pecho. Pero soy católica, y esto me obliga á ser más escrupulosa.

—No quiero contrariarla. Cesaré, pues, en mis visitas, pero no exigirá usted que cese de dar á los pobres... Usted me servirá de intermediaria.

Así perdió Ester la ocasión única de oir hablar de Clemente. Y ésta fué para ella una privación dolorosa.

El corazón de la joven estaba ya, sin que ella se diera cuenta, lleno únicamente del marqués. Si alguien le hubiera dicho que le amaba, se habría espantado. Pero le amaba.

De aquí una turbación profunda que le hacía amar la soledad, y la alejaba, tanto como era posible, del ruido y de la alegría, en medio de las cuales vivían los huéspedes de su padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

El día en que Nuño había resuelto decidir del porvenir de Ester, comenzó mal para el banquero. Estaba en su despacho ocupado en dar órdenes de Bolsa por el teléfono que había hecho recientemente instalar entre la Chevrolière y sus oficinas, cuando le fué anunciado el guarda mayor Strehley. Selim frunció el entrecejo, y dijo con aspereza:

—Que espere.

Preveía una escena. Y aunque en todas las ocasiones de la vida ordinaria, la conciencia de su soberanía financiera le daba una serenidad á toda prueba, no le gustaban las dificultades. Siguió hablando sobre la placa de madera, transmitiendo á su secretario general instrucciones extremadamente precisas.

Acababa de producirse un pánico en Berlín. Dos Bancos importantes habían suspendido sus pagos, y la consecuencia de aquel *krack* era una baja general sobre las plazas de Londres, de Viena y de París.

Los exactos informes que tenía Nuño no permitían creer en una baja prolongada, y el banquero, previendo el alza, maniobraba en consecuencia.

Dejó el aparato, y, llamando, dió orden de hacer entrar á Strehley. En pie, delante de la chimenea, esperó impasible.

Apareció el guarda, de uniforme, con el kepis galoneado en la mano, muy encarnado, bajos los ojos y contraída la boca. E inclinándose, dijo en buen francés, muy preciso, pero con acento inglés bastante pronunciado:

—El señor barón de Brucken me anunció anoche que el señor conde no quería conservarme más... Vengo á preguntar al señor conde si esto es exacto.

—Muy exacto.

—¿Querrá el señor conde tener la bondad de decirme por qué motivo?

Nuño levantó la cabeza, miró de alto á bajo al guarda mayor, y muy tranquilamente le dijo:

—Porque me roba usted de una manera exagerada, maese Strehley.

Una banda roja cruzó la frente del inglés, que dijo:

—Eso es que se lo han hecho creer al señor conde... Porque el señor conde es demasiado gran señor para informarse por sí mismo.

—Maese Strehley, todo el mundo me roba, lo sé; pero todo tiene límites, y esos límites usted los ha excedido.

El guarda le dirigió una mirada irónica, y dijo:

—Señor conde, en su casa aun soy yo el que roba menos... Y ese mismo que me ha denunciado, roba más que yo, y cosas más preciosas para el señor conde...

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó Nuño con imperioso acento.—Le mando que se explique.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vigile el señor conde, y el señor conde podrá informarse por sí mismo...

—¿Acusa usted al Sr. de Brucken?

—Yo no acuso á nadie, solamente hago una indicación al señor conde... El señor conde debe aprovecharla.

—No espere usted cambiar mi convicción con insinuaciones calumniosas.

—No espero nada, señor conde... Digo solamente lo que conviene que diga. No se ve robar más que la caza en los bosques...

—Me fastidia usted con sus chismes... Si no tiene usted nada más que decirme, puede retirarse.

—¿Persiste el señor conde en su resolución?

—Absolutamente.

—¿Cuándo deberé dejar mi servicio é irme?

—A fines de semana. Por consideraciones al lord que lo colocó en mi casa, no quiero despedir á usted brutalmente.

—Doy gracias al señor conde,—dijo el guarda con amenazadora humildad.

Giró sobre los talones, y salió sin pestañear.

Al quedarse solo, Nuño meditó. ¿Qué había podido querer decir aquel borracho con sus alusiones? No se veía robar más que la caza en los bosques... Y le robaban á Nuño cosas más preciosas que su dinero... El guarda aludía á Brucken y á una mujer... ¿Cuál, sino Manuela?

La denuncia no podía referirse más que á la condesa de Huberto... Pero, ¡cuán torpe y groseramente!... ¿Por qué salían juntos á caballo con frecuencia los días que no se cazaba? Esto era lo que

justificaba la alusión á la caza furtiva en los bosques. ¿No era esto miserable?

Y, por otra parte, ¡en el momento mismo en que la Sra. del Peral se interesaba por el matrimonio de Brucken con Ester! Aquel guarda no podía saber esto, y hasta qué punto era inaceptable la delación. Y además, ¿cómo creer que Manuela, después de lo que había dicho la víspera misma, después de tantas pruebas de sinceridad y una ternura tan constante, fuera á engañarle con Huberto?

No; verdaderamente era ciego el odio del servidor despedido, y la trama de sus calumnias se deshacía por sí misma.

Selim se censuró á sí mismo por discutir, siquiera no fuera más que por un instante, aquella ridícula fábula. ¿No era esto hacer una injuria á la señora del Peral y á Huberto? ¿No habrían debido ponerlos al abrigo de tal humillación los sentimientos delicados de la una y la absoluta adhesión del otro?

Por la primera vez de su vida no conservó ninguna sospecha.

A menudo había tenido, hasta apropósito de Manuela, inquietudes más ó menos justificadas: habría estado celoso de Pont-Croix. ¿Pero de Huberto? ¡No!

Si aquel hombre, muy listo, hubiera sido capaz de observar los fenómenos que el amor producía en su espíritu, aquella ausencia de temor habría debido ser para él toda una revelación. Precisamente porque creía tener entera seguridad, es por lo que había que desconfiar.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En un asunto financiero pronto habría contrastado sus convicciones: así habría llegado al conocimiento completo de la verdad. Pero, en amor, era tan fácil de engañar como un niño.

Brucken entró en su despacho á las once, y lo encontró escribiendo cartas. La sonrisa de Nuño fué tan amistosa, su apretón de manos tan franco como si Huberto no hubiera sido denunciado. El banquero señaló al joven una butaca cerca de su mesa, y para facilitarle su demanda, dijo:

—¿Tiene usted que hablarme seriamente, cuando viene á buscarme aquí á solas?

—Sí, mi querido conde,—dijo Brucken, no sin alguna emoción:—se trata de un paso tan importante para mí, que no podía atreverme á darlo sino estando seguro de no ser interrumpido.

—Esta será la primera vez que se dirige usted á mí, Huberto,—dijo dulcemente Selim.—Si hasta ahora he tenido la satisfacción de serle útil, siempre he sido yo quien ha ofrecido, y nunca usted quien ha pedido. Y todavía lo que yo hacía por usted estaba tan lejos de lo que usted hacía por mí... Si ponemos en una balanza los servicios hechos, creo que soy, en mucho, deudor de usted.

Por dueño de sí que fuera Huberto, se puso colorado al oir aquellas palabras que atestiguaban la confianza y el afecto sincero que le consagraba Selim.

Pero no era hombre de escrúpulos, y comprometido en la lucha por la existencia, acorazado de cinismo, decidido á no tener en poco los medios, ni en mucho los resultados, no podía detenerse

ante la cándida expansión del hombre á quien engañaba. Pensó: «¿Vacilaría él si se tratara de engañar á cien mil accionistas? ¡No, ciertamente! Entonces, ¿qué es lo que me detiene?»

Dió seguridad á su mirada, y estrechando la mano que Nuño le tendía:

—Usted me trata mejor de lo que merezco... Pero, por exagerada que me parezca su gratitud, acepto con alegría su testimonio, porque es preciso que yo le crea bien dispuesto respecto de mí para atreverme á exponer mi demanda.

—Huberto, yo le quiero á usted como á un hijo, —dijo Selim.—Así, no tema de ningún modo pedirme demasiado...

—Le pediré, pues, á usted que me trate por completo como á un hijo,—replicó vivamente Brucken.—Amo á Ester, y mi deseo más caro es que me la conceda usted.

—Y yo tendré la mayor alegría en dársela, porque estoy seguro de que usted lo hará todo por asegurar su dicha.

Aquel hombre terrible que había llevado sin pestañear tantas gentes á la ruina y á la deshonra, tenía húmedos los ojos. Impresionó vivamente á Brucken. Aquella ternura tan profunda podía llegar á ser temible. El joven se daba cuenta, con mucha claridad, de que las buenas disposiciones de Nuño estaban inspiradas por Manuela. ¡Y cuán culpable no era respecto de él con ella!

Si alguna vez Selim veía traicionada á su hija, y por su querida, ¿de qué venganza no sería capaz? Pero, ¿no era imposible renunciar á la encantado-

ra portuguesa? Haber amado á aquella mujer y apartarse de ella; verla entregarse á otro, porque era incapaz de volverse buena, ¿sería cosa á la que podría resignarse? Se confesó á sí mismo que no. Y muy friamente, en el momento en que pedía la mano de Ester, se prometía no abandonar á Manuela.

Había que contestar á Selim, que esperaba protestas de adhesión y de cariño.

—Sabe usted,—dijo Huberto,—que mi mayor afán será complacerlo. Mi deseo más caro es entrar en su familia, y puesto que usted lo colma, ya no tengo nada que ambicionar. Pagaré, y bien fácilmente, con su hija, la deuda que hoy contraigo. En cuanto á mis sentimientos por usted, no pueden cambiar, porque no creo llegar nunca á quererle más que hoy.

—Pues bien, mi querido Huberto, hoy mismo hablaré á mi hija. Ya comprende usted que mis compromisos deben ser ratificados por ella. Pero creo que la confianza que tiene en mí y la simpatía que siente por usted, hacen fácil el acuerdo... Cuente usted con que no olvidaré nada para decidirla.

«Entonces,—pensó Brucken,—¿qué obstáculo podría impedir la realización de nuestros proyectos?» Y dijo:

—Ya sabe usted, mi querido conde, que no tengo fortuna...

—Ya arreglaremos eso,—interrumpió el banquero.—Hace ya mucho tiempo que me echo en cara reconocer mal el concurso tan precioso que me ha prestado usted. Siempre me lo ha impedido el temor de herir su delicadeza. Cuando sea usted mi yerno, deberá aceptarlo todo de mí, y le haré una posición digna de usted.

—En cuanto á mi nombre y á mi título, bien conocido es su origen.

—Nobleza financiera,—dijo Nuño con una sonrisa,—como había en otro tiempo nobleza de espada y nobleza de toga... Yo también soy conde, por haber acudido al socorro de un Estado europeo... ¡Eh! Hoy no se salvan los tronos sólo en los campos de batalla, sino también en la Bolsa. No hay que despreciar estas distinciones: pueden ser útiles más tarde, á los hijos... Dentro de dos siglos, los verdaderos nobles serán los nuestros.

—Pongo, pues, mi suerte en sus manos, y no obraré sino según sus consejos.

—Déjeme usted maniobrar, y, cuando convenga que hable usted á Ester, yo le avisaré.

Sonaba la campana del almuerzo. Brucken y Nuño salieron juntos. Ni una vez había sido pronunciado el nombre de la portuguesa en el curso de la conversación. Se habría dicho que los dos hombres se habían dado la consigna de dejar á la joven fuera de aquella negociación, en la cual, sin embargo, había tomado parte tan decisiva.

En la conciencia del uno y del otro había un punto doloroso é inquietante, sobre el que preferían no insistir.

Los huéspedes de la Chevrolière esperaban en el salón. A excepción de Breda y de Tremblay, á quienes sus ocupaciones retenían toda la semana

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la Bolsa, el personal ordinario que componía la corte de Nuño estaba completo.

El señor y la señora Francfort, Ester, la buena Faverger, Manuela y Termont, hablaban delante de la chimenea, donde ardía un hermoso fuego.

Comenzaban á amarillear las hojas, y los macizos del parque se doraban con tonos leonados, que hacía resaltar el persistente verdor de las encinas y el negro azul de los abetos. Flotaba en el aire una ligera niebla, y el viento, ya frío, acusaba el otoño.

—¿Está despedido Strehley?—preguntó Termont estrechando la mano de Selim.

—Despedido.

—Habrá estado un año al servicio de usted...

—Es un pájaro de cuenta,—dijo el guapo Francfort con una sonrisa.

—Le he dado ocho días por consideración al duque, que me lo envió... Pero estoy muy satisfecho por haberme desembarazado de él.

El mayordomo, abriendo la puerta del comedor, interrumpió la plática, y Selim, ofreciendo su brazo á Manuela, salió del salón.

Después del almuerzo, como Termont, Brucken y Francfort se dispusieran para la caza, las señoras los siguieron á la escalinata.

Ester hacía un movimiento para subir otra vez á sus habitaciones, cuando su padre la detuvo.

—No te vayas tan pronto,—dijo:—tengo que hablar contigo.

Lo miró ella con un poco de asombro; pero Nuño la atrajo dulcemente, y tomándola el brazo:

—¿Quieres que demos una vuelta por el parque?

Bajaron al parterre, y, andando despacio, llegaron á la gran arboleda, cuyas hojas ennegrecidas comenzaban á alfombrar el suelo.

El sol había deshecho los vapores de la mañana y brillaba en el claro cielo. El tiempo era muy dulce, y los pájaros, reanimados por aquella última vuelta del calor, cantaban en la espesura.

El padre y la hija iban uno al lado del otro silenciosamente. Él, preocupado de la manera cómo abordaría su delicada confidencia; ella, algo inquieta por la solemnidad de aquella conversación á solas. Pero Nuño no tardaba nunca mucho tiempo en decidirse. Levantó la cabeza, y mirando á su hija de lado, dijo:

—Dentro de algunas semanas vamos á volver á París, querida hija mía, y á emprender nuestra existencia de invierno. ¿Se va á pasar el año sin que pienses en casarte? Vas á cumplir veintiún años... ¡Ah, no es que te encuentre vieja ni que esté cansado de tenerte á mi lado!... Ya sabes que mi más ardiente deseo sería tenerte en mi casa con tu marido...

—¿Mi marido?...—murmuró Ester con una amargura que no pudo contener.

—¿Qué?—interrumpió Nuño con viveza.—¿Acaso desesperas de encontrar uno á tu gusto?... Esto no es admisible... Y yo no soy un padre muy tirano... Si te gusta alguno, dílo: ya sabes que no te lo rehusaré...

Por el rostro de Ester pasó como un resplandor, que lo iluminó como con una secreta esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero una rápida reflexión disipó aquella claridad, y la joven volvió á ponerse preocupada.

—No, papá; no conozco á nadie que me guste y que pueda ser aceptado por usted.

Selim se estremeció. Le pareció comprender en la respuesta de su hija una extraña reticencia. La primera parte estaba desmentida por la segunda. Y su frase podía significar: «El que me gusta, no será aceptado por usted.»

Quiso ir hasta el fondo de las cosas. La incertidumbre le daba horror en todo.

—Si no tienes pretendiente que indicarme, yo tengo uno que ofrecerte... Tú me has declarado siempre que lo que te impedía hacer una elección, entre los que se presentaban para casarse contigo, era el poco conocimiento que tenías de su verdadero carácter, de sus costumbres, de sus gustos... Habrías querido, en suma, casarte con un hombre que fuera de nuestra intimidad.

Mientras hablaba observaba á su hija, y la veía triste, insensible, como si no le interesara lo que le decía, y que, sin embargo, era de tan vivo interés para ella. Ninguna oposición, ninguna contradicción. Una inercia decidida á resistir á todo lo que se intente para arrastrarla á una resolución que le era insoportable de antemano. Nuño continuó:

—Encontraba legítimas tus repugnancias, y prudentes tus precauciones. Nada mejor que querer conocer maduramente á la persona con quien se ha de casar uno. Por eso he procurado atraer á casa á los jóvenes que hubieran podido ser partidos posibles. A todos los has desahuciado, y reconozco que acaso no has hecho mal. Sin embargo, entre nuestros amigos hay uno que jamás ha aparentado ocuparse de tí, y, á mis ojos, ninguno vale lo que él entre todos los que se han presentado... Verdaderamente, yo no podía proponerle que te hiciera la corte... ¡y sin embargo, habría deseado que te la hiciera!... Desesperaba casi de verlo formar entre los pretendientes, sospechaba que era un soltero recalcitrante como tú, cuando, al fin, se ha decidido...

Desde que Nuño comenzó su exposición, sabía Ester de quien se trataba. Lo había adivinado todo en seguida, y su frente se contrajo, su mirada se oscureció. La combinación de Manuela aparecía francamente en vías de realización. Su padre había sido ganado á su causa, y todos los resortes, hábilmente preparados para constreñir la voluntad de Ester, iban á jugar y á asegurar el triunfo de la portuguesa.

En aquel momento crítico, la joven se sintió con una fuerza desconocida. Se precisó su pensamiento, su corazón se serenó. Casi se asustó de la frialdad con que afrontaba la situación.

—¿No me preguntas de quién se trata?—dijo Nuño más agitado.

—Lo sé, papá,—replicó Ester tranquilamente:—así es inútil que se lo pregunte.

—¿Lo sabes?—exclamó el banquero estupefacto.

—Sí, papá; la persona á quien usted se refiere, ¿no es Brucken?

Nuño se puso en guardia, y, mirando á su hija

con extrema atención, vuelto á su sangre fría, diciéndose que ya era tiempo de atacar en firme:

—En efecto, él es. ¿Tienes alguna objeción que presentar contra su candidatura? A éste lo conoces; lo ves, desde hace un año, en nuestra intimidad. Tú sabes qué complacencia me ha mostrado, qué servicios me ha hecho... Es un muchacho excelente, de muy buena familia, que pertenece á nuestra clase, á nuestra religión. Ofrece, pues, todas las garantías que puedes exigir... Y si no mereciera ser elegido por sí mismo, añadiré que me darías gusto acogiéndolo favorablemente.

Ester no pestañeó durante aquella enumeración de las ventajas ofrecidas por Brucken. Se había detenido, y, derecha, bajó los ojos, miraba una oruga enorme, gris y roja, que subía lentamente á lo largo de una rama con sus veinte patas viscosas y velludas. Parecíale ver á Brucken subiendo al asalto de su fortuna, y la repugnancia que le causaba el inmundo insecto era semejante al horror que le inspiraba el audaz pretendiente. Alargó su sombrilla, y, de un golpe seco, tiró á la oruga, que, caída en la arena, se enroscó allí, aplastada, impotente y furiosa.

—¿No me contestas?—dijo Nuño.

—Papá, si Brucken le ha hecho á usted tan grandes servicios, creo que puede usted pagarle de otro modo que dándole su hija.

—¡Pero si yo no pienso en pagarle! ¿De dónde sacas eso que dices? ¿Por qué me acusas de querer venderte? Quiero á Huberto, me gusta, es de los nuestros: no encontrarás nada mejor... Vamos, no

me niego á razones. ¿Qué es lo que te choca, qué es lo que te desagrada en este negocio?

—Usted mismo lo ha dicho, papá,—dijo gravemente Ester.—En este negocio, lo que me choca, lo que me desagrada, es que es un negocio.

—¡No disputemos por palabras! ¡Soy extranjero! Bien sabes que no hablo el francés con la misma precisión que tú. En todo esto no hay en juego otro interés que el tuyo.

Ester enrojeció, y de sus ojos brotó una llama.

—¿Está usted bien seguro?—respondió enérgicamente.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Nuño muy turbado.—¿A qué haces alusión?

—Busque usted á su alrededor.

—No te comprendo,—balbuceó Selim, que veía que la discusión tomaba un giro muy inquietante.

—Va usted á comprenderme. ¿Por quién ha conocido usted á Brucken? ¿Quién lo ha presentado á usted? ¿Quién lo protege, además, y trata de imponérselo á usted como yerno?

—¡Ester!—interrumpió Nuño asustado.—Ten cuidado con lo que vas á decir.

—¡Ah! Ha comprendido usted, papá. ¿Verdad que es inútil hablar con más claridad? Pero no crea usted que me asustaría hacerlo. Si hace mucho tiempo he guardado silencio, usted sabe que únicamente ha sido por respeto á usted. Yo no habría provocado una explicación que podía herirle y humillarme. Pero, puesto que es usted mismo quien me obliga, digamos de una vez para siempre lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que uno y otro tenemos en el corazón, á fin de no volver jamás sobre ello.

—Pero, hija mía, no sé por qué llevas la cosa por el lado trágico. En este momento no se trata más que de un matrimonio...

—Sí, pero este matrimonio resume toda una situación que me hace sufrir cruelmente.

—Brucken...

—Es el candidato de la Sra. del Peral. Y esto es una razón suficiente para que yo lo rechace.

El padre y la hija quedaron uno frente á otro, sin cruzar sus miradas. Ella, asustada de lo que había tenido el atrevimiento de decir. Él, aturdido por lo que acababa de tener el dolor de oir. Instintivamente reanudaron su paseo, despacio, como si esperasen que el movimiento disminuyera el malestar que ambos experimentaban. Pero no podían escapar á la situación: se había apoderado de ellos, y era demasiado fuerte para que no fuesen arrastrados hasta sus últimas consecuencias.

Nuño fué el primero que volvió á hablar con aire sombrío:

—Hija mía, acabas de causarme mucha pena... Has desconocido mis sentimientos por tí... Me has creído capaz de sacrificarte á exigencias que no pueden ser confesadas.

—Desde que conoce usted á la Sra. del Peral,—exclamó Ester,—ya no es usted el mismo para mí, papá. Le ha cambiado á usted el corazón, se ha apoderado de su espíritu, y ha destruído toda confianza entre nosotros dos. ¿Me censura usted por haber pensado que cedía á su voluntad al proponerme que me case con Brucken? ¿Y cómo no pensarlo? La cosa es evidente, salta á los ojos; y por el hecho mismo de la ingerencia de esa mujer en el proyecto de matrimonio, éste es inaceptable.

—¿Y por qué?

—¿Cómo por qué? ¿Y usted me lo pregunta? ¿Está usted cegado hasta ese punto? ¿Tiene tanto imperio sobre usted, que todo lo que procede de ella le parece á usted bueno, excelente, moral.

Se calló un instante, con la esperanza de que una palabra de Nuño, cortando la discusión, le ahorraría el dolor de expresar todo su pensamiento, que juzgaba ofensivo. Pero su padre siguió callado, con la obstinación propia del hombre que tiene tomada su resolución.

Entonces, irritada, irguiéndose en toda su estatura, con voz firme, dijo:

—¿De modo que ha supuesto usted que yo sería capaz de dejarme casar, á vista y paciencia de todo el mundo, porque así lo quiere la querida de mi padre?

Esta vez Nuño se rehizo. Había sido herido en lo más sensible, y, apretada la garganta por la emoción, y con palabra más áspera todavía que de ordinario, respondió:

—Hija mía, tengo intención de casarme con la Sra. del Peral. Después de lo que acabo de oir, me debo á mí mismo el declarártelo.

—¡Que no lo haya hecho usted más pronto! Me habría usted obligado, si no á no aborrecerla, al menos á respetarla.

—¡Hija mala é ingrata!—exclamó Nuño fuera de

sí.—¡He aquí lo que yo podía esperar de tí después de haberte querido tanto! Eres implacable para mis debilidades; me hieres en el corazón, lo sabes, y nada te detiene. Ahí tienes una mujer encantadora, de quien eres amiga mientras me es indiferente, y á quien detestas así que la amo. ¿Qué te ha hecho para merecer tus ultrajes? Porque desde hace seis meses eres otra con ella. A su amabilidad, respondes con injuriosos procederes; en cambio de su afecto, porque te tiene afecto, le muestras una hostilidad continua. Crees dar con esto una gran prueba de austeridad, y no muestras más que mala educación. ¿Qué significa tal rigorismo? ¿Dónde lo has visto practicar? Cuando el mundo cierra discretamente los ojos, ¿no podrías imitarlo? No habrías debido ver. Has obrado muy mal, comprendiendo cosas que todo te prohibía comprender. Y acabas lo que has comenzado tan bien, faltando al respeto á tu padre. Tu conducta es indigna: me has herido, y me costará mucho trabajo perdonarte.

—Entre la Sra. del Peral y yo, ya sospechaba que no vacilaría usted,—dijo Ester con amargura.

—Estaba preparada á ello.

—¿Estabas preparada?—interrumpió Nuño.—¿Qué pretendes decir? Te mando que lo expliques. Tu actitud es muy singular desde hace algún tiempo... Me parece que tienes ideas detestables... Aquí debe haber alguna intriga... Te has encalabrinado con algún perdido... ¡Pero te prevengo que no te casarás si no á mi gusto!... ¡Y si tratas de imponerme algún hidalguillo arruinado, algún cazador de dote, pondré orden en ello!

—¡Papá!

—Sí; sabré defenderte contra tí misma. Tú ves claro en el corazón de los demás, pero yo veo también muy claro en el tuyo. ¡Y jamás, sábelo, jamás un cristiano!

Ester miró á su padre. El rostro de Nuño estaba congestionado por la cólera, su boca se crispaba amenazadora, sus ojos brillaban bajo sus espesas cejas. El odio secular de su raza perseguida estallaba al pensamiento de ver á su hija pertenecer á un descendiente de los perseguidores. La joven extendió su mano, y con helado acento:

—Tranquilícese usted, papá: no me casaré nunca.

Al mismo tiempo, la dura tensión que soportaba hacía una hora la aniquiló, y, lanzando un sordo gemido, estalló en sollozos. A la vista de las lágrimas de la que amaba tan tiernamente, á despecho de sus recriminaciones y de sus amenazas, Selim se mostró trastornado. Estrechó á su hija entre sus brazos, y, hablándole con dulzura, dijo:

—¡Veamos! ¿Qué hay? No me lo dices todo. Bien sabes que te quiero. Desde hace una hora estamos diciéndonos cosas horribles, y nos martirizamos locamente. Hijita mía, recobra la confianza en tu padre. ¿Qué es preciso para calmarte? ¿Exiges que se vaya la Sra. del Peral? Pues bien, se irá, volverá á París. No puedo hacer por tí mayor sacrificio. Sin embargo, no vacilaré en imponérmelo. ¡Es para mí un dolor tan grande ver tu cara triste y tus miradas cargadas de reproches! Sin embargo, no me impedirás que me case con ella, ¿verdad? ¿No querrás causarme tanta pena? Mira, á mi edad, no en-

contraré jamás una afección tan segura, tan profunda... ¡No digas lo contrario!... ¡Oh, bien veo lo que piensas!... Crees que no me ama... La crees interesada... ¡Te juro que no es así! Nunca ha aceptado nada de mí. Y ya comprendes que, si hubiera querido, sería muy rica... ¡Es muy buena! Y te ama. Su única pena es que la trates tan mal. ¡Oh, si tú quisieras, qué dichoso podría ser!... Veros en buena armonía, á mi lado, ¡qué sueño! ¿Cómo realizarlo? Dímelo, no temas pedirme. Estoy dispuesto á concederte lo que desees... ¡Oh, querida Ester, hija mía, de tí depende la felicidad de tu padre!... Una palabra, una sola, de dulzura y de indulgencia, y no tengo que desear nada más.

—¡Cásese usted con la Sra. del Peral, papá, puesto que está usted seguro de su cariño! Me encontrará usted respetuosa á su voluntad...

—¡Oh, Ester! ¡Es muy frío lo que me dices!... Pero, sin embargo, te lo agradezco; sí, te lo agradezco con todo mi corazón.

La joven lloraba oyendo á su padre, y comprendía bien que en aquel instante todo cambiaba para ella, que comenzaba una situación nueva, llena de trastornos y de cosas imprevistas, en la que habría que luchar y sufrir, tanto en la victoria como en la derrota. Descubría á Manuela más astuta de lo que había pensado, ejerciendo sobre su padre una influencia casi imposible de contrabalancear.

Aquella mujer iba desde luego á ocupar en la casa el lugar de su madre, y luego el suyo. Para desembarazarse de ella es para lo que había inventado la candidatura de Brucken.

Dando la hija de Nuño á una de sus hechuras, disponía de un poder absoluto.

Y por esta razón era por lo que había llevado á Huberto, por lo que le había hecho avanzar tanto en el cariño de Selim. Debía representar el papel de un aliado indispensable; sometido de antemano, dispuesto á aceptarlo todo; mientras que otro yerno habría podido hacerle la oposición y preparar la ruina de la combinación matrimonial.

Ester veía claramente la trama preparada. Aparecían todos los hilos tan hábilmente tejidos por Manuela, y la joven se encontraba en el centro del lazo, cogida en sus mallas, reducida á la impotencia, á menos de un golpe de fuerza que rompiera la red y la libertase. Pero, ¿cómo golpear? ¿dónde golpear? Por todas partes encontraba á su padre delante de sí, y los golpes debían ir á parar á su corazón. Dejábala él reflexionar, andando despacio á su lado, examinándola con el rabillo del ojo y observando que se calmaba su emoción, que dejaban de correr sus lágrimas. Llegaron á la vista del parterre, de donde habían bajado al principio de su conversación. Nuño se detuvo delante de la balaustrada de la terraza, al pie de la escalera, á cada uno de cuyos lados surtidores de agua se lanzaban para volver á caer, en polvo irisado, en pilas de mármol, y, estrechándole afectuosamente la mano:

—¿Se ha acabado esa gran pena? ¿Vas á ser razonable?

—¿No lo soy, papá?

—Sí. Eres una buena hija. No quieres darme un disgusto, y te lo agradezco infinito... Está segura

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no lo olvidaré, y otra persona también te lo tendrá en cuenta... ¡Oh, te quiere! Te lo he dicho, y tú no podrás impedir que ella te lo pruebe... Ha soportado tus sofiones, y los seguirá soportando... ¡Acabarás por juzgarla mejor!... Y como tienes corazón y talento, la tratarás como merece serlo.

Ester escuchaba á su padre, impasible. No dijo ni sí ni no. Habría querido muy sinceramente creer en lo que le decía Nuño. Habría dado mucho por estar segura de la honradez, de la probidad de Manuela. Pero en el fondo de su alma se alzaba una protesta, y no podía impedirse el temer á la joven, el suponerla hasta más peligrosa aún de lo que se había mostrado hasta aquel día.

Nuño, ante aquel silencio de Ester, se figuró que vacilaba, que se doblegaba, y que con otro pequeño ataque la arrastraría. Y dijo:

—¡Y bien! ¿Y ese pobre Brucken?...

Estremecióse la joven tan vivamente, que comprendió que se había engañado, y para evitar una negativa nueva, definitiva, se apresuró á decir:

—¡No! No respondas. Reflexiona... Aplaza tu decisión... Y dentro de ocho días, de quince, si es menester, haré lo que quieras... Pero, al menos, me habrás dado una prueba de buena voluntad... ¿Está convenido?

Ester lo besó con ternura, porque lo amaba á despecho de sus extravíos y de sus debilidades. Asomaron de nuevo á sus ojos las lágrimas, y, sintiendo que iba á estallar otra vez en sollozos, hizo con la mano una señal que Nuño pudo tomar por aquiescencia, y corriendo se dirigió hacia el castillo.

IX

Con las tijeras de podar en la mano, paseaba el marqués de Pont-Croix por su jardín lleno de rosas, una mañana á cosa de las once, cuando el trote corto de un caballo, á lo largo del muro que bordeaba el camino, le hizo levantar la cabeza.

Delante de la verja de la Encomienda acababa de detenerse una amazona, y, bajo su sombrerito, brillaban los ojos negros de la Sra. del Peral.

Clemente seguía asombrado, cuando la joven, alzando su *stick*, hirió con el puño la campana de la puerta, y gritó con alegre voz:

—¿Quiere usted abrir, caballero?

—¿Cómo, condesa, es usted?—dijo Clemente.

—Sí, marqués, yo soy,—contestó ella riendo.—Al menos, lo parece.

Celestino se apresuraba á abrir la puerta. La joven entró á caballo, y deteniéndose al pie de la escalinata:

—¿Quiere usted hacerme el favor de ofrecer la mano á mi pie?—preguntó.

Antes de que hiciese un movimiento, Clemente la había cogido por la cintura y puesto en el suelo.

Celestino se llevó el caballo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no lo olvidaré, y otra persona también te lo tendrá en cuenta... ¡Oh, te quiere! Te lo he dicho, y tú no podrás impedir que ella te lo pruebe... Ha soportado tus sofiones, y los seguirá soportando... ¡Acabarás por juzgarla mejor!... Y como tienes corazón y talento, la tratarás como merece serlo.

Ester escuchaba á su padre, impasible. No dijo ni sí ni no. Habría querido muy sinceramente creer en lo que le decía Nuño. Habría dado mucho por estar segura de la honradez, de la probidad de Manuela. Pero en el fondo de su alma se alzaba una protesta, y no podía impedirse el temer á la joven, el suponerla hasta más peligrosa aún de lo que se había mostrado hasta aquel día.

Nuño, ante aquel silencio de Ester, se figuró que vacilaba, que se doblegaba, y que con otro pequeño ataque la arrastraría. Y dijo:

—¡Y bien! ¿Y ese pobre Brucken?...

Estremecióse la joven tan vivamente, que comprendió que se había engañado, y para evitar una negativa nueva, definitiva, se apresuró á decir:

—¡No! No respondas. Reflexiona... Aplaza tu decisión... Y dentro de ocho días, de quince, si es menester, haré lo que quieras... Pero, al menos, me habrás dado una prueba de buena voluntad... ¿Está convenido?

Ester lo besó con ternura, porque lo amaba á despecho de sus extravíos y de sus debilidades. Asomaron de nuevo á sus ojos las lágrimas, y, sintiendo que iba á estallar otra vez en sollozos, hizo con la mano una señal que Nuño pudo tomar por aquiescencia, y corriendo se dirigió hacia el castillo.

IX

Con las tijeras de podar en la mano, paseaba el marqués de Pont-Croix por su jardín lleno de rosas, una mañana á cosa de las once, cuando el trote corto de un caballo, á lo largo del muro que bordeaba el camino, le hizo levantar la cabeza.

Delante de la verja de la Encomienda acababa de detenerse una amazona, y, bajo su sombrerito, brillaban los ojos negros de la Sra. del Peral.

Clemente seguía asombrado, cuando la joven, alzando su *stick*, hirió con el puño la campana de la puerta, y gritó con alegre voz:

—¿Quiere usted abrir, caballero?

—¿Cómo, condesa, es usted?—dijo Clemente.

—Sí, marqués, yo soy,—contestó ella riendo.—Al menos, lo parece.

Celestino se apresuraba á abrir la puerta. La joven entró á caballo, y deteniéndose al pie de la escalinata:

—¿Quiere usted hacerme el favor de ofrecer la mano á mi pie?—preguntó.

Antes de que hiciese un movimiento, Clemente la había cogido por la cintura y puesto en el suelo.

Celestino se llevó el caballo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Sigue usted teniendo buenos puños!—dijo Manuela arreglándose la falda.—Vaya, veo que le sorprende á usted verme: ¿no le había ofrecido mi visita?...

—No estoy sorprendido, condesa,—contestó Clemente con tranquilidad:—estoy transportado.

—Pues no lo parece. Anímese usted un poco, si quiere que le crea... Y estoy dispuesta á ello, no lo dude usted.

Recorrían el jardín bromeando, ella azotando las ramas con la punta de su *stick*, él pensando. «¿Qué diablos viene á hacer aquí?»

—Tiene usted hermosas flores, marqués. ¿Las cultiva usted mismo?

—No; me limito á cogerlas.

Al mismo tiempo ofrecía á la joven una crisantema enorme.

—¡Es usted muy amable! ¡Esta vale todo un ramo!

Se la puso en el pecho, y mirando el jardín, que bajaba en suave pendiente hacia el Marne, bien dibujado, elegante, misterioso con sus calles en revueltas, dijo:

—Es encantadora su residencia. Comprendo que esté usted á gusto. La casa es muy agradable; se diría que es un *cottage* inglés... ¿Es tan bonita por dentro?

—Voy á enseñársela.

—Eso es. He venido para verlo todo.

Subieron la escalinata, y cuando entraban en el vestíbulo, la perra blanca y negra, saliendo bruscamente, se lanzó ladrando con furor. Clemente

quiso hacerle callar; pero el animal, con el pelo erizado, la mirada feroz, daba vueltas alrededor de Manuela gruñendo.

—¿Es mala esta perra?—preguntó la condesa alargando no sin precaución, su guante á Meta.

—No comprendo su hostilidad: de ordinario es muy amable.

—Es que no he tenido el honor de agradarle,—dijo Manuela con una sonrisa forzada.

Clemente abrió una puerta y echó al animal.

La condesa y él penetraron en el saloncito, muy severo, con sus artesonados de vieja encina, sus papeleras Enrique II, y sus paredes cubiertas de tapices antiguos.

Por una ancha puerta, abrigada por una *portière* de seda á la italiana, la alcoba, muy clara, mostraba sus muebles Luis XVI de filetes de cobre y sus espejos de marcos dorados.

Un fino olor, en que el chipre se mezcla á un ligero aroma de tabaco turco, flotaba en el aire, elegante y suave.

Las alfombras eran blandas y sordas. Una calma perfecta reinaba en aquel interior, á la vez serio y coquetón. La Sra. del Peral miró alrededor con placer.

—He aquí la morada que debía ser la de usted; y en cualquier situación que se encuentre, sabe usted dar á las cosas que le rodean la forma y el estilo que les conviene mejor. Si me hubieran traído con los ojos vendados, y después, devolviéndome la vista, me hubieran preguntado en dónde estaba, habría contestado que en su casa de usted.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Porque está colgado en la pared mi retrato,—dijo Clemente riendo.

—No, seriamente. Tiene usted un gusto propio, y que, los que lo conocen bien, encuentran en todo lo que le pertenece... Rico ó arruinado, usted será siempre un gran señor... Esto es de nacimiento, y no se puede adquirir.

Arrojó su *stick* sobre una mesa, se acercó á un antiguo espejo de Venecia, y se quitó el sombrero; luego, sentándose en una butaca, echó en derredor suyo miradas encantadas.

—Estoy contenta de encontrarme aquí... Esto me rejuvenece...

—¿Tiene usted necesidad de ello?

—¿Sabe usted que tengo veintiséis años?

—Sí, lo sé; pero me cuesta trabajo creerlo.

—Es verdad, no los aparento... Pero venga usted aquí... bien cerca.

Lo atrajo á un escabel, cerca de su falda, y echada hacia atrás, mirándolo de alto, lo que daba á sus ojos un brillo cuyo poder conocía:

—Hace dieciocho meses lo menos que no nos hemos visto como estamos ahora: solos y pudiendo hablar libremente... ¿Ha tenido usted durante este tiempo un minuto de pesar?...

—Un minuto, ¿condesa? ¡Diga usted horas, meses! ¡El cambio ha sido para mi bastante completo!... Y á menos de tener un alma estoica, lo cual no me sucede...

—¡Vamos! No se haga usted el tonto, Clemente, —dijo la joven con una encantadora sonrisa;—ya sabe usted muy bien que no le hablo de su ruina, sino de nuestra separación... Yo no la he olvidado nunca.

—Sin embargo, no han sido consuelos lo que le ha faltado...

—Es preciso creer que eran insuficientes...

—¡Me confunde usted!

—¿Se ha hecho usted muy modesto en su Tebaida?

—¡No es posible imaginarse cuán desconfiado vuelve la soledad!

El pie encantador de Manuela, moldeado en una fina bota charolada, se agitó con impaciencia.

La mirada de la joven, fija ahora en el techo, parecía contar los arambeles de una araña de cristal de roca, cuyas facetas devolvían la luz en chispas de fuego.

Clemente, muy preocupado, se decía: «¿Qué quiere? ¿Qué viene á buscar aquí? Tiene un objeto, esto es seguro. No es mujer para obrar sin razón, y si está sentada en mi salón recordando el pasado con singular coquetería, sin duda se propone algo. Veámosla venir, y llevemos cuidado.»

El sonido de una campana sacó á Manuela de su meditación; se levantó vivamente, y dijo:

—Probablemente le llamarán á usted á almorzar. Sí, son las doce menos cuarto...

Al hablar así, no hacía movimiento para coger su sombrero, y miraba un cuadro, con el aire de una persona que no tiene ganas de irse.

—Voy á llegar muy tarde á la Chevrolière,—dijo.

—Pues bien condesa, no llegue usted de ningún modo, y quédese á almorzar conmigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto era, sin duda, lo que ella deseaba, porque se iluminó su rostro, y tendiendo las manos á Clemente, exclamó:

—¡Cómo! ¿Quiere usted que me quede? ¡Què amable es usted!... La verdad es que no me esperarán... Y, pues usted me invita, me quedo.

—Temo que almuerce usted mal.

—¡Como es posible! En otro tiempo tenía usted una gran cocinera.

—Y la sigo teniendo.

—Entonces, estoy tranquila.

Entraron en el comedor, donde, sobre una mesa cuadrada, estaba puesto un cubierto: mantel bordado, servicio de plata deslumbrador, flores en una jardinera de cristal, y frutas admirables en platos de china antigua.

Manuela tomó ella misma, de un aparador, un plato, una copa, un tenedor y un cuchillo, y acercando una silla, se sentó al lado de Clemente.

Celestino, que entraba con una fuente, se quedó estupefacto al ver á la amazona instalada. Se apresuró á darle una servilleta y pan, y recobrando su impasibilidad, como criado que sabe su obligación, comenzó á servir.

La Sra. del Peral no se picaba de ningún modo de vivir de rocío y de aire puro; tenía un gran apetito y hacía honor á la comida. Sus hermosos dientes blancos funcionaban que era un encanto, y no hacía ascos á una copa de Sauterne.

A despecho de su desconfianza, el marqués no podía dejar de encontrar encantadora la presencia de aquella linda mujer, de ojos brillantes, de finos

labios, de pecho opulento, y que estaba radiante de buen humor. Pensaba que nada reemplaza estos preciosos seres en la existencia, y que, aun teniendo una triple coraza de filosofía, la soledad es, en resumen, una fea cosa á la que es difícil acostumbrarse. Encarnadas las mejillas, la mirada animada, muy expansiva, Manuela hablaba, pero no hablaba al azar. Poco á poco se estrechaba el círculo de su argumentación, y se acercaba al objeto que se había propuesto.

—Esta finca es decididamente muy agradable, y no la comparo con la Chevrolière... Preferiría cien veces vivir aquí... En aquel gran castillo se pierde uno. En su casa de usted se está á gusto. Sí, comprendo que desde luego la conservará usted... Es verdad que la vecindad de su antigua finca debe serle penosa á menudo... Hay encuentros, continuos contactos que recuerdan el pasado... No se debe disparar un tiro al otro lado de sus linderos, sin que se estremezca usted á la idea de que en otro tiempo mandaba usted allí, donde ahora es otro el dueño... El día de la apertura de la caza, yo no pensaba más que en usted y le compadecía con toda mi alma.

—Le doy á usted las gracias,—dijo Clemente:—esa delicadeza de sentimientos no me asombra en usted.

—Esta situación, por lo demás, no es falsa más que por lo que á usted hace, y yo le aseguro que el nuevo propietario de la finca ha deplorado con mucha frecuencia los embarazos que su ocupación suscitaba...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Permítame usted que no lo compadezca,—insinuó Clemente.

—¡Oh, no trato de enternecerlo á usted!—continuó alegremente Manuela.—Recapitulo solamente las dificultades que resultan de esta especie de antagonismo creado por la vecindad... Usted las conoce tan bien como yo, y estoy convencida de que le hacen sufrir.

Callóse, y dejó errar sus ojos por el paisaje que por el ancho hueco de la ventana se ofrecía á sus miradas. Una barca, tirada por dos caballos, remontaba el Marne, perfilando sobre el cielo la delgada silueta de su mástil. Por el corto tubo que salía por encima de la cámara, se escapaba una ligera humareda, y el hombre del timón, doblado sobre la barra, la mantenía contra la corriente. Los trallazos del carretero, excitando al tiro, resonaban como tiros de escopeta, y en el cielo, una bandada de cuervos pasaba muy alta, cerniéndose bajo el sol.

Clemente se decía mirando á Manuela: «¿Qué interés tiene en tratar de hacerme ver los inconvenientes de mi propiedad?... Después de habérmela elogiado, me la deprecia, como un chalán que se prepara á ofrecer. ¿La querrá Nuño?»

La Sra. del Peral continuó con aire pensativo:

—Me abruma la Chevrolière: aquí viviría muy á gusto. Si alguna vez se deshace usted de su propiedad, avíseme: yo se la compraré.

Clemente sonrió. Tenía horror á los acertijos, y le gustaba penetrar el sentido exacto de las cosas. Hacía una hora que Manuela lo llevaba por una senda, cuyo punto de llegada no descubría. Ahora sabía adónde trataban de llevarlo: comprendía, todo se aclaraba.

—Usted no tiene—dijo—necesidad de mi choza, querida; es usted ama, y será usted señora en el castillo...

Las mejillas de Manuela se tiñeron de púrpura, y, frunciendo los labios:

—¡Quién sabe!... Ester, tan dulce y tan buena hasta hora, se hace terrible y contraría todos los proyectos de su padre: ha rechazado con desprecio la candidatura de Brucken...

—¡Vaya, vaya! ¡Pues eso no es de tontas!

—Y yo creo que me hace una oposición sorda, pero encarnizada... No soy de carácter para dejarme maltratar por esa chiquilla. ¿Sería menester no volver á poner los pies en casa de su padre?... Vea usted hasta qué punto, en tal caso, me vendría bien su pabellón. Clemente dijo con tono sencillote:

—Veamos condesa; ¿qué le parecería yo si la instalase en la Encomienda para que usted hiciera frente á la Srta. Nuño?

—Me parecería usted un buen amigo que no olvida las afecciones antiguas, y sobre todo...

—¿Cómo?... ¿Aun parecería yo algo?

—Sí, y si lo juzgo á usted bien, haría esto por encima de todo.

—¡Veamos, veamos! ¡Excita usted terriblemente mi curiosidad!

—Pues bien: daría usted la prueba cierta de que no hay ninguna connivencia secreta entre usted y Ester.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta vez, Clemente se levantó, y, un poco pálido:

—Querida condesa, desearía que se me dejara tranquilo con el Sr. Nuño, la Srta. Nuño y toda la familia Nuño. No conozco á esas gentes ni quiero de ningún modo conocerlas. La casualidad me hizo encontrarme en presencia de la joven de que hablamos, y me pareció animada de sentimientos loables, pero no me ocupo de ella, y le agradecería mucho que no se ocupara de mí... De aquí á vender mi casa para dar á no sé quién las pruebas de no sé qué, hay un mundo, y como me encuentro aquí bien, ya comprenderá usted que aquí me quedo.

—¿Y si se dijera que usted es la causa de que esa terca rechace el novio presentado por su padre?

—¡Me río de eso! Por lo demás, ¿con qué pretexto se diría?

—¡Eh, querido! Se dice ya que está loca por usted... Y su padre cree que piensa en hacerse católica para casarse con usted.

—¡Al diablo!—exclamó Clemente.—¿Casarse conmigo? ¿Me pedirá permiso, ó se casará conmigo á la fuerza? ¿Qué he hecho yo á la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob?... ¡Pero si no me gusta esa joven! ¡La encuentro fea, con su perfil de oveja!

—¡No diga usted tonterías! ¡Es encantadora!

—¡En todo caso es repugnantemente rica!

—¡Quéjese usted de eso!

—¡Ah, querida! Usted misma parece creer en la realidad de esas historias estúpidas.

—Mi querido Clemente, estoy segura de que usted no piensa en Ester,—dijo Manuela con repentina gravedad.—Pero estoy igualmente segura de que Ester piensa en usted. Se lo dije á usted ya bromeando una noche, en casa de los Prefond; hoy se lo repito muy seriamente. Usted es, á pesar suyo, el auxiliar de la Srta. Nuño en la resistencia que opone á la voluntad de su padre; y como sé que esta situación no puede agradarle, se lo prevengo, ofreciéndole el medio de cortar esta intriga, en lo que á usted concierne. Yo le compro la Encomienda en el precio que usted quiera.

—Y quien paga es el Sr. Nuño.

—Es la Sra. del Peral la que entrega el dinero y adquiere la propiedad. El marqués de Pont-Croix compra en Sologne, con la suma que tome, una finca diez veces mayor, y vive en ella á lo gran señor, con la satisfacción de haber contribuído á pacificar una familia y de haber prestado un servicio á una amiga. ¿No es esto un hermoso programa?

—¡Muy hermoso! Pero yo puedo obtener ese resultado sin tantos cambios. Mi presencia aquí molesta á mi vecino; pues me iré á Escocia, adonde me llaman unos parientes.

—Pero volverá usted...

—¡Ah! ¿Exige usted que desaparezca?

—Si Ester sabe que en un momento dado puede volver á ver á usted, se obstinará. En fin: Brucken, en su desesperación, puede querer hacer á usted responsable.

—¡Ea, querida, me decide usted por completo!—dijo Clemente con alegría.—¡Cómo! ¿Apareceré huyendo ante Brucken? Usted misma no podría creer nada de eso. ¡Vamos! ¡Este sainete ha durado bas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tante! ¡Seamos otra vez serios! ¡Que se arreglen entre sí todos los Nuños! La condesa del Peral es bastante linda para no tener nada que temer de esas cuestiones de familia. En cuanto á Brucken, conozco su prudencia: no insistirá más si no tiene un gran interés. Ahora, como no soy un hablador, le aseguro á usted que partiré á fin de mes por tiempo indefinido. Mire usted: lord Mellivan Grey me ofrece llevarme en su yat á Ceylán... Acaso daremos la vuelta al mundo... Una vez embarcado, ya no se sabe... Hay tempestades y tifones; los tigres, si se baja á tierra; los piratas en las costas de China; la fiebre amarilla... ¡Qué sé yo!... ¡Ya ve usted que doy esperanza!... Y, al cabo de un año, si vuelvo, lo encontraré aquí todo en el orden deseado: á la imprudente Ester, casada, y á Manuela pasada al rango de madrastra, lo que será ridículo. ¡Una copa de vino de Constanza, condesa, para beber á todas estas felicidades.

Encontrábanse enfrente el uno del otro, él en pie, junto á la mesa, ella sentada, un poco inclinada en la silla, mirándole, no sin cierta satisfacción admirativa. El no hacía lo que ella quería, pero ella lo estimaba más. Estaba muy cansada de las obediencias serviles. No le disgutaba encontrar un carácter que opusiera alguna resistencia. Sentíase picada en el juego.

Se llevó á los labios la copa, en la que chispeaba el vino color de topacio, y la vació lentamente. Luego se levantó, y acercándose á Clemente, junto á la ventana, le puso familiarmente la mano en el hombro, y apoyada en él, siguió mirando el panorama de las colinas que se extendía por la otra orilla del Marne, hasta los límites del horizonte, perdiéndose en una niebla de un gris de plata.

Alrededor de ellos reinaba un silencio profundo, y el tic-tac del gran reloj parecía como el eco de los latidos de sus corazones. El paño de la amazona se unía al paño de la cazadora. Entre Manuela y Clemente estableciase una singular comunicación de fluido. Pareció al uno que la mano de la otra ardía sobre su hombro.

La linda portuguesa tenía en las sienes una llama que no habían podido encender ni la comida ni la conversación. Su cuello, blanco y redondo como el de una tórtola enamorada, se hinchó con un suspiro, y sin que Pont-Croix lo hubiera querido, sin que supiera como había ocurrido, Manuela se encontró entre sus brazos con los labios abiertos sobre sus labios. No tenía más que cogerla: ella se abandonaba.

En aquel crítico momento, cruzó el espíritu de Pont-Croix un relámpago, y se dijo: «Representa el último acto de la comedia. Quiere obligarme á la venta. Sabe que cuando me lo haya concedido todo, yo no podré rehusarle nada. Y la Encomienda es suya.»

Recobró su sangre fría, y sin soltar á la joven cuyo talle rodeaba con el brazo, en vez de abrir la puerta del salón, abrió la ventana del comedor. Aquí Manuela lanzó un suspiro, movió los párpados, y lánguida, apartándose del hombro que la sostenía, se apoyó de codos en el antepecho, y con voz turbada:

—¿Qué ha pasado? Me parece que he perdido durante un segundo la noción de lo que me rodeaba...

—Menos que nada, condesa,—dijo Clemente con tranquilidad.—Un ligero aturdimiento, que el aire ha disipado en seguida.

Arqueóse hacia atrás, haciendo que su redondo seno se modelase insolentemente en el cuerpo de paño negro, y, con los ojos entornados, lanzó al joven una mirada cuyo efecto habitual conocía. Pero el efecto no se produjo. Y viendo inútiles todos sus sortilegios, la diabólica mujer dijo:

—Vamos, es preciso que me vaya: me he detenido demasiado aquí.

—¿Lo lamenta usted mucho?

—Yo no lamento nunca nada,—contestó con una sonrisa burlona,—á no ser haberme prometido un placer y no poder tenerlo.

Era tan directa la alusión, el reproche tan claro y la situación tan nueva para Clemente, que quedó cortado. La Sra. del Peral, pasando por delante de él, entró en el salón, tomó su sombrero, y en el momento de ponérselo, echando una graciosa mirada del lado de Pont-Croix, pareció decir: «Aún es tiempo de pensarlo mejor.» Pero el joven no se habia mostrado prudente, cuando tan difícil era serlo, para no perseverar. El mismo presentó á Manuela, su *stick*, y, precediéndola en el vestíbulo, dió la orden de que llevasen el caballo que estaba en la cuadra.

Bajaron lentamente y sin hablarse al florido parterre. ¿Qué habrían de haberse dicho? Habian agotado los temas ardientes, y no eran gentes para divertirse con frases vacías. Trajo Celestino la montura, y Clemente puso á la joven en la silla. La acompañó hasta la verja, y tendiéndole la mano, dijo:

—Gracias, mi hermosa señora, por su graciosa visita. Ha traido usted á mi casa alegría y luz para mucho tiempo.

—Gracias por su amable acogida, querido amigo. Me habían afirmado que vivía usted aquí como un verdadero cartujo. Ahora estoy segura de ello.

Sonrió por última vez, y tocando los ijares de su caballo, salió al trote largo. Clemente quedó un instante en el camino, siguiéndola con los ojos, y, moviendo la cabeza, dijo:

—Me ha tratado como á un colegial: rencor de mujer que se va sin saber lo que dice.

Volvió á entrar en su casa, se puso las botas, silbó á su perra, y para cambiar el curso de sus ideas, se fué al bosque.

Manuela excitaba vivamente á su caballo. No iba de buen humor, y ya lo notaba la boca del animal. Pensaba: «Decididamente no se engaña con tanta facilidad á Clemente, y no hace más que lo que quiere. Ha visto muy bien mi juego, y ahora vivirá desconfiado. En suma: si se va, esto es todo lo que se desea. Siempre será más fácil atribuir á su alejamiento los motivos más ventajosos para nosotros. Pero si es muy listo, es muy leal. Habiendo declarado que se irá, se irá. Después de todo, acaso sea una tontería no haberlo casado con Ester... Sin duda no habría sido un yerno más recalcitrante que Brucken... ¡Y qué diferencia con este zopenco, que no piensa más que en amarme, en vez

de hacer la corte á Ester!... Sí, pero Clemente jamás habría querido casarse con una judía. Era sincero al afirmarlo. Y en cuanto á una conversión, Selim se habría opuesto por todos los medios. Así, pues, el indicado era Brucken... sólo él... Por supuesto que había que moderarlo, hacerlo prudente... hasta romper... Colocarlo entre su amor y su interés... ¡Sería capaz de preferir su amor!... Pondré orden en ello.»

Manuela, ya en el bosque, seguía la verde franja que, al borde del riachuelo, iba á parar á un *chalet* que había servido de punto de reunión de caza. Elevado sobre un zócalo de ladrillos, se subía á él por una escalera rústica de madera. Rodeábalo una galería, y el techo de cabaña del pabellón salía, formando abrigo al balcón circular. Para resguardarlas de la lluvia, un guarda había apilado cargas de leña de su provisión bajo la escalera y la galería.

Aquella casita estaba abandonada, las ventanas estaban cerradas. Una puerta daba á la avenida que conducía á la Chevrolière, otra á un puente de madera tendido sobre el riachuelo. Era aquél, en el centro de enormes hayas y de gigantescos abetos, un lugar completamente solitario, poco frecuentado por los guardas, porque bajo la arboleda, muy clara, la caza no estaba á gusto; poco frecuentado por los leñadores de madera muerta, porque los troncos centenarios de aquellos árboles no ofrecían punto de fácil depredación.

Desde que una imprevista llegada de Nuño, una noche, á las habitaciones de la portuguesa, estando

allí Brucken, había hecho juzgar demasiado peligrosas las entrevistas en la Chevrolière, allí, en aquel *chalet* abandonado, era donde se encontraban Manuela y Huberto.

La joven, buena andarina, venía á pie, cruzando el parque, segura de no ser encontrada. Huberto, con la escopeta al hombro, venía por otro camino.

En la habitación, todavía amueblada, que servía de sitio de descanso y de meditación, estaban en seguridad. Ninguna humedad en aquel salón, artesonado al estilo Luis XVI, y sobre cuya chimenea había un espejo de cuerpo entero. Flotaba en el aire olor de tiempo viejo, como el polvo de las cosas muertas. Reinaba una sombra propicia, y Manuela se detenía allí con facilidad.

Aquel día llegaba por el puente de madera. Lo franqueó, haciendo sonar las tablas bajo los cascos de su caballo; luego, al pie del pabellón, saltó ligeramente sobre la arena, y llevó al animal por la brida á una especie de granero dispuesto bajo el macizo de piedra. Cuando subía la escalera, se abrió la puerta, y Huberto, cogiendo á Manuela entre sus brazos, la arrastró á la oscuridad del salón.

Apenas habían desaparecido, asomó una cabeza detrás de un enorme tronco de haya, á cien pasos del *chalet*, y un hombre avanzó con precaución bajo la arboleda. Era Strehley, el guarda mayor despedido por la influencia de Huberto. Llevaba una escopeta en bandolera; pero la caza que él acechaba no exigía ningún arma. Dió un gran ro-

deo para no pasar demasiado cerca del pabellón; luego, dirigiéndose hacia el riachuelo, cuyo puente no atravesó, bajó hacia una presa, por encima de la cual el agua saltaba limpida. Al andar, inclinaba la cabeza, absorto, y su roja cara de borracho inglés se crispaba como bajo el esfuerzo de un pensamiento. Se detuvo un instante, miró del lado del pabellón, y, golpeando con el pie, se echó á reir silenciosamente. Después continuó su camino.

Llegaba por debajo de la presa, cuando atrajo su atención un sitio pisado en la margen. Acercóse instintivamente, y disimulada bajo las hierbas vió una cuerda. Tiró de ella, y sacó un gran haz de leña, sumergido á dos metros de profundidad. En el interior del haz se produjo una especie de hormigueo, y por todas partes comenzaron á escaparse cangrejos, que echaron á correr por el musgo con sus torpes patas. El guarda dejó caer el haz al río, y, echando una rápida mirada en derredor sobre la otra orilla, en un matorral vió brillar un ojo que le miraba. Preparando rápidamente la escopeta y apuntando en la dirección del matorral, hizo oir un largo silbido.

Inmediatamente se agitaron las hojas, se abrieron las ramas, y asomó la cara innoble y amenazadora de Rabasson.

—¡No tire usted, caramba!—dijo.—¿Es que no tiene uno derecho á descansar en el bosque?

—Ya sabia que te obligaría á levantarte en seguida. ¿Es tuyo ese haz?...

—¿Mío?... ¿Por qué?

—Porque estás al lado.

—¿Me ha visto usted tocarlo?

—Te has escondido al verme venir.

—¿Qué lo prueba?

—Te denuncio.

—¡Vaya! También tiene usted humor de ser tan celoso después que lo han echado á la calle...

—Tú y tus canallas de camaradas habéis sido la causa de que yo haya tenido disgustos.

—Oye, cochino inglés, ¿acaso te he dicho alguna injuria?... Porque encuentras en una carga de leña un gato muerto...

—¿Cómo sabes que es un gato, si no lo has puesto tú mismo?

—¡Pues no se necesita ser muy listo! ¡Viéndole la cola! Los cangrejos cogidos de este modo puedes echártelos tú al gañote... ¡Eso es bueno para un comedor de hombres como tú!... ¡No! El haz no es mío, y si estoy aquí es por gusto: me paseo... Y además, no estoy en tu casa en esta orilla... Nada tienes que decirme... Pasa el agua solamente y te aplasto... ¡Mejor estarías en el haz que el gato!

Excitado por sus propias palabras, Rabasson, lívido, se puso á coger piedras y, tirándolas al agua, salpicó al guarda, que, perdiendo su sangre fría, comenzó á jurar furiosamente en inglés, diciendo:

—¡Bueno! En mi denuncia pondré que me has insultado y amenazado de muerte.

—¡Ponlo!—gritó Rabasson.—¡Pero no pases al alcance de mi mano, ó te hago trizas! ¡Los ladrones como tú son los que han arruinado el país!

Viendo á Strehley alejarse llevándose el haz, Rabasson redobló sus injurias. Dos leñadores, atraídos por sus clamores, asomaron en la linde del bosque precisamente á punto de hacerse tomar por el guarda como testigos de los ultrajes y de las amenazas del cazar furtivo. Este, siempre sobre el ribazo, perseguía á su enemigo con sus gritos.

Al fin dejó de verlo. Los leñadores, volvieron á su trabajo. Se quedó solo. Entonces desapareció de un golpe toda su cólera. Se quedó muy tranquilo, y una risa silenciosa plegó sus labios. Avanzó sobre las piedras que obstruían la corriente, cruzó el río, y entrando en un tallar que Strehley había costeado al irse, murmuró.

—¡El idiota! Si hubiera mirado siquiera alrededor suyo, me habría cogido algo mejor que mis cangrejos...

En una extensión de doscientos metros, á la salida del bosque, hacia la llanura, Rabasson había puesto la víspera una batería de treinta lazos. Cuando le sorprendió el guarda andaba visitándolos. El golpe de los cangrejos no era más que un entremés. El plato fuerte estaba en los cepos.

He aquí por qué, sin motivo, había aturdido á Strehley con sus gritos. En un instante retiró de los lazos dos liebres y seis conejos, que desaparecieron en las profundidades de su ancha blusa. Volvió á colocar sus aparatos, arregló los que se habían trastornado, y, pasando otra vez á la orilla opuesta, se dirigió por dentro del bosque hacia Précigny.

X

Después de la comida, dejando á sus huéspedes en la sala de billar ocupados en jugar una partida, Selim se fué á su despacho para examinar un voluminoso correo que un hombre de confianza traía de París, todas las noches, en un saco de tafilete, y se volvía á llevar, leído y anotado, por el tren de las once. Fumaba á grandes chupadas cigarrillos de tabaco de Oriente, mientras leía sus cartas de negocios, y con mano rápida, con una precisión que atestiguaba admirable claridad de espíritu, ponía al margen, con lápiz, una frase que debía servir de sustancia á la respuesta de sus oficinas.

Hacía una hora que abría sobres, recorría notas, cuando entró un criado llevando en una bandeja un pedazo de papel, en el que se leía en letras muy gordas: «Al señor conde Nuño en su castillo».

Selim miró de reojo al ayuda de cámara. No le gustaba que lo distrajeran durante su trabajo, no más que durante sus placeres. No tenía más que hasta las diez y media para terminar su tarea, lo que no era mucho. Y dijo con voz ruda:

—¿Qué hay?

Viendo á Strehley alejarse llevándose el haz, Rabasson redobló sus injurias. Dos leñadores, atraídos por sus clamores, asomaron en la linde del bosque precisamente á punto de hacerse tomar por el guarda como testigos de los ultrajes y de las amenazas del cazar furtivo. Este, siempre sobre el ribazo, perseguía á su enemigo con sus gritos.

Al fin dejó de verlo. Los leñadores, volvieron á su trabajo. Se quedó solo. Entonces desapareció de un golpe toda su cólera. Se quedó muy tranquilo, y una risa silenciosa plegó sus labios. Avanzó sobre las piedras que obstruían la corriente, cruzó el río, y entrando en un tallar que Strehley había costeado al irse, murmuró.

—¡El idiota! Si hubiera mirado siquiera alrededor suyo, me habría cogido algo mejor que mis cangrejos...

En una extensión de doscientos metros, á la salida del bosque, hacia la llanura, Rabasson había puesto la víspera una batería de treinta lazos. Cuando le sorprendió el guarda andaba visitándolos. El golpe de los cangrejos no era más que un entremés. El plato fuerte estaba en los cepos.

He aquí por qué, sin motivo, había aturdido á Strehley con sus gritos. En un instante retiró de los lazos dos liebres y seis conejos, que desaparecieron en las profundidades de su ancha blusa. Volvió á colocar sus aparatos, arregló los que se habían trastornado, y, pasando otra vez á la orilla opuesta, se dirigió por dentro del bosque hacia Précigny.

X

Después de la comida, dejando á sus huéspedes en la sala de billar ocupados en jugar una partida, Selim se fué á su despacho para examinar un voluminoso correo que un hombre de confianza traía de París, todas las noches, en un saco de tafilete, y se volvía á llevar, leído y anotado, por el tren de las once. Fumaba á grandes chupadas cigarrillos de tabaco de Oriente, mientras leía sus cartas de negocios, y con mano rápida, con una precisión que atestiguaba admirable claridad de espíritu, ponía al margen, con lápiz, una frase que debía servir de sustancia á la respuesta de sus oficinas.

Hacía una hora que abría sobres, recorría notas, cuando entró un criado llevando en una bandeja un pedazo de papel, en el que se leía en letras muy gordas: «Al señor conde Nuño en su castillo».

Selim miró de reojo al ayuda de cámara. No le gustaba que lo distrajeran durante su trabajo, no más que durante sus placeres. No tenía más que hasta las diez y media para terminar su tarea, lo que no era mucho. Y dijo con voz ruda:

—¿Qué hay?

—Señor conde, acaban de traer esta carta que dice: «Urgente.»

—Algún mendigo... ¿Cómo entra usted aquí para tan poca cosa? Déjela ahí, y váyase.

El criado puso la carta en la esquina de la mesa, y se retiró.

Nuño continuó su lectura; pero, á pesar suyo aquella hoja de papel suciamente plegada, cerrada con una innoble oblea y que transpiraba la afrenta le preocupaba, le impacientaba, lo atraía.

Dejó una correspondencia de Inglaterra de gran interés, para coger aquel repugnante billete que lo fascinaba.

Lo abrió bruscamente, y leyó estas pocas líneas, que le dieron escalofríos:

«Señor conde:

Mientras que el señor hestá en sus hasuntos, lo engañan. La señora D..., en la que el señor tiene Toda qonfianca, se pasea por el vosqe y se dibierte con un hamigo del señor.

Si el señor qiere saber á qe hatenerse, no tendrá más que bijilar algunas oras el pabeyon de Caza de la horiya del rio.

Ayi berá de lo qe son capaces las personas qe le meresen qonfianca.

X.»

Aquella carta infame, aquella odiosa denuncia, aquella nauseabunda ortografía, le removieron el corazón á Nuño: estuvo á punto de desgarrar el papel y de tirarlo; después lo volvió á leer. En su espíritu estableciase una correlación flagrante entre

las insinuaciones de su guarda mayor, cuando lo despidió, y la acusación anónima que le manchaba las manos y el pensamiento

Esto era la repetición de aquello. No había creído en la advertencia verbal, y volvían á la carga por escrito. En su cerebro zumbó una sorda cólera. ¡Si fuera Strehley el culpable!... Quiso asegurarse, y tocando un timbre con mano temblorosa gritó:

—¡Llame usted á Strehley!

Comenzó á dar paseos por el despacho, la sangre le afluía á la cabeza, animándose á cada momento y alimentando una de aquellas cóleras de gañán á que se dejaba arrastrar algunas veces, y en las que reaparecía la bajeza de su origen en la brutalidad de los gestos y la grosería de las palabras. Tuvo sin embargo bastante dominio sobre sí mismo para decirse: «¿Y el correo?»

Miró el reloj, vió que no podía disponer más que de una hora antes de la partida de su hombre de confianza, y, dominando su agitación, volvió á sentarse, y siguió leyendo y anotando las cartas. El guarda no debía haberse apresurado á venir, porque daban las once cuando el ayuda de cámara reapareció diciendo:

—Strehley está á las órdenes del señor conde.

Nuño colocó las cartas en el saco, lo cerró, y alargándolo al criado, dijo:

—Dé usted el correo á Samuel, y haga entrar á Strehley.

Se había vuelto á poner muy encarnado. Fué á una mesa, llenó una copa de agua, se la bebió, y, al ruido de la puerta, se volvió: el guarda estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

delante de él. Lo miró sombrío, amenazador, rencoroso, sin una palabra, observando su rostro cazurro, sus ojos que no miraban de frente, el embarazo insolente de su actitud; luego, bruscamente, cogiendo el anónimo, avanzó, se lo puso delante de los ojos con su puño tembloroso, y dijo:

—¿Es usted quien ha escrito esto, tunante?

El guarda, con audacia, cogió la carta y la leyó; después, doblándola y poniéndola sobre la chimenea, dijo:

—No, señor conde, no he sido yo; pero el que ha dado esas noticias sabe lo que se dice...

—¿De modo que usted las confirma?—exclamó Nuño con furor.

—Si el señor conde no quiere,—dijo el guarda con una sonrisa insultante,—me da lo mismo.

—¡Quiero que me diga usted la verdad, miserable!

—¿Y que adelantaré con eso? Antes de que hable, el señor conde me llena de injurias...

Selim se pasó la mano por la frente, empapada en sudor; lanzó un suspiro que parecía un rugido, y, sentándose para recobrar un poco de dignidad, exclamó:

—Le pagaré á usted: hágame conocer lo que quiero saber...

—No tengo necesidad de que se me pague para eso; pero pido al señor conde que me guarde el secreto...

—Si, si, vamos...

—Pues bien, señor conde, es cierto que desde hace algún tiempo, principalmente los días en que

el señor conde va á París, el Sr. de Brucken y la Sra. del Peral se dan citas en el pabellón de la gran arboleda.

—¿Los ha visto usted?

—Algunas veces.

—¿Cuánto tiempo han estado allí?—preguntó Nuño con voz alterada.

—No podría decirlo: no he esperado su salida.

—¡Brucken y la condesa!—murmuró Selim.

—Sí, señor conde,—afirmó el guarda.—Después de todo, no será más que para hablar.

El banquero le echó una mirada tan feroz, que Strehley no añadió una palabra.

Sobre los dos hombres flotó un profundo silencio. Al fin Nuño, levantándose, dijo:

—Strehley, si me ha engañado usted, le castigaré de una manera ejemplar: le perseguiré, le perderé. Pero si me da usted los medios de comprobar lo que acaba de decirme, tendrá pruebas de mi generosidad...

—Es cosa muy fácil, y yo respondo de hacer coger á la señora...

—¡Nada de nombres!...—interrumpió brutalmente Nuño, sitiendo repugnancia de oir el nombre de la que amaba pronunciado por aquel tunante.

—Que el señor conde diga, mañana por la mañana, que va á París, y que á mitad del camino de la estación, en el puente Azul, por ejemplo, se baje: se puede apostar cualquier cosa á que los pájaros estarán en el nido... Yo iré á buscar al señor conde, y lo llevaré...

—Sea. Pero si me ha engañado usted...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo no respondo de los caprichos de las gentes,—dijo audazmente el guarda,—y si no es esta vez, será la siguiente... Pero hay grandes probabilidades... ¡No desperdician los días de libertad!

—Hasta mañana, pues; tendrá usted mis órdenes.

El guarda saludó, y salió.

Nuño, sin volver al salón, subió á su cuarto. Le era insoportable la idea de encontrarse frente á frente de Manuela y de Huberto. Comenzó á dar paseos, sin pensar en acostarse. Ciertamente que había sido engañado muy á menudo en su vida amorosa; pero nunca había sentido tal rabia en el corazón. En otro tiempo, mostraba mucha filosofía con las mujerzuelas que pagaba. Se explicaba que, por su aspecto, su cara, su voz, su edad y su fortuna, no era posible que no le hicieran traición. Hasta afectaba una especie de indiferencia altanera, de cinismo superior. Decía á sus queridas:

—No me engañes más que con amigos míos, para que tenga el gusto de encontrarlos en tu casa. Y sobre todo, no pienses en tomar dinero de tus amantes de corazón. ¡Yo pago bastante bien por todo el mundo!

Pero á aquellas mujeres, ¿las había amado? Las escogía como convenía á un hombre en su situación, muy bellas, muy costosas, muy brillantes. Formaban parte de su tren, concurrían á la exhibición de su lujo, servían de reclamo para su banca, como su cuadra de carreras, sus cacerías y sus trenes. Le divertían, lo ocupaban, lo descansaban de los cuidados de sus negocios.

Las conservaba algún tiempo, luego las abandonaba.

Dspués de una, otra; y esto era todo.

¡Pero Manuela!... Manuela se había apoderado de su corazón, y lo tenía bien cogido.

Su belleza, su juventud, su talento, su gracia, el encanto incomparable que de ella emanaba, habían embriagado poco á poco á Nuño como con un veneno necesario é imperioso, y ahora, intoxicado, ya no podía pasarse sin él. A la idea de que aquella adorable criatura se entregaba á otro, que se hacía coqueta, riente caprichosa, tiránica y dulce para otro hombre que no era él, se le oprimía el corazón, se irritaban sus nervios, enloquecía su cerebro tan dolorosamente, que no sabía ya lo que debía creer, esperar, temer y resolver.

Sentóse delante de la chimenea, en la que ardía un hermoso fuego, y con mortal tristeza, viendo perdido el porvenir, destruída su felicidad, lloró amargamente. Era tan desgraciado, le parecía tan horrible su soledad, que estuvo á punto de ir á buscar á su hija para contar su pena á alguien y no estar allí recomiéndose el corazón en el silencio y el aislamiento.

Pero, ¿cómo confesar tales infamias á Ester, y, sobre todo, cómo darle, hasta este punto, apoyo contra él mismo? ¿No había previsto ella lo que sucedía? ¿Y no era aquello la confirmación de sus repugnacias, la explicación de su hostilidad? No habría tenido que discurrir largamente con ella; á las primeras palabras lo habría comprendido. La joven no sabía nada, sin embargo, y sólo rechazaba á

Brucken por instinto, puesto que aceptaba que su padre se casara con la portuguesa.

Un relámpago de esperanza iluminó el pensamiento de Nuño. Si Ester, inteligente, sagaz, fina, prevenida contra Manuela, no había sorprendido nada de sus intrigas con Brucken, acaso no se trataba más que de coqueterías. Sin embargo, ¿y la cita en el *chalet?*... ¿Y si esto no fuera más que para hablar de sus asuntos y concertarse á sus anchas? Al llegar á este punto, Nuño se avergonzó. Encogióse de hombros y sonrió.

«Me vuelvo estúpido. ¡Cómo! ¿Voy á creer que Manuela y Huberto se van al centro de los bosques para contarse cosas que pueden decirse en el salón, ante mis ojos, y en medio de todos mis amigos? ¡No! ¡No! ¡Los miserables me engañan!... ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¡Es tan seductora esa detestable criatura! ¡Y yo, yo soy tan feo con mi cara de castaña asada, mi vientre y mis cabellos grises! ¡Qué locura tener la pretensión de ser amado por ese ángel, y fielmente!. . Sí, ella se burla de mí, y esto era inevitable. Pero, ¿y Brucken? ¡Después de lo que he hecho por él, después de lo que estaba dispuesto á hacer!... ¡Qué infamia... y qué demencia! Es preciso estar loco para arriesgar lo que él arriesga. ¡Ah! Si ella lo ha mirado de cierta manera, ha perdido la razón. ¡Lo habría decidido á un asesinato con ciertos besos!... ¡Oh, malvada, perdida!... ¡Condenada y perversa criatura!... ¡Y es ella quien lo ha traído á mi casa, quien me lo ha presentado! Debía ser ya, desde hace mucho tiempo, su amante. ¡Qué bien se habrán reído de mí... Pero se ha concluído;

no se reirán más. ¡Me vengaré, y de una manera terrible!... No saben con quién se las han... Inventaré algún atroz suplicio para atormentarlos! Es preciso que sufran... ¿Pero sufrirán siquiera la milésima parte de lo que yo sufro?»

Pasó en estas agitaciones una parte de la noche, se acostó cuando comenzaba á alborear, durmió dos horas con horrible pesadilla, y se levantó destrozado de cuerpo y alma.

En el almuerzo estuvo sombrío y silencioso. Pero sus huéspedes atribuyeron aquel mal humor á preocupaciones de negocios.

Ester se hizo graves reproches, pensando que era su resistencia lo que afligía á su padre. Cuando, á los postres, anunció Nuño que se veía obligado á ir á París, Manuela y Huberto cambiaron una mirada que hizo palidecer al banquero; tan violento fué el espasmo que le oprimió el corazón. Sin embargo, Selim juzgó necesario engañarlos algo mejor.

Movió la cabeza como para arrojar las nubes que oscurecían su frente, y, con un esfuerzo verdaderamente hermoso, consiguió dominarse y sonreir. La señora del Peral y Termont, alentados por su aspecto, le dirigieron la palabra para tratar de distraerlo de su aparente cuidado.

Nuño respondió, con una gran libertad de espíritu, que la Bolsa tenía fluctuaciones repentinas hacía algunos días, y que quería ver las cosas de cerca y por sí mismo.

—¡Ah, patrón!—dijo Termont riendo.—¡No habrán molestado á usted por nada!... ¡Cuidado con la liquidación!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Sí, cuidado con la liquidación!—repitió Nuño con una maligna mirada, aplicando las palabras del joven á su dolorosa situación.

Ni Manuela ni Huberto parecieron sospechar la amenaza que contenía aquella frase. Se mostraban tranquilos, indiferentes. Ella hablaba con el guapo Francfort, mientras qne Brucken se ocupaba de la señorita Faverger. Casi desorientaron á Nuño, que, volviendo á sus dudas, se dijo: «¡Si me habrá engañado ese innoble Strehley! ¿Se puede mentir tan bien y mostrar una fisonomía tan engañadora? Espero que pronto sabré á qué atenerme.»

En su impaciencia por ser iluminado, temía ahora que no hubiera nada proyectado para aquel día. Deseaba la cita á fin de estar más pronto seguro de lo que temía tanto.

Su hija, al levantarse de la mesa, lo cogió del brazo y se lo llevó á la terraza, preguntándole tiernamente por su salud. Lo miraba con ojos inquietos y como suplicantes. El estado de quebrantamiento en que se encontraba, fué conmovido por aquella calurosa ternura. Tenía necesidad de ser amado en aquel desarreglo de su felicidad. Estrechó á su hija contra su corazón, y disimuló mal una lágrima que rodaba por su bronceada mejilla.

Ester fué turbada hasta el fondo de su sér por aquella tristeza de que se acusó. Quiso preguntar, explicarse, pedir perdón. Pero Nuño no se sentía bastante seguro de sí mismo para arriesgar un debate tan delicado. Y por otra parte, ¿para qué, puesto que todos sus proyectos estaban derrumbados, puesto que el miserable Brucken hacía traición en el momento en que combatía por él y contra su hija?

Besó á Ester, esquivó una respuesta, y, volviendo al salón, se despidió de sus amigos. Llevó la hipocresía hasta preguntar á Manuela si tenía algún encargo que hacerle; y, asegurada así su retirada, partió.

Apenas hubo desaparecido en el recodo del camino el carruaje que llevaba á Nuño hacia Lagny, todos los habitantes de la Chevrolière se dispersaron.

Termont y Francfort se fueron á cazar, con perro de muestra, al lindero de la propiedad, del lado de los bosques particulares de Précigny, en los que se mataba todos los días hermosos faisanes que salían del coto.

Brucken los dejó partir sin él, prometiéndoles reunirse con ellos más adelante.

La señora Francfort debía acompañar á Ester y á la señorita de Faverger, que se proponían visitar la fábrica de Noisiel.

Manuela quedó, pues, dueña de sus acciones.

Huberto, acercándosele, dijo á media voz:

—¿Irás al pabellón de caza?

Ella replicó con aire malicioso:

—Ya estuve ayer.

—¡Ah! No estuviste más que un cuarto de hora, y hablaste todo el tiempo de cosas serias...

—¿No valían la pena?

—No, ciertamente. Me has embarcado en un mal negocio... Yo no deseaba este matrimonio... Me encontraba muy bien en la casa: me bastaba la amis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tad de Selim. Tú has querido hacer de él mi suegro, y heme en camino de romper con él, si fracasa ese matrimonio.

—¡Estás loco!

—Sí; por tí; es verdad.

—¡Cállate; reserva tu elocuencia para dentro de un rato!

Le dirigió una sonrisa, pasó ligera, y desapareció. Media hora después, vestida con un traje oscuro de paseo, entraba por las largas alamedas del parque, que conducían á la espesura.

Brucken se había marchado por otra parte con la escopeta al hombro.

Reinaba un gran silencio, turbado solamente por el grito de un labrador excitando á sus caballos en medio de un bancal, al borde de la llanura, y, de cuando en cuando, por el fuego graneado de una batida en la dirección del parque de Pomponne.

Por encima de los talleres, en el cielo gris, un gavilán cerníase muy alto, lanzando á intervalos su agudo silbido, y con grandes aleteos se remontaba describiendo vastos círculos. Luego, el silencio de los bosques y de los campos se hacía más profundo, más pesado y más misterioso.

Era la una y media cuando Nuño, llegado al Puente Azul, en el momento en que su carruaje entraba en el camino de la estación, tocó con el bastón en la espalda al cochero, y le dijo:

—Pára aquí... Es muy temprano... Tengo un trayecto de un cuarto de hora á pie para alcanzar el tren: iré paseándome.

La victoria dió la vuelta, y se dirigió á la Chevrolière. Nuño, en el camino, la siguió con los ojos, un poco aturdido, palpitándole el corazón, casi sintiendo haberse apeado, y preguntándose si no habría hecho mejor en ir á París que en ceder á su furiosa y celosa curiosidad.

Luego se reprendió por su debilidad. ¡Cómo! ¿Desperdiciar una ocasión de sorprender á los culpables y confundirlos? ¿Soportar más tiempo que lo engañaran tan imprudentemente, á su vista, en su casa? ¿Qué hombre sería? Manuela y Brucken lo despreciarían. ¿No valía más hacerse odiar?

Atravesó el Puente Azul y entró en el bosque. Marchaba por la parte baja de la alameda, azotando las hierbas con el bastón. Sus ojos, atentos, examinaban el terreno. Temía equivocar el camino: era la primera vez que se encontraba solo, y lo conocía mal. Un faisán, que se alzó con gran ruido de la cuneta, cuyo borde seguía, lo paró, asustado. Había llegado á una línea de corta, marcada por una gran piedra. Se sentó sobre el mojón, y, una vez inmóvil, apoderóse de él una gran impaciencia.

Mientras había andado, vacilaba; ahora ardía, al pensar que acaso Manuela y Huberto habían tenido tiempo de reunirse, y que, si Strehley tardaba en llegar para conducirlo, podrían escapar los culpables.

Le acudían de nuevo todas sus impresiones de la noche precedente. Su cólera, un momento caída, se volvía á encender más ardiente. No pudo estarse quieto, y se preparaba á continuar su marcha, cuando se dejó oir en las malezas un ruido de ramas,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV... CIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y al otro lado de la cuneta apareció su guarda mayor.

—¿Qué hay?—preguntó Nuño con voz ahogada.

—¡Allí están, señor conde!

El rostro de Selim se puso de un rojo sombrío. Crispó los puños, y dijo:

—¡Vamos!

—¡Si el señor conde quisiera tomarse el trabajo de entrar en el bosque! En primer lugar, esto será más corto, y, además, no arriesgaremos que nos vean.

Nuño bajó al foso, y agarrándose al brazo de Strehley, trepó por el talud, cubierto de césped.

Siguiendo al guarda, que tomaba una senda de corzos, marchó silenciosamente á través de las malezas, desapareciendo por momentos en los helechos, herido el rostro por las ramas, pero sin retroceder ante nada. Al cabo de un cuarto de hora, los dos hombres desembocaron en la arboleda, en cuyo centro estaba el pabellón. Allí Strehley redobló sus precauciones, avanzando de árbol en árbol. El suelo, cubierto de ramas de abeto, ahogaba el ruido de los pasos; pero era extremadamente resbaladizo.

Cuando se aproximaban al claro, una corza, tendida en la maleza, escapó asustada. Nuño, estupefacto, miró galopar al animal, las orejas derechas, por entre los árboles, mostrando la gran mancha blanca de sus cuartos traseros.

El guarda, sin emoción, señalando entonces á su amo una maleza que bordeaba el camino, á treinta metros del *chalet*, dijo muy bajo:

—Embósquese allí el señor conde; yo voy por el puente de madera á ojearle la caza...

—Pero si lo ven, no se moverán.

El guarda meneó la cabeza con una ligera sonrisa.

—Tengo un medio seguro de obligarles á dejar la casa... ¡y vivamente!... ¡Ocúltese bien el señor conde!...

Con un brusco movimiento de hombros subió la escopeta, que llevaba en bandolera, y, tranquilo, avanzó por la encrucijada. Sacó la pipa y la cargó con cuidado, sin dejar de andar.

Al pasar junto al pabellón se detuvo un instante, encendió una pajuela, la acercó al hornillo de la pipa, dió dos ó tres chupadas, luego echó la pajuela encendida sobre uno de los haces que había apilados bajo la balaustrada, miró chisporrotear las hojas secas, y murmuró:

—¡Ah, canalla! ¡Me has hecho arrojar como un ladrón!... ¡Bueno! ¡Va á ser menester que te escapes como un ladrón ó que te ases!

Y apartándose unos cincuenta pasos, se apostó á la entrada del puentecillo, única salida por donde era posible escapar sin pasar á la vista de Nuño.

En el pabellón estaban alarmados Huberto y Manuela hacía un instante. Por las ventanas abiertas, detrás de las persianas cerradas, había llegado hasta ellos el ruido de los pasos del guarda. Brucken, acercándose suavemente por entre las láminas de madera, había visto á Strehley, plantado al pie del balcón, circular y encendiendo su pipa, cuyo olor acre llenó la habitación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hizo señal á Manuela de que no temiera nada, y cuando el guarda, continuando su marcha, se dirigió al puente, lo observó entreabriendo la puerta que daba al río. La joven, reuniéndosele, se dió cuenta de la maniobra operada por el ojeador de Nuño, y, con sorpresa, lo vió detenerse en la entrada del puente, y sentarse en la barandilla, la escopeta entre las piernas, como si estuviese en espera.

—¿Qué hace ahí?—preguntó á Huberto.—Parece que acecha á alguien.

—Acaso á algún ratero que anda rondando por el coto...

—¡Si fuera á nosotros!...

—¿Y cómo?

—¿Qué sé yo?... Ese hombre es mal intencionado seguramente: te odia. . Mira si por el otro lado hay alguien vigilando.

—¿Quién quieres que haya?—dijo Huberto encogiéndose de hombros.—Te inquietas sin motivo: la presencia de Strehley es una pura casualidad... Va, sin duda, á alejarse.

—Mira en la dirección del castillo, mira,—insistió Manuela.

Fué él á la persiana, examinó los alrededores y retrocedió de pronto, ahogando una exclamación: detrás de un árbol acababa de ver moverse un hombre. A aquel grito, á aquel movimiento, se acercó la señora del Peral. Huberto le señaló con la mano la gran alameda, y, en voz baja, como si hubiera temido, á pesar de la distancia, ser oído:

—Allá abajo, á la derecha, cerca de la maleza... Nuño...

—¡Nuño!—repitió Manuela palideciendo.—¡Lo sabe todo, todo! ¡Me has perdido!

—¡Manuela!

—¡Ah, qué necia he sido con ceder á tus ruegos! Desde que estamos en la Chevrolière debí haber roto contigo; tu obstinación es la causa de esta desgracia...¿No había que subordinarlo todo á nuestros intereses?... Selim escondido, ese miserable guarda en el puente... El plan es hábil: vamos á ser cogidos estúpidamente, cogidos como en una ratonera.

—No nos movamos y esperemos que sea de noche... Te respondo de que pasaremos uno y otro sin obstáculo.

—Pero Nuño va á impacientarse y á venir. ¿Qué harás?

Un silbido extraño, un repentino zumbido, acompañado de un violento olor de humo, los interrumpió.

—Escucha, ¿qué es esto?—dijo Manuela.—Se diría el rodar de un carruaje.

Una súbita claridad iluminó la habitación, y por la abertura de las persianas entraron chispas.

—¡Fuego!—gritó Huberto.—¡Fuego!... Ese ladrón de Strehley ha incendiado la leña que hay bajo el pabellón... ¡Nos vamos á abrasar si no salimos!

—¡Cierra las ventanas!—dijo Manuela con una sangre fría extraordinaria.—El pabellón es todo de piedra; por el momento, el único peligro está afuera.

—¡Pero no podemos seguir aquí!...

—No perdamos la cabeza. Lo que es menester es

que no nos encuentren juntos... Selim no me dejará asfixiarme: ¡puedes estar tranquilo!

La joven tenía, en aquel momento verdaderamente trágico, una firmeza de carácter y una lucidez de espíritu admirables.

—Es preciso que me vaya yo,—dijo Brucken.

—Salta afuera sin perder un segundo; corre á ese guarda, y, cueste lo que cueste, pasa sobre su cuerpo.

Brucken, dócil, cogió la escopeta y abrió la puerta que daba al puente. Un torbellino de negro humo entró en la habitación; pero el conde había saltado ya el balcón y se lanzaba á la alameda.

Manuela, fría como el mármol, pero con el corazón palpitante de angustia, porque en aquel momento lo jugaba todo, su fortuna, su vida, siguió con los ojos la carrera de Huberto.

Al verlo llegar sobre él como un huracán, levantóse Strehley, é instintivamente alzó la escopeta. Brucken hizo un movimiento como para echarse la suya á la cara; pero se acordó sin duda de que no estaba cargada, y dejándola otra vez en el hombro, cayó sobre el guarda. Este no tuvo tiempo de disparar, ni tiempo de hablar, ni siquiera de gritar. El jigantesco Huberto lo había cogido con una mano por la garganta, y se la apretaba rugiendo como una fiera. El guarda soltó su arma para tratar de rechazar á su adversario, que le estrangulaba. Consiguió desprenderse, lanzó un grito terrible y quiso recoger su escopeta. Pero Huberto, volviendo á la carga, de un puntapie tiró el arma al río. Entonces, levantando á Strehley como un fardo, se

lo echó al hombro, y, atravesando el puente, emprendió la carrera á lo largo del ribazo, al abrigo ya y seguro de no ser descubierto por Nuño.

Poco le importaba lo que dijera después el hombre. Se podría desmentirlo, comprarlo acaso. Lo esencial era pasar, y pasaba.

Franqueó así quinientos metros con extrema rapidez, y sofocado por los esfuerzos que acababa de hacer, se detuvo á la orilla del río y dejó al guarda, que no hacía ningún movimiento, sobre la hierba. Strehley, amoratado el rostro, permanecía inerte. Brucken, inquieto, lo sacudió, le echó agua en la cara. Pero el cuerpo, sin consistencia, iba y venía, blando como un trapo. El joven tuvo miedo y puso la mano sobre el corazón del guarda: ni un latido. La boca abierta de pronto, dejaba pasar la punta de la lengua tumefacta.

—¿Está muerto?—se preguntó Huberto con angustia.

Le contestaron los ojos vidriosos de su enemigo. Por todo el cuerpo de Brucken pasó un gran extremecimiento, el terror lo enloqueció. No pudo soportar la vista de aquel cadáver, y, cogiéndolo, por último, entre sus temibles manos, lo arrojó al centro del río.

En el mismo momento le pareció que el bosque se iluminaba con intenso fulgor, creyó oir gritos espantosos, en los que reconocía la voz de Manuela, y, aterrado, escapó por entre la espesura. A lo lejos, de cuando en cuando, resonaban los secos disparos de las escopetas de Francfort y de Termont. Y, en su soledad, el bosque animado parecía vivir.

XI

Desde su acecho, Nuño, atormentado por la cólera y los celos, y lleno de devorada impaciencia, había visto al guarda echar á andar lentamente, detenerse junto al *chalet* con aparente indiferencia para encender la pipa, alejarse y desaparecer en la alameda que conducía al puente. Habría querido apresurar el desenlace, puesto que estaba empeñada la acción; sorprender en un instante á los culpables; tenerlos aniquilados bajo su mirada; abrumarlos con sus reproches; aplastarlos con su desprecio. Tenía prisa de teminar; le hacían sufrir demasiado la opresión de su corazón y la obsesión de su espíritu. Le fué imposible no moverse.

En uno de aquellos momentos fué cuando lo vió Brucken. ¿Qué iba á hacer Strehley? ¿Por qué medio pretendía obligar á Manuela y á su cómplice á salir del pabellón? Y si salían, ¿sería preciso que él se lanzara hacia ellos para confundirlos? Este movimiento, á tan larga distancia, le preocupaba. Temía hacer un mal papel, llegar lastimosamente, saliendo detrás de un árbol, al encuentro de los culpables.

—Esto es un arreglo digno de la estupidez de ese

Strehley,—murmuró.—Me quita toda la fuerza que habría tenido si los hubiera sorprendido encerrados juntos. ¿Pero quién me obliga á seguir detrás de este árbol? Si Manuela y Brucken están en el *chalet*, no pueden escapárseme. No tengo más que adelantarme, echar á abajo la puerta de un puntapie y los tengo á mi discreción. ¡Allá voy!

Le habría sido imposible estarse quieto un minuto más: ardíale la sangre en las venas, y le parecía que iba á estallar su cerebro. Avanzó resueltamente por la encrucijada, y en seguida lanzó un grito: acababa de brotar un resplandor que contorneaba la balaustrada del balcón y ceñía el zócalo de piedra del *chalet* de humo y de llamas.

En el instante adivinó la atroz estratagema empleada por Strehley.

—¡Ah, miserable!—exclamó.—¡Fuego! ¡Ha pegado fuego!

En una visión instantánea, Nuño se figuró á Manuela enloquecida, suelto el cabello, asfixiada por humo, luchando, llenos de espanto los ojos en medio de la hoguera y llamando en su socorro.

Un transporte, que le devolvió la energía y la agilidad de la juventud, lo lanzó hacia la escalera, le hizo franquear en dos saltos los escalones y lo arrojó furioso contra la puerta, en medio de las llamas, que chisporroteaban como en unos fuegos artificiales. Gritó:

—¡Manuela! ¿Dónde estás!... ¡Abre, abre!

Su voz tenía una sonoridad espantosa, y le pareció que poseía la fuerza de un Hércules. Conmovía la puerta y la pared, hasta creer que iba á echar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abajo el pabellón. Pero la cerradura era buena, y el incendio se desarrollaba con fulminante rapidez. Selim sintió el balcón quemar bajo sus pies; respiraba una atmósfera abrasadora. Fué acometido de una desesperación rabiosa. Aulló á la vez de dolor y de temor.

—¡Manuela! ¡Manuela! ¡Abre! ¡Estás perdida! ¡Todo arde!... ¡Abre, por favor, si puedes aún!... ¡Yo te perdono: no te haré nada! ¡Pero abre!...

Le pareció que del otro lado una voz moribunda pronunciaba su nombre.

Sintió que sus cabellos se chamuscaban, que se encendían sus ropas, que se levantaba en grandes ampollas la piel de sus manos.

Hizo un supremo esfuerzo, y sólido, como cuando era mozo de cordel en Lisboa, se arrojó contra la puerta, que, desquiciada, se vino abajo.

En el mismo instante, en la obscuridad del pabellón, lanzóse una forma ligera que él recibió en sus brazos y arrebató, mientras que un aliento rozaba su oído murmurando:

—¡Ah, Selim!... ¡Salvada por ti!

El banquero la llevó lejos de la hoguera, pero sin perderla de vista, sin embargo. Sentó á la joven en un banco de piedra, y, viéndola sana y salva, vuelto á sus sospechas y á su cólera:

—¿Pero y Brucken, desdichada? ¿Dónde está Brucken?...

A estas palabras, las pálidas mejillas de Manuela enrojecieron, y, con una mirada indignada:

—¿Brucken?... ¡Pero si yo estaba sola, Selim: bien lo has visto!

—¡No mientas!—gritó él con furor.—Brucken estaba contigo cuando llegué... Ha escapado por alguna otra salida...

—¿Y yo me habría quedado para morir quemada, ahogada? ¡Habría huído con él!

—Bien sabías que el otro lado estaba guardado... Por esto no lo has seguido... ¡El cobarde! Ha evitado el peligro. ¡No ha tenido el valor de su infamia!... Pero no me ocultará la prueba de ella... Están bien tomadas mis medidas...

—¿De modo que eres tú quien ha arriesgado mi vida, quien ha combinado este horrible lazo?... ¿Y por una sospecha?... ¡Una sospecha injusta, te lo juro!... ¡Oh, Selim! ¿Es ese tu amor?

—¡No inviertas los papeles! ¡No acuses!—gritó Nuño.—¡Esa táctica es muy fácil y muy conocida! Discúlpate... No soy tan cruel como piensas... No he sido yo quien ha incendiado el kiosko, ni ha ordenado incendiarlo para obligaros á salir... Sígueme, y á cien pasos de aquí encontraremos á tu cómplice...

—¡Bueno!—dijo Manuela resueltamente.—¡Vamos!

Estaba muy tranquila. Había visto á Brucken tirar al suelo al guarda y llevárselo. No había riesgo de que Selim encontrara á nadie en la orilla del río. Al comprobar que su emboscada estaba abandonada, debía creer que había sido engañado, escarnecido por Strehley. Ocurriera lo que ocurriera, aunque el guarda asegurara que había sido violentado por Brucken, esto no era flagrante delito; los amantes cogidos juntos, y la imposibilidad de

negar. Que pudiera ganar tiempo, defenderse por la palabra y la fisonomía, y estaba salvada.

Pasaron junto al kiosko, que ardía, y se acercaron al puentecillo. El sitio estaba vacío. Selim se adelantó hasta la otra orilla: ¡nadie! Llamó: ninguna respuesta. Su rostro se puso más sombrío: sospechó que se burlaban de él. ¿Pero quién?

Volvióse con cólera. La ventaja que dejaba tomar á Manuela le irritaba extraordinariamente. Hacer semejante algarada para llegar á un resultado negativo, era deplorable.

De intentar la aventura, había que tener éxito. ¡En buen asunto le había metido el canalla de Strehley! ¿Dónde podía estar éste ahora? En la taberna, tomando copas y burlándose de él, que hacía la triste figura mirando arder su *chalet*. ¿No era una partida abominable la que le había jugado?

Y, sin embargo, parecía bien seguro del asunto, bien animado, bien rencoroso. Y si no estaba seguro de que en el pabellón había alguien, ¿por qué pegar fuego á los haces de leña que había alrededor? ¿Sabía que la señora del Peral estaba allí sola? Entonces, ¿habría querido vengarse en ella, ó comprometerla gravemente? ¿Pero por qué estaba allí Manuela? ¿Qué hacía, aún sola, en el *chalet*, con las persianas cerradas? No venía allí para meditar. Esperaba á alguien que no había llegado todavía, cuando aquel bruto pegó fuego estúpida y ferozmente. Pero ese alguien, ¿quién era?

Daba vueltas en su cabeza á este problema sin conseguir resolverlo, y, humillado, furioso, no se atrevía á levantar los ojos sobre la joven. Hacía

un instante que se habían detenido, y allí estaban, sin hablar, como esperando que surgiese una revelación superior, alguna señal sobrehumana. Pero los rodeaba el silencio, y el cielo no parecía decidido á intervenir en la cuestión.

Entonces Manuela, dirigiéndose á Nuño con tono helado, dijo:

—¿Dónde están las pruebas que me habías anunciado? ¿Dónde está tu emisario, tu espía? ¿Y mi cómplice? No lo veo.

—Manuela,—dijo Selim, sin responder á aquellas preguntas:—¿qué hacías en el kiosko? ¿A quién esperabas?

—Supongo que al que vas á enseñarme, después de tantas amenazas é insultos.

—¡Manuela, no abuses de mí: tú esperabas á alguien!...

La joven lo miró osadamente, y con voz temblorosa de indignación, dijo:

—¡Después de la manera como acabas de portarte conmigo, debería sentir no haber esperado á alguien!

—¡Por favor, respóndeme... háblame... tranquilízame!...

—Nada tengo que decirte,—replicó Manuela con sequedad y altanería:—para obrar como acabas de hacerlo, debes saber á qué atenerte... Sospechas de mí, me acechas, casi me quemas viva, ¿y ahora pides explicaciones? ¿Me tomas por una imbécil, ó es que estás loco? ¡Tus procederes son los de un bandido! Se envía á los tribunales á los bagabundos que han incendiado pajares y granjas... ¡y son cien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veces menos culpables que tú! ¡Cuando pienso en ello, te encuentro verdaderamente atroz é infame! ¡Arriesgar mi vida! ¡Tú! ¿Y con qué derecho? ¿Acaso te pertenezco? ¡Mira, me horrorizas! ¡Adiós!

Al hablar así se había alejado, y á buen paso se dirigía hacia el castillo. El banquero, olvidando la terrible escena, dejando á un lado sus sospechas, entregado por completo á la inquietud que le causaban las bruscas ofensivas de la joven, la siguió sofocado, suplicante:

—¡Manuela! ¡Oyeme, Manuela!

Esta, sintiéndose dueña de la situación, soltaba riendas á su furor. ¡Ah! ¡Nuño le había causado aquel susto, la había metido en aquella aventura! ¡Ah, acudía al incendio como para trastornar sus citas de amor! Era menester que se lo pagase. Y apresuraba el paso alejándose, oyéndolo á su espalda ahogarse de angustia y de fatiga, y se juraba devolverle centuplicadas las emociones que le había procurado.

—¡Manuela, te lo ruego, detente!... Déjame explicarme...

—Nada,—respondió la joven apretados los dientes.—Todo ha concluido entre nosotros. No tenías á mis ojos más que un solo mérito, tu bondad, y acabas de perderlo. Ya no veo en tí más que un viejo aborrecible. ¡Déjame tranquila! ¡No quiero oir hablar más de tí! ¡Dentro de una hora habré salido de tu casa!

—¡No, no! ¡Si has obrado mal, te lo perdono!

—¡No quiero tu perdón!

—¡Lo olvido todo!

—¿Qué me importa? ¡Me parece que soy libre! Si tengo amantes, es porque han sabido agradarme.

—Manuela,—gimió Nuño,—te gozas en atormentarme... Tú no tienes amantes...

—¡Los he tenido, los tengo y los tendré!

—¿Es que quieres matarme?

—¡Muérete, si quieres! ¡Vaya una pérdida!

—¿No me tienes ningún cariño?

—¡Mírate!

—¿Ninguna lástima?

—¿La víctima, lástima del asesino? ¡Sería nuevo eso!

—¡Pero si no he sido yo!... ¡Ha sido ese bruto de Strehley!

—¡Ah, he ahí por quién me haces perseguir!... ¡He ahí á quien confías tus secretos! ¡A un servidor expulsado, á un ladrón cogido con la mano en el saco!... Por lo demás, ladrón y banquero, sois á propósito para comprenderos... ¡Buena pareja! ¡Y crees calmarme revelándome ese innoble compañerismo! ¡Eres aún más cobarde y más feroz de lo que yo creía!

—Pero ¿qué es preciso que haga para apiadarte? —gritó Nuño con un supremo esfuerzo que lo acercó á Manuela.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!—dijo la joven irritada, rechinando los dientes.—¡Incendia, eso te calentará el corazón!

Seguían andando, á lo largo de la gran alameda, cambiando estas ardientes réplicas, y nada más grotesco que aquella escena de celos, de reproches, hecha á la carrera, entre aquel hombre grueso y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquella mujer furiosa. Nada de salón ni de *boudoir*, como cuadro de aquel duelo en el que las armas eran la ironia emponzoñada y los sarcasmos mortales, sino un camino de bosque recorrido á grandes pasos. Unidas la fatiga física á la tortura moral, Nuño estaba en una postración indecible. Había recorrido más de dos kilómetros en un cuarto de hora, sin conseguir ablandar á Manuela. Veía ya el castillo, y, agotadas las fuerzas, agotados los argumentos, balbuceó:

—¡Detente, aunque no sea más que un minuto!

La joven no le contestó, y precipitó su marcha.

Selim lanzó un grito de angustia, pero ella ni siquiera se volvió. Por los ojos del banquero pasó una nube, latieron sus sienes, palideció, y le pareció que sus rodillas se ponían blandas como esponjas, y que iba á rodar por tierra.

Gritó por última vez:

—¡Espérame!

Pero como Manuela, implacable, siguiera avanzando, se paró fatigado, latiéndole el corazón como si fuera á estallar, y se dejó caer en un banco murmurando:

—¡Me matas!

Y oculta la cara en su pañuelo, la mirada sin expresión, los miembros temblorosos, quedó abandonado, casi desvanecido. Al cabo de algunos minutos volvió en sí y se vió solo y sombrío; baja la frente, pesado el paso, se puso otra vez en marcha en dirección al castillo. Fuera de la presencia de Manuela, recobraba la facultad de pensar, de razonar, de comprender.

Ya no era un miserable esclavo á merced de un tirano, y apremiado, espoleado, empujado. Volvía á ser el mismo que había sido.

Se avergonzó de haberse rebajado tan lastimosamente á suplicar á aquella mujer, cuando sabía que era culpable respecto de él. Porque ella era culpable, no lo podía dudar. Sí; la rabia que acababa de mostrar, su dureza, su inflexibilidad, eran otras tantas pruebas contra ella. Estaba con un amante, ó lo esperaba, en el pabellón. ¿Pero quién?

Parado delante de uno de los estanques del parque, Selim se quedó inmóvil mirando las gruesas carpas que nadaban lentamente y hacían burbujas en la superficie del agua, esperando un pedazo de pan. Ni siquiera las veía.

Reflexionaba profundamente: «Strehley ha acusado á Brucken; pero bien podía ser que no fuera Brucken el culpable. Venganza de aquel hombre contra el que lo había hecho despedir, y venganza contra mí que lo he despedido. Sobre todo, ha querido perder á Manuela y comprometer á Huberto. Sabía que éste no estaba en el pabellón, y por eso se ha marchado sin esperarme. A menos que el cómplice le haya pagado para que le deje escapar. Pero, ¿quién es? Brucken tenía demasiado interés en portarse bien conmigo para comprometerse, á mis ojos, en una intriga con Manuela. A no ser que lo haya arrastrado una violenta pasión... Pero habría yo notado algo. No soy ciego, vigilaba mucho, y jamás he sorprendido ninguna señal de connivencia, ninguna palabra imprudente, nada irrecusable. Entonces, ¿quién es?»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siempre iba á parar á esta pregunta irritante y dolorosa. Sin embargo, comenzaba á desenvolverse en su espíritu una idea, formada de sospechas antiguas y de temores recientes. Y aparecía la imagen de Clemente de Pont-Croix saliendo de las brumas de su indecisión. Siempre le había inquietado éste. Sospechaba en él un adorador muy dichoso de Manuela.

Esta había tenido, al hablar con el marqués, un brillo en la mirada, una gracia en la sonrisa, una tensión de todo su ser para agradar, que eran indicios muy significativos. Jamás la había visto tan vibrante, tan satisfecha, haciendo la rueda como un hermoso pavo real, pareciendo como decir: «¡Mira qué linda estoy! ¡Y para tí si tú quieres!» Recordaba la aguda sensación que había experimentado. En fin, muy recientemente, ¿no había tenido el descaro de ir á almorzar á casa del marqués en la Encomienda, bajo pretexto de discutir con él graves intereses y acaso de convencerle para que abandonase el país?

Pero puesto que podía verle en su casa, ¿por qué citarle en el pabellón? A esta objeción encontraba una respuesta fácil. Ir á su casa una vez, bueno; volver otra vez, pase; pero continuar era comprometerse abiertamente y exponerse á las habladurías de toda la comarca. El misterio del pabellón era más propicio, y así se explicaban las citas.

Nuño estaba ahora á cien leguas de Brucken. De ningún modo sospechaba de él. Tenía la convicción de que el amante de Manuela se llamaba Clemente. ¿No había tenido la joven la precaución

de extraviar del lado de Ester los temores de Nuño, insinuándole discretamente que su hija pensaba en el marqués, y metiéndole en el cerebro inquietudes sobre las pretendidas tendencias místicas de la pobre niña?

¡Qué sabiamente preparado y combinado estaba todo en el plan de la portuguesa! ¡Qué profunda truhanería y qué refinada corrupción! Se quedó espantado. ¿Y era aquella la mujer á quien adoraba, sin la que comprendía muy bien que le sería imposible pasarse, á la que acababa de dirigir inútilmente las más bajas excusas, en el momento mismo en que tenía las razones más fuertes para sospechar de ella? ¿En qué abismo había caído, y cómo podría no salir, sino encontrar el medio de vivir en él?

Porque había llegado á esto: á buscar, como conclusión única á la crisis, un arreglo con Manuela. Había declarado ésta que iba á marcharse. Sin embargo, él se inclinaba á creer que reflexionaría, á ejemplo suyo, y que miraría bien las cosas antes de romper con una afección como la suya.

Al pensar en su fortuna recobró el sentimiento de su valor. Se apoyó en su caja, y adquirió alguna energía.

¡Qué demonio! No se despedía á un millonario tal como Selim Nuño, lo mismo que á un joven en tutela. Si había que dar prendas á Manuela, él se las daría. Pero no admitía que fuera imposible arreglarse con ella. O la fortuna no sería ya la fortuna.

En este instante hizo sus devociones al Becerro de Oro, dios del mundo, y se felicitó de ser rico.

Vuelto á la corriente ordinaria de sus pensa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientos, se sintió más tranquilo y se dirigió hacia el castillo.

Llegado á su despacho, llamó al ayuda de cámara y le envió á preguntar dónde estaba la señora del Peral, y si ésta quería recibirle. El criado reapareció al instante y anunció que la señora condesa estaba en sus habitaciones, pero que tenía una horrible jaqueca, que le era imposible soportar siquiera una luz, y que suplicaba al conde que la dispensara.

Al quedarse solo Nuño comenzó á dar paseos por el despacho. Ya no sentía su fatiga. Pensó: «Se enfada. Esto es natural, y no hay que extrañarlo. Ya se le pasará. Desde el momento en que no se ha ido en seguida, se puede suponer que no se irá. Sabiendo conducirse, se arreglará todo.»

A las cinco, á la caída de la tarde, volvieron los cazadores. Se les oyó en la sala de caza, vecina de la pieza en que él se encontraba, y Brucken estaba con ellos: reconoció su voz. Deseoso de aclarar la situación en lo que concernía al joven, abrió la puerta, cruzó el rellano de la escalerilla que subía al primer piso, y entró en la sala. Los cazadores, en manos de sus criados, se quitaban las botas y los pesados trajes, y se quedaban en zapatillas y batín. Un *lunch* servido y el té humeando los esperaba sobre una mesa.

—¡Ah! Aquí está el patrón,—dijo alegremente Termont.—Hemos dado una batida en los linderos, y los señores colindantes no encontrarán gran cosa á qué tirar cuando se molesten con la esperanza de cogerle á usted la caza.

—¿Qué han matado ustedes?—preguntó Nuño, observando á Brucken, á quien vió muy tranquilo y muy sereno.

—Unas ochenta piezas... Para un simple paseo, no está mal. Brucken ha hecho un hermoso tiro sobre un corzo, al volver...

—¿Estaba Brucken con ustedes?

Huberto levantó la cabeza, y con mucha naturalidad:

—Fuí á buscarlos esta tarde... ¿Y usted, está contento del día? ¿Hay más tranquilidad en la Bolsa?

—La Bolsa está bien. Al ir á reunirse con sus amigos, ¿no ha visto usted nada de particular?

—¡No! He ido por el bosque de Balsa Llana. Me habían dicho los guardas que por allí tendían lazos á los corzos. He querido verlo por mis propios ojos... No hay nada... De Balsa Llana fuí guiado por los disparos de estos señores, que batían el Coto Grande... ¿Qué hora era, Franfort, cuando los encontré á ustedes?

—No miré el reloj... Serían las dos... Acaso menos...

—Sí,—dijo Brucken, negligentemente,—un poco menos... Por lo demás, esto no tiene importancia.

Al hablar así, se servía una taza de té.

Nuño pensó: «Es imposible que estuviera en el pabellón en el instante de comenzar el fuego; había llegado al Coto Grande antes de las dos.»

El banquero no supo darse cuenta de la fuerza física de que es capaz un hombre tan vigoroso como Brucken, en un momento de sobreexcitación extraordinaria.

No apreció el error que podía cometer, en punto á la hora, un apasionado como Franfort, encontrándose á gusto, y olvidándolo todo en la persecución ardiente de la caza.

No juzgó que, si Brucken había sido capaz de franquear una legua en veinte minutos, su sobrino habría también podido engañarse en la evaluación del tiempo transcurrido. Y la rapidez del uno y la inexactitud del otro, destruían casi por completo la concordancia de las horas con los hechos para asegurar á Huberto una coartada momentánea.

Selim tenía demasiado buenas razones para declarar inocente á Huberto, y sus sospechas se disipaban poco á poco.

Llegó á preguntarse si no habría dicho la verdad Manuela al asegurar que se encontraba sola, y si no era posible que no esperara á nadie. La cólera de la joven, su indignación, debían ser grandes y difíciles de calmar. Aun siendo culpable, tenía carácter para ser rigurosa con Nuño; pero inocente, ¿á qué implacables desquites no podría entregarse?

El banquero pensó en hacer nueva tentativa para verla y tratar de ablandarla. Salió de la sala de caza, dejando á sus huéspedes acostados en anchos divanes, sentados en profundas butacas, fumando y hablando de los incidentes del día; dichosos, porque, después del placer de matar, no lo hay mayor para los cazadores que contar cómo han matado. Subió la escalerilla, y llamando á la puerta de la habitación de Manuela, fué recibido por la doncella que, con cara de encargo, movió dolorosamente la cabeza. Su ama estaba enferma, ¡oh, muy enferma!, y seguramente no podría recibir al señor conde. Desde la entrada notábase impregnada la atmósfera del fuerte olor á éter.

Nuño insistía, y poco á poco empujaba á la doncella delante de sí. Había pagado tan generosamente á aquella muchacha, que ésta no se atrevía á hacer más que una débil resistencia; pero hablaba alto para que su ama supiera bien que defendía la puerta. Al fin consiguió Nuño apartarla, y penetrando atrevidamente en la alcoba de Manuela, quedó completamente desorientado al encontrarla á oscuras, cerradas las persianas y corridas las cortinas. Avanzaba á tientas, cuando, en un sofá, se enderezó una forma blanca, y con voz agria, de mal humor, gritó la joven:

—¿Qué hay? ¿No había dicho que no se entrara aquí?

—Manuela,—murmuró Nuño, dulcificando todo lo que le era posible la rudeza de su voz,—Manuela, soy yo...

—¡Tú!

Se levantó asustada, furiosa, y, pasando por delante de él como un fantasma, corrió hacia la puerta como para pedir socorro.

—¿Me persigues hasta aquí? ¿Qué quieres aún? ¡Esto es una persecución!

—Quería saber cómo estabas,—dijo el banquero humildemente.

—¡Mal! ¡Muy mal!

—¿No es posible cuidarte, aliviarte? ¿Qué es menester?

—Calma, reposo, y, sobre todo, ¡tu ausencia!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Mala! tratas de herirme... Y lo consigues... Estoy desesperado...

—No puede ser más justo.

—Déjame estar un instante á tu lado...

—Sal inmediatamente, ó seré yo quien se vaya, aun estando tan mala como estoy

—¡No, no! Me iré!...—gimió el pobre hombre desolado.—Cálmate, trata de olvidar, de perdonarme...

—Se puede perdonar un movimiento de cólera; pero un acto friamente deliberado... ¡eso es imposible! Me has ultrajado... Te has mostrado conmigo sin cariño, sin confianza... No podré olvidarlo... Quédese aquí la cosa.

—Manuela, ¿qué promesas debo hacerte? ¿Qué garantías debo darte? No tienes más que hablar, que exigir...

—Exijo que me libres de tus observaciones. Después de haber sido grosero y brutal, no seas ridículo y tonto.

Nuño lanzó un suspiro. No se atrevió á insistir; temió que la joven tuviera un ataque de nervios. Si hubiera encontrado el valor de decir clara y francamente: «Pues bien, tienes razón; no nos convenimos. Tú no crees en mi cariño; yo no creo en tu fidelidad. Rompamos, pues, como quieres», habría visto un cambio repentino. La voz agria y dura, se habría hecho blanda y lacrimosa; á los sarcasmos mortificantes habrían sucedido los dulces reproches. Y todos los pasos que él hubiera dado hacia atrás, ella los habría dado hacia adelante. Pero él la amaba, era viejo, feo y engañado. Nada hace

que un hombre sea blando y humilde. Y dijo con el tono de un hombre puesto de rodillas:

—¿Al menos, bajarás á comer?

—¿Estás loco? ¡Para comer estoy! ¿Dudas de mis sufrimientos? ¡Vete!

Como él siguiera de pie en medio de la habitación, ella lo cogió por los hombros y lo empujó hacia la puerta, con mucha viveza para una mujer tan enferma. Y detrás de él cerró la puerta con ruido. El banquero sufrió la humillación de retirarse, echado delante de la doncella, que alzaba los brazos con desesperación, como para protestar de que le había advertido lo que acababa de suceder. Bajó triste, con el sentimiento de su engaño y de su cobardía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

El día siguiente por la mañana, cuando Selim, después de una noche horrorosa, bajó á su despacho, el guarda agregado especialmente á su persona los días de cacería, pidió hablarle. Nunca eran recibidas las gentes de la servidumbre antes de las diez. Por el pensamiento de Nuño pasó la sospecha de algún suceso grave, é inmediatamente ordenó que entrase el guarda.

Desde la primera ojeada juzgó Nuño que no eran falsas sus previsiones. El hombre, muy correcto, vestido de uniforme, tenía trastornada la fisonomía. Quedó con el kepis en la mano delante de su amo, esperando ser interrogado, pero temblando de impaciencia. Selim, examinándolo con su helada mirada, preguntó:

—¿Qué hay para que venga usted tan de mañana?

—Señor conde, un asunto de los más serios. Anoche estábamos muy inquietos... Pero no quisimos atormentar al señor conde... Strehley no había vuelto después del almuerzo... Y nadie lo había visto... En fin, Rigaud, al hacer su ronda, vió que había sido quemado el kiosco de la gran arboleda... De

un montón de haces de leña, incendiados intencionadamente, el fuego se había comunicado al balcón y al techo... No quedaba más que la armazón de ladrillo... Debió arder como paja; porque, fuera de un leñador, que vió una columna de humo por encima de los árboles, al pasar por el camino de Précigny, nadie vió nada, y no se dió el toque de alarma.

—¡Bah! Eso no es más que un accidente,—dijo Nuño, deseoso de evitar las investigaciones sobre la manera cómo había comenzado el incendio.

—¡Oh, no, señor conde! Porque como Strehley no hubiese aparecido al amanecer, organizamos una batida, y en el canal de la Balsa-Grande, por encima de la presa, Rigaud y yo encontramos su cadáver...

—¿Se había ahogado?—preguntó Selim con un gesto de violenta sorpresa.

—No se había ahogado... Lo habían echado al agua después de estrangularlo... En el cuello se ve la huella de las manos... ¡Apretaron firme!...

—¡Estrangulado!—exclamó Nuño, que se había puesto muy pálido.—¡Estrangulado!... ¿Pero por quién?

—Se ha dado parte al Juzgado de Meaux, señor conde. En seguida fué avisada la gendarmería. Eran las siete de la mañana. El cabo ha hecho un registro en la casa de Strehley... No ha sido posible encontrar su escopeta... Y nosotros estamos seguros de que la llevaba cuando salió... En la casa, ningún indicio... La mujer, que está como loca, nada ha podido decirnos... No comprende nada de lo que su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

cede... No sabe que su marido tuviera enemigos... Sin embargo, el cabo, á quien Strehley había presentado el día antes, denuncia contra Rabasson, por delito de pesca, agravado con injurias y amenazas de muerte...

—¿Amenazas de muerte?—repitió Nuño estupefacto por la dirección inesperada que tomaba el asunto.

—Sí, señor conde. Los leñadores que trabajaban en la corta del bosque Flamant presenciaron la escena y están citados como testigos en la denuncia... Hay, pues, grandes probabilidades de que Rabasson, que es un ganapán capaz de todo, sea el culpable... Por lo demás, en seguida lo han detenido, y se encuentra en Lagny á disposición del comisario de policía.

—De prisa han andado ustedes,—dijo Nuño examinando al guarda.

—Nosotros no hemos hecho más que avisar á la gendarmería, señor conde. Pero habría sido muy difícil dar con un tunante como Rabasson si se le hubiera dejado tiempo de llegar á París... No es la primera que hace... Seguramente fué él quien soltó una perdigonada al guarda del príncipe de Friedland hace dos años... Jamás se pudo tener la prueba... Tenía una buena coartada... Pero toda la comarca está convencida de que mataría á un hombre lo mismo que un conejo... El peligro viene de que esos tunantes van al merodeo... Llevan su escopeta, y, ¡diablo!, si aparece el guarda, tanto peor para él.

El guarda habría podido seguir hablando indefinidamente. Nuño no lo oía; reflexionaba profundamente. Si Strehley se había alejado de su puesto de observación, después de haber encendido los haces colocados bajo el balcón del kiosko, no era sorprendente que Manuela hubiera sido encontrada sola. Pero entonces, puesto que Strehley había sido estrangulado, el cómplice de la joven era el matador del inglés.

¿Y cómo es que Strehley, al verse tan rudamente atacado, no hizo uso de la escopeta para defenderse? Bastaba que disparase al aire para que Nuño llegara inmediatamente. Y él lo sabía. El guarda, ¿había dejado complacientemente paso al amante de Manuela? ¿Se había hecho pagar para hacer traición á su amo en beneficio de aquéllos á quienes había hecho traición primeramente? ¿Y fué después de la evasión del culpable cuando, prosiguiendo su ronda por el bosque, se encontró con Rabasson y se enredó en cuestión con éste?

Llegado lógicamente á esta conclusión, que estaba conforme con la opinión de los gendarmes y de los guardas, confirmada por el testimonio de los leñadores, Nuño movió la cabeza con duda. Sentía instintivamente que esto no era la verdad. Volvía á la hipótesis de un paso á viva fuerza del galán, deseoso de salvar el honor de su bella. Pero, sin embargo, le parecía imposible que Strehley hubiera dejado que se le acercara Brucken, á quien aborrecía, sin ponerse en defensa.

Y Huberto era bastante ágil para franquear los cincuenta pasos que separaban el kiosko del puente, y para caer sobre el guarda, antes de que éste

estuviera dispuesto á recibir el choque. Una vez en lucha cuerpo á cuerpo con Strehley, la fuerza, bien conocida, del joven, hacía muy admisibles el estrangulamiento y el arrastre del guarda. Lo había llevado como un lobo se lleva un carnero, á cuestas.

Pero aquí Selim tropezaba todavía con una inverosimilitud. Estaba demostrado que Brucken, en el momento en que se desarrollaba la trágica escena, se había reunido, ó estaba cerca de reunirse, con sus compañeros de caza. Por hábilmente que se las hubiera arreglado para engañarlos; por rápida que hubiera sido su carrera, ¿podía suprimir la hora grave, la hora criminal? Esto parecía imposible. Entonces, ¿qué quedaba? El recurso de aceptar como verdadera la historia de Rabasson, poniendo en ejecución las amenazas que los leñadores le habían oído proferir la víspera. O bien...

Y aquí se presentaba al pensamiento de Nuño una hipótesis muy seductora. Aún no se atrevía á acogerse á ella; tan aventurada le parecía. Pero, de realizarse, habría colmado sus votos secretos hasta tal punto, que se estremecía con una sombría alegría, nada más que con entreverla. Era la de que hubiera estado en el pabellón con Manuela, en lugar de Brucken, otro hombre, aquél á quien detestaba tan de corazón, porque sospechaba que había sido adorado por su querida, y que era amado por su hija. ¡Oh, sí, esto podía ser!

Sí; de un golpe, Nuño encontraba la feliz ocasión de vengarse del pasado y del presente, de desembarazarse de aquel vecino peligroso que le hacía tan intranquila la vida en la Chevrolière. ¡Con qué

implacable energía lo habría cogido! ¿Y por qué no había de haber sido él? Su vigor en nada cedía al de Brucken, y su agilidad era mucho mayor. Era probable que Strehley hubiera dejado que se le acercara para parlamentar, lo que hacía muy sencillo el desarme del guarda y su arrastre. Era admisible que el fugitivo no tuviera la intención de ahogar á Strehley: querría sencillamente quitarlo de su puesto y constreñirle al silencio.

En el calor de la acción, en vez de amordazarlo, lo había estrangulado. Y de deducciones en deducciones, Selim, salvo el eror sobre la persona, llegaba por un esfuerzo de su inteligencia, caldeada por el odio, á reconstituir el drama tal como había pasado.

Hacía un instante que el banquero andaba á pasos lentos por su despacho, sin acordarse del guarda. Este, de pie en un rincón, miraba á su amo con sorpresa. De pronto Nuño levantó la cabeza é hizo un gesto de amenaza. En este movimiento, vió al hombre, y recobrando su calma:

—Bueno: si la gendarmería está en movimiento y si ha dado parte al Juzgado, aquí no tenemos otra cosa que hacer que esperar. Ordeno á usted y á sus compañeros la mayor circunspección en palabras y en actos para todo lo que se refiera á este asunto. Bastante mal estamos ya con las gentes del país. Se sospecha de un habitante de Précigny; no tomen ustedes partido en contra suya. Dejen á la justicia que desenrede la maraña... Este es su oficio... Por lo demás, es posible que ese tunante sea inocente...

Como el guarda, á pesar de su respeto, moviera la cabeza con aire de duda, Nuño añadió con severidad:

—Usted sabe que Strehley estaba despedido... Su servicio se ha prestado á la crítica... Era borracho y tenía malas relaciones... ¿Quién sabe si alguien habrá tenido interés en hacerlo desaparecer? Usted lo soportaba á disgusto cuando era su jefe... ¿Va usted á sentirlo porque ha muerto? En suma: era una mala persona.

—Era un guarda, señor conde. Y en este país, siempre que cae un guarda, esto se sube á la cabeza de los delincuentes, y en breve plazo ocurre otro r al golpe... La cosa va por series... ¡Lo sabemos muy bien!

—Hagan ustedes las rondas por tres... En cuanto á la viuda de Strehley, yo aseguraré su suerte... No se muere inútilmente en mi servicio.

Cambiando así la cuestión de sangre en una cuestión de dinero, Selim quedó satisfecho. Luego dijo á su guarda:

—A contar desde hoy, y hasta que provea sobre el reemplazo de Strehley, usted será el jefe.

El hombre se puso colorado, y, saludando militarmente, olvidada ya la muerte de su camarada en su satisfacción de orgullo, salió.

En el momento mismo en que Nuño sabía la peripecia final y misteriosa de su emboscada, el marqués de Pont-Croix, conduciendo su barca, sacaba á lo largo de la orilla, enfrente de Chalifert, nasas colocadas con gran cuidado en coladores abiertos en medio de las hierbas frecuentadas por los sollos.

Un pálido sol de otoño doraba los ribazos con sus rayos, y una bruma fina, azulada, arrastraba sobre el río su gasa transparente, desgarrada de cuando en cuando por un ligero viento. Acababa de sacar del agua con Celestino un anguila monstruosa que hacía vibrar con sus saltos desesperados las mallas del aparato, cuando su perra, tendida en la proa, alzó la cabeza y gruñó sordamente. En el mismo momento, una voz anhelante gritó desde el camino:

—¡Sr. Clemente! ¡Sr. Clemente!...

El joven miró por entre los sauces de la orilla, y viendo á un hombre que corría por la hierba, exclamó:

—¡Es Briffaut! ¿Qué pasa? Parece trastornado... ¡Atraca, Celestino!

El criado metió la anguila en una red, y cogiendo el garfio, empujó la barca á la orilla.

—¡Sr. Clemente!—llamó otra vez Briffaut con acento desesperado.

—¡Y bien! ¿Qué? ¡Aquí estoy! ¡Aunque le gritaras á un ahorcado!... Explícate... Eso será más sencillo...

Briffaut aspiró el aire con fuerza, y dejándose caer sentado á la orilla del agua, dijo:

—¡Cómo he corrido!... ¡Vengo de su casa!... ¡Han preso á Rabasson!...

—Eso no podía faltarle,—dijo tranquilamente Pont-Croix.—Ya te lo había anunciado.

—¡Pero lo han preso por asesinato!

—¿Por asesinato? ¡Diablo! ¡Eso es muy grave!... ¡Sin embargo, no es imposible!

—¡Oh, Sr. Clemente, yo le juro á usted que es inocente! ¡Estábamos juntos á la hora en que cometieron el crimen!...

—¡Imbécil: te vas á comprometer!

—En eso pensaba hace un momento,—dijo cándidamente Briffaut:—por eso he venido á buscarle, Sr. Clemente; para que me dé usted un consejo... ¡Tengo la cabeza al revés!... Vengo de Lagny corriendo... Rabasson está guardado de vista por dos gendarmes.

—¿Y á quién han asesinado?

—A Strehley, el guarda mayor de la Chevrolière.

—¡Ah, diablo! ¿Qué lo acusa?

—Ha hecho todo lo necesario para ser acusado... ¡Todo el mundo lo creerá culpable! A menos que usted se mezcle en el asunto, señor marqués, y pruebe que es inocente...

—¿Y cómo quieres que yo haga eso? ¿Soy abogado para defender á ese tunante?...

—¿Qué va á ser de nosotros si usted nos abandona?

Briffaut se cogió la cabeza entre las manos, con tan sincera desesperación, que Point-Croix se conmovió.

Le complacía verse tomar como protector en todas las circunstancias graves, por aquellos hombres nacidos en su tierra.

Encontraba en esto una de las prerrogativas del derecho feudal ejercido por sus padres. Y los vasallos emancipados se hacían sus clientes, instintivamente, como bajo la influencia de una confianza hereditaria.

Después de haber pensado un instante, dijo:

—¿Dónde ha sido encontrado el cadáver?

—En el canal de la Balsa Grande.

—¿Dónde estábais ayer Rabasson y tú?

—En el bosque de Aunet.

—¿Podéis probarlo?

—No, Sr. Clemente; nadie nos encontró.

—Vamos á ver el sitio donde se ha cometido el asesinato, y acaso descubriremos algún indicio... Celestino, sigue sacando las nasas, y lleva la barca.

Saltó de un brinco á la orilla, y, seguido de su perra, atajando por en medio de la pradera, llegó á la carretera de Précigny y al bosque de la Encomienda. Por el camino escuchaba á Briffaut, á quien, al pronto, le había costado trabajo vaciarse de noticias, como una garrafa muy llena, pero que ahora abundaba en detalles: el incendio del pabellón; la desaparición de la escopeta; la estrangulación del guarda. ¡Como si Rabasson hubiera sido bastante vigoroso para apretar el cuello á Strehley, cuando era notorio que el condenado inglés reventaba á un hombre en tres puñetazos; tan diestro era en el boxeo!

Había sido necesario un puño superior para hacer quitar á aquel mozo el gusto del pan tan fácilmente. Clemente no respondía; reflexionaba. En un momento de silencio, mientras que Briffaut respiraba, murmuró, como á pesar suyo, en voz baja:

—¿Pero qué interés habrá tenido?

Briffaut, contando después la escena, decía:

«Yo veía bien que él rumiaba alguna cosa para salvar al compadre. Iba con los ojos fijos en la pun-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ta de sus botas, y fruncidas las cejas como si hiciera un esfuerzo violento, como madre cuando recibe una carta de mi hermano, que le cuesta un trabajo horroroso leer... ¡Ah, no me atrevía á hablar; comprendía que había que dejarlo entregado á sí mismo, y que todo iría bien!»

Clemente ahondaba, en efecto, en un extraño problema. Se le había ocurrido de pronto que el matador del guarda era Brucken, y sospechaba que Manuela estaba mezclada en el asunto. ¿Cómo?... ¿Por qué?... Lo ignoraba. Pero precisamente esto era lo que trataba de descubrir. Entró en el territorio de la Chevrolière por primera vez desde la venta de la finca. Volvió á ver el riachuelo donde en su niñez hacía navegar sus barcos. Allí, delante de la presa, que le servía de muelle para dirigir sus goletas y sus cañoneros, había sido encontrado el cadáver del guarda. Y los dulces recuerdos del pasado se mezclaban á las siniestras realidades del presente. Se detuvo de pronto. Briffaut, tendiendo los brazos hacia un sitio donde estaba hollada la hierba, dijo:

—Allí es donde lo arrojaron.

A lo largo del canal, en la orilla, corría una senda por un suelo de asperón, donde estaban marcadas las huellas de los pies de los que habían retirado el cuerpo del guarda. Imposible sacar nada en limpio allí. Aquellas gentes habían venido por la presa: piedras recién arrancadas del dique lo probaban. En la orilla donde se encontraban Clemente y Briffaut, las investigaciones parecían haberse limitado á un círculo de veinte metros de radio: las

ramas estaban rotas, la tierra removida con los pies, la hierba pisoteada. Más allá, nada. La perra olfateó estas huellas, y se paró al lado de su amo.

—Examinemos la parte de la orilla que está entre este sitio y el kiosko incendiado,—dijo Clemente obedeciendo á aquel pensamiento secreto, que unía en él el crimen con el incendio.

Los dos hombres, ambos finos corredores, expertos en reconocer las huellas de la caza, se encorvaron sobre la blanda arena y anduvieron algunos pasos. De repente Briffaut, lanzando una exclamación, señaló con el dedo sobre la senda la huella de dos pies calzados con botas de suelas anchas, pero de corte elegante, y que de ninguna manera podían pertenecer á un guarda ó á un campesino. El tacón, de clavillos cuadrados, estaba hundido profundamente, y la punta se dirigía hacia la presa. Entre el pie izquierdo y el pie derecho, notábase una distancia de un metro lo menos, lo que indicaba que el que había dado aquellos pasos corría vivamente.

—Es un pie de burgués,—dijo Briffaut, comprobando la comba de la suela entre el tacón y los dedos.

—Sí, y el hombre es grande,—añadió Clemente.

—Y pesadamente cargado,—añadió el cazador furtivo.—¡Vea usted, Sr. Clemente, qué hundido está el tacón! Corriendo como corría, si no hubiera llevado nada, habría saltado sobre la punta del pie, y la punta apenas se señala.

—¡Bien juzgado!—dijo Pont-Croix sonriendo.—Continuemos.

Siguieron atentamente su pista. Y, á medida que se acercaban al puente, se hacia más sensible la abertura de los pasos, y los tacones se hundian más en el suelo, como si hubiera sido más precipitada la carrera de la persona cuyas huellas seguian.

—¿Ves?—dijo Clemente.—El hombre, al partir, estaba asustado, y quería escapar á un peligro, y corría con todas sus fuerzas. Al llegar cerca de la presa, sea que estuviera sofocado, sea que se creyera más en seguridad, disminuyó su velocidad, y sus pasos son más cortos.

—De modo que venia del puente... Y era solo, porque no hay otra señal que la de su calzado.

—Sigamos adelante.

Estaban en el puente. Allí ya ningún vestigio. Los maderos del piso no habían conservado ninguna huella. Más allá del puente, del lado del pabellón, siempre el mismo paso de hombre, pero más espaciado, más suelto y más ligero, como si el corredor estuviera más descansado, á la partida, ó menos cargado. La punta de su bota se señalaba allí profundamente, y el tacón se hundía menos, justificando la prudente observación de Briffaut. Los dos hombres se detuvieron, embarrados.

Clemente reflexionó, y dijo:

—Es evidente que el choque ocurrió en el puente. En este punto preciso es donde se modifican las huellas... Del lado de acá, superficiales; del lado de allá, profundas.

Volvió hacia el puente, y, de pronto, sus miradas fueron atraídas por la perra, que, con su pata, movía un objeto pequeño que olfateaba con insistencia. Se bajó, y lanzó un grito de sorpresa.

—¡Un guardamonte de escopeta!...

Un fragmento de guardamonte, recién roto, y procedente, con seguridad, de la escopeta no encontrada, estaba caído allí, á algunos centímetros del parapeto del enrejado. El arma, escapada ó arrancada de la mano del guarda, había debido rodar por la madera, y, sin duda, deslizarse al canal.

—Briffaut,—dijo el marqués,—es probable que descubramos la escopeta en el agua. Descendamos bajo el puente.

Llegaron al ribazo, y, con sus ojos penetrantes, se esforzaron por sondear la rápida corriente del riachuelo. Pero la espuma que se formaba sobre los guijarros hacía imposible las investigaciones.

—¿Eres hombre capaz de meterte en el agua?—preguntó Pont-Croix.

—¡Yo, Sr. Clemente!... ¿Para sacar de penas á un camarada?

Y el cazador se desnudaba ya.

—Hay que buscar en seis metros cuadrados. Deberás encontrar la escopeta á la derecha de la piedra grande que hace una mancha blanca... ¿Comprendes?

—Sí, Sr. Clemente...

Y Briffaut, desnudo como Adán en el Paraíso, se metió por entre las hierbas, y llegó al centro del río. Allí le llegaba el agua á los sobacos.

—¿Está caliente?—preguntó el marqués con buen humor, porque comenzaba á ver claro en el asunto.

—¡Como el hielo!

Y bajándose, comenzó á explorar el fondo. Tres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veces se enderezó, sofocado por haber contenido la respiración. A la cuarta tropezó, y estuvo á punto de perder pie. Estaba tan encarnado cuando reapareció y sus miradas eran tan foscas, que Clemente le tuvo lástima.

—¿No puedes? ¿Quieres que vaya yo?

—¡Oh, señor marqués! ¡Estaría bueno eso!

Se volvió á sumergir, después de haber avanzado algunos pasos, y se levantó vivamente. En la mano derecha tenía la escopeta.

—¡Ya la tengo, voto á.. !—gritó con voz ahogada.—¡Ya era tiempo! ¡No podía más!

Subió el ribazo, ayudado por Pont-Croix, que le dió la mano, y se vistió vivamente. Entre tanto, el marqués abría la escopeta y comprobaba que los dos cartuchos, no disparados, estaban en su sitio. El guardamonte estaba roto.

—Ahora vamos á visitar el pabellón,—dijo Clemente,—y habremos concluído... ¿Entras en calor?

—Ahora sudo.

—Eso es la reacción... ¡Mira!

El marqués se había parado bruscamente, é inclinado sobre el camino, examinaba huellas marcadas en la arena.

—¿Qué ves aquí, Briffaut?

—Como quien diría, Sr. Clemente, un pie de mujer... Muy pequeño, muy pequeño.

—¿Y al lado?

—Una suela ancha... También calzado de burgués... Pero ésta no es el pie del que corría...

—Vaya, muchacho. Creo, como se dice, que comienzo á quemarme. Y, por la rareza del caso, quiero demostrar que tu compadre es inocente, en esta ocasión.

—¡Oh, Sr. Clemente; si habla usted así... está salvado! ¡Porque un hombre como usted no se engaña nunca!

Los dos hombres llegaban al kiosko. El zócalo de piedra había resistido; la armazón de ladrillos estaba entera. Sólo se habían quemado los revestimientos de madera y el techo. De la escalera no había señales. Pero un escalamiento no era cosa para embarazar á Clemente y Briffaut.

En seguida penetraron en el interior. Allí todo estaba casi intacto. Las persianas quemadas habían caído, pero los muebles estaban en su sitio. La estera, un poco chamuscada, esparcía un olor acre, y un ramito de violetas, cogidas al paso por el camino, y atado con una hierba, se marchitaba sobre la mesa al lado de un par de guantes, abandonados sin duda en la precipitación de la huída. Clemente se apoderó de todo. Guantes de gamuza con el sello de Clasens en el interior, y el núm. 8. Por el rostro del marqués pasó una fugitiva sonrisa. Y murmuró:

—Esta vez, tengo la prueba. El ramo de violetas dejado por la mujer, y los guantes olvidados por el hombre. Y guantes, cuya marca revela una mano de gigante... ¡Pobre Manuela! ¡Qué disgusto para ella si el asunto se hace público! ¿Y cómo conseguir que no se haga?

Reflexionó un instante, movió la cabeza, y se metió los guantes en el bolsillo con el ramo. Después, volviéndose hacia Briffaut, que lo miraba hacer en silencio, dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vámonos, y ni una palabra de lo que hemos encontrado en el canal y aquí.

—Pero, Sr. Clemente, ¿hará usted soltar á Rabasson, al menos?

—Cuando sea tiempo.

—¡Cómo! ¿Va usted á permitir que vaya á la prisión?

—Por algunos días. Esto le será provechoso. Tendrá espacio para reflexionar. Pero te respondo de que será puesto en libertad. Déjame obrar á mi gusto.

Briffaut lanzó un suspiro, y, siguiendo á Pont-Croix, emprendió el camino de la Encomienda. Por encima de los árboles, en las tranquilas lejanías, sonaron las diez en el campanario de Précigny.

XIII

Después del almuerzo, fumando y hablando, se encontraban reunidos, en la sala de caza, Nuño, Brucken, Termont, Francfort y el procurador de la República, venido para hacer una información sobre el asunto Strehley. Llegado á la Chevrolière, acompañado del comisario de policía y escoltado por los gendarmes, el magistrado se había mostrado al pronto frío y algo tieso. Pero la gracia de Ester, á quien había encontrado en casa de la viuda del guarda, á cuya familia había ido á llevar consuelos, modificó sus impresiones. Selim, advertido de su presencia, se puso á sus órdenes, y hecha la instrucción, terminados los interrogatorios, el procurador de la República consintió en entrar en el castillo.

Ahora, entre los huéspedes y él reinaba la mayor cordialidad. Una pasión común, la de la escopeta, había acercado á todos aquellos hombres. Y la conversación, comenzada por el desarrollo de este lugar común; los peligros que corrían los guardas en una comarca de gran caza como el departamento de Sena y Marte, se hizo del todo íntima y especial.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vámonos, y ni una palabra de lo que hemos encontrado en el canal y aquí.

—Pero, Sr. Clemente, ¿hará usted soltar á Rabasson, al menos?

—Cuando sea tiempo.

—¡Cómo! ¿Va usted á permitir que vaya á la prisión?

—Por algunos días. Esto le será provechoso. Tendrá espacio para reflexionar. Pero te respondo de que será puesto en libertad. Déjame obrar á mi gusto.

Briffaut lanzó un suspiro, y, siguiendo á Pont-Croix, emprendió el camino de la Encomienda. Por encima de los árboles, en las tranquilas lejanías, sonaron las diez en el campanario de Précigny.

XIII

Después del almuerzo, fumando y hablando, se encontraban reunidos, en la sala de caza, Nuño, Brucken, Termont, Francfort y el procurador de la República, venido para hacer una información sobre el asunto Strehley. Llegado á la Chevrolière, acompañado del comisario de policía y escoltado por los gendarmes, el magistrado se había mostrado al pronto frío y algo tieso. Pero la gracia de Ester, á quien había encontrado en casa de la viuda del guarda, á cuya familia había ido á llevar consuelos, modificó sus impresiones. Selim, advertido de su presencia, se puso á sus órdenes, y hecha la instrucción, terminados los interrogatorios, el procurador de la República consintió en entrar en el castillo.

Ahora, entre los huéspedes y él reinaba la mayor cordialidad. Una pasión común, la de la escopeta, había acercado á todos aquellos hombres. Y la conversación, comenzada por el desarrollo de este lugar común; los peligros que corrían los guardas en una comarca de gran caza como el departamento de Sena y Marte, se hizo del todo íntima y especial.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es una gran residencia para usted Meaux, señor procurador de la República,—dijo Francfort, —puesto que es usted cazador... Y no deben faltarle ocasiones de salir de caza...

—Sin duda, caballero; pero me ocupan mucho mis funciones, y no tengo tantos descansos como yo quisiera.

—Bueno; pero se desquitará usted eligiendo las casas á donde vaya,—dijo Termont.—Mire usted, no conviene prodigarse: esto es muy malo. Cuando se tienen tres ó cuatro hermosos terrenos de caza á disposición, basta. Esto es lo que yo hago. Fuera de la Chevrolière, de Armainvilliers y de Rambouillet, no voy á ninguna parte.

—Usted, Termont, es un hombre de arregladas costumbres,—dijo Brucken con una risa demasiado ruidosa.

—¡Perfectamente! Y me va bien. Cuentan conmigo, y las atenciones que me atestiguan están en proporción de la fidelidad que yo muestro. Formo parte de la cacería. Si yo faltara allí donde cuentan con mi presencia, la cosa sería un acontecimiento. Nada marcharía. Pregunten ustedes á Selim qué diría si yo dejara de venir á su casa: sería capaz de renunciar á su cría. Porque toda esta caza que mantiene con grandes gastos, no es para él, ¡gran Dios!, es para mí. Cuando el año es malo y las lluvias han diezmado las polladas ó hecho morir hinchados á los conejos, piensa con pena: «¿Qué va á decir Termont?» Entonces escribe á Austria para tener faisanes y perdices. Escribe á Boulogne para tener conejos. Y cuando llega el día de la apertura y estamos aquí La Brede, Temblay y yo, los tres asiduos de la Chevrolière, la escopeta en la mano, abatiendo la caza para asegurar uno de esos hermosos cuadros que se cita con envidia en los periódicos, nuestro querido patrón está contento. ¡No ha perdido el dinero! Y si fuéramos á la casa de enfrente, á trabajar y á matar la caza que no está al volver de la esquina, se indignaría, nos trataría de ingratos, no tendría ningún placer en su casa, y acabaría, mientras le faltáramos, por disgustarse de su finca.

—Conclusión,—dijo Francfort:—no se tiene un coto para sí, sino para los demás.

Selim, sonriendo por primera vez desde la mañana, asintió con la cabeza, y dijo:

—Es tan cierto eso, que no me gusta invitar á las cacerías más que á las gentes que tiran bien.

—Por lo demás, es un gran gasto la caza con esas condiciones,—replicó Francfort.—Ahí tenéis á Termont, por ejemplo, que quema, por término medio, cinco ó seis mil cartuchos al año.

—Lo menos,—dijo Brucken.—Sin hablar del tiro de pichón...

—Naturalmente. Pues bien; eso ya hace una bonita suma. Añadan ustedes un par de escopetas casi todos los años...

—Sí, porque me gusta cambiar.

—Te entusiasmas con un armero nuevo, y ya no hay más que él... ¿No has presentado como hombres de genio á algunos que ya no valían nada al año siguiente?... ¡Y lo que hay de particular, es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que todas sus armas eran buenas cuando eras tú quien tiraba con ellas!...

—¿Qué prueba eso?—dijo el procurador de la República con aire amable á Termont.—Pues que no hay malas escopetas, sino solamente malos cazadores. En suma, señores: ¿dónde se venden las mejores armas?

—En París,—exclamó Termont con fuego.—¡No crean ustedes en las armas inglesas! No tienen más que una virtud para los tontos: costar más caras que las demás. Un par de escopetas, compradas en Londres, os costarán cien libras, y cualquier armero de París os las dará tan buenas, con cañones Leopoldo Bernard además, por ochocientos francos la pieza... El vicio de la arcabucería inglesa es creer que no hay cañonería al otro lado de la Mancha. Todos los damascos proceden de Bélgica ó de París. En cuanto á los cañones de acero, no hablemos de ellos. He visto con mis ojos cañones de escopeta inglesa de acero reventar como si fuesen de papel, porque se habian disparado con cartuchos algo fuertes. Nunca tendrán ustedes que temer esto con un damasco de París... ¿Un cañón que se abre como la tapa de una tabaquera?... ¡Pagad escopetas de mil doscientos cincuenta francos para que os lleven los dedos!

—Los merodeadores que tiran á nuestra caza se sirven de armas antiguas,—dijo Nuño con aire escéptico,—lo que no les impide matar muy bien y de muy lejos.

—Esas gentes ponen seis gramos de pólvora negra en un dieciséis, y cuarenta y cinco gramos de

plomo...—dijo el procurador de la República.—No tienen miedo de destrozarse el hombro... Parece que el hombre preso, ese Rabasson, habia tenido ya una cuestión con usted, señor conde, el día de la apertura...

—No fué conmigo,—respondió Selim,—fué con Brucken, que lo corrigió de firme.

Brucken, que desde hacia un instante estaba sumido en profunda meditación, se extremeció al oir pronunciar su nombre, y frunciendo las cejas:

—Sí, se insolentó, y hasta me levantó la mano... Pero no conozco á ese hombre, no lo he vuelto á ver... No podría acusarlo...

Hablaba con alguna ansiedad, y su rostro se puso pálido.

—¡Oh! Tenemos acerca de él las peores notas,—dijo el procurador de la República.—Su expediente judicial abunda en condenas, no sólo por delitos de caza, sino también por vías de hecho... Hace dos años recayeron sobre él fuertes sospechas por asesinato... Faltaron las pruebas, y no se le pudo perseguir... Pero esta vez el crimen es evidente... ¿Quién si no él habría tenido interés en matar al desdichado guarda? Está cogido, y bien cogido. Esta noche dormirá en Meaux, y pasará al Jurado en la sesión próxima.

El magistrado se levantó.

—¿Se va usted ya, señor procurador de la República?—preguntó Nuño.

—Tengo que retirarme, señor conde; necesito detenerme en Lagny antes de volver á Meaux... Le estoy muy reconocido á usted por su fina acogida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Puesto que es usted cazador, espero que me proporcionará el placer de venir uno de estos dias á cazar con nosotros.

—Es usted muy amable.

Cuando se estrechaban las manos abrióse una puerta y entró un criado, llevando una tarjeta en una bandeja. Selim la tomó con aire indiferente; pero así que se fijaron sus miradas en el pedazo de cartulina, brillaron sus ojos y se puso muy encarnado. Y dijo con voz que la emoción hacia más áspera:

He aquí una visita inesperada... No habría creído que el que está en mi casa quisiera volver á entrar en ella jamás...

—¿Quién es?—preguntó Francfort.

—El marqués de Pont-Croix.

Al oir este nombre, Brucken, de pálido, se puso lívido. Se le oprimió el corazón y le zumbaron los oidos. Tuvo el presentimiento de un grave peligro. Si el hombre á quien odiaba, y de quien se sentia despreciado, se presentaba en la Chevrolière, sólo podía ser por él. Un miedo horrible se apoderó de su pensamiento. Se vió perdido, denunciado y detenido por aquel mismo procurador de la República que estaba allí, con el cigarro en la boca, tan deferente y tan amable, y que, en un segundo, se tornaría implacable y terrible.

Pensó en salir, en ir á su cuarto, en tomar todo el dinero que tenía y huir. Pero la huida era la confesión. ¿No valía más hacer frente á la tormenta?...

En suma, ¿qué se sabía? ¿Qué pruebas se podian reunir contra él? Strehley no hablaría, y Manuela

tenía demasiado interés en callarse. Entonces, ¿qué razón había para huir ante Pont-Croix? Se rehizo, adoptó un aire de indiferencia, y se atrevió á mirar á sus amigos.

—Preciso es, en efecto, que Clemente tenga graves motivos para haberse sobrepuesto á sus repugnancias,—dijo Termont.—Supongo, Nuño, que no le hará usted esperar.

—No, ciertamente. Que pase á mi despacho el Sr. de Pont-Croix... Señores, confío á ustedes el señor procurador de la República. Despídanlo...

Y, con la tarjeta en la mano, Selim salió después de haber saludado al magistrado. Todavía tuvo tiempo de oir decir á Termont:

—Es bien triste, señor procurador de la República, que las condenas con que castigan ustedes á los cazadores furtivos, sean tan débiles... ¡Esas gentes son ladrones! ¡Simples ladrones!... La caza ya no es *res nullius*; es criada, acotada, alimentada...

—¡Oh, la ley es bien insuficiente, caballero!... Habría que rehacerla por completo, y modificar las disposiciones legales, como se ha cambiado el funcionamiento de las cacerías... Pero no se hará...

—¡Sí, aquí hay un asunto de elecciones! ¡Se tiene miedo de irritar al campesino! ¡Esto es todo!

—¡Oh! ¡Oh!

Cerróse la puerta, y Nuño, cruzando la escalerilla, entró en su despacho.

Un poco pálido, delante de la chimenea donde tan á menudo se había calentado junto á su padre, estaba de pie Clemente de Pont-Croix. Se inclinó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ligeramente ante Selim, y, con voz lenta, pero firme, dijo:

—Caballero, le sorprenderá á usted, sin duda, verme aquí. Pues aún es mayor que la de usted mi sorpresa. Crea usted que ha sido precisa una razón muy imperiosa para decidirme á franquear su puerta. Esta razón la apreciará usted cuando sepa que va en ello la vida de un hombre.

El sobrecogimiento de Nuño á estas palabras fué tan grande, que no reparó en lo que podian contener de altanería mortificante para él. Olvidó su forma, para no retener más que su sentido. Pero este sentido era capital. En su prisa por saber, replicó vivamente:

—¿De qué hombre se trata, señor marqués?

—De Rabasson, que ha sido preso esta mañana, acusado de asesinato. Es inocente.

—¿Inocente?—exclamó Selim.—Entonces, ¿quién es el culpable?

—Eso es lo que sabrá usted dentro de un instante. Pero, ante todo, ruego á usted que me facilite una entrevista con el Sr. de Brucken.

—¿Con el Sr. de Brucken? ¿Pero por qué con el Sr. de Brucken?

—Eso es lo que no puedo decir á usted, caballero,—respondió Clemente con altanería.—Me he dirigido á usted, desde luego, porque usted es el dueño de esta casa, y sé lo que debo hacer. Le he dicho de qué se trataba, porque usted lo habría sabido siempre, y porque convenía explicarle mi venida. Ahora es con el Sr. de Brucken sólo con quien tengo que hablar, y ruego á usted que me

haga el favor de hacer llamar al Sr. de Brucken.

—¡Pero, señor marqués!—exclamó Selim, acometido de nuevo por todas sus antiguas sospechas, devorado por una horrible curiosidad, y flotando, en sus celos, de Brucken á Pont-Croix, con horrible angustia.

—Caballero, si usted no quiere hacer llamar al Sr. de Brucken, voy á retirarme, dejando dos palabras á su amigo, rogándole que vaya á mi casa... Comprenda usted la cosa: lo que tengo que decir no concierne más que á él y á mí. Si después quiere él tomarle por confidente, libre es de hacerlo... Pero no seré yo quien lo haya decidido.

—Yo creía que el Sr. de Brucken era enemigo de usted,—aventuró Nuño.

Clemente le confundió con una mirada.

—¡Eso me impone el deber de tratarlo con mayor consideración!

A esta lección de generosidad, Selim se inclinó, y, dirigiéndose á la puerta, obedeció á Pont-Croix.

Si la llegada del marqués había producido violento efecto sobre el castellano de la Chevrolière y y sobre sus amigos, no había dejado indiferentes á Ester y á Manuela. Volvía aquélla de los alrededores, y ésta acababa su *toilette*, porque había comprendido la necesidad de salir de su cuarto, cuando el tilbury de Clemente entraba al trote largo por la puerta de honor y se detenía al pie de la escalinata.

Ester, inmóvil junto á un macizo de crisantemas; Manuela, atraída á su ventana, miraron con estupor al joven entregar las riendas á Celestino, bajar del carruaje y subir los escalones de piedra.

Un presentimiento, agudo como la punta de un puñal, atravesó el corazón de la portuguesa; se dijo que, por un incomprensible prodigio, sabía Clemente lo que había pasado la víspera, y que se presentaba en el castillo para perderla.

Como permaneciera inerte, asustada, pegada la frente á los cristales, vió en el patio á Ester que la miraba. Leyó en los ojos de la joven una angustia semejante á la suya, y, temiendo que le hiciera traición su rostro, se hizo vivamente atrás, dejando caer la cortina un instante levantada.

Pero á Ester había bastado una ojeada para darse cuenta de la turbación de Manuela. ¿Qué relación existía entre la claustración de la viuda desde la víspera, el humor sombrío de Nuño y la presencia de Pont-Croix en la Chevrolière? Con seguridad había pasado algo que la joven no sabía, pero que tocaba á su padre, á Clemente y á Manuela; alguna nueva intriga, algún nuevo disgusto, que seguramente sufriría ella de rechazo.

Atravesó maquinalmente el vestíbulo, y bajó al parterre. Desde aquí se veía la sala de caza y las ventanas del despacho de su padre. Cuando llegaba, Termont y Francfort volvían de acompañar al procurador de la República á su carruaje. Brucken no había ido con ellos, cediendo á una prudencia instintiva, como si temiera, yendo con el magistrado, que éste no lo dejara ya volver con sus amigos y se lo llevara.

Estaba en pie, delante de la ventana abierta, apoyado en el antepecho y mirando al bosque.

Ester lo vió extremecerse bruscamente. Detrás

de él estaba Nuño, que le hablaba con animación. Brucken respondió: «Sí», con la cabeza, á una pregunta que la joven no oyó, y entrando en la habitación, se dirigió hacia la escalerilla. Ester distinguió su alta silueta delante de la ventana, y lo vió desaparecer en el despacho de Nuño. Este se había quedado en la sala de caza. Dió unas vueltas y se sentó al lado de Francfort y Termont.

No había duda de que Huberto iba á reunirse con Clemente, por indicación de Nuño.

De modo, que era por Brucken por quien Pont-Croix venía. Dada la hostilidad bien marcada que dividía á los dos hombres, el paso del marqués no podía dejar de tener la significación más grave. Ester sintió helársele la sangre; durante un momento la aniquiló un terror horrible; después se apoderó de ella un ansia de saber intensa, furiosa, de no retroceder ante nada para satisfacerla. Un impulso más fuerte que su razón, que su delicadeza, que su pudor, la acometió: quiso oir lo que se hablaba entre aquellos dos hombres.

Atravesó el salón; se acordó de que en la biblioteca, una puerta que daba en otro tiempo al gabinete de su padre, condenada ahora y cubierta por un tapiz, permitía oir claramente las palabras cambiadas. Había hecho la observación un día que leía en la bibloteca.

Iba, pues, á situarse junto á aquella puerta, detrás de aquel tapiz contra el que había un sofá. La habitación, artesonada y tapizada de verde, era, naturalmente, sombría. Una cortina caída la oscurecía aún más. Ester se deslizó, pal-

pitante el corazón, hasta la pared, y aplicó el oído.

Acababa de entrar Brucken. Había debido preguntar á Clemente para qué lo hacía llamar, y Clemente había debido contestarle, porque Huberto decía con voz algo irritada:

—No comprendo: explíquese usted más claramente.

—¿Lo quiere usted?... Pues bien: la cosa no será ni larga ni difícil. Sr. Brucken, ¡usted es quien ha matado al guarda Strehley!

Hubo ruido de pies, como si Huberto se levantase y diera muchos pasos; luego esta réplica furiosa:

—¡Miente usted!... ¿Con qué derecho se atreve usted á acusarme así? ¿Con qué pruebas?

—¡Ah, Sr. Brucken,—dijo Clemente con una sangre fría terrible,—insulta usted! ¡Bueno, ya arreglaremos esto después! Por el momento, no perdamos de vista nuestro asunto. ¿Pregunta usted con qué derecho le acuso?... Con el derecho que tiene todo hombre honrado de salir á la defensa del inocente contra el culpable. ¿Con qué pruebas? Con las dejadas por usted mismo en el pabellón del bosque: sus guantes, que he encontrado junto á cierto ramo de violetas ..

—¡Más bajo!—interrumpió Brucken con el acento del terror.—Piense usted en la gravedad de sus palabras...

—Ahora ya está usted más tranquilo,—dijo Clemente.—No hay cosa como oir con paciencia para hacerse cargo de la situación...

—Dice usted que ha encontrado guantes, y que son míos... ¿Qué lo prueba?

—Ello es la misma evidencia. ¿Quiere usted que reconstituya la escena?... Estaba usted con la señora... la del ramo, en el kiosko. Por una causa ó por otra, fueron ustedes interrumpidos en su entrevista. La señora escapó por un lado, usted por otro. En el camino ella encontró á una persona que sospecho sería el Sr. Nuño, y con él volvió sus pasos. Usted se tropezó con el guarda emboscado cerca del puente... Quería impedirle á usted huir; usted es vigoroso. En un abrir y cerrar de ojos usted lo desarmó, lo cogió, lo levantó y le apretó un poco fuerte... Nosotros hemos seguido las huellas de usted cuando lo llevaba, y hemos pescado la escopeta del guarda, caída al agua cerca del puente, como habíamos encontrado los guantes de usted en el kiosko.

—¡Nosotros!... ¿Quién?—interrogó Brucken.

—¡Oh, no tema usted nada! El que me acompañaba será tan discreto como yo mismo, á condición, por supuesto, de que nos dé usted las garantías que necesitamos.

—¿Qué garantías?...

—Una relación, escrita de puño y letra de usted, de la manera cómo pasaron las cosas.

—¿Y para qué?

—¿Cómo para qué? Pues para impedir que un hombre, injustamente acusado, sea perseguido en el lugar de usted.

—¿De modo que cuenta usted servirse de esa declaración?

—Naturalmente. ¿Cree usted que se la pido por amor al arte?... Permítame usted que le diga que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la adversidad oscurece algo sus ideas. ¿Qué me puede importar á mí que el guarda del Sr. Nuño haya tenido disgustos con usted? Si no hubiera sido detenido Rabasson, en vez de atormentar á usted, yo le ayudaría á despistar á la justicia. Nunca es bueno que sea degradado un hombre de mundo; esto degrada algo á los demás. A mayor abundamiento, hay en el asunto una señora, á la que yo habría querido sacar indemne. Todo me lleva á ayudar á usted. Sin embargo, no puedo hacer soltar al pobre diablo, á quien se ha preso, sino designando al verdadero culpable. ¿No lo comprende usted? En suma, lo sé todo y vengo á advertírselo; póngase usted en salvo, y cuando ya no tenga nada que temer, me serviré de su confesión. He aquí toda la combinación.

—¿Confiesa usted que es feliz con perderme? ¡Porque usted me pierde! exclamó Brucken con violenta amargura.

—¡Qué mal me conoce usted!

—¡Usted me odia! ¡Me ha odiado siempre!

—¿Yo?... ¡Usted se lisonjea!

—¡Ah! ¡Sé á qué atenerme! Hace tiempo que Manuela me ha abierto los ojos.

—No creo lo que me dice usted.

—Sí, sí, usted no me ha perdonado por haberle reemplazado junto de ella...

—Pero, señor mío, no ha sido usted el único que ha triunfado de mí,—interrumpió Clemente con ironía;—otros han compartido su gloria... El señor Nuño, si no me equivoco, tiene derecho á las mismas palmas que usted, con la diferencia de que

las suyas deberían ser de oro, dados los procedimientos de que se sirve para vencer... ¿Cree usted que estoy celoso de tantas gentes á la vez? No. La Sra. del Peral me ha costado cara; pero no lo siento. Es cierto que nos separamos cuando quedé arruinado... Verdad es que yo no soy de los que se enriquecen frecuentando el trato de las mujeres bonitas... Pero todas estas recriminaciones son inútiles. Volvamos á la cuestión. ¿Quiere usted hacer lo que le pido?

—¿Y si no quiero?—preguntó Brucken, dando un puñetazo en la mesa.

—Entonces me retiro. Usted sabe que el procurador de la República debe estar todavía en Lagny. Dentro de media hora puede estar aquí de vuelta.

—¿Me denunciaría usted?...

—Sin vacilar.

—Pero usted no está siquiera seguro de que yo soy el culpable. ¿Qué prueba un par de guantes?... ¿No pueden ser de usted?...

—El número es característico; en el interior está el nombre del fabricante... Vea usted...

—¡Ah, los tiene usted!... ¡Devuélvamelos!... ¡Ah, me los devolverá usted!... Aunque debiera...

En la pieza vecina hubo sordo ruido de lucha; luego un terrible silencio. Ester sospechó que Brucken estrangulaba á Point-Croix, como había estrangulado á Strehley. Subióle de la garganta á la cabeza un calor devorador. Abrió la boca para llamar; pero no pudo proferir ningún sonido. Quiso correr á la ventana para gritar: «¡Socorro!» Pero le pareció que sus piernas pesaban como si fueran

de piedra. Aquello duró veinte segundos, largos como un siglo de angustia. Pero al otro lado se oyó un rugido, y luego la voz de Clemente, que, algo anhelante, decía:

—¡Si se mueve usted ahora, lo mato!

Ester adivinó que era vencedor, que acababa de dominar, de aplastar á aquella fiera, á aquel mónstruo. Ahora comprendía el horror instintivo que sentía hacia él. Se figuró á Brucken rugiendo de furor, encorvado bajo una mano de hierro. En el mismo instante se dejó oir casi suplicante la voz del miserable:

—¿Qué hace usted? ¿Va usted á entregarme?

—No. Pero voy á hacer que llamen al Sr. Nuño. No tengo ganas de volver á agarrarme con usted...

—¡Por piedad! Espere usted... Escribiré lo que quiere...

—Sea. Escriba usted.

Y de nuevo ningún ruido llegó á los oídos de Ester, espantada. Un hervor de pensamientos contradictorios trastornó su cerebro. Dueña del secreto de Brucken y de Manuela, ¿soportaría ya por más tiempo su atroz presencia?

Sin embargo, ¿no debería imitar la discreción del marqués, que quería esperar que Huberto estuviera fuera de alcance antes de hacer uso de su declaración? ¡Qué resolución, qué valor, qué vigor acababa de demostrar aquel Clemente! Se acordó de las palabras de la portuguesa, el día de la apertura, cuando Brucken levantó al cazador furtivo á pulso: «Pont-Croix es todavía más temible que Huberto.» Y una punzada dolorosa en el corazón le

hizo estremecerse. Sí; Manuela conocía bien á aquellos dos hombres. Del uno poco le importaba á Ester; ¡pero del otro! Verdaderamente se descubría un odio singular á la viuda. Le parecían poca cosa las faltas que le reprochaban en otro tiempo. El verdadero crimen era éste: haber sido amada por Clemente.

El ruido de una silla empujada en el despacho de su padre, sacó á Ester de su meditación.

—Tome usted,—dijo la voz de Brucken;—esta es la declaración que me ha exigido... ¡Pero que el diablo lo estrangule por haberse metido en este asunto!...

—El diablo me habría estrangulado hace un momento, si yo no hubiera puesto orden,—replicó tranquilamente Pont-Croix.—Está bien: la declaración es muy clara.

—¿Qué puedo hacer ahora?

—Hace poco le habría dicho: «Tome usted el primer barco y lárguese á América...» Pero me ha insultado usted y violentado; de modo que, al presente, tengo otra solución que proponerle.

—¿Cuál?

—Va usted á conocerla dentro de un segundo. ¿No ve usted inconveniente en que llame á sus amigos?

—Creo comprenderlo,—dijo Huberto con acento de rabia.—Yo mismo los llamaré.

Abrió la puerta y gritó muy alto:

—¡Termont, Francfort, hagan ustedes el favor de venir!

Nuño no debía estar lejos; porque, aunque Bru-

cken, por un resto de desconfianza, no lo hubiera nombrado, él fué el que respondió el primero:

—¿Qué sucede? ¿Nos explicarán ustedes al fin de qué se trata?

—Sucede que en el curso de nuestra conversación, — respondió Pont-Croix, — el Sr. Brucken se ha permitido algunas reflexiones desagradables para mí, y ambos estimamos que el fin de esta explicación necesita testigos.

—Exactamente,—acentuó Huberto con mucha firmeza.

—Pues bien, caballero,—continuó Clemente,—¿está usted dispuesto á darme delante de estos señores excusas por las vehemencias á que se ha dejado usted arrastrar?

—No doy excusas.

—Muy bien. Entonces encontrará usted justificado que le pida reparación. El Sr. Nuño y el señor Francfort creo que consentirán en ser testigos suyos. Termont queda en libertad de representarme, si quiere, con Prefont, á quien voy á enviar á buscar...

—A su disposición, querido amigo; ya lo sabe usted,—dijo el joven con alguna emoción, porque preveía que iba á ser terrible aquel encuentro que se preparaba.

—Abreviemos las formalidades... Yo soy el ofendido... Elijo la espada... A pistola, todo el mundo sabe que tendría demasiadas ventajas...

—No quiero generosidades,—gritó furiosamente Brucken.

—No depende de usted rehusar,—declaró Pont-

Croix con altanería. —Prefont vendrá esta noche, y el asunto creo que podrá resolverse mañana por la mañana. Por razones que el señor y yo conocemos, todo retraso sería lamentable. Hasta la vista, Termont. Señores, servidor de ustedes.

Un ruido de pasos, un portazo, luego el silencio, y en aquel silencio el rugir de Brucken que se había quedado solo, una blasfemia horrible, y amenazas furibundas contra su adversario.

Ester, pálida y fría, se levantó, y cruzando el saloncito, tuvo tiempo todavía de ver á Clemente, en el pescante de su tílbury, saludar á Nuño sonriendo, y al trote largo de su caballo, tranquilo como si fuera de paseo, entrar en la gran alameda y desaparecer.

Un paso ligero, detrás de ella, le hizo volverse. Se encontró enfrente de Manuela. Como antes de la entrevista de Clemente y de Huberto, cuando en la ventana miraba con estupor al marqués de Pont-Croix llegar á la Chevrolière, la linda portuguesa estaba pálida. Sin embargo, aún tenía fuerza para sonreir.

—Parece que es el día de las grandes reconciliaciones,—dijo con aire jovial;—el descendiente de los antiguos señores acaba de visitar al nuevo propietario...

—No es á mi padre á quien buscaba el marqués de Pont-Croix,—respondió la joven con una mirada hostil,—sino á Brucken. Y se trataba de otra cosa completamente distinta de una reconciliación.

—¡Qué informada está usted!—dijo Manuela con ironía.

—Casi tan bien como usted,—replicó duramente Ester.

—¿Que yo?—exclamó la portuguesa con una repentina turbación.

—Sí, que usted,—repitió Ester, enardeciéndose á medida que Manuela perdia la serenidad.—¿No sabe usted cómo fué obligado Brucken á deshacerse del guarda Strehley?

—¡Ester!

—Ya ha muerto un hombre víctima de las intrigas de usted. Mañana se pondrán otros dos frente á frente por su causa... ¿Y se ríe usted de la aventura? ¡Es muy divertida, en efecto! ¿Y no es muy natural que la sangre de Brucken ó la del marqués de Pont-Croix corra por los bellos ojos de la señora del Peral?

—¡Brucken!... ¡Pont-Croix!...—balbuceó la portuguesa.—Explíqueme usted... ¡Ah, Dios mío! Viene gente. Sin embargo, es preciso que yo sepa... Ester, no se contente usted con acusarme... Entéreme, dígame... Vamos á su cuarto, es necesario que nos expliquemos sinceramente una vez.

—Sea; venga usted.

Aparecía Nuño al extremo de la galería. Las dos jóvenes, tan deseosas la una como la otra de evitar su presencia en aquel momento, subieron ligeramente la escalerilla y se encerraron en la habitación de Ester.

XIV

Frente á frente, las dos antiguas amigas se miraron al pronto en silencio. Veían claramente la gravedad, la importancia de las palabras que iban á cambiar. Jamás, desde sus primeros desacuerdos, habían hablado con franqueza. Una y otra sabían lo que debían esperar y temer. El duelo entre ellas podía ser tan decisivo como el que ponía frente á frente á Clemente y á Huberto. Pero aunque la una fuera muy temible por su astucia y su flexibilidad, la otra se sentía muy fuerte en su rectitud y en su honradez.

—Ester, dijo Manuela con una impaciencia que denunciaba su respiración entrecortada,—ha pronunciado usted hace un momento palabras que es menester que me explique. Desde hace un año me trata usted con una injusticia que he soportado pacientemente. Pero sus insinuaciones son injuriosas hasta un punto que, no hacer caso de ellas, sería aceptarlas. ¿Qué pretende usted? ¿Qué tiene usted que reprocharme?

—Tengo que decir,—dijo gravemente Ester,—que el día en que entró usted en esta casa, trajo la doblez y la corrupción. Tengo que reprocharle ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Casi tan bien como usted,—replicó duramente Ester.

—¿Que yo?—exclamó la portuguesa con una repentina turbación.

—Sí, que usted,—repitió Ester, enardeciéndose á medida que Manuela perdia la serenidad.—¿No sabe usted cómo fué obligado Brucken á deshacerse del guarda Strehley?

—¡Ester!

—Ya ha muerto un hombre víctima de las intrigas de usted. Mañana se pondrán otros dos frente á frente por su causa... ¿Y se ríe usted de la aventura? ¡Es muy divertida, en efecto! ¿Y no es muy natural que la sangre de Brucken ó la del marqués de Pont-Croix corra por los bellos ojos de la señora del Peral?

—¡Brucken!... ¡Pont-Croix!...—balbuceó la portuguesa.—Explíqueme usted... ¡Ah, Dios mío! Viene gente. Sin embargo, es preciso que yo sepa... Ester, no se contente usted con acusarme... Entéreme, dígame... Vamos á su cuarto, es necesario que nos expliquemos sinceramente una vez.

—Sea; venga usted.

Aparecía Nuño al extremo de la galería. Las dos jóvenes, tan deseosas la una como la otra de evitar su presencia en aquel momento, subieron ligeramente la escalerilla y se encerraron en la habitación de Ester.

XIV

Frente á frente, las dos antiguas amigas se miraron al pronto en silencio. Veían claramente la gravedad, la importancia de las palabras que iban á cambiar. Jamás, desde sus primeros desacuerdos, habían hablado con franqueza. Una y otra sabían lo que debían esperar y temer. El duelo entre ellas podía ser tan decisivo como el que ponía frente á frente á Clemente y á Huberto. Pero aunque la una fuera muy temible por su astucia y su flexibilidad, la otra se sentía muy fuerte en su rectitud y en su honradez.

—Ester, dijo Manuela con una impaciencia que denunciaba su respiración entrecortada,—ha pronunciado usted hace un momento palabras que es menester que me explique. Desde hace un año me trata usted con una injusticia que he soportado pacientemente. Pero sus insinuaciones son injuriosas hasta un punto que, no hacer caso de ellas, sería aceptarlas. ¿Qué pretende usted? ¿Qué tiene usted que reprocharme?

—Tengo que decir,—dijo gravemente Ester,—que el día en que entró usted en esta casa, trajo la doblez y la corrupción. Tengo que reprocharle ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ber abusado de mi confianza para robarme el cariño de mi padre, y apoderada de él, haberle hecho traición á su vista, á la mía, con Brucken.

Si Ester no hubiera estado tan segura de lo que decía, la habrían podido conmover el horror y la desesperación que se pintaban en el rostro de la portuguesa. Pero conocía los recursos de mímica de que disponía la joven, y sabía cuán hábil cómica era. Acogió con frialdad sus apasionadas protestas.

—¡Ah! Bien sospechaba que me odiaba usted,—exclamó Manuela retorciendo sus hermosos brazos.—Pero, ¿habría podido suponer que se mostrase usted tan injusta conmigo?... Sí; he cedido al cariño tan convincente de su padre; sí, me he dejado arrastrar á la dulzura de vivir entre ustedes dos, porque, ¡ingrata!, usted entraba por mitad, lo menos, en el sentimiento que me había hecho ceder. ¿Y habría sido bastante loca para comprometer tan gran dicha, cometiendo la falta de acoger á Brucken?... ¿Me tiene usted por calculadora? ¡Pues déjeme entonces el beneficio completo de mi conducta! ¡No me juzgue hábil cuando hay que seducir á su padre, y estúpida cuando se trata de engañarle! ¡Créame bastante intrigante para no dañarme tanto!... Por lo demás, ¿para qué? ¿Con qué objeto? ¿En provecho de quién?...

—Eso es lo que me he preguntado á menudo,—dijo Ester frunciendo los labios con una expresión de desprecio,—sin poder encontar otra explicación que el atractivo del vicio y el placer de hacer daño.

—Vamos, Ester,—replicó Manuela con animación:—deje usted á un lado las prevenciones que

le turban el espíritu. No se deje inspirar más que por su corazón. Acuérdese de que me ha amado durante mucho tiempo, de que he sido una hermana para usted, una fiel confidente...

—Precisamente cuando pienso en la amistad que le tenía, y que usted ha destruído á placer, en la confianza que le atestiguaba, y de que ha abusado usted tan indignamente, es cuando no encuentro en mí más que severidad. Ha hecho usted muy mal en apelar á mis sentimientos antiguos: ellos son los que la condenan seguramente.

—Pero, ¿qué es preciso entonces que yo haga para convencerte y para que veas que soy inocente, hija implacable?—exclamó Manuela, cogiendo las frías manos de la joven entre las suyas, ágiles, dulces y acariciadoras.—Si he cedido á tu padre, que me adoraba, que me suplicaba, que era desgraciado, ¿corresponde á ti echármelo en cara como un crimen? ¡En suma, él era libre! ¿Habrías preferido que muriera de pena?

—Había que romper conmigo, dejarme, no mancharme con esta intimidad culpable, á la que parecía que yo prestaba mi complicidad.

—Tienes razón: habría debido alejarme, como dices; pero me hubiera costado no verte más. ¿Vas á hacer una circunstancia agravante de mi ternura por tí?... En cuanto á tu padre, mi corazón fué dominado por la adoración paciente de ese hombre tan bueno, por sus cuidados de todos los instantes... ¡Y lo amo, óyelo, lo amo!... No puedes darte cuenta del daño que me haces acusándome de haberle hecho traición... ¡Y con Brucken... su

amigo!... ¡No, no, jamás; con Brucken, jamás!

Mostrábase tan vibrante de indignación, tan ardiente de sinceridad, que un juez menos prevenido que Ester habría podido sentirse quebrantado en sus convicciones. Pero la joven estaba hecha á prueba de aquellos artificios. Permaneció inmóvil, triste la mirada y desdeñosa la boca, porque tenía el corazón lleno de repugnancia.

—¿Jamás con Brucken?—repitió con tranquila ironía.—Se lo he oído confesar á él mismo, no hace una hora.

La portuguesa dió un salto. Una palidez plomiza cubrió su rostro encantador; una expresión de furor diabólico puso convulsos sus rasgos y le dió, por un segundo, un aire de maldad espantosa:

—Se ha vanagloriado, ¿lo oyes? ¡Vanagloriado! ¡Es un miserable!...

—No se ha vanagloriado: ha sido obligado á convenir en la realidad de los hechos ante las pruebas que se le daban, á reconocer que estaba con usted en el pabellón, cuando mi padre estuvo á punto de sorprenderlos á ustedes.

—¿Y el cobarde ha dicho todo eso á Pont-Croix?

—Ha hecho esfuerzos supremos para evitar esta confesión que lo perdía, como lo hace usted en este momento... Pero no se triunfa de la evidencia...

—¿De modo que tú asistías á su entrevista?...

—No; pero he escuchado todo lo que han hablado.

—¿Escuchabas? ¡Te felicito!—dijo Manuela sonriendo.—No te creia tan lista. ¡Adelantas!...

A estas palabras burlonas, Ester enrojeció.

—He querido conocer la verdad. Entre nosotras, la lucha era demasiado desigual. Ahora ya puedo defenderme: ya sé á qué atenerme.

—Tú no sabes nada absolutamente. Brucken ha contestado lo que ha querido... ¿Qué es lo que te prueba que no ha mentido?...

—Si hubiera negado, bueno... Esto podía explicarse por puntillo de honor... Pero confesaba, ¿lo oye usted? ¡Confesaba!... Cogido en el lazo... En la imposibilidad de escaparse... ¡Con las pruebas á la vista!...

—¿Qué pruebas?

—Sus guantes, que había dejado sobre la mesa del kiosko, al lado del ramo de violetas de usted...

La portuguesa dejó pasar por entre sus labios un silbido sarcástico; palmoteó, en señal de irrisión; sus rasgos perdieron la tensión; dió lentamente algunos pasos, inclinada la frente, como reflexionando, y luego, en tono muy tranquilo:

—¿De modo que se ha dejado dominar por Pont-Croix como un niño?...

—Ha gritado, amenazado, insultado...

—¿Y el otro? Terrible ¿eh? ¿Y ese imbécil de Huberto lo ha insultado? De modo que van á batirse...

—Sí.

—Pues bien, Brucken es hombre muerto.

—¿Y lo dice usted con esa tranquilidad?

—¿Crees tú que voy á llorarlo?... ¡Te lo daba para marido!

—¡Calle usted, me da horror!

Manuela miró á Ester con aire imperioso, y, moviendo la cabeza:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Esto es melodramático, querida. Guardémonos de las exageraciones. No se sabe lo que nos reserva el porvenir. En este momento parecen trastornadas mis combinaciones; pero no se necesita más que un instante para que recobre la ventaja. Hemos librado la batalla: tú has quedado hoy victoriosa; está bien; pon tus condiciones. Porque te hago el honor de creer que no me has contado todas estas historias platónicamente y por el solo placer de darme un mal rato...

—Me concede usted más talento del que tengo. Mi primer movimiento ha sido instintivo, y si me he desatado en reproches cuando la he encontrado, ha sido arrrebatada por la cólera... Después he reflexionado, y he pensado en sacar partido de la situación en bien de mi padre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que me parece indispensable una ruptura entre usted y él.

—¿La crees posible?

—Sí, si usted se presta á ello...

—¿Tan benévola me juzgas?

—Yo me encargo de darle buena voluntad.

—¡Ah, querida, cómo vas!...

Se miraron un instante; Ester, pálida y resuelta; Manuela, otra vez amable y sonriente.

—Escucha, hija mía, no nos incomodemos,—dijo la linda portuguesa.—Esto no serviría de nada por el momento, y sería un estorbo para nuestras relaciones futuras. Hablemos tranquilamente, como mujeres que saben lo que valen, y expliquémonos á fondo, á fin de no tener que volver sobre ello...

¿Quieres que me vaya? Consiento; voy á irme. Acaso me convendrá. Me parece probable que á través de los incidentes del estúpido asunto que Brucken se ha echado sobre las costillas, tu padre tendrá la confirmación de ciertas cosas que ya los disgustaban mucho cuando no hacía más que sospecharlas, y que lo irritarán cuando las tenga por verdaderas. Vale más que yo no asista á esta explosión de cólera, durante la cual pueda llegar hasta á pronunciar palabras que en seguida lamentaría amargamente. Ya ves que estamos de acuerdo. Por lo demás, querida niña, no es contra mí contra quien tendrás que luchar, sino contra tu padre. Me quiere mucho, y cuando se le pase la cólera, cuando haga reflexiones, me echará de menos. Aquí es donde comenzarán las dificultades para tí. Tú vas á meterte en complicaciones deplorables, mientras que, si quisieras comprender las cosas y marchar de acuerdo conmigo, no sabes lo que podrías esperar...

Como Ester hiciera un brusco gesto de horror y de protesta, Manuela la miró con penetrante atención, así como á una especie de fenómeno; luego, muy tranquilamente, dijo:

—¿Es que eres menos inteligente de lo que yo suponía? No ignoras que tu padre es incapaz de vivir sin tener á su lado unas faldas á cuyo alrededor pueda girar. Es un hombre aficionado á las mujeres; morirá sin arrepentirse. ¿Crees que encontrará otra amiga que valga lo que yo, no para él, ¡pobre Selim!, sino para tí? Por un instante he creído que entrabas en mi juego y que ibas á ayudar á mi matrimonio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo he querido, es verdad,—exclamó Ester,—y habría pasado por cima de mis prevenciones, en interés de mi padre... Usted es quien ha hecho imposible la ejecución de este proyecto.

—¿A causa de Brucken?

Manuela quedó pensativa durante algunos segundos.

—Sí, eso ha sido una tontería... Pero ya supondrás que no era más que una liquidación... ¡Ah, Dios! De buena gana le habría rogado que pensara en otra cosa... Pero los hombres no tienen juicio... Cuando se les contraría, en seguida lanzan bramidos... Si siquiera tú no le hubieras puesto tan mala cara, se habría visto obligado á ocuparse de tí... Y no habría sido un mal marido... Tu padre lo quería mucho... En fin, no hablemos más de ello. El imbécil se ha perdido él mismo. Queda una sola solución feliz, y es que seas indulgente, que olvides lo pasado, que aceptes mis promesas para el porvenir, y que, después de una corta ausencia, me permitas volver á esta casa para no salir ya de ella.

—¿Me cree usted capaz de aceptar tales arreglos?

—Temo por tí que no seas capaz de ello... ¡Serías, sin embargo, tan hábil!

—¡Sería despreciable!

—¡Palabras! ¡Todo ello, palabras! No puedes tener la Monarquía; conténtate con la mejor de las Repúblicas. Has visto, por lo que he tratado de hacer por Brucken, que quiero á mis amigos y que mantengo mis compromisos. Si quieres dejarme volver y no hacer oposición á mis designios, tendrás en mí, te doy mi palabra, una aliada fiel en todas las circunstancias; óyelo: hasta en las más delicadas...

La corruptora había seguido, con la mirada en el rostro de Ester, el efecto de sus palabras. A medida que su pensamiento se descubría más claramente, había visto á la joven palidecer, y luego temblar. Juzgó necesario precisar bien, y, asentado el último golpe, el que ella juzgaba que debía ser irresistible, añadió:

—Tu padre es muy hostil á Pont-Croix... Yo lo haré favorable... Clemente se aparta de vosotros... Yo le acercaré amable y confiado... Si sabes arreglártelas, puedes ser muy feliz, hija mía. ¡Eres tan rica!

Ester enrojeció indignada; irguióse, y abrasando á Manuela con la mirada, exclamó:

—Usted nos ultraja á todos suponiendo que podemos tener necesidad de su intervención,—dijo con voz furiosa.—Porque usted subordina siempre las cuestiones de sentimienio á las cuestiones de interés, es por lo que ha alzado entre usted y nosotros una barrera infranqueable. Ni mi padre, ni el marqués de Pont-Croix, ni yo, pensamos como usted. Y se lo digo con toda sinceridad: si yo amara á un hombre y tuviera que contar únicamente con su codicia para atraérmelo, lo despreciaría de tal modo en el instante mismo, que lo preferiría todo al horror de pertenecerle.

—¡Novela! ¡Siempre novela!—dijo Manuela con una débil sonrisa.—¡Ah, qué daño hace á los pobres humanos la falta de ideas prácticas! Algún día lamentarás amargamente no haberme compren-

dido... Porque me oyes, pero no me comprendes.

—¡Felizmente!

—Bueno, bueno. No eres tú quien habla, son los convencionalismos sociales, las preocupaciones mundanas. Ya verás lo que valen cuando te sientas dominada por una verdadera pasión. Tu padre se encargará de la demostración. Voy á irme, puesto que lo quieres, y esto me conviene. Pero antes de ocho días Nuño estará de rodillas en mi puerta. No conoces mi poder sobre él, hija mía: ya aprenderás á conocerlo. No tendré más que silbar para que acuda. Y entonces, retén bien esto: su adoración será decuplicada por el sentimiento mismo de su indignidad. Regla general: un hombre está tanto más enamorado, cuanto más peligro ó infamia hay en estarlo. Ve aprendiendo, niña, y, sin más, adiós; porque no volveremos á vernos. Y te amaré siempre, ya lo sabes: no soy rencorosa.

Hizo á Ester un movimiento de cabeza benévolo, y, sin esperar una respuesta, que juzgaba sin interés, salió, y entró en sus habitaciones.

Ester, al quedarse sola, se acercó á la ventana. Sus ojos erraron por el parque, donde los árboles, de hojas amarillentas á causa del otoño, se agitaban en una bruma ligera. Sobre los céspes, marchitos ya por las primeras heladas, saltaban urracas parlanchinas; un sol pálido descendía por el horizonte. Todo estaba silencioso, triste, frío y como próximo á morir. Ester se estremeció; en efecto, ¿no estaba la muerte presta á herir? ¿Y á quién? A Brucken había profetizado Manuela con sombría ironía. Pero ¿y si se engañaba y era á Pont-Croix?

A este pensamiento apoderóse de la joven una inmensa tristeza. Le pareció que todo había acabado para ella en la vida, y que una línea negra cerraba su porvenir. Y, sin embargo, que Clemente estuviera vivo ó muerto, ¿no parecía irremediablemente perdido el porvenir de Ester?

Ciertamente, Nuño amaba á su hija y estaba dispuesto á muchos sacrificios por ella. Pero ¿llevaría su abnegación hasta el sacrificio de su pecado? La astuta portuguesa lo conocía bien. Pero también él iba á conocerla; ¿y por qué el desprecio no había de matar al amor? Manuela pretendía que lo decuplicaría. Sin embargo, podía engañarse su sabia corrupción.

Ester se sintió dispuesta á luchar furiosamente por sacar á su padre de las garras de aquella perversa criatura. Salió al corredor, y fué al entresuelito donde habitaba la Srta. de Faverger. La excelente mujer leía junto á la ventana. Al ver entrar á su discípula, dejó el libro, y subiéndose las gafas á la frente, dijo:

—¿Qué sucede en la casa, hija mía? El marqués de Pont-Croix se ha presentado en el castillo, lo que echa por tierra todas mis ideas... Y, cosa todavía más extraordinaria, esos señores no van á cazar...

Ester, por mucha confianza que tuviera en la señorita de Faverger, no quiso confiarle los graves secretos descubiertos hacía dos horas. Y además, á la idea de contar toda aquella historia tan sencilla, y sin embargo, tan llena de horribles detalles, le entraba un gran desaliento. Respondió:

—Es el asunto del desgraciado guarda el que trastorna á todo el mundo... La justicia ha venido esta mañana, se buscan pruebas, se invocan testimonios... ¿Quiere usted que nos arranquemos á esta preocupación? ¿Tiene usted gana de andar?

—Siempre.

—Pues bien: vamos hasta Précigny á pie. Quisiera dar al abate Pierquin los vestidos de lana que he hecho comprar para los pobres... Los enviaré con un criado, y nosotras cruzaremos el parque paseándonos.

—Como usted quiera.

El aya se puso el sombrero, cogió el abrigo y siguió á la joven. Cuando llegaban al piso bajo, vieron á Nuño que se paseaba completamente solo en la galería; inclinada la frente, como preocupado. Al oir bajar á las dos mujeres, alzó vivamente la cabeza con alegría. Pero al reconocer á Ester se apagó su mirada, y su rostro se puso otra vez sombrío. Evidentemente había creído que era Manuela, que se decidía á dejar su retiro. Se adelantó hacia su hija, le estrechó la mano, la trajo para besarla, y luego, no pudiendo sustraerse á la obsesión que pesaba sobre su espíritu, exclamó:

—¿Has visto á Manuela? Hablábais hace un momento... ¿Cómo está?

—Mejor, papá.

—¿Y por qué no baja al salón?

—Lo ignoro.

—¿Comprendes esto? Ha llamado á Brucken. En este momento están los dos en conferencia.

Ester lanzó á Nuño una viva mirada, y dijo:

—No me sorprende. Deben tener que hablar.

El banquero se estremeció.

La franqueza de la respuesta de Ester, el tono con que la había dado, le hicieron creer que su hija sabía de los asuntos que la atormentaban tanto ó más de lo que había sospechado.

Pensó: «¡Son tan astutas estas niñas! Acaso ha penetrado ésta, desde hace mucho tiempo, todo lo que aún está oscuro para mí.»

Estuvo tentado á coger á Ester por el brazo y á llevarla á su despacho para hacerle hablar.

Tuvo miedo de ofrecerse demasiado á críticas agudas, de hacer un papel tonto delante de aquella niña, y se abstuvo. Lanzó un suspiro, y moviendo la cabeza con disgusto:

—¡Todo está trastornado aquí hoy... todo!

Acarició la mejilla de su hija con el revés de su morena manaza, y dijo:

—¿Vas á dar una vuelta? ¡Buen paseo!

Y, como avergonzado de su centinela al pie de aquella escalera, entró en la casa.

Ester y la Srta. de Faverger tomaron el camino de Précigny.

En el piso principal, en el saloncito donde la víspera Manuela había puesto á la puerta á Nuño, celebraban consejo Brucken y la linda portuguesa. La situación era, más que grave, terrible.

Lo menos que habría podido suceder á Huberto era verse perseguido por homicidio, por imprudencia. Pero poco importaba el fundamento de la acusación. Lo que hacía el proceso tan temible era la explicación que había que dar del homicidio. Si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Huberto fuera libre de contestar: «Se trataba de salvar la reputación de una mujer», todo se hacía claro y sencillo. Pero esto era precisamente lo que había que callar con cuidado. Interviniendo Manuela en el asunto, Huberto tenía un papel posible. Pero Manuela quedaba perdida, desconsiderada; sería presa de los periódicos; tema de las conversaciones mundanas. Quedándose Manuela en la sombra, sin que sobre ella recayera ninguna sospecha, Brucken no conseguiría hacer comprender por qué había apretado con tanta fuerza la garganta al guarda, y sucumbiría bajo la acusación vulgar de un asesinato cometido en un arrebato de cólera. He aquí el interesante asunto sobre que hablaban Huberto y Manuela. Nuño no tenía necesidad de sufrir mirando el techo y diciéndose: «¿Qué hacen?» Estaban á cien leguas del amor.

—¿De modo que ese infernal Clemente ha descubierto la buena pista?—dijo la portuguesa.

—¡Que no lo hubiera encontrado á él en vez de Strehley en el puentecillo!—rugió Brucken apretando los puños.—No nos estorbaría hoy.

—¡Sí; pero hubiera podido estorbarte más por el momento!

—Tiene unos puños del diablo... Hace un momento me ha costado todos los trabajos del mundo salir de sus manos. Pero hará dos años que no ha cogido un florete... Ha debido perder... Y yo he ganado mucho... ¡Le mataré!

—¡Bastante adelantaremos con eso!

—Tú, Manuela, en todo caso, nada tienes que temer. En primer lugar, no habrá proceso, porque

si mañana estoy vivo todavía, me embarcaré para la América del Sur... Mientras que yo esté lejos, nuestros amigos trabajarán en favor mío. Es asunto de uno ó dos años á lo más. ¿Quién sabe? Acaso encuentre allí una ocasión de hacer fortuna.

—Bien la has perdido aquí.

—Te amaba demasiado, Manuela.

—Te cuesta eso muy caro, para que yo te lo reproche.

—¿Temes algo de Nuño?

—De Nuño, nada temo. Tú en salvo, él será el primero en trabajar para que yo no sea molestada. Todo le exige esta conducta: mi presencia en su casa, mis amistosas relaciones con su hija, y, en fin, su cariño por mí.

—Y de Ester, ¿qué puedes esperar?

—Nada de bueno. Me aborrece.

—¿Sabe lo que pasa?

—Enteramente.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Ha oído toda tu conversación con Clemente.

Una llamarada de cólera subió al rostro de Huberto, á la idea de que su humillación ante Pont-Croix había tenido semejante testigo.

Después le acudió de nuevo el sentimiento de la gravedad de su situación; juzgó bien vana su preocupación, y haciendo chasquear sus dedos:

—Pues bien: ya sabe á qué atenerse. Esto le evitará sorpresas.

—Dime ahora en qué estado estás de fondos. En vísperas de partir, no tienes ni tiempo ni facilidad de procurarte una gran suma si no la tie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes dispuesta... ¿Puedo yo ayudarte en algo?

—Muchas gracias, querida,—dijo Brucken riendo.—Obras como generosa cómplice... Pero no necesito nada... Poseo seiscientos mil francos en valores al portador, y unos cien mil líquidos... Con tal cantidad, se va lejos...

—Hay con qué crear una hacienda modelo en Texas, ó fundar un Banco en Río Janeiro... ¿Quién sabe si ya no querrás volver nunca, cuando le hayas tomado el gusto á la vida de aquellos países? Eres joven, eres listo; no tienes preocupaciones, que es todo lo que se necesita para triunfar al fin.

—Acepto el augurio. Pero, ante todo, es necesario que encuentre manera de partir, y para esto tengo que deshacerme de Pont-Croix. ¿No tienes nada que decirme?

—¡No!

—Entonces te dejo. Nuño juzga ya, sin duda, mi visita demasiado larga. Conviene que me lo conserve favorable hasta el fin. Por otra parte, pueden llegar los testigos de Pont-Croix, y debo estar allá para recibirlos.

—Anda, pues.

Huberto cogió la mano de la joven y le besó la blanca muñeca. Manuela lo miró alejarse, y cerrada la puerta, se acercó pensativa á la ventana. Sus ojos no recorrieron el paisaje que se ofreció á su vista. Permanecieron bajos.

Trataba de provocar, en el fondo de sí misma, la situación de una probabilidad. ¿Saldría Brucken sano y salvo de la lucha empeñada? ¿O sería Clemente quien triunfaría? A pesar de la seguridad

del que la dejaba, á pesar de su vigor, no conseguía imaginarse á Clemente vencido. Hizo casi el mismo gesto de indiferencia que había hecho Huberto, y, llamando, murmuró:

—¡El juego está hecho!

Entró la doncella.

—Mañana nos vamos á París,—dijo Manuela.—Arregle usted las maletas. Pero hágalo de modo que nadie en la casa sepa mis intenciones.

—Bien, señora. La señora hace bien en regresar. Aquí comienza á hacer frío.

—Esa es mi opinión,—dijo Manuela sonriendo.

Y volviendo á tenderse en la *chaise-longue*, continuó la lectura de la novela comenzada.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

En la pieza que, en el piso bajo del presbiterio, servía á la vez de sala y de comedor al cura, Ester y la Srta. de Faverger abrían, sobre la mesa, los paquetes de vestidos destinados á los pobres de la parroquia. La anciana criada del excelente abate Pierquin, abriendo mucho los ojos, tocaba con mano experta las camisetas de franela, las boinas de lana, las medias gruesas y ordinarias, los calzoncillos, las camisas, todas las riquezas provinciales que la joven ofrecía para combatir la lluvia, la nieve, el viento del invierno.

—Señor cura,—dijo la anciana,—aquí tiene usted un verdadero almacén. Tendrá usted con qué vestir á todos los granujas que van habitualmente con el trasero al aire, salvo el respeto á usted, señorita, y aun podrá dar algo á las parroquias vecinas...

—Llévese usted todo eso,—dijo Ester.

—Y guárdelo pronto,—dijo el cura con inquietud.

—Esté usted tranquilo. ¿Acaso dejo yo nunca que se pierda algo?

Y se fué, desapareciendo bajo la carga. El cura,

señalando el fuego á la joven y á la excelente señorita de Faverger, dijo:

Acérquense ustedes, señoras. Déjenme el tiempo de darles las gracias desde lo más profundo de mi corazón. ¡Oh, temo que mis palabras traduzcan insuficientemente mi gratitud!... ¡Si en cada parroquia hubiera siquiera una persona tan caritativa como usted, el problema social estaría resuelto: ya no habría desdichados!

—Quedarían calmados los sufrimientos materiales,—dijo Ester gravemente;—pero quedarían los dolores morales, y éstos son más de lamentar, porque son casi siempre imposibles de curar.

—Habla usted de dolores morales con bastante amargura, señorita,—dijo el buen sacerdote, conteniendo una sonrisa,—y, sin embargo, usted no debe conocerlos .. Usted es dichosa, y hay que alabar á la Providencia, porque merece usted serlo por su bondad...

—La dicha más aparente es algunas veces la menos real.

La Srta. de Faverger, alarmada al ver entrar á Ester por un camino que le parecía peligroso, comenzó á moverse en la silla. El abate Pierquin, sin notar esta inquietud y esta molestia, arrastrado por la réplica de la joven á un orden de ideas que correspondían al de ésta, replicó en seguida:

—Es verdad que las esperanzas de dicha son á menudo engañadoras. Una de las más encantadoras jóvenes de esta comarca acaba de experimentarlo cruelmente. ¡Dios mío! Puedo contar su historia: ha sido publicada recientemente por todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los periódicos del departamento. Se trata de la Srta. de Rasseval.

El buen cura hizo una pausa. Echó á las dos mujeres una mirada satisfecha. Las encontraba atentas, y se alababa de haber encontrado la ocasión de aquel relato, que iba á permitirle mostrarse amable con su generosa donante. Continuó:

—La Srta. Clemencia de Rasseval es hija de un antiguo magistrado que habitaba, del lado de Bassereh, una finca importante. La joven, que desde su más tierna infancia había mostrado una piedad ferviente, hasta el punto de deshacerse en lágrimas cuando su padre la sacó del convento, se enamoró con mucha violencia de uno de sus parientes, el conde de Bosc-Mesnil, teniente de navío, del más hermoso porvenir. El joven oficial compartía los sentimientos de la Srta. de Rasseval. Igualdad de situación, de fortuna, cariño mutuo, todo parecía reunido para asegurar su dicha. Iba á celebrarse el matrimonio; el novio debía venir de Tolón, donde invernaba la escuadra, cuando una terrible noticia llevó la desolación á todos los corazones.

El abate Pierquin, habiendo redondeado su periodo, se detuvo en la peripecia y examinó á sus dos oyentes. Las vió interesadas, y se regocijó, por sus pobres, de la facilidad con que pagaba su deuda.

—Sí, una fúnebre y dolorosa noticia. La víspera de abandonar la escuadra, el Sr. de Bosc-Mesnil, en una visita de inspección con muy mala mar, había caído al agua, y se había ahogado.

—¡Ah!—gimió la sensible Srta. de Faverger.—¡Qué horrible desgracia!

—Horrible desgracia, en efecto, porque al saberlo la Srta. de Rasseval estuvo á punto de morir. Salvada por el médico, recobró la salud; pero si el mal del cuerpo puede curarse, la llaga del alma era incurable; la pobre joven se restableció, y siguió viviendo; ¡pero en qué estado de abatimiento! Ni las lágrimas de su madre, ni las tiernas súplicas de su padre pudieron conseguir que hiciera un esfuerzo para sobreponerse á su acabamiento. Sólo los socorros de la religión llevaron alguna calma á aquel corazón atormentado. Nuestro venerado gran vicario supo conmover el espíritu de la Srta. de Rasseval despertando su conciencia, y mostrarle la necesidad de sufrir la prueba de la vida como un deber. Obedeció; pero se apoderó de ella de nuevo la vocación religiosa. Recobró la voluntad de vivir para llamar la misericordia de Dios sobre los que sufren y los culpables. Su padre y su madre, desolados, viendo que no podían escoger para ella más que entre el claustro y la tumba, se resignaron, y, hace quince días, la Srta. de Rasseval pronunció sus votos en la abadía de Saint-Pons. Edifica á toda la comunidad por su resignación y su dulzura. Se puede decir de ella que es un ángel en la tierra. ¡Benditas las criaturas terrestres que convierten á la salvación de su alma y á la gloria de Dios, sus sufrimientos y sus miserias!

El cura se calló y alargó hacia el fuego su pie izquierdo, que un aire colado, pasando por debajo de la puerta, había enfriado. No estaba descontento de su narración. El silencio con que había sido escuchado, le halagaba. Aquel mismo silencio se pro-

longaba después que acabó, y comenzaba á ser difícil. Al cabo de un instante habló Ester:

—Teniendo la Srta. de Rasseval un padre y una madre muy buenos para ella, ¿no habría valido más que se consagrara á endulzar los últimos años de su existencia?

—Eso mismo pensaba yo,—dijo con animación la Srta. de Faverger.—¿No es uno de los más indispensables mandamientos de Dios: «Honrarás á tu padre y á tu madre?»

—Sí, mi querida señorita. Por eso Clemencia de Rasseval quiso obtener la autorización de su padre y de su madre, que se la dieron llorando... Seguramente, Dios no aceptaría el don de una existencia robada á la familia.

—¡Ah! Comprendo que se tome la misma resolución que la Srta. de Rasseval, no pudiendo contar ya con ninguna afección en la vida...

La Srta. de Faverger, inquieta otra vez, cortó deliberadamente la palabra de su discípula, y dijo:

—¿Dónde está situada esa abadía de Saint-Pons, señor cura?

—Más allá de Germigny-l'Evêque. Es, con la abadía de Jouarre, la muestra más curiosa de arquitectura antigua. La cripta es del siglo IX; la capilla de estilo gótico. Todos los años una peregrinación atrae gran número de fieles que acuden á invocar la Virgen Negra. Es una Virgen muy curiosa, esculpida en un trozo de mármol, y que fué traída de Palestina.

Ester se volvió á su aya, y dijo:

—Mi buena Faverger, si usted quiere, iremos á visitar la abadía de Saint-Pons.

Se había levantado y se despedía.

El abate Pierquin acompañó á las dos mujeres, descubierta la cabeza, casi hasta la calle, á pesar de las protestas de la Srta. de Faverger, que le repetía:

—Se va usted á constipar, señor cura.

—No, mi buena señora, estoy muy acostumbrado al aire libre... Casi siempre voy con el sombrero debajo del brazo... Un pobre cura de aldea debe curtirse como sus feligreses.

Las acompañó hasta cerca de la puerta del cementerio.

Sólo allí se decidió á volver á su casa, después de nuevas acciones de gracias dirigidas á la joven.

Cuando Ester vió el camino desierto, penetró en el campo del reposo, como tenía por costumbre, y se paseó por las anchas calles, bien enarenadas. El jardín de los muertos había perdido su adorno de verdura: sólo los cipreses y el boj habían resistido á los primeros ataques del frío. La hierba de las tumbas amarilleaba, quemada por las heladas, y las flores se habían marchitado.

Una melancolía más profunda se despedía de aquel triste lugar.

Ya no había el contraste entre la florescencia vigorosa de las plantas y la helada inercia de los seres. Ahora todo estaba muerto.

En el centro del cementerio se alzaba un monumento de mármol, en cuyo frontón estaban grabadas estas palabras: Familia de Pont-Croix, y por

debajo el escudo con el puente y la cruz azul, dos y uno, en campo de plata.

Por una brusca asociación de ideas entre su preocupación latente y aquella tumba que hería sus ojos, la joven se figuró el cementerio lleno de gente venida para asistir á los funerales de Clemente. Brucken había vencido á Pont-Croix; la traición había derrotado á la lealtad, y el marqués dormía en el ataud su último sueño. Fué tan viva la sensación, que Ester se volvió á la Srta. de Faverger y le habló para disipar la ilusión que la dominaba. Respondió el aya, y la joven se encontró más tranquila. Sin embargo, no la abandonaba un sordo temor.

Pensó: «Si rezara por él, esto le daría suerte. Pero rezar por él, ¿dónde? ¿En este cementerio? No; es preciso que entre en la iglesia.»

Se acercó a la puertecilla que se abría en el costado, y oprimió el pedal de hierro que levantaba la barra: inmediatamente se abrió la hoja.

—¿Qué hace usted, Ester?—preguntó la Srta. de Faverger con asombro.

—Hace mucho tiempo que tengo deseos de visitar esta pequeña iglesia de aldea... Hoy debe estar desierta; puedo darme ese gusto sin inconveniente...

—Pero, hija mía, ¡qué singular curiosidad! No está ahí el sitio de usted...

—¿Quién ha de verme? Y además, ¿hay algún mal en lo que hago?

—No, ciertamente. Pero es por lo menos inútil.

Sin escuchar á la Srta. de Faverger, la joven entraba ya. Sintióse impresionada por la sombra

dulce y recogida que se extendía por la nave. Descendía el día, y las vidrieras tamizaban una luz apagada á través de sus cristales de color.

En las alturas de las naves despertábase cierta sonoridad al ruido de los pasos de las dos mujeres, y, dominada por una especie de sobrecogimiento sagrado, Ester trató de andar silenciosamente para no turbar los ecos dormidos de la apacible morada. Miraba con curiosidad alrededor suyo. Sobre el altar, ricamente decorado, centelleaba el tabernáculo; el atril estaba allí como esperando la próxima misa.

Una verja baja de hierro forjado, muy bella para una modesta iglesia de aldea, atestiguaba la generosidad de los antiguos señores. En el primer banco, la joven vió un reclinatorio de terciopelo azul. Se acercó, y con emoción leyó este letrero: Señora Marquesa de Pont-Croix. A su lado había sillas de paja marcadas con estas iniciales abiertas á fuego en la madera: M. de P.

Ester pensó: «Aquí, sobre esta silla de terciopelo, es donde rezaba su madre. Aquí es, sin duda, donde reza él mismo.» Permaneció delante de aquel banco vacío, vacilante y pensativa. Una sorda tentación la impulsaba á arrodillarse también en aquel sitio. Le parecía que una oración hecha en aquella iglesia y en aquel reclinatorio, aseguraría la salvación de Clemente. Pero ¿cómo arrodillarse ella, judía, ante aquel altar donde Cristo, atormentado, extendía sus brazos en la Cruz regada con su sangre y sus lágrimas? ¿No sería esto un sacrilegio? ¿Y no desencadenaría la cólera de aquel Dios ofen-

dido, en vez de conciliarse su clemencia? Se volvió á la Srta. de Faverger, y le dijo muy bajo:

—Señorita, ¿cree usted que una judía puede, sin sacrilegio, rogar á vuestro Dios?

—Hija mía,—respondió dulcemente el aya,—no hay más que un Dios, creador del cielo y de la tierra, y el nuestro, el de los cristianos, es el mismo que el de los judíos... ¡Pero qué extraña preocupación es la de usted! ¿Por qué entra usted en esta iglesia? ¿Y qué sentido oculto hay en la pregunta que me dirige?

—Mi pregunta es muy clara. Quisiera rezar aquí, y me parece que no puedo rezar más que al Dios que aquí se adora.

—Ester, me arrepiento de haberla acompañado, —exclamó la Srta. de Faverger llena de turbación: —abusa usted de mi complacencia, y me expone, estoy segura de ello, á faltar gravemente á mi deber... ¿Le van á entrar á usted otra vez las singulares curiosidades de que fuí blanco en su infancia? ¿Qué obsesión sufre usted? ¿Qué pasa?

—Nada, mi buena Faverger, no se atormente usted; nada que pueda comprometer su responsabilidad. Sutilezas de sentimientos, escrúpulos personales que necesitaría mucho tiempo para explicárselos...

—Ester, hija mía, su espíritu está, desde hace algún tiempo, más gravemente turbado de lo que usted quiere dejar creer. Se agitan en usted no sé qué pensamientos... Si usted me oculta el estado de su alma, es que no es loable... ¿Teme usted reproches?

—¡Yo!—dijo vivamente Ester.—¡No, ciertamente! Desengáñese usted... Si yo hubiera podido confiarle mis pensamientos secretos; si pudieran ser confiados...

—Ya lo ve usted,—interrumpió la buena mujer. —Usted misma confiesa que disimula.

—No por mí... sino por otros... ¡Ah! Pronto se lo diré todo, y usted verá si hacía mal en callarme... Sí, en mí hay una gran turbación, que espero se disipará.

Hizo á su aya una señal con la mano como para pedirle que no insistiera, y encorvándose sobre el reclinatorio, en el sitio en que la madre de Clemente y acaso el mismo Clemente habían debido poner su cabeza, ella puso la suya. Estuvo inclinada durante algunos instantes, y no se levantó sino al oir resonar pasos en el silencio de la iglesia. Miró alrededor suyo, y con inexplicable sobrecogimiento, vió adelantarse al que ocupaba tan exclusivamente su espíritu.

La Srta. de Faverger también había reconocido al marqués, y cogiendo á la joven por el brazo, hacía esfuerzos para llevársela.

Clemente se detuvo bruscamente al ver á Ester en la iglesia. El pensamiento que había conducido allí á la joven, lo conducía á él mismo. Y era en su banco, delante de la silla en que se sentaba todos los domingos, donde la encontraba recogida y prosternada. Se apoderó de él una emoción repentina, adivinó que la joven había ido allí como en peregrinación. No se preguntó cómo Ester había sido informada, no sospechó que lo estuviera, y

que de la misma manera que él quería implorar el favor divino, ella lo había implorado para él. Experimentó á la vez descontento y alegría. E indeciso sobre si se apartaría de la joven con disgusto, ó si se acercaría á ella con reconocimiento, se quedó inmóvil junto á la puerta.

—Ester,—murmuró la Srta. de Faverger al oído de su discípula, apretándole con fuerza el brazo que había pasado bajo el suyo;—asegúreme usted que ignoraba que pudiera presentarse aquí el marqués de Pont-Croix.

—Se lo aseguro.

—Bien. Pero, hija mía, es preciso que nos vayamos...

Llegaron junto á Clemente. Este se inclinó ante las dos mujeres, abrió la puerta, y, dejándolas pasar, salió tras ellas.

Anduvieron un instante por el camino enarenado, bordeado de tumbas y de cruces. El silencio que pesaba sobre ellos pareció á Ester tan penoso, que dijo:

—Hemos ido á casa del abate Pierquin, y, al salir, hemos cedido á la curiosidad de visitar esta iglesia... Es preciosa en su sencillez.

—La quiero mucho,—declaró Clemente...—¡Me ligan á ella tantos lazos!... Aquí fuí bautizado é hice mi primera comunión... Aquí se casaron mi padre y mi madre... Aquí reposan todos los que han llevado mi nombre... Aquí reposaré yo mismo.

Al oir estas palabras, pronunciadas con gravedad, Ester no pudo impedirse mirar á Clemente. Le vió resuelto, pero algo triste. Quiso prestarle el

socorro de su confianza, de su esperanza, y, vivamente, exclamó:

—¡Oh! En mucho tiempo...

—¿Quién sabe? Nadie puede asegurarlo... Hay que estar siempre preparado...

La joven, trastornada por aquella sencillez resignada, más de lo que habría estado por una manifestación heroica, apenas pudo contener las lágrimas que le humedecían los ojos.

Palideció su rostro y temblaron sus labios al pensamiento del terrible peligro que el que estaba delante de ella iba á correr dentro de algunas horas. Sintió ganas de gritarle: «Defiéndase usted bien: su contrario es implacable! ¡Abusará de la generosidad de usted!» La detuvo un último resto de dignidad. Y permaneció muda, casi extraviada, delante de Pont-Croix, que la examinaba con inquietud.

Quiso éste cambiar de conversación, y dijo:

—Su señor padre de usted ha tenido graves molestias con el asunto de ese guarda... Me he visto algo mezclado en ello por casualidad... Pero todo va á arreglarse... El culpable será castigado, y ese pobre diablo vengado... Las cosas acaban siempre por arreglarse mejor de lo que se pensaba.

La joven movió preocupadamente la cabeza. Pero él, para sustraerse al embarazo de aquella conversación, para abreviar el malestar de la señorita de Faverger, que se impacientaba al lado de su discípula, dijo:

—Le suplico que me dispense, señorita, si la dejo; pero el buen abate Pierquin me ha citado, y no quisiera hacerle esperar...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ester no tuvo fuerza para contestarle.

Clemente continuó:

—No sé si tendré, en mucho tiempo, el placer de encontrarla... Pienso dejar mañana el país, si nada se opone á mis proyectos...

La emoción que la joven sintió, le dió atrevimiento para preguntar:

—Y ¿á donde va usted?

—A Inglaterra, con mi familia... Temo ser aquí causa de trastornos.

Ester no recogió esta última frase. Poco le importaba. Sabía bien á qué aludía él. Solamente aventuró esta pregunta:

—¿Y no volverá usted más?

—Es mucho decir; pero en una época tan lejana, que no es fácil precisarla... Reciba usted, pues, mi adiós, señorita.

La joven permaneció inmóvil, como helada, sin un gesto, sin una palabra. La idea de que estaba separada de Clemente, había sido aceptada por ella; pero la idea de que no lo vería más acaso, sea que fuese muerto, sea que se expatriara, la llenaba de estupor, aniquilaba su pensamiento, desgarraba su corazón. El marqués le saludaba é iba á alejarse, sin que lo confortara una última palabra de ella, sin que un voto supremo, brotado de su alma y sancionado por Dios, apartara de él la desgracia. En este segundo se rehizo, y, tendiéndole la mano, dijo con acento, acerca del cual él no se engañó.

—¡Buena suerte, caballero!

Clemente se inclinó, oprimiendo dulcemente

aquella blanca mano que se ofrecía, y que él habría guardado muy fácilmente si hubiera querido, y se dirigió hacia la iglesia.

—Venga usted, mi buena Faverger,—balbuceó Ester, arrastrando á su aya fuera del cementerio.

Pero al llegar á la calle solitaria fué acometida de tal crisis de desesperación, que tuvo que sentarse sobre un talud cubierto de musgo, y, á pesar de su resistencia, á pesar de su dignidad, vencida, aniquilada, estalló en sollozos desesperados, sin una explicación, sin un lamento, llorando todas las lágrimas de su corazón, y no contestando á las suplicantes preguntas de su aterrada compañera más que con estas palabras: «¡No es nada, no es nada,» ansiosa de morir guardando su secreto.

Al cabo de un instante estuvo bastante tranquila para volver á ponerse en camino. Pero mientras andaba, apoyada en el brazo de la Srta. de Faverger, seguía llorando silenciosamente.

Eran las cinco cuando volvieron á la Chevrolière. A lo lejos, entre los árboles, aparecía la masa del castillo muy iluminado, y por los cuadros de césped y el parterre se esparcían blancas oleadas de luz. Alrededor de aquella morada resplandeciente reinaba un profundo silencio. Envolvíala la tristeza. En el vestíbulo se acercó á Ester un lacayo, y le dijo:

—El señor conde ha hecho preguntar dos veces si había vuelto la señorita... El señor conde está en su despacho.

—Diga usted á mi padre que voy al instante.

Subió vivamente á sus habitaciones. Antes de

presentarse á Nuño quería refrescar sus ojos, enrojecidos por las lágrimas. Sospechaba que su padre había en aquel día pasado por emociones diversas, pero todas penosas, y que experimentaba la necesidad de lamentarse, de deshacer su amargura en palabras. Este imperioso gusto de confidencia y de expansión, era lo que lo hacía incapaz de pasarse sin queridas. No podía decirlo todo á su hija, y era preciso que lo dijera todo.

Si Manuela hubiera consentido en escucharlo aquel día, en aconsejarlo, habría reconquistado todo el terreno que había perdido desde la víspera. Nuño no habría visto más que por sus ojos, ni juzgado más que por su opinión. Pero la portuguesa sabía que la partida de Brucken, iluminando á Nuño, lo volvería á poner todo en cuestión, y prefería mantenerse en la actitud que había tomado y que le permitía una retirada oportuna que podía ser seguida de una vuelta ofensiva triunfante. Había, pues, resistido á todas las tentativas de Selim por llegar hasta ella, y precipitando la situación, había hecho anunciar su partida para la mañana siguiente.

Nuño, consternado por esta determinación; agitado por las conferencias con los testigos de Pont-Croix; dominado otra vez por todas sus inquietudes acerca de la fidelidad de Manuela, había pasado una tarde atroz, y no sabiendo de quién fiarse, sintiendo la necesidad de contar sus penas, se volvió desesperadamente del lado de Ester. Pero ésta también huía de él. La habían buscado vanamente en el parque y en casa de la viuda de Strehley. Y,

por encima de su cabeza, todo el día Nuño había oído arrastrar los baules de la portuguesa, y los pasos precipitados de los criados; un ruido desconsolador, que anunciaba el abandono. Así, cuando vió que se abría la puerta y aparecía Ester, lanzó un grito de alegría, y se adelantó al encuentro de su hija con demostraciones de ternura que la conmovieron. Ella comprendía que era desgraciado. Sabía que iba á serlo todavía más.

—¡Al fin estás aquí, querida! ¡Vaya un día agradable que he pasado! Y mucho me temo que se prepara otro parecido para mañana... ¡Manuela nos deja; regresa á París! Expiaba en el rostro de su hija la impresión que iba á producirle aquella noticia. Ester permaneció impasible.

—¡Y no es esto todo!... Brucken tiene un asunto de los más graves con el marqués de Pont-Croix. Hemos pasado toda la tarde en conferencias, á las que estoy poco acostumbrado, y que me han trastornado mucho. Habría tenido necesidad de alguien que me pusiera buena cara para distraerme de todos estos disgustos; pero parece que todos me huyen aquí... ¡Hasta mi hija, que se va cuando yo habría tenido placer en encontrarme con ella!

Ester no recogió estas palabras; no manifestó ningún asombro por las confidencias de Nuño. Solamente dijo:

—¿A qué hora es el encuentro?

—A las diez. La cita es en la casa del guarda del Bosque-Quemado... Se baten á espada.

La joven bajó la cabeza, como quien está enterada, y guardó silencio.

—Brucken ha marchado á París, á fin de poner en orden sus asuntos... Vuelve mañana por la mañana: iremos á recibirle á la estación en carruaje... Ya ves, ni siquiera estaré aquí cuando se vaya Manuela... Cuento con tu bondad para que me reemplaces bien... Sean los que sean tus sentimientos hacia ella, está en tu casa, y no hay que olvidarlo...

—Nunca lo he olvidado,—dijo Ester,—y no lo olvidaré ahora.

—Ha podido cometer algunas faltas,—siguió Nuño;—pero es tan buena, que hay que excusarla... Yo mismo, el primero, tengo necesidad de que se me trate con indulgencia. No hay más que tú que sea perfecta... ¡Porque eres perfecta!...

Por los labios de Ester pasó una triste sonrisa. Esperó el fin de la frase de su padre para saber qué acto de condescendencia ó de debilidad quería pagar por adelantado con aquellas alabanzas.

—¿No crees—dijo Nuño—que si subieras á la habitación de Manuela y le hablaras cariñosamente, como sabes hablar cuando quieres, consentiría en quedarse?... Cuando se vaya vamos á estar bien solos... Tú, sobre todo.

—Usted invitará gente, papá.

—Sí, sin duda... Pero eso no será ya la intimidad. La intimidad, sobre todo, es lo que es agradable... ¿Crees que si subieras á hablar con ella un cuartito de hora solamente, no arreglarías las cosas?... Estoy seguro de que no espera más que una palabra tuya para deshacer su viaje.

La miraba con cara á la vez ansiosa y humillada, al hablar así, y Ester recordaba la declaración de Manuela: «No tendré más que silbar á tu padre para que acuda.» Sí; tenía razón la linda portuguesa, y conocía bien su poder. Nuño no esperaba á que le silbaran; acudía antes de que lo llamaran. ¿Qué se necesitaría, pues, para romper el lazo que lo ataba tan servilmente á aquella mujer? ¿Qué cruel decepción, qué dolorosa ofensa le emanciparía de su esclavitud? La joven respondió:

—Todo sería inútil, papá. Manuela quiere irse. Después del almuerzo me he adelantado al deseo de usted, y he subido á su cuarto. La resolución está bien tomada.

—Pero, ¿por qué?—gimió Nuño desesperado.

—Usted no puede ignorarlo.

—Pues sí lo ignoro. Sospechas, quejas; todo eso al azar, en el aire, sin pruebas...

—Usted las tendrá, papá,—dijo Ester francamente.

Nuño se detuvo y la miró asustado.

—¿Sabes, pues, más de lo que quieres aparentar? ¿Más que yo, acaso? ¿Eh? ¡Dime lo que sepas! ¡Pero no! ¡Es tu odio que te arrastra; no sabes nada: inventas! ¡Acaso eres tú la que has agotado la paciencia de esa pobre mujer!

Ester se mordió los labios, y, amargamente, dijo:

—¡Compadezcámosla!

—Sí; ¿por qué no? ¡Era agradable su situación aquí!... Apenas tolerada por ti, y...

Iba á meterse en confidencias peligrosas, y se detuvo bruscamente. Dirigió á Ester una mirada sombría:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿De modo que me niegas lo que te pido?...

—Espere usted á mañana, papá,—dijo la joven con energía;—y, si usted lo exige, entonces iré á París, si es preciso, para buscar á la Sra. del Peral.

Nuño quedó pasmado ante su hija, comprendiendo que le anunciaba revelaciones, con seguridad dolorosas, buscando cuáles podían ser, no sabiendo detenerse en ninguna, y lleno de temor al ver á Ester tan afirmativa, cuando él luchaba entre dudas, se volvió avergonzado y descontento á la vez, y sentándose delante de su mesa, se sumió en dolorosa meditación.

La campana de la comida, sonando en el silencio, lo volvió en sí. Pensó que al fin iba á ver á Manuela, á quien no había podido acercarse desde la víspera, y, sin dirigir una palabra á su hija, pasó por delante de ella y se dirigió al salón.

XVI

La guardería del Bosque-Quemado es la más próxima a Précigny. Está dividida por el camino de Lagny. Una casita de ladrillo, rodeada de un jardín, sirve de habitación al guarda. Tiene adosado un criadero de faisanes, y se alinean numerosas jaulas en medio de una pradera cerrada por un enrejado de alambre. Las gallinas que han servido de empolladoras en la primavera, se pasean picoteando en libertad por el bosque. Un perro oscuro, de pelo corto, se calienta á los pálidos rayos de un sol de otoño. El carruaje de Nuño, y un landó con el escudo del barón de Prefont, esperan en medio de la plazoleta. Los caballos humean, bajo sus mantas, como después de una rápida carrera. El guarda se pasea, las manos á la espalda, y parece vigilar. De cuando en cuando echa una mirada preocupada del lado de la alameda que se pierde en la espesura.

Por allí es por donde se han alejado silenciosamente, hace cinco minutos, los adversarios, sus testigos y el cirujano llamado para el caso.

Una senda los ha conducido, por la izquierda, á un ancho claro de suelo de asperón fino, rodeado de abedules y de brezos, como un circo. Sitio á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿De modo que me niegas lo que te pido?...

—Espere usted á mañana, papá,—dijo la joven con energía;—y, si usted lo exige, entonces iré á París, si es preciso, para buscar á la Sra. del Peral.

Nuño quedó pasmado ante su hija, comprendiendo que le anunciaba revelaciones, con seguridad dolorosas, buscando cuáles podían ser, no sabiendo detenerse en ninguna, y lleno de temor al ver á Ester tan afirmativa, cuando él luchaba entre dudas, se volvió avergonzado y descontento á la vez, y sentándose delante de su mesa, se sumió en dolorosa meditación.

La campana de la comida, sonando en el silencio, lo volvió en sí. Pensó que al fin iba á ver á Manuela, á quien no había podido acercarse desde la víspera, y, sin dirigir una palabra á su hija, pasó por delante de ella y se dirigió al salón.

XVI

La guardería del Bosque-Quemado es la más próxima a Précigny. Está dividida por el camino de Lagny. Una casita de ladrillo, rodeada de un jardín, sirve de habitación al guarda. Tiene adosado un criadero de faisanes, y se alinean numerosas jaulas en medio de una pradera cerrada por un enrejado de alambre. Las gallinas que han servido de empolladoras en la primavera, se pasean picoteando en libertad por el bosque. Un perro oscuro, de pelo corto, se calienta á los pálidos rayos de un sol de otoño. El carruaje de Nuño, y un landó con el escudo del barón de Prefont, esperan en medio de la plazoleta. Los caballos humean, bajo sus mantas, como después de una rápida carrera. El guarda se pasea, las manos á la espalda, y parece vigilar. De cuando en cuando echa una mirada preocupada del lado de la alameda que se pierde en la espesura.

Por allí es por donde se han alejado silenciosamente, hace cinco minutos, los adversarios, sus testigos y el cirujano llamado para el caso.

Una senda los ha conducido, por la izquierda, á un ancho claro de suelo de asperón fino, rodeado de abedules y de brezos, como un circo. Sitio á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

propósito para un combate. La bruma de la mañana vela el sol: ni un soplo de viento agita las ramas. Cualquiera que sea el lado que les toque, los adversarios tendrán iguales ventajas. Por lo demás, se preocupan poco de ello. Rara vez se ha visto tranquilidad y calma más completa. Cada uno á un extremo del claro, hablan: Brucken con el cirujano; Pont-Croix con Termont, mientras que Francfort y Prefont inspeccionan el terreno seguidos por Nuño, que se agita presa de un malestar y de una emoción que no hacen más que crecer, tratando de engañar su angustia física y moral con el movimiento.

No lo consigue, y pálido, sudorosa la frente, las manos temblorosas, se creeria al verlo que él era el que iba á arriesgar su vida dentro de un momento.

Ya está medido el terreno que debe servir de campo. A cada extremo hay plantado un bastón que marca el límite que no deberán franquear los adversarios, so pena de ser puestos fuera de combate. Francfort ha apisonado con los pies dos pequeñas desigualdades del terreno. Prefont ha hecho señal á Termont de que se le reuna. Saca de su bolsillo una moneda, y para decidir de qué espadas se servirán, dice á Nuño:

—¿Cara ó cruz?

Nuño responde con voz sorda:

—¡Cruz!

Prefont abre la mano; ha ganado Brucken. Se servirán de sus espadas pesadas, de ancha hoja, de profunda cazoleta, y cuyo peso espera que fatigará á Pont-Croix. Termont recoge las armas, las desenvaina; saca del bolsillo un frasco de ácido fénico, esteriliza las dos puntas, después alarga los puños á Francfort, que toma una al azar. Clemente y Huberto han seguido con la mirada el manejo de sus testigos, y vivamente se han quedado en mangas de camisa. Sin dejar de hablar con el doctor, Brucken se remanga, y enseña su brazo derecho musculoso y sólido. Parece completamente dueño de sí, aunque haya en su rostro una palidez no acostumbrada.

Pont-Croix está impasible. El agudo graznido de un ave de rapiña, por encima de los árboles, atrae su atención; levanta los ojos, y mira un instante al ave cernerse en el cielo.

El aire de indiferencia con que se ha distraído de los preparativos del encuentro para seguir al gavilán, da una sacudida moral á Nuño. Aquella serenidad lo aterra más que lo haría una fanfarronería teatral. Recuerda que Brucken ha tenido muchos duelos, siempre felices; que está considerado como muy temible. ¿Quién es, pues, aquel Pont-Croix para afrontar á tal hombre?

Va á saberlo. Huberto y Clemente acaban de caer en guardia, con una firmeza y una precisión terribles, después que Termont ha juntado sus espadas á dos centímetros de la punta, pronunciando el decisivo: «¡Vamos, señores!» Vivamente Brucken ha dado dos pasos atrás, y con el puño de su espada en la cadera, la mano baja, la punta en parada, sin dar hierro, espera. Los dos combatientes se miran inmóviles un instante; luego Clemen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te avanza los dos pasos que Brucken ha retrocedido, y bruscamente, amenaza al rostro.

Huberto, que lleva á Pont-Croix la cabeza, toma un contra, y libra andando con una viveza fulminante.

Clemente para de un golpe seco, y lanzando la contrarrespuesta que ha preparado, arranca á su adversario un pedazo de camisa. Brucken no ha tenido tiempo de llegar para desviar el hierro, y habría sido tocado sin una brusca retirada del cuerpo.

Los dos hombres están en guardia, firmes, apretados los labios por la tensión de las voluntades; la respiración activada por el esfuerzo; soberbios. Antes de que sus testigos, ansiosos, tengan tiempo de contemplarlos, caen de nuevo uno sobre otro, y con tal furor, que tres golpes son dados, parados y contestados en un admirable encadenamiento de frases, sin que ni Clemente ni Huberto puedan alcanzar ventaja.

Respiran un momento, espiándose. Los testigos tienen entonces tiempo de pensar, y se dan cuenta de la gravedad de la lucha. Ni un golpe ha sido tirado al brazo ó á la mano. Los dos adversarios buscan el cuerpo. El duelo tendrá, pues, indefectiblemente, una salida de las más graves. Entre dos hombres tan resueltos, tan experimentados, el resultado no puede depender de un azar. El uno y el otro dan su máximum de esfuerzo; pero no se comprometen más que con extrema precaución. Su brío y su velocidad están maravillosamente regulados.

Después de haber tomado aliento, los combatientes vuelven á aproximarse, y Brucken retrocede suavemente medio paso á un amago de Pont Croix.

Este avanza, y, como se tira desde algo lejos, la espada de Brucken lo coge en su marcha, por un tiempo muy hábil, y el hombro de Clemente se enrojece. Termont se arroja de un salto entre los combatientes. Prefont detiene á Brucken. El cirujano se apodera de Pont-Croix y le abre la manga con unas tijeras.

—Pero, ¡si esto no es nada!—dice el herido.

—Señor marqués, dispense usted: tiene usted una herida penetrante de tres centímetros en el deltoide. Antes de cinco minutos no le obedecerá á usted el brazo... Está usted en un estado de inferioridad evidente, y pienso que debemos retirarnos.

Nuño lanza un suspiro de satisfacción, y mira á Francfort con mal disimulada alegría. ¡Al fin ha concluído aquella horrible pesadilla! ¡Pont-Croix ha sido vencido! Y, en su interior, Selim se regocija de la ventaja de Huberto, como de una victoria personal. Pero Clemente ha hablado á sus testigos, y Prefont se aproxima.

—Señores,—dijo,—nuestro ahijado estima que, por tal arañazo, no debe terminar el asunto. El resultado le parece desproporcionado con la causa. Pide, pues, que se continúe. Si el Sr. de Brucken no tiene inconveniente, el Sr. de Pont-Croix hará uso de la mano izquierda.

Huberto ha oído. No vacila, y volviéndose á sus testigos, dice:

—Acepto.

Sabe que Pont-Croix tira tan bien con la mano

izquierda como con la derecha. Su herida debe molestarle seriamente; pero el cambio de guardia va á compensar esta desventaja.

Sin embargo, Huberto, que tiene mucha cabeza, ha calculado que Clemente debe estar irritado; que temerá la prolongación de la lucha; querrá precipitar el desenlace, y se dejará arrastrar á alguna temeridad que lo pondrá á merced suya. En el mismo momento, Pont-Croix, no menos lúcido, toma la resolución de no atacar y de aguardar á Brucken. Tiene en la mano una respuesta con el golpe que rara vez falla.

Vueltos á colocar por Prefont, los adversarios se encuentran de nuevo enfrente. A pie firme, á larga distancia, se tantean, tratando de dar un golpe ventajoso. Brucken, á pesar de su determinación, comienza á sentirse nervioso al notar que Pont-Croix permanece inmóvil. Se esperaba un ataque furioso, y encuentra una defensiva irritante.

Como, á pesar suyo, es atraído adelante. Clemente, bien en guardia, lo envuelve en su clara mirada, que parece buscar el sitio donde la mano deberá herir.

Durante un segundo los dos quedan tendidos, en parada, como si la muerte estuviera en suspenso entre ellos. Un silencio terrible oprime á los circunstantes.

De repente, Huberto se acerca y fustiga en una vigorosa embestida el hierro de su adversario. Clemente retrocede. Brucken redobla, y, en un cambio de línea, avanzando dos pasos rápidos, se tira

á fondo. Pero Pont-Croix ha tomado su famoso contra en tercera; su mano se vuelve, y como un rayo la brillante hoja se mete en el costado de Brucken, que lanza un suspiro y suelta su espada.

De pie, el rostro crispado y amenazador, la mano en el cuello, como para contener el aliento que se le escapa, mira un momento á Pont-Croix.

Da un paso para ir á él; pero se le doblan las piernas, y, en los brazos de Francfort y de Termont, se desploma con un hipo horrible.

—¡Tiéndanlo aquí; en este talud!—grita el cirujano.

Y abriendo la camisa del herido, descubre su ancho pecho. Un puntito violáceo marca el sitio de la herida. Ni una gota de sangre: se diría que es la picadura del aguijón de una avispa. Pero la estocada ha penetrado mucho, y el ahogo del herido anuncia un derrame interno. Le sube á los labios una espuma rojiza; su cabeza se inclina: está desvanecido.

—¡Hay que sangrarlo!—dice el cirujano.

Toma su estuche, y atando una venda al brazo de Huberto, abre la vena. Pero la sangre apenas brota. Nuño interroga con la mirada á Francfort, que mueve la cabeza con desaliento.

—Está perdido,—murmura Termont:—la punta ha ido hasta el corazón.

En el mismo instante, Brucken hace un movimiento como para levantarse, tiemblan sus labios, de su boca sale un ronquido. Mira á Nuño; querría hablarle. Pero por su rostro pasa una expresión de horrible sufrimiento, giran sus ojos y vuelve á caer hacia atrás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El cirujano le pone la mano sobre el pecho, y dice:

—¡Esto ha concluido!

Entonces Termont se separa del grupo fúnebre, y, yendo hacia Pont-Croix, que se viste, ayudado por Prefont, le dice:

—¡Ha muerto!

Las cejas de Clemente se fruncen; por su frente pasa una sombra de tristeza. Se vuelve para no ver aquel gran cuerpo blanco tendido sobre la maleza, y luego, casi en voz baja, exclama:

—Era bravo: ha acabado como hombre de corazón. Más vale así.

Y como Termont, asombrado, parece interrogarle con la vista:

—Querido amigo,—dijo,—tenga usted la bondad de rogar al Sr. Nuño que venga á hablarme. Tengo que hacerle una comunicación importante... ¿Verdad que ya no me necesita usted hoy?

—¡No, diablo! Para hoy es bastante tarea.

—Pues bien; voy con Prefont hacia los carruajes.

—Entonces enviennos el guarda y nuestros criados para que hagamos transportar á ese pobre muchacho,—dijo Termont con emoción.—Usted sabe, Pont-Croix, que lo quiero de veras; pero también quería mucho á Brucken. Hace diez años que cazamos juntos: esto liga... Verdaderamente, ha tenido usted la mano desgraciada.

Clemente levantó la cabeza, y en el mismo tono que había intrigado á su amigo, repitió:

—No sienta usted nada. ¡Más vale así!

Y, cogiendo el brazo de su primo, se dirigió hacia la guardería:

—¿No te molesta la herida?

—Sí, un poco.

—Habría debido curarte el cirujano.

—¡Bah! un arañazo que habrá desaparecido al cabo de ocho días. Celestino me arreglará esto dentro de un momento.

Desembocaban en la encrucijada. Los criados y el guarda los miraban acercarse con ansiedad.

—Vayan ustedes todos donde están los señores.

Aquellas gentes se lanzaban arrastradas por la curiosidad. La aparición de Nuño, que llegaba de prisa, calmó su ardor. Esperaron á estar fuera de de vista para correr.

Nuño se aproximaba á Clemente, pintado todavía en su rostro el horror del combate. Se acercó con un vislumbre de respeto temeroso, que habría hecho reir en circunstancias menos trágicas.

—¿Deseaba usted hablarme, señor marqués? Me tiene á sus órdenes.

—Caballero,—dijo Clemente,—las causas de mi cuestión con el Sr. Brucken han permanecido oscuras para usted. Conviene que yo le ilumine, porque la muerte de su amigo hace posible, inmediatamente, una explicación que habría sido aplazada si hubiera sobrevivido. No fué el cazador furtivo Rabasson quien asesinó al guarda Strehley. La casualidad me había hecho conocer la verdad, que era igualmente conocida por el Sr. Brucken, y cuando fuí á intimarle que denunciara al verdadero culpable, es cuando se dejó arrastrar á los actos que han motivado este encuentro.

—¿Pero quién había cometido el crimen?

—Este papel se lo explicará á usted todo mejor que muchas palabras.

Sacó del bolsillo la declaración firmada por Huberto, y la entregó á Nuño. El banquero, palideciendo, la leyó de una ojeada, y, sofocada la voz por una emoción más violenta que todas las que sufría desde por la mañana:

—¡El!—exclamó.—¡Era él!

—Ahora comprenderá usted para qué lo pongo al corriente de la situación. A usted corresponde; no corresponde más que á usted revelar á la justicia lo que debe saber. El guarda estaba á su servicio; el culpable era huésped suyo. Usted tiene un interés capital en dirigir el asunto y en no dejar que se extravíen las pesquisas que pudieran ser hechas para un suplemento de información... ¿Quién sabe si se llegaría á descubrir uno ó dos testigos que conviene no comprometer?...

A estas palabras, Nuño miró á Pont-Croix con espanto: habia tenido por un segundo la visión de Manuela ante el juez de instrucción é interrogada sobre las circunstancias del crimen.

—¿Me ha comprendido usted?—dijo Clemente con un movimiento de cabeza.—Comunicando usted mismo esta confesión á la justicia, me libra usted de la pena de aparecer como persiguiendo á mi adversario más allá de la muerte. No tenía odio contra él, aunque él lo tuviera contra mí. Y después de todo, había sido más desgraciado que culpable.

Selim respondió con un sordo gruñido, que no podía pasar por señal de asentimiento.

Estrujaba el papel entre sus velludos dedos, agitados por un temblor febril.

—Le ruego que me dispense si le doy el cuidado de esta penosa misión. Pero, por todos conceptos, parece más conveniente que sea usted quien se encargue de ella. Usted lo hará, ¿verdad? Cuento con ello.

—Cuente usted con ello.

—Está bien.

El marqués alzó su sombrero con la mano izquierda, y, dejando á Nuño, se reunió con Prefont.

—Vamos, querido: ya no tenemos nada que hacer aquí.

—¡Felizmente para los que se quedan!—dijo el barón sonriendo.—Apóyate en mí.

Subieron al carruaje y partieron. Por el sendero avanzaba el lúgubre cortejo de los testigos precediendo á los hombres que llevaban á Brucken. Nuño, inmóvil, sombrío, los miraba acercarse repitiéndose: «¡Era él! ¡Era ese miserable! ¡No me habían mentido: Manuela me engañaba con él!» Una sorda rabia lo enloquecía. Y sus celos irritados no se calmaban ante aquel cadáver.

—¿Dónde hay que poner á este pobre muchacho? —preguntó Termont.

Selim le echó una mirada atroz, y, con voz más ronca por la cólera, con el mismo tono que hubiera dicho «¡en el infierno!», gritó:

—¡En la casa del guarda!

Y como Termont pareciera dolorosamente asombrado, dijo:

—¿Pensaba usted que iba yo á llevarlo al castillo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Este papel se lo explicará á usted todo mejor que muchas palabras.

Sacó del bolsillo la declaración firmada por Huberto, y la entregó á Nuño. El banquero, palideciendo, la leyó de una ojeada, y, sofocada la voz por una emoción más violenta que todas las que sufría desde por la mañana:

—¡El!—exclamó.—¡Era él!

—Ahora comprenderá usted para qué lo pongo al corriente de la situación. A usted corresponde; no corresponde más que á usted revelar á la justicia lo que debe saber. El guarda estaba á su servicio; el culpable era huésped suyo. Usted tiene un interés capital en dirigir el asunto y en no dejar que se extravíen las pesquisas que pudieran ser hechas para un suplemento de información... ¿Quién sabe si se llegaría á descubrir uno ó dos testigos que conviene no comprometer?...

A estas palabras, Nuño miró á Pont-Croix con espanto: había tenido por un segundo la visión de Manuela ante el juez de instrucción é interrogada sobre las circunstancias del crimen.

—¿Me ha comprendido usted?—dijo Clemente con un movimiento de cabeza.—Comunicando usted mismo esta confesión á la justicia, me libra usted de la pena de aparecer como persiguiendo á mi adversario más allá de la muerte. No tenía odio contra él, aunque él lo tuviera contra mí. Y después de todo, había sido más desgraciado que culpable.

Selim respondió con un sordo gruñido, que no podía pasar por señal de asentimiento.

Estrujaba el papel entre sus velludos dedos, agitados por un temblor febril.

—Le ruego que me dispense si le doy el cuidado de esta penosa misión. Pero, por todos conceptos, parece más conveniente que sea usted quien se encargue de ella. Usted lo hará, ¿verdad? Cuento con ello.

—Cuente usted con ello.

—Está bien.

El marqués alzó su sombrero con la mano izquierda, y, dejando á Nuño, se reunió con Prefont.

—Vamos, querido: ya no tenemos nada que hacer aquí.

—¡Felizmente para los que se quedan!—dijo el barón sonriendo.—Apóyate en mí.

Subieron al carruaje y partieron. Por el sendero avanzaba el lúgubre cortejo de los testigos precediendo á los hombres que llevaban á Brucken. Nuño, inmóvil, sombrío, los miraba acercarse repitiéndose: «¡Era él! ¡Era ese miserable! ¡No me habían mentido: Manuela me engañaba con él!» Una sorda rabia lo enloquecía. Y sus celos irritados no se calmaban ante aquel cadáver.

—¿Dónde hay que poner á este pobre muchacho? —preguntó Termont.

Selim le echó una mirada atroz, y, con voz más ronca por la cólera, con el mismo tono que hubiera dicho «¡en el infierno!», gritó:

—¡En la casa del guarda!

Y como Termont pareciera dolorosamente asombrado, dijo:

—¿Pensaba usted que iba yo á llevarlo al castillo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por lo demás, se lo llevarán á París, ¿verdad? Pues bien; ¡aquí está más cerca de la estación!

Arrastrado por la violencia, dió algunos pasos hacia la parihuela donde estaba tendido el cadáver, é hizo un gesto de amenaza. Pero al ver que los criados lo miraban esperando una orden, gritó:

—¡Bajo el cobertizo! ¡Bajo el cobertizo!

Volvióse hacia Termont y Francfort.

—¿Vienen ustedes conmigo?

—¡No! Nos quedamos para vigilar los preparativos.

—Como ustedes quieran. Les enviaré el carruaje.

—Es inútil: volveremos á pie.

El banquero se alejaba, Termont corrió hacia él, y, deteniéndolo por el hombro:

—¿Qué tiene usted, Selim? ¿Qué actitud es esa? No lo conozco á usted.

—¡Bueno, bueno!—dijo Nuño con amarga risa.—Ya me comprenderá usted después. Pero crea que no hago nada que no esté justificado. Hasta la vista.

Y se separó bruscamente de su amigo. Ya en el carruaje, pareció que el movimiento activaba su pensamiento. Repasó con fiebre todos los sucesos que habían ocurrido hacía una semana. La petición de la mano de Ester por Brucken, con el apoyo de Manuela; la resistencia de su hija, como si ella tuviera conocimiento de la infamia del que quería casarse con ella; después la denuncia de Strehley, el incendio del pabellón de las citas, la huida del hombre, el encuentro de la mujer y el furor de Manuela, su arrogancia, sus amenazas, la habilidad

con que había echado las sospechas sobre otro que Huberto, la extraordinaria coartada preparada por éste, la detención del cazador furtivo, la intervención de Pont-Croix... Todo, todo le acudía á la memoria con un encadenamiento lógico, una claridad deslumbradora, hasta el punto de que se preguntaba cómo había podido vacilar en creerlos culpables.

¡Sí, los infames le engañaban! ¡Ella, en quien tenía absoluta confianza! ¡Él, á quien trataba como á un hijo! ¡Cómo se habrían reido de su credulidad! Como surgiese ante él el pálido y gesticulante rostro de Huberto agonizante, pensó ferozmente: «¡He ahí uno que ya no se reirá más! En cuanto á la otra... ¡Oh, la otra, su cómplice... yo me vengaré de ella! Yo la desenmascararé, yo le escupiré mi desprecio á la cara. Sabrá lo que pienso de su infamia, de su hipocresía, de su cobardía. Porque ha sido cobarde: ha abandonado á este desdichado, después de haberlo perdido. Sí, lo ha perdido; ¿cómo dudar de ello? Él estaba completamente interesado en portarse bien conmigo. Pero la infernal criatura estaba allí, á su lado, y no supo resistir. ¡Oh, esa mujer tan seductora, cuyas seducciones creía yo que eran todas para mí! ¡Todas esas bellezas, todas esas gracias las prodigaba á otros! ¿Qué confianza tener ahora? ¿A quién abandonarse? ¡Y tenía maneras tan cándidas, una apariencia tan correcta! ¡Se habría jurado que no amaba más que á mí! ¡Oh, miserable, miserable! ¿Qué castigo inventar que sea bastante cruel para su falta? No hay más que uno: abandonarla brutalmente, cortarle los víveres, dejarla en la miseria. ¡Sí, no más dinero, no más lujo!

¿Qué hará? Porque tiraba el oro por las ventanas. Nadie será con ella tan generoso como yo. ¡Con sus aires desinteresados me costaba un ojo de la cara! ¡Sí, que se vaya al infierno! ¡Ah! Este es el fin de la dicha para mí. Va á haber que renunciar á todo lo que hace el encanto de la vida. ¡Ni siquiera á la ilusión del amor!»

Cayó en una profunda melancolía. Pero cualquiera que fuese su pena, no debilitaba su cólera. Se encontró muy animado, muy decidido á proceder con rigor, cuando el carruaje se detuvo en el patio del castillo. Como por casualidad, Ester se encontraba en la galería del piso bajo. Menos preocupado, Nuño habría podido pensar que su hija lo espiaba. Fué á él con apresuramiento. Él la cogió en sus brazos, y la estrechó enternecido, como acostumbraba en las horas de tristeza. La joven lo miraba llena de ansiedad, no atreviéndose á preguntarle; tanto temía su respuesta. Él la empujó hasta su despacho, y, arrojando el sombrero sobre un mueble:

—¡Ah, pobre hija mía!—dijo.

Al oirse compadecer, tuvo ella la horrible sospecha de que su padre había adivinado por quién hacía votos, y que la preparaba para la muerte de Clemente. Palideció horriblemente, y no pudiendo soportar más la indecisión:

—¿Cuál?—balbuceó.—¿Cuál de los dos?

—Brucken.

—¿Muerto?

Nuño no contestó. Bajó la cabeza. Parecióle á Ester que sobre el fuego de su cerebro descendía un

rocío celeste, refrescante y delicioso. Se sentó sin decir una palabra, y sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras que sus labios murmuraban acciones de gracias. No reflexionó en lo que había de atroz en su alegría, no vió más que una cosa, y es que Clemente estaba vivo, y que Dios la había oido favorablemente.

Fué interrumpida por su padre que, en pie delante de ella, le decía:

—Espérame aquí. Subo al cuarto de Manuela.

La joven lo miró con asombro. Entregada por completo á su alegría, no había pensado más en la linda portuguesa, causa primera de todas sus desdichas. Se levantó:

—Pero si Manuela se ha ido hace dos horas, papá...

—¡Se ha ido!—exclamó Nuño.—¡Cómo! ¿No podré anunciarle yo mismo el resultado de sus infamias? ¡Ah, se ha ido!—repitió.—¡Se ha escapado!... ¡No se ha atrevido á encontrarse enfrente de mí! ¡Lo concibo! ¡Ah, hija mía, tenías razón! Esa mujer es un mónstruo. ¡Ha cometido crímenes!...

Y como Ester lo escuchase sin un signo ni una palabra de aprobación:

—¡No puedes sospechar, pobre niña, de qué era capaz! Tu inocencia había tenido la intuición de su indignidad. Pero, si tú supieras...

—Sabía—dijo gravemente Ester—todo lo que podía hacérmela temer, y ayer supe lo que debía hacérmela despreciar.

—¡Ese Brucken, con el que ella había pensado casarte! ¡Ese brigante, que vivía bajo mi techo; que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me había robado mi confianza, mi cariño, y que me hacía traición con ella!... Sí, para no ser sorprendidos por mí en el pabellón donde estaban juntos; esa fiera mató al desgraciado Strehley. Y sin la intervención, casi providencial, del marqués de Pont-Croix, dejaba condenar á un inocente. ¡Ese es el hombre que pretendía imponernos esa mujer, á ti como marido, á mí como yerno! Era bien vil y bien miserable el tal Brucken... ¡Y, sin embargo, aún valía cien veces más que ella!

—Papá, será conveniente que se acuerde usted de lo que dice ahora.

—¿Crees tú que pueda yo cambiar de opinión acerca de ella?—exclamó Nuño, dejando de pasear por la habitación.

—Espero que no; pero debo confesar á usted que Manuela cree lo contrario.

—¿Te lo ha dicho?

—Muy tranquilamente, como persona segura de lo que dice.

—¡Imprudente criatura! ¡Pues bien, ya verás! ¡Preferiría morir á volver á verme en su presencia!

—Pretende que no tendrá más que levantar un dedo para que corra usted á su lado.

—¿Después de haberse portado conmigo de tan abominable manera?

—¡Aunque fuera cien veces más criminal todavía!

—¿Cree que he vuelto á la infancia?—gritó Nuño irritado.—¡Pero aunque yo fuera bastante débil para perdonarle el mal que me ha hecho, nunca sería bastante loco para olvidar el que ha querido hacerte! No, hija mía, no temas que vuelva á las andadas con ella. Hasta aquí he tenido ilusiones, pero ahora veo claro. ¡Esto se ha acabado! ¿Volver á verla? No puedo soportar esta idea. La he amado mucho: ¡era tan encantadora! Tú misma, tú sufrías su ascendiente... Te había conquistado... ¡Al presente la odio! Mira, hija mía, hay que volver á nuestra dulce intimidad de hace dos años, antes de que esa pérfida criatura se hubiera deslizado entre nosotros para desunirnos. Eramos felices; volveremos á serlo. ¡Tu ternura me consolará de mis desilusiones! A mi edad no hay más que pensar en la familia... ¡Tú lo serás todo para mí, y no viviré más que para amarte!

—¡Ah, querido papá!—dijo Ester.—Si pudiera yo creer que esas resoluciones son verdaderas...

—Dudar, es ofenderme...

—¡Figúrese usted cuál sería mi situación si volviera usted á caer en la dependencia de esa mujer; y si, como antes, quisiera usted imponérmela!

—¡Estaba loco!... Eso no sucederá. ¿Es preciso que te lo jure?

—¡Si la vuelve usted á ver siquiera, todo está perdido!

—Huiré de ella.

—¡Huir de ella!... ¡Qué poco seguro de sí mismo está usted todavía!

Nuño quedó mudo, humillado por las dudas de su hija, comprendiendo bien, sin embargo, que las había justificado, y no queriendo hacer más protestas de su sinceridad.

Ester se acercó á él, y con solemne gravedad, dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Escuche usted, papá; la hora que atravesamos debe ser decisiva para usted y para mí. Hasta ahora he sufrido por sus debilidades: no quiero sufrir más. Usted afirma que entre Manuela y usted la ruptura es definitiva: acepto esa seguridad. Pero, en cambio, le hago la declaración siguiente: acaba usted de elegir entre ella y yo. En esta casa, ó ella ó yo. ¡Si vuelve usted á verla, me voy!

—¡Cómo, Ester! ¿Me dejarías solo?—exclamó Nuño, asustado de la resolución marcada en el rostro de su hija.

—No lo dejaría solo, papá, puesto que tendría usted á Manuela... Se lo repito: ella, ó yo. Soy mayor, independiente. Me alejaría para permitirle á usted que usara á su gusto de su libertad.

—¡Pues bien, sea! Lo que me pides es un compromiso: lo acepto. Vaya, estoy bien corregido, y nada tienes que temer.

—Quiera Dios que sea verdad.

Fueron interrumpidos por la llegada de Francfort y de Termont, que volvían de la guardería del Bosque-Quemado. Entonces supo Ester, por completo, los detalles de aquella horrible mañana. Se estremeció de horror al figurarse á Pont-Croix herido por Brucken. Hizo mentalmente una oración por el descanso del alma del que acababa tan mal su vida. Sin parecer preguntar, supo obtener noticias del estado de Clemente. Termont y Francfort llegaban de la Encomienda, donde habían redactado el acta del duelo con Prefont. El marqués había hecho los honores de su casa como si no tuviera nada. Apenas llevaría ocho días el brazo en

cabestrillo. Cuando acabaron sus amigos, Nuño tomó la palabra para darles á conocer el documento que le había entregado Pont-Croix. Quedaron estupefactos cuando les reveló que el matador de Strehley era Brucken.

Explicó muy ingeniosamente que el guarda, furioso por haber sido despedido á causa de Huberto, había esperado á éste en el bosque para hacerle una mala pasada. La emboscada no había tenido el desenlace esperado por aquel tunante. El vigor atlético de Brucken había dado cuenta del asaltante. Pero en la lucha, el joven tuvo la mano demasiado pesada, y el guarda pagó con la vida su criminal tentativa.

En el asunto, contado de este modo, no figuraba la portuguesa. No se trataba de una cita. Todo se reducía á una baja venganza de un subalterno expulsado. Por la mayor de las casualidades, el marqués de Pont-Croix había descubierto el verdadero matador de Strehley. Y el duelo, salido de la explicación con Brucken, había detenido á éste en el momento en que iba á revelarlo todo para hacer poner en libertad al pobre diablo preso en su lugar.

En este punto, Nuño, por hábilmente que presentara las cosas, no persuadió tan completamente á sus oyentes. La actitud impasible de Huberto, cuando la víspera hacía el magistrado su información, no había sido la de un hombre que va á entregarse á la justicia para salvar á un inocente. La intervención de Pont-Croix pareció haber sido algo más necesaria de lo que Nuño aparentaba creer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero ¿de qué habría servido discutir? El culpable estaba muerto. Su castigo había sido más completo de lo que hubiera podido desear el juez más riguroso. Ya no había más que compadecerlo y dar una pensión á la viuda de su víctima.

—Iré con usted á Meaux hoy, si usted quiere, —dijo Francfort á su tío.—Visitaremos al Procurador de la República, haremos soltar á Rabasson, que, á pesar de todo, sigue siendo un delicioso canalla, y dejaremos al volver tarjetas en casa del marqués de Pont-Croix. Así quedará liquidado este desagradable asunto.

—Convenido.

La campana llamaba para el almuerzo.

—A propósito,—dijo Nuño:—no verán ustedes á la Sra. del Peral... Ha regresado á París esta mañana.

Termont y Francfort cambiaron una mirada; pero como estaba presente Ester, se abstuvieron de toda reflexión. La joven, privada ahora de la excitación de la espera, se sintió acometida á la vez de una gran laxitud y de una profunda tristeza. En tanto que había temido por la vida de Clemente, no había pensado en qué sucedería si salía salvo. Ahora se acordaba de que iba á partir, y que quedaría separada de él, sin esperanza de volver á verle. El porvenir se mostró ante ella tan sombrío, tan desolado, que, con el corazón oprimido, no quiso pensar en él. Poco confiada en las resoluciones de su padre, ya no veía para ella más que penas en el mundo, é instintivamente sus ojos se dirigieron al cielo, como para pedirle un supremo auxilio.

XVII

Manuela estaba de vuelta, hacía una semana, en su hotel de la calle de Fortuny. No tenía noticias de Nuño, y experimentaba algún asombro por un enfado tan largo. Comenzaba el mes de Noviembre, y París se repoblaba poco á poco. Sin embargo, aún no se había abierto ningún salón, y la linda viuda no podía encontrar ocasión de hacerse presente directamente al recuerdo de Selim. Esperaba, pues, jurando vengarse cruelmente de las impaciencias que Nuño le causaba, si alguna vez volvía á caer en su servidumbre.

«¿Y cómo no ha de volver á caer?», pensaba. ¿Cómo no había vuelto á caer ya? La encantadora Manuela conocía bien su poder, sabía cómo se enloquece á un hombre.

Después de haber visto á Nuño arrastrarse á sus pies como un perro, no admitía que en ocho días recobrara el equilibrio de la razón y la calma de los sentidos. ¡No! Se mantenía firme por orgullo, pero sufría lejos de ella. Que se presentara una ocasión de volver á verla, de encontrarla; que una casualidad pusiera al uno en presencia del otro, y toda su antigua magia produciría de nuevo sus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero ¿de qué habría servido discutir? El culpable estaba muerto. Su castigo había sido más completo de lo que hubiera podido desear el juez más riguroso. Ya no había más que compadecerlo y dar una pensión á la viuda de su víctima.

—Iré con usted á Meaux hoy, si usted quiere, —dijo Francfort á su tío.—Visitaremos al Procurador de la República, haremos soltar á Rabasson, que, á pesar de todo, sigue siendo un delicioso canalla, y dejaremos al volver tarjetas en casa del marqués de Pont-Croix. Así quedará liquidado este desagradable asunto.

—Convenido.

La campana llamaba para el almuerzo.

—A propósito,—dijo Nuño:—no verán ustedes á la Sra. del Peral... Ha regresado á París esta mañana.

Termont y Francfort cambiaron una mirada; pero como estaba presente Ester, se abstuvieron de toda reflexión. La joven, privada ahora de la excitación de la espera, se sintió acometida á la vez de una gran laxitud y de una profunda tristeza. En tanto que había temido por la vida de Clemente, no había pensado en qué sucedería si salía salvo. Ahora se acordaba de que iba á partir, y que quedaría separada de él, sin esperanza de volver á verle. El porvenir se mostró ante ella tan sombrío, tan desolado, que, con el corazón oprimido, no quiso pensar en él. Poco confiada en las resoluciones de su padre, ya no veía para ella más que penas en el mundo, é instintivamente sus ojos se dirigieron al cielo, como para pedirle un supremo auxilio.

XVII

Manuela estaba de vuelta, hacía una semana, en su hotel de la calle de Fortuny. No tenía noticias de Nuño, y experimentaba algún asombro por un enfado tan largo. Comenzaba el mes de Noviembre, y París se repoblaba poco á poco. Sin embargo, aún no se había abierto ningún salón, y la linda viuda no podía encontrar ocasión de hacerse presente directamente al recuerdo de Selim. Esperaba, pues, jurando vengarse cruelmente de las impaciencias que Nuño le causaba, si alguna vez volvía á caer en su servidumbre.

«¿Y cómo no ha de volver á caer?», pensaba. ¿Cómo no había vuelto á caer ya? La encantadora Manuela conocía bien su poder, sabía cómo se enloquece á un hombre.

Después de haber visto á Nuño arrastrarse á sus pies como un perro, no admitía que en ocho días recobrara el equilibrio de la razón y la calma de los sentidos. ¡No! Se mantenía firme por orgullo, pero sufría lejos de ella. Que se presentara una ocasión de volver á verla, de encontrarla; que una casualidad pusiera al uno en presencia del otro, y toda su antigua magia produciría de nuevo sus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

efectos sobre el viejo. Recuerdos le encenderían el cerebro; deseos le trastornarían el corazón. Se consideraría demasiado dichoso con implorar de rodillas el perdón que ella le regatearía, para castigarlo por su afectación de indiferencia.

Entretanto, Manuela se reinstalaba, ofreciendo á las curiosas miradas de su doncella una frente tranquila. Todos los días salía para ir al bosque, á fin de mostrarse, de informar á los habituales del paseo de las Acacias de su vuelta, prodigando saludos y sonrisas, encantada de ser admirada, y segura de que Nuño oiría hablar pronto de ella.

En efecto, no habían pasado dos días desde que maniobraba tan hábilmente, cuando Bernheimer, encontrando á Nuño en la Bolsa, le decía:

—¡Calle! Ayer me crucé con la Sra. del Peral en la avenida del bosque de Bolonia. Hermosa estaba... Decididamente es una mujer preciosa...

Selim recibió un golpe en el corazón. Miró á su rival en negocios y en galantería con ojos amenazadores, y no pudo pronunciar más que un ¡ah! sofocado. Se perdió entre la multitud, aun á riesgo de dar á su colega extrañas sospechas sobre el estado de sus relaciones con la joven viuda. Se preguntaba, estremeciéndose de cólera, si Bernheimer se ocuparía ya de Manuela.

Pensó: «¡Ese bandido ha tratado siempre de soplarme las mujeres! Acaso ha querido burlarse de mí. Bueno, ¿y qué? ¿Qué me puede importar, puesto que estoy decidido á no volver á ver á Manuela? Que la tome si puede y quiere. ¡Todavía será tratado peor que yo!»

Se esforzó en no pensar más en la joven, pero estuvo trastornado durante todo el resto de la tarde. Se fué, triste, á buscar el cupé de su secretario, que esperaba siempre en la calle de la Bolsa, en la esquina de la calle de las Columnas. En su casa de banca reprendió á sus jefes de servicio, y se fué temprano á la estación del Este. En la Chevrolière se mostró preocupado, con accesos de animación que parecieron algo febriles. Ester examinó á su padre con inquietud. Conocía aquellas alternativas de postración y de enervamiento que se manifestaban cuando Nuño estaba en desacuerdo con Manuela.

Encontró en ello la prueba de que su padre pensaba siempre en la linda viuda, acaso de que pensaba en acercarse á ella.

El día siguiente Selim estuvo alegre, animado, amable, como si tuviera empeño en hacer olvidar su huronería del día anterior. No fué á la Bolsa, y cazó con sus amigos. Había sido preparada una batida de conejos en la llanura de Précigny. Tiró tanto como pudo, mató poco, pero se declaró encantado. Cobraron trescientos conejos, doce liebres y unas cuarenta perdices. Ester creyó en una falsa alarma. Atribuyó el humor caprichoso de su padre á preocupaciones de negocios. Quiso creer que no se ocupaba ya de Manuela, y que cumpliría sus compromisos. Dos días seguidos fué á París, y volvió sin que su rostro denunciara la menor preocupación, sin que pareciera cambiada su manera de ser. El tercero no volvió; había ocurrido un incidente bien sencillo, y sin embargo, muy grave.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A las tres, después del toque de campana, seguía Selim la acera de la calle de la Bolsa, para ir, como de costumbre, á tomar su carruaje, cuando delante de él una joven saltó delante de un cupé. Vió un pie lindo, un talle encantador, alzó los ojos para mirar la cara, y se quedó estupefacto al reconocer á Manuela. Ella, al verlo, dijo: «¡ah!» como espantada, se puso colorada, bajó los ojos, sonrió tristemente, y pasando rápida, como asustada, se refugió en la pastelería. Tan pronto como ella, y arrastrado por un deseo más poderoso que todos los razonamientos, entró detrás.

Ella no pareció saber que estaba él allí. Hizo su encargo de pasteles sin volverse una sola vez de su lado. Pero el banquero notó que la mano de la joven temblaba, y que su voz estaba alterada. Por lo demás, nunca la había visto tan linda.

Una capotita malva encuadraba su encantadora cara, dando viva animación á su tez. Una chaqueta *soutachée*, muy sencilla, modelaba las redondeces de su busto; una falda de paño describía, á cada movimiento, la elegancia de sus formas.

Nuño, trastornado, la sangre agolpada á las sienes, estaba inmóvil, en acecho, como un perro delante de una perdiz. Manuela dió sus señas y salió como un huracán, como había entrado.

Nuño se lanzó detrás de ella, y la oyó decir al cochero: «¡A casa!», y, abierta la portezuela, antes de que ella tuviera tiempo de oponerse, entró también y se instaló á su lado en los almohadones.

—¿Está usted loco?—exclamó la joven roja de indignación.—¡Baje usted al momento!

Nuño no se movió, y con aire suplicante dijo:

—Manuela... Vamos... Escúchame... ¿Sigues incomodada?

—¡Esto es odioso, odioso!... Puesto que usted no se baja, me bajaré yo...

Se adelantó para pasar por delante de él. El banquero la cogió en sus brazos, la estrechó frenéticamente, pegó la boca al flexible paño de su corpiño, la obligó á sentarse otra vez, y cerró vivamente la portezuela. A este ruido arreó el cochero. El carruaje rodaba por la calle del Cuatro de Septiembre, dirigiéndose hacia la calle de Fortuny.

—Vamos, Manuela, no te hagas la mala,—dijo Selim, tratando de coger una mano que se contrajo en seguida amenazadora.—No te separes. ¿Serás muy desgraciada por hablar un cuarto de hora con un hombre que te ha dado pruebas sinceras de cariño?

A estas palabras la linda portuguesa no enseñó á Nuño más que su blanca nuca, sobre la que se ensortijaban negros cabellos, y una orejita rosada, nacarada, deliciosa, que pedía besos. Al mismo tiempo se dejó oir un vago sollozo.

—¿Lloras, Manuela?—exclamó Nuño fuera de sí.—¡En nombre del cielo, mírame, háblame, expliquémonos!

La cogió por el talle, la obligó á volverse, y con delicioso sobrecogimiento vió brotar lágrimas de sus hermosos ojos. Perlas brillantes se deslizaban por sus mejillas de rosa hasta una boca palpitante que, en aquel carruaje, Nuño, enloquecido, habría dado cien mil francos por poder besar. La joven,

resignada, como sufriendo una dura contrariedad, seguía llorando, con la cara de una virgen que afronta el martirio.

—¡Manuela, te lo suplico, ten piedad de mí!—dijo Selim con el corazón desgarrado.—¿Qué te he hecho para que estés tan incomodada? ¿No quieres mirarme ni hablarme?

Ella lo miró entonces, y fué como un centelleo aquella mirada, avivada por las lágrimas que temblaban al borde de sus largas pestañas.

Tenía una expresión tan afligida, que Nuño pensó llorar también, y, con voz entrecortada, la joven gimió:

—¿No puedes dejarme con mi dolor? No te pido más que el alejamiento y el silencio...

—Pero Manuela, ¿por qué? ¿Por qué Dios mío?

—¿Qué me quieres? Entre nosotros ha concluído todo. ¿No has hecho que me arrojasen de tu casa?

—¡Yo! ¡Arrojar! ¿Y por quién?

—Por tu hija.

A esta respuesta Nuño tuvo un fulgor de razón. Se acordó de lo que le había dicho Ester, de lo que él había sospechado. Durante un segundo adivinó el lazo que se le tendía. Pero la joven continuó con tono lastimero:

—¡Oh, no la acuso! ¡Era tan natural lo que ha hecho!... Estaba celosa del cariño que yo te tenía. Ha querido separarnos... En su lugar, yo habría obrado del mismo modo, sin duda. Pero he sufrido demasiado: ¡no quiero sufrir más así!...

—Sí, ciertamente, ha podido ser rigurosa... Te lo concedo,—capituló Nuño;—pero confiesa que

las circunstancias... con toda franqueza, ¿no la excusaban las circunstancias?...

—¡Las circunstancias!—exclamó Manuela dando un salto en el carruaje.—¿Vas á volver sobre aquellos sucesos?... ¡Gran Dios! ¡He creído que me volvía loca! ¡Y todo esto por tu culpa! ¡Sí: tú eres responsable de todo! ¡Tus absurdos y ciegos celos son los que han causado la muerte de aquellos dos hombres!...

Se había puesto roja de furor, y abrasaba á Nuño con la mirada. En un instante, con estupefacción, el pobre hombre se vió cargado con todas las faltas cometidas, con todos los crímenes consumados. La sangre de Strehley y de Brucken lo salpicaba: él era el doble matador.

—¡Pobre Huberto!—sollozó la joven...—¡Tan bueno, tan sencillo, y muerto miserablemente!... Mira, vete. ¡Me das horror! ¡Leo en tu rostro que aún lo crees culpable!

Y de nuevo brotaron torrentes de lágrimas de los ojos de Manuela. Jamás había estado tan seductora como en aquel carruaje, medio desmayada, con la cabeza apoyada en el raso negro de la tapicería, llorando sin consuelo.

Nuño, destrozado el corazón, asistía á aquella escena, no atreviéndose á decir una palabra por miedo á excitar la cólera ó á redoblar el dolor de la joven. Le dirigía á la vez las exhortaciones más prudentes y los reproches más violentos, comprendiendo muy bien que se las había con una mujer muy lista, que le representaba una admirable comedia, y diciéndose: «¿Dónde encontrar otra que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la haga olvidar?» Gozaba en ver que le engañaba; tan superior era el arte de la engañadora.

—Vamos, Manuela, sé razonable. ¿Te he recriminado? ¡No! Busco excusas para todo el mundo, tanto deseo pacificar los espíritus. El mal hecho, hecho está; sobre él no podemos nada. Pero nos queda el porvenir... ¿A qué sacrificarlo cuando sería tan fácil aprovecharlo para ser feliz?

—¡Ah! ¡Eso no es posible!

—¿Por qué?

—¿Qué confianza tendría yo en tí ahora? Después de la manera como me has tratado, todo puedo temerlo de tu capricho ó de tu cólera... ¡No! ¡Esto se ha acabado!... Tengo tanta pena, que estoy decidida á abandonar París, á volver á mi país. Al menos, allí lloraré sin que espíen mis lágrimas, sin que se regocijen de mis penas...

—¡Volver á Portugal!—exclamó Nuño sobrecogido.—Pero entonces, ¿no volveré á verte jamás?

—¡Jamás!

Manuela pronunció esta palabra con una dulzura que le daba el sentido de «siempre».

—Está bien; me iré contigo,—dijo Selim sin vacilar.

En el mismo momento se detenía el carruaje delante de la escalinata del hotel de la Sra. del Peral. Nuño bajó, ofreció la mano á su encantadora compañera, y, entrando como si nada hubiera pasado entre ellos, después de ocho días, la acompañó hasta la mitad del vestíbulo. La doncella se acercaba á su señora. Con un gesto ceremonioso, Manuela detuvo al banquero, y, señalando la puerta del salón:

—Ruego á usted que tenga la bondad de esperar ahí.

Y desapareció.

Al quedarse solo, Selim recobró alguna lucidez, turbada por la sucesión rápida de los sentimientos experimentados. Juzgó que era pequeño adversario para Manuela. «Es más fuerte que yo,—pensó; —pero no puedo pasarme sin ella: hay que rendirse. ¿Y cómo arreglármelas con Ester? ¡Bah! Es tan buena, que obtendré su indulgencia! Sin embargo, ¿bastará con su indulgencia? ¿Se contentará la otra con ella? Si no se dulcifica su humor, capaz es de querer triunfar, entrar como victoriosa. Esta vez tropezamos con innumerables dificultades. Y si ella me planta, ¿qué va á ser de mí?... Muchas mujeres he tenido desde hace veinte años. He conocido todo lo mejor de París. Nada valía lo que Manuela; ¡nada valdrá lo que ella! Manuela no es una mujer; es diez mujeres. ¡Todo un harem!... Suframos, pues, la ley del vencedor, pero discutamos sus condiciones... ¡Diablo! ¡No vayamos hasta el matrimonio!...»

Estaba en perdonar los engaños de la joven y en devolverle todo su favor, cuando se abrió la puerta y apareció Manuela. Aquello era un cambio completo. Se había puesto un traje de casa de siciliana crema, guarnecido de encajes; los cabellos, cogidos con una cinta, le encuadraban virginalmente la frente; los ojos no tenían ya su expresión diabólica. Se adelantaba lentamente, baja la mirada, caídas las manos, suave, fresca, reposada. Se habría dicho que era una virgen. Nuño, aunque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acostumbrado á los artificios de la portuguesa, la contemplaba con admiración. Aquella era una Manuela de dieciséis años, inocente, y que salía del colegio.

Se acercó á él, y, con dulce voz:

—He reflexionado, amigo mío; no he sido justa contigo. En suma: tú no eres el único responsable de todos mis disgustos; la casualidad tiene una gran parte de ellos. No he contado con esto en el arrebato de mi cólera. Te he hablado mal; pero lo que te he dicho de malo no salía de mi corazón. Te suplico que me lo perdones.

—¡Manuela!...

—No quiero que conserves mal recuerdo de mí. Desde hace dos años que te conozco, has sido el más tierno y el más indulgente de los padres... No habría debido olvidarlo.

—Pero ¡si no me quejo!...—interrumpió Nuño.

—No te pido más que una sola cosa: que no pienses más en nuestro desacuerdo pasajero, y que seas para mí lo que eras hace ocho días: la más encantadora de las mujeres.

—¡Oh! ¡Eso es imposible!

—¿Imposible?

—Sí, amigo mío. He hecho una locura cediendo á tu cariño... Bien castigada he sido por ello; no quiero volver á comenzar.

A Selim se le ocurrió una idea atroz: «¡Ya me ha reemplazado! ¡Llego demasiado tarde!». No pudiendo soportar esta incertidumbre, se puso rojo como la escarlata, se le inyectaron los ojos, sus oídos se llenaron de zumbidos.

Pareció tan inminente una apoplegía, que Manuela temió por un instante haber representado demasiado bien su papel. Se lanzó hacia él, puso sus manos frescas sobre la frente del viejo, le soltó cariñosamente la corbata para desahogar su cuello de toro, y dijo con tierna inquietud:

—¿Qué tienes, amigo mío?

El respondió con voz sorda:

—Manuela, me matas. Juegas con mi corazón, sin saber el mal que me haces. ¡Júrame que no amas á nadie! ¡ Que eres dueña de tí misma!

—¡Te lo juro!—contestó la joven con tono dulce y cándido.

Parecióle á Nuño que renacía el día, que su corazón quedaba aliviado de un peso abrumador, y que el aire se embalsamaba con azahar.

—Pues bien, añadió con esfuerzo el banquero:—pruébame que dices la verdad, convidándome á comer esta noche contigo!

—¿Y eso es todo?—preguntó la joven con una sonrisa que hizo correr por la espalda de Selim un estremecimiento.—Te contentas con poco. Pero vas á comer mal... Desde que tengo penas no como.

—¡Ah, poco importa! Lo que haya será suficiente.

—Bueno, quédate.

—¡Qué buena eres!

—Pero te esperarán en tu casa...

—Puedo telefonear á mi oficina para que avisen á la Chevrolière.

—Telefonea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pasaron al recibimiento. Allí Selim quiso coger las manos á Manuela. Ella se le escapó, y, levantando su rosado dedo, terminado por una uña cortada en almendra, y que en nada se parecía á una garra:

—¡Chist! ¡Hermana y hermano!

Selim lanzó un suspiro, y como el timbre de aviso del aparato sonaba, se acercó á la placa y dijo:

—¿Es de la oficina de donde me hablan?... ¡Ah! ¿es usted Sturheim?... Avise á la Chevrolière á la señorita Ester; que me retiene en París un asunto importante...

Detrás de él Manuela añadió con voz dulce:

—Pero que volveré esta noche, en el tren de las diez.

Selim colocó los dos receptores en los ganchos: oprimió el botón para indicar que había terminado, y resueltamente dijo:

—¡No, no! No me gusta volver de noche... Dormiré en París.

Estuvo tres días sin reaparecer en la Chevrolière. Antes de reconciliarse con la portuguesa, lo principal de todo para Selim era el temor de no obtener su gracia.

Ahora, lo que temía, sobre todo, era la explicación que tendría que dar á Ester.

Porque, ¿cómo engañar á un espíritu tan sagaz? y luego, ¿para qué! ¿No habría que acabar siempre por una confesión? Entonces, ¿no sería mejor cuanto más pronto?

Pero Nuño temía este momento. Había hecho

promesas demasiado solemnes á su hija para faltar á ellas de cualquier modo.

Y además, sabía que iba á afligirla, y sufría con ello.

Sin embargo, hubo que decidirse. Tenía en su casa amigos que, por íntimos que fuesen, habrían acabado por asombrarse de la prolongación de su ausencia. Dejó á Manuela con la intención bien decidida de reinstalarse en París antes de ocho días.

La acogida que le hizo Ester á su llegada, le sorprendió agradablemente.

Se esperaba una fría hostilidad, acaso amargas recriminaciones. Y encontró á la joven tal como tenía costumbre de ser, tranquila y sonriente. Lo besó, se informó de su salud, lo acarició, lo mimó como de costumbre, lo alentó tan bien, que, al día siguiente mismo, descubrió sus baterías y anunció que dejaba la Chevrolière.

—Comienza á hacer frío, los días son cortos, las veladas interminables... ¡Es increíble cuánta gente hay en París!...

Habló así, durante cinco minutos, buscando en los ojos de Ester una aprobación con que contaba, y que no se manifestó. La joven ni protestó ni asintió. Permaneció silenciosa, inclinada la frente, con algo de decidido en el pliegue de la boca y la contracción de las cejas, que dió mucho en qué reflexionar á Nuño. Comprendió éste que el momento de la lucha, si debía haber lucha, había llegado, y se preparó. Pero no se esperaba lo que le reservaba su hija. Cuando se quedaron solos, se acercó á él, y con el aire más natural, dijo:

—Papá, encuentro muy sencillo que quiera usted aproximarse á sus negocios... El campo, en esta época, no tiene muchos encantos cuando no se tiene razones particulares para buscar la calma... Usted encontrará en París todo lo que aquí le falta.

Hizo una ligera pausa, que acentuó tan claramente la alusión, que subió al rostro de Nuño una oleada de sangre. Iba á hablar, á interrumpir, á protestar, pero ella no le dejó tiempo y prosiguió:

—Márchese usted. ¿Pero encuentra usted bien que yo, que no tengo las mismas razones para desear volver á París, me quede en la Chevrolière con la señorita de Faverger? Me gusta el silencio, el aislamiento, el paseo, el aire libre; déjeme usted aquí todavía algún tiempo... Después iré á reunirme con usted... Todo es en ventaja suya y mía, en la combinación que le propongo, usted tendrá más libertad para obrar como le convenga, y yo estaré en el derecho de ignorar, para no tener disgustos.

Nuño tuvo un presentimiento que le oprimió el corazón.

—¡Ester!—exclamó.—Ester... quieres separarte de mí?

—No, papá.

—Pero yo no podré pasarme sin ti.

La joven bajó la frente, y esta vez, con una vibración de cólera en la voz, dijo:

—¡Tendrá usted tantas compensaciones!...

Nuño la cogió por el brazo, la atrajo á sí, y con gran calor de ternura, exclamó:

—Vamos, hija mía, no te goces en atormentarme... Te comprendo á medias palabras. Me haces pagar mi debilidad... ¡Sea! Pero no debes tener tanto rigor con tu padre.

—Se engaña usted. No es esa mi intención, y estoy dispuesta á obedecerle si me ordena usted que le siga.

—¡Ordenarte que me sigas!—exclamó Nuño—¿Me iba á hacer tirano? Yo nunca he tenido más que una voluntad: la tuya. Hija mía, mi querida Ester, tú estas incomodada. ¡Tienes razón para estarlo! ¡Ya ves que soy muy conciliador! Pero no me guardes rencor. Ya sabes cuánto me cuesta verte descontenta... ¿Quieres que nos arreglemos? ¿Qué deseas en este momento? ¿Una hermosa alhaja, un cuadro, un carruaje, caballos? ¿Qué? Pide. no te negaré nada.

¡Pobre Nuño! ¿No sabía conseguir nada de una mujer, aunque fuera su hija, sin ofrecer pagarlo! Ester, muy turbada por aquella efusión, que juzgaba sincera, vacilante entre el cariño que tenía á su padre y las resoluciones que había tomado, permaneció silenciosa.

—¿No me contestas?—continuó Nuño.—¿Es más grave de lo que yo creía? Veamos... ¿Te enfadas? ¿Ni aun quieres hacerme reproches?... ¿Es indiferencia entonces? ¡No! Bien veo que me amas, á pesar de todo. ¡Ah, hija mía!... Sí, he hecho mal; ¡pero si yo te contara!...

A pesar suyo era preciso que hablase de Manuela. Ester le puso la mano en la boca. Él se la besó tiernamente. La joven quiso imponerle silencio. Pero ¿cómo poner diques á semejante torrente?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Te juro que lo ha hecho todo la casualidad... Yo no la buscaba... Se encontró ante mí, de improviso, en la calle de la Bolsa... Manuela iba á la pastelería... Bajaba del carruaje... Yo podría haber seguido, ¿verdad? Ella no me habría obligado á seguirla... Pero cuando la ví, lo olvidé todo.

Ester pensaba: «¡Pobre padre! Cree en la casualidad de su encuentro con esa perdida. Cree que si él no se hubiera acercado, ella no lo habría hecho... ¡Lo cree todo! ¿Qué no le hará creer ella? Bien me lo dijo: «¡Un hombre está tanto más enamorado, cuanto más peligro ó infamia hay para él en estarlo...» ¡De modo que cualquier día me pondrá á mí misma á merced de esa mujer! ¡Oh, eso no!»

Nuño continuaba:

—Tuvimos una explicación... Y, verdaderamente, hay bastante exageración en nuestros juicios sobre ella... Estábamos en el enervamiento de una situación muy en tensión... Pero vuelto á la calma, aprecio mejor las cosas... Te aseguro que todo se reduce á nada. Si tú consintieras en hablar con ella siquiera cinco minutos...

—¡Jamás!—exclamó Ester, cuyas centelleantes miradas intimidaron á Nuño.

—Pero si ella llegara á convencerte...

—¿De qué? ¿De que no es una intrigante? Usted mismo me lo ha dicho.

—Yo estaba arrebatado por la cólera, como lo estás tú en este momento. ¡Ah, Dios mío! ¡Qué desconsolador es no poder llegar á conciliar á las gentes á quienes se ama!

—¡Papá, reflexione usted nada más un segundo en la enorme inmoralidad de sus quejas!

—¡Oh! ¡No eres complaciente!

—¡Lo he sido demasiado! Pero se ha concluido: no quiero serlo más. Haga usted lo que quiera, papá; usted no tiene que dar cuentas ni á mí ni á nadie. Pero no me pida que lo apruebe, que lo cubra con mi presencia. Recuerde usted los términos del tratado que concluímos, no hace mucho tiempo, unos diez días: en su casa de usted, ó Manuela, ó yo. He aquí que vuelve Manuela. Todavía no está nada más que en la puerta. Pero mañana estará dentro de la casa. No veo, pues, sitio para mí en ésta.

—Te juro que Manuela no vendrá más á mi casa.

—He perdido por completo la confianza en usted, papá.

—¿Crees que quiero engañarte?—exclamó dolorosamente Selim.

—¡No! Estoy convencida de que es usted sincero en este momento. Pero mañana, cediendo á la influencia irresistible que le guía, cambiará usted, y no quiero exponerme á sus cambios.

—¡Cómo! ¿Aunque te dé mi palabra?

—No faltará usted á ella, papá, lo creo. Pero será usted tan desgraciado que yo misma le relevaré de ella... Y será preciso sufrir lo que me reconozco impotente para evitar.

Nuño dejó caer la cabeza en la mano, y quedó un instante abrumado. Comprendía lo justo que era el razonamiento de su hija; pero cuanto más justo era, más se sentía herido por él. ¡Qué severamente debía juzgarle Ester, para tratarle con esta descon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fianza! ¡Y qué miseria no encontrar en el fondo de sí mismo: primero la energía de un hermoso arranque para exclamar: «¡Pues bien, tienes razón! ¡No la volveré á ver!», y después la firmeza para perseverar en su resolución. Pero bien sabía que esto era superior á sus fuerzas. ¿Qué contestar entonces á su hija?

—¿De modo—dijo muy sombrío—que quieres quedarte aquí sola?

—¡Sí, papá!

—¿Hasta cuándo?

—Mientras no me aburra.

—Pero eso es un plazo indefinido... ¡Eso puede ser toda la vida!

—No será toda la vida.

—Sea. No me reconozco el derecho de contrariar tu voluntad. Pero me aflijes cruelmente.

Ester no replicó. La respuesta era muy fácil.

Se acercó á Nuño, lo besó y dijo:

—Es usted muy bueno, papá.

Después salió, y hasta la partida de todos los habitantes del castillo, que fué al día siguiente, se mostró sonriente.

Por su parte, Nuño, muy preocupado, había llamado á la Srta. de Faverger y le había dado instrucciones muy precisas, la principal de las cuales era tenerlo al corriente del estado de ánimo de Ester. Llegó triste á París, aunque supiera que allí lo esperaba Manuela, y su primer cuidado fué contar á la joven el extraño capricho de su hija. La portuguesa lo escuchó pensativa; luego, como pensando en otra cosa, dijo:

—¿Y tu vecino de la Encomienda?—preguntó—¿Sabes qué es de él?

—Viaja, se me ha dicho, por Inglaterra, y su ausencia será larga.

—¡Ah!

Manuela hizo un gesto como para decir: «¡Entonces no lo entiendo!» Y cambió de conversación.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII

Hacía tres semanas que Nuño estaba reinstalado en París, y, dominado por la corriente de la vida activa, se encontraba menos desdichado de lo que había temido al separarse de Ester. Práctico, aprovechaba la ausencia de su hija para no abrir su casa. Así tenía una excelente razón para no recibir en ésta á Manuela. No la veía más que en la casa de ella. Y, haciendo honor á su fuerza de carácter de lo que no era más que efecto de las circunstancias, se felicitaba de tener también á la portuguesa á distancia.

Por lo demás, era informado diariamente de la salud de Ester; hablaba con ella todas las mañanas por teléfono. Las cosas iban ó parecían ir bien en la Chevrolière.

No trataba de entrar en los detalles de la existencia de su hija. Se contentaba con el presente tal como se le pintaba. Pensaba en el porvenir, y cuando reflexionaba en la transformación tan completa de los sentimientos de Ester, desde hacía un año, experimentaba una sorda inquietud. ¿Qué inquietud? No trataba de definirla, ni de precisar lo que podía temer. Más bien echaba un velo sobre

estos puntos. Parecía un enfermo grave, pero que prefiere no saber cuál es su mal, ante el temor de saber que es incurable.

Su hija se apartaba de él, su hija no lo amaba ya como en otro tiempo: esto era un hecho innegable. Pero ¿á quién se acercaba? ¿A quién amaba? He aquí lo que no quería investigar. No ignoraba que, algún día, la verdad, á la cual cerraba los ojos, se afirmaría patente. Prefería esperar que ese día llegase, por sí mismo, y no hacerlo más próximo entregándose á averiguaciones.

Jamás hablaba de sus oscuras preocupaciones á Manuela. Pero nada probaba que ella no las hubiera adivinado. Era muy perspicaz para que pudieran escapársele las agitaciones de espíritu de Nuño. Sin embargo, como no tenía ningún interés en abordar la cuestión, se mantuvo reservada.

Jamás se había mostrado tan buena y tan tierna con Nuño. Hubiérase dicho que tomaba á empeño hacerle olvidar sus disgustos y reemplazar, tan completamente como era posible, á Ester para con él. La intimidad de su vida era casi completa, y, en adelante, sus relaciones no podían ya pasar disimuladas.

Aquella fué la época de las grandes liberalidades de Selim con la joven. Hubo un gran movimiento de negocios en la Bolsa.

Una aglomeración de empréstitos extranjeros, durante algunas semanas, trastornaba el mercado. La política internacional hacía estragos en las diversas plazas de Europa, y los especuladores se batían á *millonazos*, lo que era menos mortífero,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

pero tan caro, como batirse á cañonazos. Hubo algunas fluctuaciones serias, que Nuño, siempre bien informado sobre el estado del cambio, aprovechó sin correr ningún riesgo, y con su destreza de los grandes días. Pescó, en aquella agua revuelta, una fortuna para Manuela, y pudo llevarle, no un paquete de billetes de Banco, liberalidad casi injuriosa, porque era demasiado visible el pago del placer, sino valores á cuyo movimiento la había asociado, y que ella debió aceptar como ganancia lícita. Aquello fué muy limpiamente hecho y verdaderamente regio.

Manuela lo recompensó con una frase, que hizo estremecer de alegría el sensible corazón del banquero.

—Mi querido Selim, me has hecho rica, y por tanto tan independiente, que ahora ya no creerás que te amo por tí.

A estas gentilezas, Nuño no daba jamás fe más que á medias. Pero, de todos modos, le causaban placer. Su existencia se deslizaba tan feliz como podía serlo, cuando el puntito que ennegrecía el horizonte creció en un instante, como nube empujada por el viento, y desencadenó una espantosa tempestad.

Estaba Nuño en su despacho, á cosa de las diez, recibiendo á los agentes de cambio y distribuyendo el trabajo á sus jefes de servicio, cuando fué anunciada la Srta. Faverger. El banquero tuvo el presentimiento de una desgracia. Despidió á todos los que estaban con él, y saliendo él mismo al encuentro de la institutriz, dijo:

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo á Ester?—preguntó muy trastornado.

—Nada, señor: está en perfecta salud.

Se llevó á la buena mujer á su despacho, y, ofreciéndole una silla, le dijo:

—¿Entonces, qué significa la visita de usted? ¿Tiene usted que pedirme algo? ¿Quiere mi hija volver á París? No ignora usted que nada me daría más placer.

—No se trata de eso... ¡Pluguiera al cielo que la querida niña tuviera una idea tan razonable!... Pero está bien lejos de ello...

—Me asusta usted, Srta. de Faverger...

Nuño se había puesto muy pálido, y fijaba en la institutriz miradas que la trastornaban. Rompió la pobre á llorar, y no supo más que balbucear:

—¡Ah, señor! ¿Qué va usted á pensar de mí? ¡Una niña que me había usted confiado! Y yo no he podido disuadirla de sus proyectos... No, señor: no he podido... ¡Dios sabe, sin embargo, que he hecho todo lo que dependía de mí, que he dicho todo lo que debía decir! Nada ha servido... ¡Está resuelta!... Y he venido para prevenir á usted... ¡Y le ruego que crea que soy muy desgraciada!...

—¿Pero, en fin, de qué se trata?—gritó Nuño irritado por la sospecha y el temor.—En vez de gemir, ilumíneme... ¿Qué quiere?

—Quiere convertirse.

—¿Convertirse?

—Sí, señor.

Nuño hizo un gesto terrible. Enseñó los puños al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cielo, pero no pronunció una palabra. Su fatalismo le cerró la boca. Pensó: «¡Esto debía suceder!»

En el vasto despacho, donde aún flotaba en filetes azules el humo de los cigarros, reinó un pesado silencio. La Srta. de Faverger, secándose las lágrimas, miraba de reojo al hombre que la había confiado en otro tiempo una judía, y á quien hoy iba á devolver una cristiana, y se decía: «¡Puede acusarme de haberle hecho traición, de haber faltado á mi misión, asignar á tal conducta los motivos más degradantes!» Y en la sinceridad, en la honradez de su conciencia, la buena Faverger habría preferido estar muerta, á verse allí como un culpable ante el juez.

Nuño salió de su meditación, y con voz ahogada:

—¿Cuándo ha manifestado esa intención?

—Ayer habló de ello muy claramente. Pero desde hace ya algún tiempo, la marcha de su espíritu se hacía inquietante.

—¿Antes de mi partida de la Chevrolière?

—Un poco antes.

—¿A qué atribuye usted ese cambio? ¡Oh, señorita Faverger, sea usted franca!... Ya ve usted que no le dirijo ningún reproche... Estoy seguro de que usted no entra por nada en la resolución tomada por mi hija... Justifique usted la confianza que le conservo descubriéndome toda la verdad.

—¿Quién puede lisonjearse de conocerla? Ester, usted lo sabe bien, señor, es una joven muy concentrada, que reflexiona mucho, y que no dice más que lo que quiere decir... ¡Oh, la bondad y la virtud sobre la tierra, señor!... Jamás ha tenido esa niña un pensamiento malo...

La Srta. de Faverger, estremeciéndose, se echó á llorar ruidosamente.

En medio de sus suspiros y de sus sollozos, Selim le oía balbucear:

—¡Oh, tiene una pena muy grande!... Esto no se puede dudar. ¡Sólo una pena muy grande ha podido impulsarla á tal resolución!...

—¿Qué pena?—exclamó Nuño, cuyo corazón se oprimió.—¿Se la ha confiado á usted? El deber de usted es repetirme lo que ella le haya dicho.

La Srta. de Faverger miró á Nuño con espanto. Movió la cabeza, y, como una persona que toma una resolución inquebrantable:

—No, señor; no... No sé nada preciso... Desde hace algún tienpo estaba triste... Ella, que tenía el carácter más igual, cedía con frecuencia á arrebatos, inmediatamente reprimidos y lamentados... Pero no me ha hecho confidencias... Por lo demás, jamás la he empujado á ellas.

—¡Ha hecho usted mal!—exclamó Nuño.—¡Si hubiera usted sabido de qué lado se inclinaba, y si me hubiera usted advertido, habrían podido ser evitadas todas esas desgracias!

A estas acusaciones la Srta. de Faverger se puso encarnada, é instantáneamente se secaron sus lágrimas.

—Señor, hay asunto de que me habría sido imposible hablar con usted.

Nuño no insistió. Había comprendido. Pero le parecía que aquel motivo de descontento á que

aludía la institutriz, no debía ser el móvil decisivo á que obedecía su hija. Aquel misticismo súbito que se apoderaba de ella, no se lo inspiraba la reconciliación de su padre con Manuela ¡No! Allí había otra cosa que él entreveía, y que, sólo sospecharla, le producía cólera loca.

Para estar seguro de aquella otra cosa, habría que hablar con Ester. Y ni aun así se decidiría acaso á confesarla. En cuanto á la Srta. de Faverger, se veía toda su buena fe. No había por qué sospechar de ella ni censurarla.

—¿Sabe mi hija que ha venide usted aquí?

—Sí, señor.

—¿Sabe que debía usted hablarme como lo ha hecho?

—Sí, señor.

—¡Entonces ha venido usted á hablarme con su asentimiento!

—He venido por orden suya.

—¡Bien! Veo que obra francamente, y que comprende la gravedad de lo que proyecta. Vuelva usted á la Chevrolière y anúnciela mi visita para hoy. Hasta luego Srta. de Faverger... Adiós.

La Srta. Faverger saludó y salió.

Al quedarse solo, Selim se sentó en una de las anchas butacas de su despacho. Había llegado á una de las horas más penosas de su vida. Cogido entre sus deberes de padre y sus caprichos de vividor, había sacrificado aquéllos á éstos, y sufría duramente las consecuencias de su conducta.

Durante años, había dejado para después la liquidación de sus vicios, diciéndose: «Ya veremos; hay

tiempo; cuando sea viejo.» Era viejo, y sus vicios lo tenían cogido más fuertemente que nunca. No soportaba el pensamiento de renunciar á ternuras tan vanas, y el afecto sólido, seguro, sincero, que había descuidado, se apartaba de él. Hizo su balance de libertino, con la exactitud de un hombre de negocios. Tuvo el valor de evaluarlo todo, de contarlo todo, y teniendo en el activo á Ester y en el pasivo á Manuela, no se sintió con la energía suprema de liquidar la una para conservar la otra.

Se dijo: «Llegaré á una transacción. Hay que encontrar un *modus vivendi*. Si no se trata más que de Manuela, lo encontraré.»

Pero adivinaba bien que se trataba de alguien más que de su querida. Apareciasele un perfil de hombre, orgulloso, hasta desdeñoso, y este era el verdadero autor del alejamiento de su hija, éste era quien causaba la tristeza desesperada de Ester. Sí: aquel hombre que, desde hacía un año, se alzaba ante él como un obstáculo, en todas las circunstancias, y á quien odiaba instintivamente, porque era noble, hermoso, desinteresado, y sobre el cual no podía nada.

A cualquier otro habría tratado de corromperlo, de seducirlo, de comprarlo. ¡Pero un Pont-Croix! Un hombre que pagaba hasta el último céntimo sus diferencias de Bolsa, cuando era tan sencillo parapetarse detrás de la excepción del juego, para hacer en seguida, á lo amigable, una liquidación de su posición, que habría satisfecho á todos los interesados y dejado intacta su fortuna... ¡No, no había que esperar nada de tal persona! Y precisamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque era así, es por lo que su hija se había fijado en él y por lo que le había gustado.

«Pero ¡qué es lo que puede esperar esta hija absurda! ¡Sabe bien que es imposible un matrimonio entre ella y él! ¡El no querría, y yo tampoco querría! Negativa por ambos lados. ¡Esta es una situación inextricable! Ni aun siendo cristiana se casaría él con ella, porque es hija mía. ¡Me desprecia como al barro de sus zapatos! Bien lo he visto; no lo ha ocultado. ¡Entonces!»

Se abrió la puerta del despacho y asomó una cabeza inquieta.

—¡Qué quiere usted, Sturheim! —gritó Nuño con furor, porque experimentaba la necesidad de echar su cólera sobre alguien.

—Señor conde, vienen de la Embajada de Portugal...

—¡Que se vayan!—tronó Nuño.

—¡Pero si usted mismo ha dado la cita!...

—No me importa.

El secretario de confianza abrió los ojos aterrado. Tuvo, sin embargo, valor para entrar, porque se trataba de intereses importantes, y de cerrar la puerta para que no se oyese gritar al banquero.

—Pero, señor, ¡qué órdenes da usted para sostener los portugueses hoy!

—¡Me dejará usted tranquilo!... Hoy no quiero ocuparme de negocios. ¡Es día de duelo para mí!

Sturheim se encogió de hombros, y no atreviéndose á insistir, salió murmurando:

—¡Qué le sucede! ¡Qué caldo van á beber los alzistas!

Algo calmado por aquella explosión. Selim miro la hora. Vió que tenía precisamente el tiempo para almorzar en la estación y tomar el tren, y, saliendo por una escalerilla, subió al carruaje, que esperaba en el patio.

Al pedir á Nuño la autorización para aislarse en la Chevrolière, Ester no tenía segunda intención. Su único objeto era sustraerse á la tirantez que debía producir, entre ella y su padre, la tiranía de Manuela.

Quería asegurar su tranquilidad. Esto era todo. Los primeros días fueron agradables. Nada la inquietaba. Era dueña de la comarca. Clemente había dejado la Encomienda. Se decía que se había marchado á Inglaterra. La ausencia del Marqués tranquilizaba á Ester. Si él hubiera estado en Précigny, acaso no se habría quedado ella. Habría tenido el reparo de parecer que se quedaba á causa de él. ¡Tanto era el fondo de sus pensamientos no alejarse del sitio donde él vivía! Pero no se lo confesaba á sí misma.

Había hecho con la Srta. de Faverger la excursión anunciada á la abadía de Saint-Pons. El sitio le pareció encantador, lleno de frescura y de recogimiento. Un hermoso parque rodeaba los edificios habitados por las religiosas. En el centro de un claustro de arcadas góticas, alzábase la capilla, verdadera joya artística, admirablemente restaurada por la piedad de los fieles.

Ester no entró en la capilla, pero se paseó por el parque.

Mientras erraba silenciosamente, sonó una cam-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV...
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pana llamando á las hermanas á vísperas, y los edificios se llenaron de un zumbido de colmena. De lejos, á través de los árboles, vió la joven, bajo las galerías del claustro, á las religiosas en fila, desfilar lentamente, y luego desaparecer.

No pudo menos de decir á la Srta. de Faverger:

—Debe ser dichosa la existencia de estas mujeres, tan bien regulada, tan completamente exenta de preocupaciones sociales...

—Pero han roto todos los lazos terrenales... Ya no tienen ni familia, ni amigos; han renunciado al mundo.

—¿No renuncia el mundo algunas veces á nosotros?

La Srta. de Faverger se calló. Le parecía peligroso aquel terreno. En la capilla, el órgano esparcía sus melodías. Alzáronse cantos graves y dulces. Ester quedó algún tiempo escuchándolos, y luego, bruscamente, como arrancándose á una seducción ya muy fuerte, cogió el brazo de su compañera, y dijo:

—¡Vámonos!

En los días que siguieron no hizo ninguna alusión á la visita de la Abadía. Se habría dicho que no se acordaba de haber estado en ella. Visitó al cura de Précigny, á los pobres, la escuela, llevando socorros y alimentos, seguida por todas partes de un concierto de bendiciones, porque había sabido conquistar el cariño de todo el mundo, por su sencillez, su gracia y su generosidad.

Cuando iba á la aldea, el hijo del panadero la seguía, corriendo detrás de ella. Y el feroz Rabasson

mismo, que pedía la cabeza de todos los propietarios cuando tenía algunas copas, se quitaba la gorra delante de ella. Un día que la joven se paseaba con el cura por el camino, volviendo del obrador que había fundado en Précigny, dijo al buen sacerdote sin preparación:

—Señor cura, ¿es frecuente que los israelitas se conviertan y abracen la religión cristiana?...

—No; es bastante raro. En cuanto á los hombres, hasta se puede decir que el caso es muy excepcional.

—De modo que las mujeres...

—Sí, algunas mujeres... O, para hablar con más exactitud, algunas jóvenes solteras...

—¿Y cuáles son sus motivos?

—Casi siempre el matrimonio... Se hacen cristianas para casarse con cristianos... O, á consecuencia de grandes penas, para entrar en un convento.

—¿Y son muy complicadas las formalidades que hay que llenar?

—Las formalidades religiosas son muy sencillas... Consisten en el bautismo, la preparación para la comunión... Y nada más.

La Srta. de Faverger, que asistía á este interrogatorio, se estremeció de angustia. Lanzó á Ester miradas suplicantes. No se atrevía á intervenir, temiendo dar cuerpo á lo que no era en su pensamiento más que vaga inquietud, y, sin embargo, le parecía que aquella conversación era extraordinariamente peligrosa.

Hacía algunas semanas que su discípula la mantenía en un estado de dolorosa incertidumbre. Ni

un momento tenia con ella seguridad de espíritu: sospechaba continuamente alguna genialidad. Y esta genialidad le parecía que se precisaba de una manera asombrosa. Sea que los ojos de la Srta. de Faverger mostraran una elocuencia particular, sea que no tuviera más que preguntar al cura, Ester cambió de conversación.

Pero su aya estaba demasiado agitada para poder guardar por más tiempo silencio, y aquella misma noche, con un pretexto sin importancia, tuvieron una conversación de las más graves. Empujada á sus últimas trincheras, la joven, con una tranquilidad que anunciaba una resolución tomada hacia tiempo, declaró á la Srta. de Faverger que pensaba en convertirse.

Y como la buena señora quedara petrificada, Ester le explicó sus razones. Le disgustaba la sociedad y no podía soportar el pensamiento de volver á ella. Aspiraba á la paz y á la calma del claustro. Y esta vida sólo podía ofrecérsela la religión cristiana. Y como la Srta. de Faverger, asustada, desolada, intentara algunas objeciones, la joven las refutó. En fin, á esta exclamación de la institutriz:

—¿Y su padre de usted?

—Sí, mi padre, este es el verdadero argumento, el que me he presentado largo tiempo yo misma. Pero, bien mirado, ¿es tan inatacable? ¿Faltaré á mi padre?

—¿Y usted lo pregunta? La quiere á usted.

—Sí, me quiere. Pero no ha tenido el valor de defenderme contra sus propias debilidades. Usted ha visto como se ha resignado á dejarme sola aquí; lo mismo se resignará á verme entrar en el convento... Y créame usted, mi buena Faverger; me olvidará pronto. ¡Demasiado pronto!

—¿Y ha llegado usted á tal desencanto? Pero desdichada niña, ¿qué es lo que ha marchitado tan pronto todas sus ilusiones?

—Una precoz experiencia. Sé lo que es la vida, y me da horror.

—Pero yo no puedo, sin faltar á mi deber, dejar ignorar á su padre lo que usted se propone.

—Es muy justo. Vaya á verlo á París, y dígaselo todo.

—¡Qué misión!

—Perdóneme usted, mi buena Faverger, que la encargue de ella. Llenándola, me probará su adhesión.

Y la Srta. de Faverger partió.

Ester había pasado la mañana con una calma que la asombraba á ella misma. Se juzgó madura, puesto que estaba hasta aquel punto exenta de emociones humanas. Vió, sin turbación, volver á su mensajera, supo la próxima llegada de su padre, y se preparó para recibirlo. Tuvo, sin embargo, violentas palpitaciones de corazón cuando entró en el patio el carruaje que lo llevaba. Se adelantó á recibirlo, y estrechada entre sus brazos, casi llevada, al calor de aquel abrazo tan lleno todavía de ternura, se inundaron de lágrimas sus ojos.

Cuando estuvieron solos, encerrados en el salón, Nuño, mirando atentamente á su hija, se dió cuenta de la alteración de su rostro. Estaba pálida, no sólo de la emoción presente, sino de una tristeza

anterior, de una agitación profunda y prolongada. La boca, sobre todo, inquieta y doliente, revelaba muchas penas. El padre, que acudía muy animado y dispuesto á combatir á una rebelde, al encontrarse enfrente de una vencida, vióse dominado por grande y afectuosa piedad, y hablando con dulzura, dijo:

—Ya ves, Ester; ya ves, hijita mía, cómo tenía yo razón al no querer dejarte aquí sin mí... Sospechaba que la soledad sería para tí mala consejera... A tu edad no conviene vivir retraída... El *spleen* debilita el juicio, y se deja uno invadir por toda clase de ideas erróneas sobre el mundo y la vida... Pero tú misma has comprendido que ibas por mal camino... Así es como interpreto lo que me ha dicho la Srta. de Faverger. Estoy dispuesto á ayudarte, con todas mis fuerzas, á tomar otra vez posesión de tí misma. Y para comenzar, te llevo conmigo á París.

Sin hablar, Ester dijo que no con la cabeza.

—Vamos, hija mía, no irás á pasar aquí todo el invierno... Tú misma ves que te domina la misantropía... Tienes mala cara, tu salud se altera... Es imposible que esto continúe... No pretendo restringir tu libertad... Serás dueña de vivir en París como quieras... Pero deseo que te vuelvas conmigo... Ya sabes que mi casa no es una prisión... Si quieres, tendrás todo tu tren aparte... Si quieres comer conmigo, me harás feliz... Y no invitaré más que á las personas que tú misma designes... No es posible mostrarse más conciliador... Tú serás la dueña absoluta... ¡Ah! ¿Tienes algo que objetar á esto? Todo lo que te pido es que no me abandones... El deber de una hija es consagrarse á sus padres... No tienes á nadie más que á mí, y, aunque no soy un padre impecable, no seas demasiado severa, no me trates con demasiada dureza... Te amo tiernamente... Puedes, es cierto, reprocharme que no te ame á tí sola... ¿Pero es esto un gran crimen? ¿No vale más tener el corazón algo demasiado ancho y algo demasiado caliente, que tenerlo estrecho y helado? No te enfades... Déjame decirte todo lo que se me ocurra para tratar de convencerte... ¿Tanto trabajo me costará conseguirlo? Y cuando un padre se dirige al cariño de su hija, ¿no debe estar seguro de antemano de que se le oirá favorablemente?

Ester guardó silencio, y Nuño, lleno de embarazo y de inquietud, la vió ante él fría, sombría, insensible. Como no parecía decidirse á hablar, Nuño, profundamente afectado por aquella actitud áspera y aquella resistencia, exclamó:

—¿Es que no tienes nada que contestarme? ¿Es que mis deseos no tienen valor para tí? No es posible que tu resolución esté tan bien decidida que no admitas siquiera discusión. Vamos, no estés ahí escuchándome sin hablar... Quiero oir el sonido de tu voz... ¿Te has vuelto muda?

—No, papá,—dijo lentamente Ester.—Pero, ¿á qué volver sobre un partido definitivamente tomado?

—¡Definitivamente!—interrumpió Selim con brío.—¿Has tomado sin mi permiso un partido definitivo? ¿Cómo queda en todo esto la autoridad pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terna? ¡Aprendo extrañas cosas! ¡He aquí una nueva para mí! Pero ese definitivo no tendrá duración hija mía, y cambiarás tus proyectos.

El rostro de Ester no perdió nada de su frialdad. Temblaron sus labios un poco, y replicó:

—Papá, le pido á usted como una gracia, que no emprenda nada contra mi voluntad.

—¿Tu voluntad?—gritó Nuño dando un salto.—¡Tienes otra voluntad que la mía! ¿Quién te la ha inspirado? ¿Has cambiado tan completamente en tan poco tiempo? ¡No te reconozco! ¡Y tú misma pareces no comprenderme!... ¿Qué ha pasado, Ester? ¡No irás á darme tanta pena por capricho! ¡Vamos! Basta de disimulo, basta de contemplaciones. Digamos claramente las cosas... Ya no se trata de decidir si te quedarás aquí ó si te vendrás á París... ¡Es preciso saber categóricamente si abandonarás tu religión, la de tu padre, la de tu raza, para irte con los que, desde hace siglos, nos persiguen con su desprecio y su odio!... Sé franca, no digas más que una palabra, pero que decida la cuestión. ¿Es verdad que quieres hacerte cristiana?

Ester no vaciló. Brillaron sus ojos, y dijo:

—Sí, papá.

—¡Ah, hija desdichada! ¿Quién te ha corrompido? ¿Quién te ha arrastrado? ¿Cuál de tus sacerdotes te ha deslizado la mala semilla en el pensamiento? ¿Te has dejado coger por las exterioridades seductoras de su culto? ¿Has sido bastante sencilla para creer en lo que enseña? Pero si tú reflexionaras siquiera un segundo, te darías cuenta de que su religión no es más que una deformación de la

nuestra y de lo que nos ha sido revelado por la palabra misma de Dios: nuestra ley, recibida por Moisés, ha sido disfrazada y alterada por su Cristo. ¡Falso todo lo que se cuenta de él! ¡Falsa su leyenda! Es una nueva edición de la historia de José: los treinta dineros de Judas, son los veinte dineros de los hermanos; los dos ladrones son los dos oficiales del Rey de Egipto. ¡Impostura histórica! ¡Está probado! Y desde el punto de vista del dogma, ¡qué diferencia entre nuestro culto y el suyo! ¡Que complicación, con la introducción de la Virgen, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Dios es siempre el mismo! ¡El nuestro es el suyo! ¡Sólo que ellos lo han hecho menos omnipotente, menos grande, porque está en tres personas, y ya no es único en su soberanía! Escúchame, hija mía... No soy un sabio... No conozco más que lo que nuestros rabinos nos han enseñado á todos... Si tú hablaras con uno de ellos, te convencería: ya verías... ¡Oh! No te dejes engañar por espejismos... Cree en lo que te han enseñado en tu infancia... Guarda la fe de tus padres... ¿Quieres estar separada de mí después?... ¿Quieres no volver á ver á tu madre? ¿Darás el escándalo de una conversión? ¡Qué alegría para los que nos odian y nos han perseguido tanto! Entre ellos y nosotros hay arroyos de lágrimas y de sangre... ¡Acuérdate!... ¿Y piensas en echarte en sus brazos?... ¡Qué dolor para mí! ¡Y qué amargura para todos los nuestros! ¡Vamos, no has reflexionado en todo lo que un acto semejante acarrea de consecuencias, no sólo para tí, sino también para los demás! ¡No des el mal ejem-

plo! Quédate conmigo. ¿Por qué quieres abandonarme?

Nuño se detuvo. Estaba sofocado por la emoción. y su voz se ahogaba en su garganta. El rostro de Ester expresaba un dolor profundo, pero sus ojos parecían mirar más allá de las tristezas humanas. Respondió:

—Papá, no acuse usted á nadie. He tomado mi decisión yo misma y sin consejo. Solamente he leído, para iluminarme y sostenerme, y he comprendido que el Dios de los cristianos es un Dios de amor y de consuelo; que en él está el reposo del alma, y que no hay alegría más que en adorarlo. En mi tristeza y abandono he sentido que era el supremo recurso, y ahora sería imposible arrojar esta certeza de mi espíritu.

—¡Tú me engañas!—gritó Nuño con furor.—¡No me lo dices todo! ¡Tu resolución no está formada sólo de locas aspiraciones místicas!... ¡Hay otra cosa! ¡Vamos, sé franca! ¡No sufres sólo una atracción divina, sino también una influencia humana! ¡No hay en tu corazón sólo piedad; hay también amor! ¡Atrévete á decirme que esto no es verdad!

Ester se ruborizó, y en voz baja, como hablándose á sí misma:

—Es verdad; también hay amor... Pero un amor bien desgraciado, porque es sin esperanza.

—Si abandonas tu religión,—dijo Nuño con amargura,—¿qué te prohibe esperar?

La joven quedó pensativa un instante, y moviendo la cabeza:

—El no me aceptaría ni aun convertida... No me

ama, ni me amará nunca... Por lo demás, entre él y yo están la fortuna de usted y su ruina.

—¿Es el marqués de Pont-Croix?...

Ester inclinó afirmativamente la cabeza.

—Pero, ¿qué tiene para volverlas locas á todas así?—exclamó Nuño exasperado.—¡Hija estúpida, que va á enamorarse de ese noble arruinado, pero tan orgulloso que ella no existe para él! Hay para apasionarse viendo su desdén, ¿verdad? ¡Preciso es que tengas poco orgullo! ¿Qué eres para él? ¡Una criatura inferior, perteneciente á una raza despreciable. ¡No te lo ha ocultado! ¿Y persistes en amarle? ¡Pero si deberías odiarle! ¡He aquí por qué locuras abandonas á tu padre, reniegas de tu Dios, haces traición á los tuyos! ¡Por un buen mozo, que te desdeña, desgarras un corazón y vas á estropear tu vida! ¡Oh, quedará satisfecho al ver que te inmolas por sus bellos ojos! ¡Este sacrificio lo realzará en el mundo! ¡La hija de Nuño, su hija única, víctima del marqués de Pont-Croix! ¡He aquí un buen desquite del *krack*, y de su ruina y de su miseria! ¡No tiene un real, y quita á un padre una hija que tiene millones! ¿Y no te indignas y sufres tal afrenta? ¡Mira, se burla de ti con sus amigos; me lo ha dicho Manuela!

A esta imprudente palabra, los ojos de Ester se inflamaron con tal indignación, que Nuño se quedó cortado con la boca abierta.

—Papá,—dijo la joven con firmeza,—obedezco á sentimientos que la Sra. del Peral no podría comprender ni juzgar. Ahórreme usted que ella encuentre todavía medio de discutir mis intenciones,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando yo no discuto ni siquiera su conducta... Cese de oponerse á mis proyectos. Nada podría impedirme ejecutarlos. Si nuestro culto poseyera conventos, haría á usted el sacrificio de mi conversión. Me encerraría lejos del mundo, en el silencio, el reposo y la meditación.

—¿De modo que no sólo quieres convertirte, sino además encerrarte en el claustro?... ¡Eso es una demencia furiosa!... ¡No sabes adónde vas! Mi deber es oponerme.

—Papá no me obligue usted á recordar que soy mayor.

—¿Resistirías abiertamente á mi autoridad?

—Usted no me obligará á ello.

—¡Pero, en ese convento, morirás!

—¿Prefiere usted que muera de pena á su vista?

—¡He aquí lo que ese miserable hombre ha hecho de ti! ¡Oh, lo perseguiré con mi odio!

—¡Y yo rogaré á Dios que lo dulcifique á usted y que lo proteja á él!

Nuño cayó en una profunda meditación. El amor de Ester estallaba tan potente á sus ojos, que juzgó imposible combatirlo. Si á su hija se le hubiera puesto en la cabeza casarse con el marqués, habría sido necesario consentir. Nada hubiera podido prevalecer contra su voluntad.

Se estremeció de rabia al pensamiento de que Clemente entrara en su familia. Lo detestaba en aquel momento, por todo lo que sufrían su orgullo abatido, sus convicciones privadas y su vana ternura.

Ester, libre y viviendo en el mundo encontraría

aún á Clemente; y ¿cómo estar seguro de que el rigor de aquel hidalgo pobre persistiera ante un afecto tan constante y tan humilde? ¡Y además, tantos millones! ¿No era esto para ablandar el corazón más duro? Se limitaría á pedir que la que amaba se convirtiera á su religión. ¡Y ella estaba ya dispuesta! ¡De modo que se realizaría aquella unión atroz que hacía á un cristiano dueño de su hija, heredero de su fortuna! ¿No valía más el claustro? Era la muerte anticipada este abandono de todo su sér á Dios. Perdía á su hija, le era arrancada viva bruscamente... El claustro, ó aquel cristiano. Esta era la elección que le ofrecía el porvenir.

Frunció las cejas y cerró los puños, pesando su decisión. Y, entre el Dios y el hombre, sintió el horror de no vacilar. Eligió al que estaba más lejos, el más alto, aquel á quien aborrecía menos: el Dios. Y, sombrío, pronunció este fallo:

—¡Puesto que lo quieres, vete al convento!

Ester se arrodilló ante él con lágrimas de reconocimiento, y dijo:

—¡Gracias, papá!

Una hora después, Nuño regresaba á París.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

Después de tres meses de ausencia, Clemente volvió á la Encomienda. Cansado de los placeres de la gran vida inglesa, había vuelto á encontrar con alegría su casita, en medio de los bosques, inclinada sobre el río. Celestino había tenido una explosión de felicidad al poner otra vez el pie en el huerto.

—¡Al fin, ya estamos en nuestra casa! ¡He aquí alamedas que no son de asfalto! ¡He aquí legumbres variadas, y no aquellos eternos nabos y coles! Y además, ya estaba cansado de aquella algarabía inglesa. ¡Comenzaba á comprenderla, y cada vez me gustaba menos!

En cuanto á Constanza, decía que aquel viaje le había parecido interminable, y que si el señor había de irse otra vez por tanto tiempo, preferiría dejar su servicio. Desde el día siguiente á su vuelta, salió Clemente con la escopeta y la perra á los juncales que bordean el camino, y allí, bajo un hermoso sol de invierno, respirando el aire vivo de las llanuras, tuvo un momento de goce delicioso. Acababa de echar á rodar una liebre, cuando por encima del seto del camino vió asomar la cara burlona de Briffaut.

—¡Otra que no será para el castillo!—dijo alegremente por una costumbre de incorregible cazador furtivo.—Y quitándose la gorra:—Ya está usted aquí, Sr. Clemente... El tiempo que no lo hemos visto se nos ha hecho largo.

—Mira, lleva ese capuchino á casa,—dijo el marqués.—Lo espera mi cocinera... Me molestaría llevarlo toda la mañana á la espalda.

—Con mucho gusto, Sr. Clemente... ¡Ah, puede usted seguir matando, que quedan!... No han cazado aquí desde el mes de Noviembre... El otro día, Monquellier, labrando, hizo levantar más de cincuenta piezas.

—¡Conejillos!

—Todo lo que usted quiera... Pero no por eso son menos. ¡Ah, hay grano!

—¿Entonces está deshabitada la Chevrolière?

—La señorita vivió sola allí algún tiempo, luego se fué también para irse á Saint-Pons.

—¿A Saint-Pons?—dijo Clemente asombrado.—¿Para qué?

—Para aprender la religión...

—¿Qué religión?

—¡Caramba! La nuestra, la que nos enseñaron cuando éramos pequeños y acudíamos á la doctrina del abate Pierquin... ¡Ha sido nuestro mismo cura el que ha bautizado á la señorita!... ¡Ah, la cosa fué una gran felicidad para la comarca!... ¡Dió de un golpe 20.000 francos para el Asilo.

Clemente no escuchaba. En tierra la culata de la escopeta y el cañón cogido con sus manos, pensaba en lo que acaba de decirle Briffaut, y, en un ins-

tante, su espíritu inflamado buscaba una explicación á la repentina y extraordinaria decisión de la hija de Nuño. ¿Era que la muerte de Brucken, trastornando proyectos acariciados en secreto, había reducido á la joven á la desesperación? ¡No! ¡Esto era imposible! Ester no amaba á Brucken, no podía dudarlo. Bien sabía por quién hacía votos la víspera del combate. Se lo había dejado entender claramente á la puerta de la iglesia. ¿Eran las relaciones públicas de Nuño con Manuela, lo que alejaba á Ester de la casa paterna? Muy grande manifestación contra un escándalo, ¡oh! bastante ordinario. Entonces, ¿qué? Se decidió á preguntar á Briffaut:

—¿Se sabe qué motivo ha tenido la Srta. de Nuño para retirarse á un convento?

—Se cuenta que estaba enamorada de alguien que no la ha querido... y que había tenido una pena tan grande, que había dicho: «Puesto que no puedo ser su mujer... lo seré de Dios.» ¡Qué lástima! ¡Una persona tan rica! ¿Quién puede ser el que no la quiere? ¿Hijo de Rey? ¡Pero si ya no los hay en este país!... ¡Los han echado á todos!...

El cazador furtivo soltó una carcajada.

Tendió los brazos por encima de los juncos, y dijo:

—Si quiere usted darme la liebre, iré á llevársela á Constanza.

Pont-Croix abrió los ojos y respondió:

—Te doy las gracias... La llevaré yo mismo... No me acordaba de que necesitaba volver...

—A sus órdenes, Sr. Clemente... ¡Estoy muy contento de haberle encontrado!

Se fué, y el ruido de sus zapatones se perdió en el silencio. El marqués emprendió lentamente el camino de la Encomienda. No tenía ganas ningunas de cazar. Estaba turbado. Andaba con la cabeza baja. Su perra levantó inútilmente un magnífico faisán en las orilla del bosque. Al estridente ruido del ave batiendo las ramas con su vigorosas alas, Clemente no hizo ni un movimiento para echarse la escopeta á la cara. Reflexionaba. Aquel hombre á quien Ester quería, sin esperanzas de casarse con él, ¿no le había dicho Manuela que era él mismo? En el momento había podido desdeñar, como sin valor, la revelación hecha por una mujer, cuyo espíritu de intriga conocía: tentativa para conocer su pensamiento, sondeo hecho en el fondo de su corazón. Y no había vuelto á pensar en ello. Por lo demás, ¿que le importaba? ¿Podía existir nada de común entre él y la hija de Nuño?

Inclinó la cabeza con disgusto. Aquel desligamiento de todo lo que concernía á Ester, aquel alejamiento que mostraba, ¿no eran otras tantas pruebas que lo denunciaban? ¿No había dicho Briffaut que el rumor público era que el hombre amado por Ester no se casaría nunca con ella? ¡Y, triste hasta el fondo del alma, la joven se iba á un convento! A pesar suyo, Pont-Croix encontró conmovedora aquella resignación que, sin protesta, sin lucha, silenciosamente, sufría el rigor de su destino.

La volvía á ver en el jardinillo del panadero, paseando al sol á lo largo del boj de la calle de árboles, y oía su voz musical y penetrante. Había sentido

placer en encontrarla aquel día, y se había quedado á su lado más de lo que era menester.

Le había parecido buena, distinguida y encantadora. Después no la había vuelto á ver más que á través del desprecio que profesaba al padre. Y además, ¡era tan rica, tan injuriosamente rica! ¡Ah! Aquella riqueza era, sobre todo, lo que lo apartaba de ella; aquella riqueza, formada con tantas ruinas, que era imposible tocarla sin mancharse.

Llegó á su casa. Dió la liebre á la perra para que la llevara á la cocina, y subió á encerrarse en su despacho, donde se quedó fumando y pensando. Después del almuerzo experimentó la necesidad de ir á visitar á su viejo amigo el cura, y se dirigió hacia la aldea, «No; se dijo: el abate Pierquin es el único con quien yo puedo hablar de Ester.» Se dió como razón que no había vuelto á ver al buen sacerdote desde su vuelta á la Encomienda, y que, decentemente, convenía que se presentara en su casa aquel mismo día. Encontró al buen hombre muy ocupado en firmar bonos de pan y carne para los necesitados del cantón.

—Ya ve, mi querido hijo,—dijo el cura estrechando la mano del joven:—ahora tengo una verdadera administración... Alimento á los pobres en cuatro leguas á la redonda, gracias á esa santa señorita Nuño.

El rostro de Clemente se volvió á poner sombrío. Iba para hablar de Ester, y antes de que tuviera tiempo de preguntar, desbordaban los elogios de los labios del sacerdote. Aquello le hirió, y casi se sintió descontento. ¿No era demasiado perfecta

Ester? Y tantas virtudes, ¿no hacían casi odioso el alejamiento que le había mostrado? Sin embargo, su curiosidad estaba demasiado despierta para que no tratara de satisfacerla.

—¿La ha conquistado usted?—dijo al cura con una sonrisa.

—¡Ah! ¡No he entrado en ello para nada!—exclamó el buen saderdote.—El Señor lo ha hecho todo. Un alma como esa, debía elevarse hacia él.

—¿Pero qué medios ha empleado para iluminarla?

—Sus caminos son misteriosos, hijo mío. Y el dolor, como la alegría, acerca al cielo.

Clemente pensó: «No sabe nada, ó no quiere decirlo.»

Sin embargo, el abate Pierquin se extendió más abundante y más claramente sobre la manera cómo se había realizado la conversión que sobre las causas que la habían producido.

—Ha sido un modelo de piedad, y ha edificado á todos los que se han acercado á ella... Su fervor era extremo, y su deseo invencible, porque ha tenido que luchar contra la resistencia de su padre.

—¡Ah! ¿El padre estaría furioso?

—Desolado; y esto se comprede. Hay que ser justo. Hasta el último momento tuvo la esperanza de que cediera su hija... El día en que fué bautizada aquí, en nuestra pequeña iglesia, antes de la ceremonia hubo una escena desgarradora. El pobre padre lloraba de desesperación, tenía á su hija entre sus brazos, y le suplicaba que renunciara á su proyecto... Se puso de rodillas ante ella... Hijo mío, estoy bien penetrado de la santidad de mi misión,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

estoy dispuesto á sufrir el martirio para confesar mi fe. Pues bien: al oir las súplicas de aquel padre, al verle encorvarse delante de su hija, tuve dudas sobre la equidad del acto que iba á realizarse. Mi corazón se llenó de turbación... Me pareció que aquello era un rapto, al que yo me prestaba... Y me puse á rezar silenciosamente... En el mismo momento, un rayo de sol vino á acariciar aquella juvenil cabeza rubia, y á rodearla de una aureola. Serena y radiante en su firmeza, los ojos vueltos al cielo, se me apareció como una santa. El padre, que la miraba como yo, fué, sintió duda, impresionado por los mismos signos, porque cesó de protestar y de quejarse. Mis escrúpulos desaparecieron, y me dije: «Es evidente que Dios lo quiere.» Y algunos instantes después, aquella niña era cristiana. Desde entonces está en la abadía de Saint-Pons, esperando el momento de pronunciar sus votos.

—¿De modo que ha renunciado al mundo para siempre?

—Para siempre.

Cambió la conversación y hablaron de la estancia de Clemente en Inglaterra. Al cabo de algunos instantes, el joven se despidió del cura y se dirigió á la Encomienda. Andando por la orilla del río, llegó al sitio donde, al salir del agua, había depositado al hijo del panadero en el carruaje de Ester. Esta no pensaba entonces en entrar en el convento. Estaba alegre, sonriente, y no sospechaba siquiera la existencia del abate Pierquin. ¿Era posible que hubiera sido él, Clemente, quien había causado su

pena y ocasionado su resolución? Se sublevó contra esta idea y exclamó:

—¿Pero qué podía yo hacer? ¿Y qué puedo? ¡No conozco á esas gentes!

Mudó de parecer, y dijo:

—¡Sí, las conozco! ¡El padre me ha quitado el castillo!

Entró en su casa, comió y pasó la noche más triste, asociando ideas que le fueron extremadamente desagradables.

Aquello no era nada en comparación con lo que Nuño le deseaba. Desde que su hija estaba encerrada en la abadía de Saint-Pons, el banquero parecía medio loco. Salía del abatimiento más profundo para caer en la irritación más violenta. Unas veces se lamentaba, otras gritaba y amenazaba. No se sabía si echaba más de menos á Ester ó aborrecía más á Pont-Croix. Manuela misma perdía la paciencia, y comenzaba á creer que se alterase gravemente la salud de Nuño. A medida que se acercaba el momento de la profesión, redoblada la agitación del pobre hombre. Abandonaba sus negocios, ó los llevaba de una manera desordenada. Su brazo derecho, Sturheim, decía:

—No se puede creer lo que el estado de ánimo del señor conde cuesta al mercado y á él mismo.

Hubo momentos de alza y baja, absolutamente imprevistos, que arrojaron el pánico en el mundo de los negocios, causados únicamente por el furor ó la desesperación de Selim, cuando había recibido noticias de su hija, que lo afligían ó lo irritaban. No de otro modo que esas tempestades, esas ma-

reas, esos temblores de tierra producidos por conjunción de astros invisibles ó misteriosas convulsioses de la naturaleza.

Había rehusado absolutamente ir á ver á su hija al convento. Parecía decir: «Ha muerto para mí.» Sin embargo, quince días antes de la ceremonia, se apoderó de Nuño una fiebre singular.

Recobró la autoridad perdida hacía tanto tiempo. Volvió á tomar la dirección de sus negocios, y pareció querer abrumarse de trabajo. Iba al teatro ó á las reuniones por la noche, se acostaba muy tarde, se mataba literalmente de fatiga. Cambió mucho. Se le quedó ancha la ropa, y sus músculos, las pantorrillas de antiguo mozo de cuerda, no estiraban ya la tela del pantalón. Se hundieron sus mejillas. No fué ya más que sombra de sí mismo. Como Manuela se atreviese á preguntarle afectuosamente y á aconsejarle que viera al médico, la rechazó tan ásperamente que él mismo quedó estupefacto.

En fin, cuatro días antes de la ceremoniadecisiva, no pudo contenerse más, y abdicando de todo orgullo, renegando de todo escrúpulo, sin decir nada á nadie, tomó el tren y partió para Saint-Pons.

Quedó helado por el aspecto grandioso y severo de la abadía. Los árboles del parque, despojados de sus hojas, retorcían sus ramas negras sobre el fondo gris del cielo. En la piadosa morada flotaba un silencio profundo. Parecióle á Nuño que todo estaba muerto. Le corrió de pies á cabeza un estremecimiento cuando entró en el locutorio sombrío y helado. Esperó, latiéndole el corazón y turbado el cerebro, y no recobró parte de su sangre fría sino al ver aparecer á Ester. Con su traje blanco de ribetes azules, y la toca blanca sobre la pálida frente, le pareció tan distinta de como antes era la hija que había criado para ser dichosa, mimada, satisfecha, que sintió subirle á los labios un sollozo, y la miró acercarse, trastornado é inerte.

La voz que ella le dejó oir le impresionó horriblemente: también estaba cambiada. ¿Qué quedaba, pues, de su Ester tan querida? La abrazó con fuerza y la apretó contra su pecho, sin hablar, devorándola con los ojos y dejando correr sus lágrimas. Ella le dió las gracias por haber sido tan indulgente en ir á verla. Y comprendió muy bien que aún lo amaba, pero de otro modo que antes. Nuño, atormentado, se imaginaba que estaba junto á una condenada á muerte, á la que hacía su última visita. Porque el claustro ó la tumba, ¿no era la misma cosa? Lanzó un rugido de dolor furioso, que despertó los ecos del severo locutorio, y cogiendo las manos de su hija, exclamó:

—¡Ester! ¡Ester! ¿Es posible?

La joven le sonrió angelicalmente, y dijo:

—Sea usted bueno, papá; no me turbe usted. Mi alma está en paz.

—¡Pero, desdichada hija, yo estoy desesperado!

—Papá, si quiere usted mi dicha, no eche usted nada de menos.

—¡Pero, si es á ti á quien echo de menos! ¡Te pierdo! ¡Te separas de mí sin una lágrima, hija ingrata, y yo te lloro viva, como si estuvieras muer-

tal ¡Ah, hija mía; si pudieras saber cuánto sufro, tendrías compasión de mí!

—Papá, hay que orar. La vida es nada.

—¡La vida! ¡Pero si es todo!

Entonces, aquel hombre que no había tenido pensamiento más que para el placer, aquel vividor que no había buscado más que las satisfacciones materiales, encontró una formidable elocuencia para combatir la convición de su hija. Sentía que había llegado la hora decisiva; que si no triunfaba en seguida no retendría en la tierra á aquella iluminada, presta ya á volar hacia el cielo. Puso al servicio de su causa un poder de persuasión, un ardor de súplica, un fuego de seducción que habrían conmovido á cualquiera otra. Se arrojó á los pies de su hija, le rogó de rodillas, regó sus manos de lágrimas ardientes, gritó enloquecido. Tropezó con una frente de mármol, con un alma de diamante. Nada humano parecía poder ya tener influencia sobre Ester.

Extendíase ésta en dulces palabras, en exhortaciones tiernas, en piadosos consuelos, pero sólo hablaban los labios, el corazón quedaba mudo, el pensamiento impenetrable.

Nuño, vencido, impotente, maldijo á aquel Dios á quien se había consagrado su hija más bien que verla pertenecer al hombre que detestaba. Se acusó mentalmente, pero era demasiado tarde: Ester se había aprovechado muy bien de su egoísta doblez. Y ya no podía deshacer lo que había hecho. Oyó á su hija decirle adiós, sin encontrar una palabra para responderle; se dejó besar, alentar, sin hacer un gesto. Estaba aniquilado.

Cuando se vió solo en el locutorio, cogió el sombrero, tomó el camino de París instintivamente como si estuviera borracho.

Llegado á su casa, no comió, y parecía tan enfermo, que su criado corrió á avisar á la Sra. del Peral. Manuela, asustada, encontró á Selim hundido en una butaca, pálido, sin fuerzas, y sobre todo, sin voluntad. Acogió á la joven con una especie de indiferencia, no se quejó, y, por primera vez con ella guardó silencio. Manuela juzgó su estado tan serio, que temió un ataque de paralisis, y propuso enviar á buscar al doctor Rameau. Al oir esto, Selim recobró energía para declarar que no quería consultar á nadie.

—No estoy enfermo,—dijo;—no tengo necesidad de médico... ¿Qué podría hacer en lo que yo sufro? Unicamente pido reposo.

—Pues bien, acuéstate... Mejor estarás en la cama que en esa butaca.

La joven llamó al ayuda de cámara de Nuño para que desnudase á su amo. Y cuando el viejo estuvo acostado y en el primer bienestar del contacto con las sábanas frescas, se sentó á su cabecera y le habló dulcemente, esforzándose por calmarlo, por distraerlo.

A Selim le conmovió mucho su bondad, y le dió las gracias con efusión. Pero se obstinó en no revelar las causas de su trastorno moral y de su malestar físico. Manuela sospechaba que se había empeñado alguna lucha suprema entre el padre y la hija, pero había tomado el partido, desde su reconciliación con Nuño, de no pronunciar el nombre de Ester

antes de que lo pronunciara él mismo. Dejó al banquero á las once, después de haberle hecho beber una poción que debía asegurarle el sueño.

El día siguiente, en efecto, habiendo dormido, se sentía mucho mejor. Como le había preguntado vanamente la víspera, Manuela se propuso no arriesgar la menor alusión á los motivos de su violenta emoción.

Entre tantas raras cualidades de espíritu, poseía la joven el raro mérito de ser paciente. Sabía que Nuño era incapaz de guardar mucho tiempo para sí solo una preocupación ó una pena.

Aquella necesidad de confiarse, de hacerse aconsejar, alentar ó compadecer, era lo que le hacía tan indispensable en la vida un lazo tierno con una mujer.

Vió bien, desde luego, que Nuño estaba tranquilo, y que comenzaba á pesarle el secreto de su disgusto. Afectó no reparar en ello. Se informó de su salud, pero no de sus cuidados.

Entonces fué él quien entabló las confidencias. Aquel peso le ahogaba, y se alivió de él.

Sin rodeos, sin reserva, con una franqueza de penitente á los pies de su confesor, lo dijo todo: sus esfuerzos para impedir á su hija que se convirtiera, su cólera, su aflicción, luego el horrible sentimiento de egoísmo celoso á que había cedido al dejarla ir al convento; en fin, su dolor al ver á Ester perdida para él por siempre, por que el cláustro donde se encerraba era una tumba. ¡No la volvería á ver más, quedaba separado de ella eternamente! Y, apoderándose de él su pena á medida que

explicaba sus causas, llegó á gritar, á llorar, á maldecir á los hombres y al cielo. Manuela lo escuchaba gravemente, sin pronunciar una palabra, reflexionando, y tan impasible, que Nuño, equivocándose sobre los motivos de su silencio, no pudo menos que exclamar:

—En fin, Manuela, por grandes que sean las quejas que tengan contra ella, es imposible que no te interese su suerte, aunque no sea más que por mí, No estés tan muda, háblame, aconséjame. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué harías en mi lugar?

—No creas—respondió la joven con viveza—que me acuerdo aún de los disentimentos que se produjeron entre Ester y yo... Hace mucho tiempo que la perdoné... ¡Era ella tan poco culpable! ¿Qué hija, en su lugar, habría obrado de otro modo? ¡Casi sería digna de sensura si no se hubiera conducido como lo hizo! Soy demasiado justa para no comprenderlo. Y, por otra parte, un cariño como el tuyo puede pagarse con alguna humillación y algunos disgustos.

Nuño, conmovido hasta el fondo del corazón, estrechó tiernamente la mano de la joven:

—¡Buena Manuela! ¡Qué amiga tengo en tí!

—Sí, Selim; una amiga verdadera que piensa más en asegurar tu dicha que en defender su tranquilidad, porque mientras me contabas tus penas, yo, á quien acusabas de indiferencia, pensaba en el medio de hacerlas cesar.

—¿Y existe ese medio?—preguntó Nuño con ansiedad.

—Creo que sí. Pero no depende ni de tí ni de mí. Un solo sér, en mi opinión, puede en este momen-

to decir á Ester: «No quiero que te quedes en el convento», y espero que le obedezca. Se llama Clemente de Pont-Croix. El es, mi querido Selim, el árbitro del destino de tu hija. Ella lo ama, tú tienes la prueba, más que á todo en el mundo. Viéndolo pobre y no pudiendo hacerle compartir su fortuna, se despoja de ella. No pudiendo ser suya, no quiere ser más que de Dios. He aquí para ella el soberano dueño. Depón todo orgullo, toda susceptibilidad; ve á buscar al Marqués, cuéntale tu desdicha, explícale tus deseos. Es un hombre de corazón y te comprenderá. Consigue de él que te preste su apoyo, y si esta vez Ester no cede, es que no estoy en estado de comprender lo que pasa en el corazón de una mujer.

Nuño, sombrío, inclinada la frente, habia dejado á Manuela explicar lo que él mismo entreveía en su turbado pensamiento. Permaneció un instante así, abrumado bajo el peso de su derrota moral, y luego, levantado la frente:

—Sí, tienes razón, Manuela,—dijo con su voz áspera,—y te doy las graciss. Iré á pedir socorro al marqués de Pont-Croix.

XX

Clemente estaba en su despacho, ocupado en escribir cartas. Una espesa nieve, caída durante la noche, cubría el campo y hacía imposible toda salida. Fuera reinaba un silencio profundo, como ahogado. El joven bloqueado en su casa, aprovechaba este bloqueo para escribir, dándoles gracias, á los huéspedes que tan buena acogida le habían hecho durante su último viaje. A menudo dejaba la pluma, y una nube de tristeza y de disgusto llenaba de sombra su rostro. La perra tendida delante del fuego, le guiñaba los ojos, y cada vez que él paraba de escribir ó se separaba de la mesa, golpeaba el suelo con la cola para probarle que no estaba solo, y que se ocupaba de él.

Pont-Croix se levantó, enervado, y recorrió á largos pasos la pieza, yendo de la ventana que caía sobre el Marne á los ribazos de Coupvray, á la que daba al camino de Lagny. El río, fangoso, crecido, rápido, acarreaba témpanos de nieve, arrastraba en su curso montones de paja, leños arrancados á las conducciones de maderas, restos diversos, por encima de los cuales los cuervos volaban hambrientos. Clemente estuvo un instante meditando, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to decir á Ester: «No quiero que te quedes en el convento», y espero que le obedezca. Se llama Clemente de Pont-Croix. El es, mi querido Selim, el árbitro del destino de tu hija. Ella lo ama, tú tienes la prueba, más que á todo en el mundo. Viéndolo pobre y no pudiendo hacerle compartir su fortuna, se despoja de ella. No pudiendo ser suya, no quiere ser más que de Dios. He aquí para ella el soberano dueño. Depón todo orgullo, toda susceptibilidad; ve á buscar al Marqués, cuéntale tu desdicha, explícale tus deseos. Es un hombre de corazón y te comprenderá. Consigue de él que te preste su apoyo, y si esta vez Ester no cede, es que no estoy en estado de comprender lo que pasa en el corazón de una mujer.

Nuño, sombrío, inclinada la frente, habia dejado á Manuela explicar lo que él mismo entreveía en su turbado pensamiento. Permaneció un instante así, abrumado bajo el peso de su derrota moral, y luego, levantado la frente:

—Sí, tienes razón, Manuela,—dijo con su voz áspera,—y te doy las graciss. Iré á pedir socorro al marqués de Pont-Croix.

XX

Clemente estaba en su despacho, ocupado en escribir cartas. Una espesa nieve, caída durante la noche, cubría el campo y hacía imposible toda salida. Fuera reinaba un silencio profundo, como ahogado. El joven bloqueado en su casa, aprovechaba este bloqueo para escribir, dándoles gracias, á los huéspedes que tan buena acogida le habían hecho durante su último viaje. A menudo dejaba la pluma, y una nube de tristeza y de disgusto llenaba de sombra su rostro. La perra tendida delante del fuego, le guiñaba los ojos, y cada vez que él paraba de escribir ó se separaba de la mesa, golpeaba el suelo con la cola para probarle que no estaba solo, y que se ocupaba de él.

Pont-Croix se levantó, enervado, y recorrió á largos pasos la pieza, yendo de la ventana que caía sobre el Marne á los ribazos de Coupvray, á la que daba al camino de Lagny. El río, fangoso, crecido, rápido, acarreaba témpanos de nieve, arrastraba en su curso montones de paja, leños arrancados á las conducciones de maderas, restos diversos, por encima de los cuales los cuervos volaban hambrientos. Clemente estuvo un instante meditando, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frente junto á los cristales, mirando aquel lúgubre paisaje de invierno, y viendo en él una imagen de su vida. Ruido de cascabeles en el camino lo atrajo á la otra ventana, y, con asombro, vió que se detenía delante de la verja un carruaje. El cochero cubierto con una piel de cabra y en la cabeza una gorra de piel, se había arrojado del pescante y se esforzaba por abrir la portezuela del cupé, mientras que los caballos humeaban en el aire helado.

Un hombre grueso, con abrigo de pieles bajó lentamente y con precaución; hizo señas al cochero de que llamase en la verja; y Clemente reconoció en aquel visitante á Selim Nuño. Sí, completamente negro sobre la blancura del camino, era el banquero quien esperaba á su puerta, y quien esperaba á que se la abrieran.

Pont-Croix sintióse acometido por un siniestro presentimiento; para que su enemigo fuese con un tiempo tan malo á buscarlo hasta el fondo del campo, menester era que lo impulsara un motivo bien apremiante, que le obligara una necesidad bien imperiosa. Sintió su corazón latir violentamente, lo turbó una emoción repentina, dió algunos pasos al azar, y se paró delante de la chimenea.

Después se avergonzó de experimentar semejante perturbación, y pensó: «¡Qué me importa, después do todo! ¿Dependo yo en algún modo de ese hombre? ¿Puede influir sobre mi voluntad? ¿Me liga á él algún interés? Si me agradara cerrarle mi puerta aunque viene de lejos y con un tiempo horroroso, ¿no podría hacerlo? ¿Qué le debo? ¡Ya le he pagado!»

Lo arrebató contra Nuño un movimiento de odio. Encontró irritante la inoportunidad de su expoliador. ¿No le dejaría nunca tranquilo? ¿Se mezclaría sin cesar en su vida? Tuvo horror de la obligación en que estaba de acoger en su casa á aquel viejo á quien detestaba.

Y, sin embargo, no pensó en sustraerse á ella. No alzó la mano hacia la campanilla para llamar á su criado y ordenarle decir que no estaba en casa. Al mismo tiempo que cólera, sentía curiosidad. La llegada de Selim le irritaba. Pero deseaba saber lo que significaba. Y cuando Celestino, aturdido, anunció que el Sr. Nuño estaba abajo y preguntaba si quería recibirlo el señor marqués, Clemente contestó que lo hicieran pasar.

Un instante después, un paso pesado conmovió la escalera, y el banquero apareció en la puerta. Pont-Croix impuso silencio á la perra, que gruñía sordamente como á la aproximación de un ratero, y, señalando al dueño de la Chevrolière una butaca junto al fuego, se inclinó en silencio esperando que su visitante tomara la palabra. Sin parecer notar esta acogida casi hostil, Nuño tendía sus manos y sus pies á la llama con voluptuosa beatitud.

Con la frente baja, parecía reflexionar. Y acaso aquel apresuramiento en calentarse no era más que una táctica para darse tiempo á preparar un discurso.

Después de algunos instantes, el viejo levantó la cabeza, y volviéndose á Pont-Croix dijo en voz sorda:

—Este fuego me ha hecho bien... Estaba hela-

do... Dispénseme usted, señor marqués, por presentarme así en su casa de improviso; pero en las tristes circunstancias en que me encuentro, las conveniencias son barreras bien frágiles...

A estas palabras, Clemente examinó atentamente á Nuño, y la alteración de su rostro, el amortiguamiento de sus ojos, le impresionaron. El banquero había sufrido, sufría aún.

—Caballero,—dijo Pont-Croix dulcemente,—tenga usted la bondad de explicarme los motivos de su venida, y si yo puedo servirle de algo, crea usted que no le negaré mi ayuda.

Contrájose la boca de Nuño, y se acentuó la palidez de sus mejillas. Movió la cabeza con amargura:

—Sé que es usted generoso, y que devuelve bien por mal... Esto es lo que me ha animado á dirigirme á usted... ¡Oh! ¿Por qué no habrá usted sido egoísta y malo? Sin duda yo sería hoy menos desdichado.

En el rostro de Clemente se pintó el asombro; hizo un gesto de cortés protesta, y dijo:

—No le comprendo...

—Usted no puede comprenderme en este momento; pero todo se aclarará para usted en seguida.

—Hable usted, caballero: le escucho.

—Señor marqués, he cometido injusticias con usted... Las circunstancias nos han opuesto el uno al otro... En la lucha de los intereses, yo he herido á usted, sin saberlo, sin quererlo, pero cruelmente... Si me guarda usted rencor, está en su derecho... Vengo á darle una satisfacción...

—¡Cuántas precauciones y rodeos!—interrumpió

Clemente con alguna impaciencia.—No lo creo á usted, caballero, tan culpable como dice... Me parece que exagera usted singularmente sus agravios y mis quejas... Para halagarme hasta ese punto, tendrá usted furiosa necesidad de mí.

—Señor marqués,—dijo Nuño, con una sencillez que no carecía de grandeza,—la tranquilidad de mi vida, la dicha de mis últimos días, están en sus manos: de usted depende que las pierda ó las recobre.

—Caballero,—exclamó Pont-Croix,—cese usted de expresarse por enigmas si desea que le responda, porque no sé de qué pretende hablarme. Imagino que no ha venido usted de París con este tiempo siberiano para hacerme oir parábolas... Así, le ruego que sea franco y claro: ¿qué puedo hacer por usted?

—Señor marqués,—dijo Nuño,—usted puede devolverme mi hija.

Clemente se puso rojo, brillaron sus ojos, y con una voz que la cólera hacía temblar, exclamó:

—¡Ah! ¿Se burla usted de mí, caballero? ¿O ha perdido la razón? ¿Qué tengo yo de común con su hija? ¿Qué autoridad tengo sobre ella? ¿Y cómo podré devolvérsela sin habérsela tomado?

Nuño bajó la cabeza, y con un gesto suplicante dijo:

—Señor marqués, escúcheme sin incomodarse. Crea usted que no bromeo en semejante materia. Mireme usted, verá que estoy desesperado y que el paso que intento cerca de usted es *in extremis*... Me dirijo á usted como á un médico que solamente él

puede hacer una cura milagrosa, arrancar una moribunda á la tumba ya preparada... Ya ve usted que lloro... Tenga piedad de mí...

Sofocóse la voz ruda de Selim, y un profundo sollozo levantó su pecho. Corrieron las lágrimas por sus mejillas bronceadas, y, debilitado, se dejó caer en la butaca, ocultando el rostro entre las macizas manos. Clemente, impresionado por aquel dolor, miraba al banquero con compasiva sorpresa, y, desvanecida toda su irritación, esperaba.

—No creo que se pueda ser más desgraciado que yo... Usted conoce á mi Ester... Una niña adorable, un corazón sensible y bueno, un espíritu delicado y encantador... Ella era mi alegría, mi orgullo... De pronto, hace algunos meses, se separó de mí, y arrastrada por ideas cuyo verdadero alcance no medí entonces, renegó de su religión, entró en un convento, y ahora quiere encerrarse en él para siempre... Ya le decía hace un momento que se trataba de salvar á una moribunda: ¿no era verdad? Muerta ó enclaustrada, ¿dónde esta la diferencia? Y muerta, aun estaría seguro al menos de que no sufre más... Mientras que en ese convento, triste, duro, frío, ¿sé yo lo que será de ella, qué dolores tendrá que sufrir?... ¡Oh, mi hija señor marqués... la sangre de mi corazón, una hija única... y perderla!... ¡Ver que me la roban esas religiosas! ¡Oh, perdón!... No quiero ofenderle... Pero sin embargo, usted bien debía darse cuenta de que me han robado mi hija... Ella ha asegurado toda su fortuna á esa casa de refugio... ¡Poco me importa esto! ¡He ofrecido el doble porque le negaran la entrada!

¡Millones! ¿Qué vale esto al lado de mi Ester? ¡A ese cura, á ese abate Pierquin, que habita en la aldea de Précigny, y que había emprendido la educación religiosa de mi hija, le supliqué con las manos juntas que le ordenase que no abandonara á su padre! ¡Estuvo inquebrantable! ¡Me contestó con la voluntad de Dios! ¡Está tan lejos! Y esto es tan fácil! En fin, ¡todos se han reunido, ligado, para tomarme mi hija! ¡Oh, honradamente, y para asegurarle, dicen, la salvación eterna! ¿Qué saben ellos? ¡Y luego la eternidad! ¡Ya veremos después! Entretanto, yo estaré separado de mi hija, y moriré lejos de ella. O, desenlace más atroz todavía, ella es la que morirá: lo sabré, y tendré el horror de sobrevivirle. ¡Oh, señor marqués! Ahora comprenderá usted mi desesperación... Estoy seguro de que juzga usted natural que haya venido á suplicarle... ¡Por favor, no sea usted tan duro, tan implacable como los demás! Usted no es sacerdote, usted no está cegado por el fanatismo, usted tiene sentimientos humanos en el corazón. Y cuando un padre llora delante de usted pidiendo la vida de su hija, usted le oirá, usted se conmoverá y le concederá lo que pide.

Se dejó caer de rodillas, gritando, anhelante, casi delirando. Clemente se acercó á él, lo contuvo, y dijo casi afectuosamente:

—¿Y qué puedo yo, caballero, para impedir la desgracia que le amenaza?

—¡Todo! ¡Usted lo puede todo! Prohiba á Ester que entre en el convento. Ha desobedecido á su padre. A usted le obedecerá.

—¿Y cómo?

El rostro de Nuño tomó una expresión de horrible dolor y con voz temblorosa respondió:

—¡Ama usted!

Clemente palideció, su corazón se paró un instante. Un rápido aturdimiento le veló la vista. Pasóse la mano por la frente, y vió á Nuño ansioso y trastornado. En un momento apareció ante él la imagen de Ester, rubia, con sus dulces ojos y su aire grave. La volvió á ver en el jardín de Collard, el día en que le ofreció tan humildemente los medios de reconstituir su fortuna.

Aquella mañana había tenido la intuición de que lo amaba, y acaso no hizo lo bastante para apartarla de él. Se le apareció también en la iglesia de Précigny, inclinada en el reclinatorio de la marquesa de Pont-Croix, é implorando, sin duda para él, la misericordia divina. ¡En qué tono y con qué mirada le había dicho en aquel cementerio de aldea, al separarse de él, la víspera de su duelo con Brucken: «¡Buena suerte!» ¡Ah! No era posible engañarse; temblaba por su vida; todos sus votos le acompañaban, y su corazón asomaba á sus labios en aquel ¡adiós! Le amaba, sí, no podía dudarlo. Y le amaba hasta querer compartir sus creencias, puesto que desesperaba de compartir su destino; hasta querer morir perteneciendo á Dios, puesto que no podía vivir perteneciéndole. Sí, él era quien había hecho aquella cristiana; estaba convencido ahora, y el padre tenía el derecho de gritarle, con el alma desgarrada: «¡Devuélveme mi hija!» La voz de Nuño suspendió la meditación de Clemente.

El banquero decía:

—Señor marqués, no me contesta usted... Usted conoce, sin embargo, mi inquietud: no la prolongue... ¡Por humanidad!... Puesto que no me ha dicho que no en seguida, es que puedo contar con que no rechazará mi petición... ¡Oh, yo sé que no se puede explicar más que por mi tormento!... ¿Pero esto no basta? Piense que la hora nos apremia; mañana es cuando pronuncia sus votos... Ya está preparada la capilla... Me han avisado... Ya ha recibido Ester su traje de desposada... Sí, señor marqués, el traje que yo esperaba verle ponerse para ir á la iglesia con un esposo de mi elección, sonriente, dichosa, va á ponérselo para entregarse á la nada. Su traje es un sudario... Al quitárselo se pondrá el hábito de las reclusas, y le cortarán los cabellos, sus hermosos cabellos rubios, que tanto me gustaba acariciar cuando era pequeña... ¿Se imagina usted semejante atrocidad, señor marqués? ¡Todo lo que se ama más en el mundo, tomado, arrebatado, perdido en un instante y para siempre!... ¿Qué hará en el convento? ¿Qué privaciones sufrirá? ¿Qué pruebas le impondrán? Una niña que ha sido criada tan dulcemente, servida por gentes adictas, al abrigo de todo lo que podía hacerle daño: el frío, el calor, en el plumón y la seda, como un delicado pajarillo... ¿Se la figura usted encerrada en una celda, sin muebles, de paredes blancas, con cama dura, desnudos los pies, sobre las losas? Y yo, entretanto continuaré viviendo en mi lujo, que ya me da horror, desde que ella no lo comparte. ¿Qué crimen me ha hecho merecer tal castigo? Examino inútil-

mente mi conciencia. No he sido mal marido, no he sido mal hombre, jamás he hecho daño á nadie, fuera de mis negocios... Y en éstos, ¿era mía la culpa, si vencía á los que luchaban conmigo? En los negocios sucede lo que en la guerra: hay vencedores y vencidos. ¿Soy un monstruo porque he tenido suerte y habilidad? ¡Y si usted supiera qué padre tan tierno he sido!... ¡Oh! Esto puedo decirlo. Mi hija es toda mi vida... ¡Y no puedo soportar el pensamiento de ser privado de ella!... Si tengo que sufrir tal desgracia... ¡esto se ha concluído! ¡Lo dejo todo, fortuna, amigos, y lo demás, para irme, como un perro abandonado, á morir solo en un rincón!

Redoblaron sus sollozos. Fijó en Clemente ojos de agonizante. Era imposible dudar que fuera sincero; y el marqués, profundamente conmovido por aquel dolor, comenzó á mirar á Nuño con real simpatía. Se acercó á él, y dejándose coger las manos, por la primera vez, por el banquero, dijo:

—Cálmese usted, caballero, se lo suplico. Esté usted seguro de que intentaré todo lo que de mí dependa para satisfacerle.

—¡Ah, usted es un hombre de corazón!—exclamó Selim, llevando la mano de Clemente á su frente con un gesto apasionado.—Usted me salvará, usted me devolverá mi Ester... ¡Ah! la Sra. del Peral sabía bien lo que hacía al aconsejarme que acudiera á usted... Las mujeres comprenden mejor que nosotros lo que pasa en las almas. ¡Oh! No se ofenda usted porque yo hable de la Sra. del Peral... No tema usted ninguna supercheria... No sospeche rodeos... Se lo he confesado á usted todo sinceramente... No le he ocultado nada... Usted es mi salvador... Se entrega uno completamente á su salvador... Yo tenía perdida la cabeza. Manuela me dijo: «Ve á buscar al marqués de Pont-Croix, fíate de él, es el honor mismo»... ¡Ya ve usted, caballero, cómo se le juzga!... Pero, al menos, no me abandone. No fío más que en usted... Por lo demás, usted acaba de prometerme... Y una promesa de un Pont-Croix... es mejor que una firma.

Clemente no pudo dejar de sonreir. Al oir el nombre de Manuela tuvo un momento de turbación y de desconfianza. Había temido una habilidad suprema de la portuguesa para comprometerlo. Pero el enloquecimiento de Nuño, su volubilidad, sus lágrimas, no permitían creer en una comedia. La ejecución habría sido demasiado perfecta; ningún artista habría sido capaz de sostener aquel papel tanto tiempo sin una disonancia. No, Nuño era sincero, y merecía que se interesaran por él.

—Pues bien, caballero,—dijo,—¿qué quiere que haga?

—Que me acompañe usted. Ya se lo he dicho: se prepara la terrible ceremonia. Mañana será demasiado tarde. ¡Ah, he esperado hasta el último momento!... No me parecía posible que se realizara esa iniquidad. No perdía la esperanza de ver á mi hija ceder y rendirse á mis ruegos... Pero es inflexible, y persistirá... ¡Lo hará á causa de usted! ¡Sí, la pierdo por usted! ¡Lo menos que puede usted hacer es tratar de devolvérmela!

En el acento de estas últimas frases vibraba la rabia. Nuño, domado por la necesidad, se encor-

vaba ante Pont-Croix. ¡Pero cómo lo aborrecía aún! No escapó á Clemente ninguno de estos matices. No le disgustó aquella sorda hostilidad: engrandecía su papel, ennoblecía su intervención.

—¿Cree usted—dijo—que mi influencia será tan soberana como usted afirma?

—Si usted quiere triunfar, no dudo del éxito... ¡Oh, no reflexione, no discuta consigo mismo! Oblígueme, francamente, así como se lo pido... y mi reconocimiento...

Esta última palabra estuvo á punto de estropearlo todo. Nuño no sabía pedir nada sin ofrecer pagar, de una manera ó de otra.

—Hago servicios,—dijo Pont-Croix secamente, —no los vendo.

—¡Convencido!—protestó Nuño.—¡Soy un viejo imbécil! No dé importancia á mis palabras. No sé el valor exacto de los términos de que me sirvo en este momento... Tengo la cabeza del revés... No se fije usted más que en mis súplicas... ¡Olvide lo demás! ¡Venga usted, venga usted! Tengo un buen carruaje abajo... En una hora estamos en Saint-Pons.

—Sea: lo sigo.

—¡Tápese usted bien! ¡Hace mucho frío! ¡No vaya á ponerse malo!

Lo cuidaba como si lo amara. ¡Tenía tanta necesidad de él! Le habría puesto su hermoso abrigo de chinchilla. Clemente llamó, pidió el sombrero, el abrigo de pieles, los guantes, y empujado, casi llevado por Nuño, subió al coche de alquiler, que rodó, arrastrado al trote largo por el camino, blanco de nieve.

En Saint-Pons, en su celda, Ester, desde ocho días antes en retiro, se preparaba al gran acto que iba á modificar tan profundamente su destino. Deseaba su realización con toda su alma. Después de las horribles agitaciones que le había causado la resistencia de su padre, ansiaba ardientemente la calma profunda que seguiría á su resolución cumplida. Se consideraba ya como habiendo franqueado la barrera sagrada que la separaba todavía de la existencia religiosa. Desprendida del mundo por su voluntad, hacía su examen de conciencia, juzgaba la vida, y viendo lo que dejaba, no experimentaba la menor pena.

Pensaba que su padre, amortiguada la primera efervescencia de su dolor, encontraría consuelos que le endulzarían la tristeza de la separación. ¡Oh! No se hacía ilusiones; sería olvidada muy pronto. ¿Cómo había de triunfar el recuerdo de Ester de los encantos de Manuela? ¡No! La seductora presente daría bien pronto cuenta del fantasma de la hija desaparecida. ¿No sucedía lo mismo en todo? ¿Qué penas eran eternas?

Sin embargo, su inocente corazón protestaba contra esta afirmación de la inanidad de los afectos humanos.

Sabía bien que se podía amar y no cesar de amar, aunque se estuviera separado del sér adorado, aunque fuera sin esperanza de volver á verlo jamás.

Y ante sus ojos aparecía una imagen encantadora, aunque irónica, evocada sin cesar, aunque se desvaneciera siempre: la de Clemente, que en el corazón y el pensamiento de Ester lo había reem-

plazado todo. ¡Oh! La ingrata y egoista que acusaba á su padre de olvidarla ya, y que no pensaba, hacia mucho tiempo, más que en aquel extraño, por quien renunciaba al mundo, á la familia, á la vida, á todo, sostenida solamente por la vaga esperanza de volver á encontrarlo divinamente fraternal, en una eternidad extática. Se sacrificaba á él, se borraba del número de los vivos, porque no podía existir para él.

Era presa de una exaltación de amor que la conducía hasta el martirio. La Comunión la había lanzado en una crisis de dicha que habría asustado á sus compañeras si ella no hubiera sido tan dueña de sí misma. Entregándose al Salvador, le había parecido que estaba poseída por Clemente. El era su verdadero Dios. Y, en sus horas de lucidez, veíase obligada á confesarse que su conversión no era más que un expediente para acercarse moralmente al que amaba. ¡Oh, moralmente! Porque materialmente sabía que era imposible. Tenía el convencimiento de que ya no lo volvería á encontrar nunca. Y esta era su verdadera pena.

Habría deseado que asistiera á su toma de velo, habría deseado cambiar con él la última mirada que debía echar sobre la tierra antes de consagrarse al cielo. Habría sido para ella una profunda dulzura verle presente en el momento de su inmolación. Renunciaba á sí misma y se ofrecía en sacrificio, como un castigo de los giros demasiado profanos de su pensamiento. Estaba, pues, resuelta, no se arrepentía, sólo le faltaba la calma. Esperaba recobrarla pronto.

La mañana del día en que Nuño se presentó en casa de Pont-Croix, Ester había pasado dos horas en meditación en la capilla. Habló, durante algunos momentos, con el abate Pierquin, que había ído á pie con aquel tiempo horroroso, para asegurarse de que su presidenta no tenía la sombra de una vacilación, porque el venerable sacerdote estaba atormentado por sus escrúpulos. Encontró á la joven serena y sonriendo, y se separó de ella con el corazón fortalecido y aliviado. Ester, retirada en su celda, leía apaciblemente, cuando un golpecito dado en su puerta le hizo estremecerse, y vió entrar á la Superiora.

—Hija mía,—dijo ésta,—acaba de llegar su padre. Está en el locutorio, y solicita hablarle... Aunque no sea esta la hora á que ordinariamente se recibe las visitas, está usted en una situación tan particular, que me inclino á concederle todos los favores compatibles con la regla de nuestra casa... Baje usted al locutorio... Acuérdese de que es libre y que, hasta mañana, su voluntad no tiene ninguna traba.

Al pronunciar estas palabras, la Superiora tenía un aire de solemne gravedad. Ester la miró con inquietud. ¿Qué última prueba le había preparado su padre? Hizo un gesto de interrogación, y balbuceó:

—Madre ¿qué pasa?

La religiosa le puso su fría mano sobre la frente, y muy dulcemente:

—Vaya, hija mía, no tengo otra cosa que decirle.

Y desapareció en el oscuro corredor, donde se desvaneció su blanca silueta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV... "ALFONSO REYES"
...do. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ester bajó detrás de la madre lentamente, casi como con pena. Atravesó el ancho vestíbulo enrejado, en el que solas las novicias eran admitidas, y abriendo la puerta del locutorio, donde ya muchas veces había tenido que defenderse contra las súplicas de su padre, entró. Nuño estaba solo; se acercó á ella, la beso con ternura, y mirándola, como para leer en su rostro una resolución nueva:

—Y bien, hija mía, después de mi última visita, ¿has reflexionado?

—Papá,—dijo fríamente la joven,—me parece que no debíamos discutir ya este penoso asunto.

—¿Puedes impedirme esperar un cambio de tu corazón?

—Mi corazón no tiene que cambiar: es siempre el mismo para usted.

—Y sin embargo, ¿quieres abandonarme?

—De lejos, como de cerca, usted será mi único afecto.

—¿Unico?—preguntó Nuño con un acento tan lleno de amargura que Ester se estremeció.

Bajó los ojos y permaneció muda. No quería mentir. Pero la turbaba una emoción tan grande, que sus manos temblaban.

—Hija mía,—continuó Nuño,—sé sincera. Me pones en tal deseperación, que estoy pronto á hacer todas las concesiones, y todos los sacrificios... Lo que te rehusé hace tres meses, hoy, para no perderte, te lo concedería... Compréndeme bien... Mejor quiero que estés separada de mí, pero dichosa, que sepultada en un convento... La hora nos apremia... Habla al fin... Muestra el fondo de

tu corazón... Sé que amas á alguien. .. ¿Es la pena de pensar que no podrás ser suya, la que te ha traído aquí?... Jamás te he preguntado esto, y, sin embargo, es preciso que te lo pregunte. Tengo miedo de que me contestes «¡sí!» y lo daría todo porque me contestaras «¡no!...» ¡Ah! Al ver lo que pasa en mí, mide la inmensidad de mi ternura... ¡En este instante te sacrifico todas mis repugnancias, todas mis hostilidades... las ideas de toda mi vida!... ¿Qué digo? ¿Todas las ideas de los míos! Y, sin embargo, pronuncia una palabra, y no vacilaré... ¡Oh, Ester mía!... ¡Aunque fuera un cristiano!... ¡Para asegurar tu dicha, te lo doy!... ¡Y ahora no te desdeñará, puesto que eres cristiana como él!... Al oir á su padre formular estas ofertas tan inesperadas, una ola de alegría había inundado el corazón de Ester.

En la noche de su pensamiento había lanzado claridades de una esperanza radiante. Su padre le permitía amar á Clemente.

¿Qué podía, pues impedirle ser dichosa? Estuvo á punto de exclamar: «¡Sí, amo, más que á la vida, á Clemente de Pont-Croix!» Las últimas palabras de Nuño la volvieron á sumir en las tinieblas de su desolación.

Era cristiana, pero seguía siendo hija de Selim. La religión no la separaba de aquél á quien amaba. Pero la fortuna, el inmenso montón de oro, producto de ruinas y de desastres, empapado en el llanto de las víctimas y acaso en la sangre de los desesperados, se alzaba infranqueable entre Ester y Clemente

Juzgó vana su esperanza, tuvo vergüenza de confesar que había podido esperar, y, con voz sorda, dijo:

—No me atormente usted más, papá; es inútil. Mi resolución está tomada. Nada la hará cambiar.

—¡Ester!

—No insista usted más, papá. Le hago sufrir á usted; voy á pedir perdón á Dios.

Un Cristo suspendido en la pared del locutorio alzábase en la cruz, retorciendo su cuerpo atormentado, y cubierto el rostro con las lágrimas de su agonía. Ester se dejó caer de rodillas á sus pies, y llorando también, en una agonía moral, imploró la piedad de la divina víctima. Estaba tan profundamente absorta, que no oyó á su padre alejarse, abrir la puerta que daba al despacho de la Superiora, y con una señal llamar á Pont-Croix. Al cabo de un instante se sintió calmada por el fervor de su súplica, y secándose los ojos se levantó.

Su primera mirada fué para buscar á su padre; no lo vió junto á ella. Pero á algunos pasos, en la puerta de la oscura pieza, una aparición, la del hombre á quien acababa de ofrecer tan desesperadamente su inmolación, le hizo estremecerse. En pie, mirándola con triste ternura, aquella era la forma humana de Clemente. Pero ¿podía ser él en realidad? ¿Por qué milagro habría sido conducido hasta ella?

Turbados los ojos, oprimido el corazón, como por el temor de una intervención divina, Ester alzó las manos, llena de espanto, rechazando con el gesto al que habría querido atraer con todas las

fuerzas de su ser. Pero él no desapareció ni se alejó; al contrario, se acercó, y, muy afectuosamente, dijo:

—Su padre me ha rogado, señorita, que le pregunte si lo que le ha negado usted á él, se dignaría concedérmelo á mí.

A estas palabras, Ester se estremeció dulcemente. Pero no quiso contestar. Todavía no creía en la realidad de lo que veía, de lo que oía. Penso: «Estoy soñando, todo va á disiparse á mi primer palabra.» Y habría dado su vida por prolongar el encanto.

—Al pensar—continuó Clemente—que yo podría tener sobre usted alguna influencia, que usted tendría gusto en satisfacerme, y que si yo la suplicase que no siguiera en esta piadosa casa, consentiría usted en salir, ¿se ha engañado su padre de usted?

Ester, espantada y embriagada, siguió callada; pero con la cabeza dijo: «No.»

—¿De modo que me hará usted la gracia de no persistir en sus ideas? Se lo agradezco.

Se acercó á Ester, y tanto, que ella sintió el ligero perfume de su ropa, y tembló de emoción porque ahora ya no dudaba de que fuera él, verdaderamente él, quien estaba á su lado y exigía cosas tan dulces. Entonces, con voz que ella no le conocía, su voz de amor que había encontrado tan pocas mujeres crueles, Clemente murmuró:

—¿Es verdad, Ester, que fué á causa mía por lo que entró usted en el convento?

Pareció á la joven que se le deshacía el corazón en el pecho; lágrimas, ¡oh, éstas deliciosas!, corrie-

ron por sus ojos, y de sus labios temblorosos dejó escapar esta confesión:

—¿No lo sabía usted?

—Sí, lo sabía,—dijo—y tengo necesidad de que me perdone usted por haberla dejado aquí tanto tiempo. Pero si usted consiente, daré para pagarlo toda mi vida.—E inclinándose gravemente:—Ester, el marqués de Pont-Croix no podía pretender la mano de la Srta. Nuño. Pero usted ha dado todo lo que poseía á los que no tienen nada, y está tan pobre como yo. ¿Quiere usted hacerme el gran honor de ser mi mujer?

Y le tendió la mano. La joven colocó tímidamente en ella la suya, y sucumbiendo al peso de su dicha inesperada, dejó caer la cabeza sobre el hombro de Clemente, y sollozó con delicia.

. . . . . .

A últimos de Abril, una templada mañana de primavera estaban parados delante de la verja de la Encomienda una veintena de ojeadores, cinco guardas y algunos ayudas de cámara, esperando el fin del almuerzo que reunía, en casa del marqués de Pont Croix, á una media docena de cazadores convidados para una batida de conejos. Un claro sol doraba los bosques verdeantes; las violetas y la verbena esmaltaban la hierba de los fosos; y el Marne, claro como una lámina de acero, corría, apacible, bajo los sauces. Hubo un movimiento entre la multitud de los que esperaban; acababa de abrirse la puerta de la casa, y Meta, loca de alegría, ladrando y dando vueltas, se lanzó, precediendo á los cazadores, en el jardín.

Eran éstos el Príncipe de Faucigni, Termont, La Brede, Tremblay, Burat y el guapo Gaston Francfort. Todos los familiares de la Chevrolière, menos Brucken y la señora del Peral. Los últimos, Nuño, dando el brazo á su hija, y, en fin, Clemente seguido de Celestino. Todos vestidos en traje de paseo, con zapatos y pequeñas polainas. Se adelantó Pont-Croix y llamó:

—¡Briffaut!

El antiguo cazador furtivo, promovido á guarda de la Encomienda, y llevando la librea de su amo, acudió con la gorra en la mano.

—¿Por dónde comenzamos?—preguntó el marqués.

—Sr. Clemente,—dijo el guarda,—mi opinión es que tomemos en seguida la Carbonera: el viento viene de Carnetin... Si hemos de tener probabilidades de tirar á los jabalíes que labran la llanura por las noches, ha de ser batiendo los espinos negros de la Balsa Grande. Se meten allí por la mañana para poder revolcarse á sus anchas á la caída de la tarde...

—¿Oyen ustedes, señores?—dijo Clemente.

—¿Cómo?—dijo Nuño.—¿Has tomado á este mozo á tu servicio?

—Es la sola manera que he encontrado de hacerle dejar la caza furtiva... Me ha hecho el sacrificio de su libertad.

—¿Y su camarada, maese Rabarrot... Rabarron?...

—¿Rabasson?... Ha dejado el país... Ahora trabaja por el lado de Melun...

—¡Dichosa preferencial—dijo Burat.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya lo notarán en Sivry y en Vaux...

—Pues bien, señores, partamos, si ustedes quieren. Hay un cuarto de hora de camino... Termont, ¿tiene usted un par de balas?

—Sí, querido amigo, Pero no creo en los jabalíes. Nunca que se les busca se les encuentra... Tengo más confianza en los conejos...

—Se ha hecho un ojeo en las Cincuenta Fanegas... Debe haber lo menos quinientos ó seiscientos conejos en el llano...

—Vamos á divertirnos... ¡En marcha!

Nuño, volviéndose á su hija, le dijo riendo:

—¿Es que nos acompañas, Ester?

—Ya sabe usted, papá, que voy siempre con Clemente...

—Acabarás por cazar.

—Si esto le agrada, acaso.

Nuño lanzó un suspiro, y, andando junto á su hija, la miró con satisfacción mezclada de envidia. Fresca, muy embellecida, fortalecida por la vida al aire libre, la joven Marquesa iba con paso firme por el camino.

No era ya la Ester de los últimos tiempos, preocupada, inquieta, desgraciada, había que confesarlo. Era una mujer segura del presente, segura del porvenir.

El banquero, sofocado, se apoyó en el brazo de su hija, y, después de un momento de meditación:

—¿De modo que no vais á ir nunca á París tu marido y tu?

—No sé. Ni el uno ni el otro tenemos ganas. ¡Estamos tan bien!

—¿No os aburrís?

—¿Nos queda tiempo para ello? Nos levantamos temprano y salimos antes de almorzar. Yo voy á Précigny á visitar mi asilo, y á hablar con el abate Pierquin...

Por el rostro de Nuño pasó una nube. Todavía no había perdonado al sacerdote.

—Por la tarde, Clemente caza, pesca ó pinta. Y yo no lo dejo... Por la noche caemos rendidos de sueño, después de comer, y nos cuesta trabajo llegar á las diez. Esta es nuestra existencia. ¿No está llena?

—Pero estáis muy estrechos en la Encomienda... Mira, Ester: de la fortuna de tu madre quedan millón y medio de francos, que están depositados en el Banco... Estoy seguro de que tu marido sigue echando de menos la Chevrolière... Yo te la daría... Pero ¿y si él no aceptara? Esto me contrariaría y te haría sufrir... ¿Quieres que te la venda? Alarga la mano: por tu millón y medio, la finca es tuya...

Ester palideció de placer. Miró á su padre con ojos radiantes de alegría, y dijo:

—¡Pero, papá, la Chevrolière vale más del doble!

—Eso es cuenta mía... ¿Chocas?

La joven no chocó. Le saltó al cuello delante de todos los ojeadores, con tal arranque, que á Nuño se le humedecieron los ojos.

—¡Ah, pequeña mía,—dijo:—me debes ahora una compensación!... Si quisieras ser un poco más indulgente con esa pobre Manuela...

Ester se puso seria, y repuso:

—Papá, había quedado convenido que no sería

nunca pronunciado entre nosotros el nombre de la Sra. del Peral...

—Ester... Te aseguro que merece algún reconocimiento... Me aconsejó bien...

—Lo sé... Por eso no hablaré á usted jamás de ella. Mediante esto, creo que ella y yo estaremos en paz.

Nuño bajó los ojos y no insistió. Seguia amando á Manuela. Pero desde que su hija era Marquesa le imponía singularmente, y acaso no esperaba más que á tener nietos para arreglar sus cuentas de una manera definitiva. Pensaba con frecuencia que los hijos de Ester, si eran nobles como Pont Croix, serían ricos como Nuño. Y esto le hacia estremecerse de orgullo.

Se decia: «Cada uno encontrará cincuenta millones en su cuna. Y su padre, que es un hombre de corazón no les quitará que me amen. El mayor será conde, ¡de los buenos, no como yo! Y si hay una hija... ¡Esta será lo menos duquesa!

La columna se detuvo, y quedaron interrumpidos los sueños de Nuño. Estaba cerca de la Balsa-Grande; Briffaut y los guardas llevaban á los ojeadores por una trocha. Clemente colocó á los tiradores. Volvióse á su suegro, y le dijo:

—Aquí debe usted hacer los honores; estamos en su casa.

Selim y Ester cambiaron una mirada maliciosa. El banquero dijo:

—¡Bah! Obra como si fueses el dueño.

Los cazadores seguían silenciosamente la línea, deteniéndose cada uno en el puesto designado.

Al llegar al extremo, Clemente, acompañado de su mujer y de la perra negra y blanca, se apostó casi al borde del llano. Desde allí, por un claro hecho en los árboles del parque, veía la Chevrolière, con sus grandes techos y su torre. Sus ojos no podían separarse del castillo. Pero miraba sin cólera contra su actual poseedor. Habían desaparecido todos sus rencores. Nuño había llorado delante de él, se había mostrado bueno como hombre y tierno como padre. Ahora juzgaba mejor. Y además, profesaba á Ester profunda estimación y gran ternura.

Volvióse hacia ella, y la vió sentada en el césped del foso, acariciando á la perra tendida á sus pies.

—¿Miras la Chevrolière?—le dijo la joven.—Sé sincero, Clemente: ¿la sigues echando de menos?

—No echo nada de menos, querida, sobre todo cuando estoy á tu lado.

Ester movió la cabeza sonriendo.

—¡Oh! Ya sé que eres amable, galante y afectuoso á medida de mi deseo... Pero de todos modos, echas de menos la Chevrolière... ¿Puede ser más natural la cosa? Allí vivieron tus padres... Allí naciste tú... Clemente, ¿quieres la Chevrolière?

Pont-Croix palideció ligeramente, y á media voz:

—Ester, no bromees sobre semejante asunto. Me haces sufrir.

Ella se levantó vivamente, le cogió la mano, y mirándolo con profundo cariño:

—Di una palabra, Clemente, y la Chevrolière es nuestra. Me quedaba una gran suma, por la cual papá me ha ofrecido, hace un momento, cederme tu dominio... ¿Me permites que ratifique el trato?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pont-Croix no contestó al pronto. Sus ojos, fijos en Ester, se humedecían, y sus labios temblaban. Se dominó, y dijo:

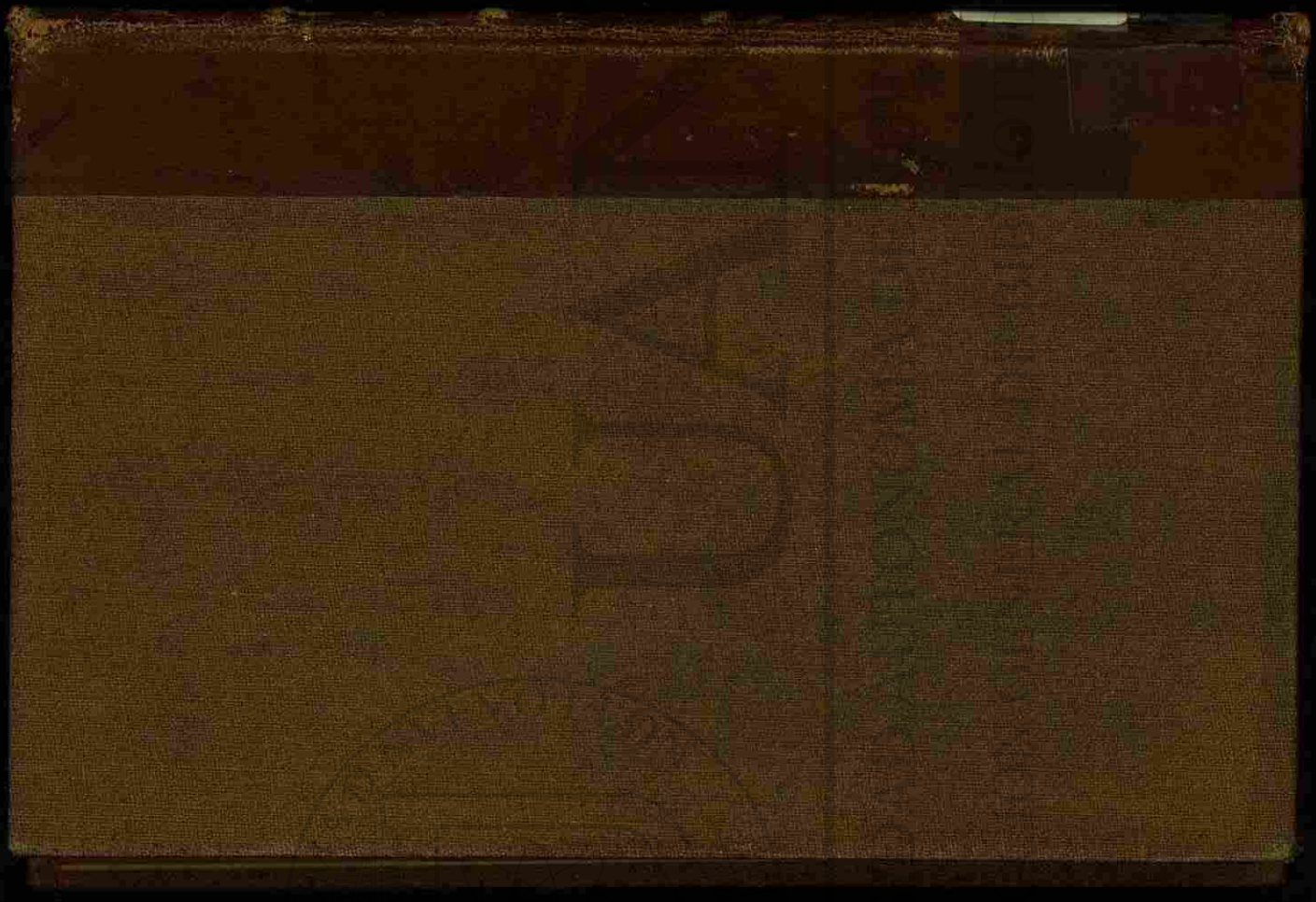
—¿Es una generosidad de tu padre? ¡Vamos! Puesto que está escrito que te lo he de deber todo, hija mía, aceptemos. ¡El orgullo sienta bien á los pobres? pero, lo mismo que de todas las cosas buenas, no conviene abusar de él!

Ester le sonrió, y radiante de alegría, como, si fuera su marido quien le concediera un favor, dijo:

—¡Oh Clemente, qué bueno eres!

Estaban solos en aquel rincón del bosque y sobre aquella tierra de la Chevrolière, vuelta á ser suya, le apareció á Pont-Croix que la brisa murmuraba: «He aquí nuestro dueño»; que se ensanchaba el camino para darle paso; que se inclinaban los árboles para saludarlos. Y, al pensar en todo lo que Ester había hecho para darle aquella dicha, la atrajo á sí, y en un beso le murmuró: «¡Gracias!»

A lo lejos sonaban las trompas de los guardas, anunciando la marcha hacia adelante de los ojeadores. Vagos ruidos, carreras precipitadas, paradas bruscas, rozamientos misteriosos, animaban las profundidades de la espesura. Estallaron detonaciones, raras al principio, luego á todo lo largo de la línea. Poco á poco, desarrollándose por encima del tiroteo, subieron nubes azules y se fundieron en el azul del cielo: incienso quemado por fervientes discípulos en honor de Nemrod.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS